

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XIII.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.



TOMO XIII.

MADRID: Agosto, 1831.

Oficina de D. J. Palacios,

calle del Factor.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPÍTULO VI.

Clodoveo.

Conquista de Armórica: batalla de Soissons. Guerra contra los alemanes en Toxandria. Matrimonio de Clodoveo con Clotilde. Nacimiento de Clodomiro, hijo de Clodoveo. El Loira, frontera de la monarquía de los francos. Guerra con los alemanes: batalla de Tolpiac. Guerra de Borgoña. Batalla de Dijon. Paz con Borgoña. Desavenencias entre Clodoveo y Alárico. Guerra con los visigodos: batalla de Vouglé. Guerra entre francos y ostrogodos. Clodoveo derrotado por los ostrogodos. Paz con los godos. Prólogo de la ley Sálica. Estracto de la ley Sálica. Usurpacion de los demas estados francos por Clodoveo.

CONQUISTA *de Armórica: batalla de Soissons.* (486.) Ya parecia haberse cumplido el oráculo de los doce milanos de Rómulo, y acabado la potencia del pueblo rey al mismo

tiempo que se presentaba en el norte de Galia un príncipe que apenas salia de la infancia, gefe de la tribu valerosa de los francos salios. Clodoveo reinaba en un territorio de poca estension. Todos los paises conquistados por su pueblo estaban divididos en muchas tribus independientes y gobernados por príncipes de su familia. Su ejército se componia de cerca de 5.000 guerreros altivos y turbulentos: como rey, era muy limitada su autoridad: como general, dependia de la victoria y de las vicisitudes de la fortuna. Poseedor de pequeño dominio, no tenia mas riquezas que los antiguos tesoros de los francos, que eran sencillez de costumbres, denuedo invicto é inviolable fidelidad de los compañeros de armas, adictos á su persona. Ninguno de los conquistadores célebres ha comenzado su carrera con menos recursos: la suerte de su imperio dependió mas de su talento que de la estension de sus estados y del número de sus guerreros. El jóven adalid de una tribu de sicambros mudó el destino de Galia, porque estaba dotado de ánimo fuerte, grande genio, audacia impetuosa y suma habilidad. Parecia reunir en su carácter la intrepidez temeraria de los francos, la prudencia de los romanos, la finura artificiosa de los griegos, y la dureza sanguinaria de los cartagineses. Sumiso á las leyes en el consejo de la nacion, déspota enmedio de los soldados, humilde al pie de los altares, rápido y terrible como

el rayo contra sus enemigos, circunspecto y astuto en su política, pérfido y cruel con los príncipes francos que envidiaban y competian su fortuna, y respetando con maña las costumbres germánicas y las leyes romanas, dominó su siglo porque era superior á él. Aunque Clodoveo era pagano, debe creerse que trataba con tolerancia la religion de los galos y romanos que vivian en el pais sometidos á su dominacion, y aun mostraba alguna deferencia á los obispos, cuyo influjo moral era entonces poderoso en las Galias. Lo mismo hacian entonces las demas naciones bárbaras; pues hasta el fiero Atila se detuvo en su marcha y apartó sus armas de Italia, cediendo á las súplicas del pontífice romano. Es probable tambien que Clodoveo, imitando á Childerico y á Meroveo, tomó el título de comandante de la milicia romana para dominar con mas facilidad los pueblos conquistados; y por esta razon, cuando su nacimiento y el voto unánime de los francos le dieron la corona, san Remí, obispo de Reims, creyó que debia darle consejos en la carta siguiente, conservada por la historia: *Remí, obispo, al ilustre rey Clodoveo, magnífico por sus virtudes*: «Ha llegado á nosotros la noticia de que habeis tomado á vuestro cargo la administracion de los negocios militares. No es estraño que emprendais la misma carrera que vuestros mayores. Corresponded á las miras de la Providencia que os ensalza: sed moderado en el

poder, y justo en los beneficios: mostrad deferencia á los sacerdotes, y no desdeñeis sus consejos: si obrais de acuerdo con ellos, vuestros pueblos serán mas felices. Sostened con prudencia la disciplina militar: ensalzad á vuestros compañeros, mas no oprimais á nadie: socorred á los desgraciados, y mantened á los huérfanos para que lleguen á edad en que os sean útiles; y asi sereis amado en lugar de ser temido. La equidad de vuestras sentencias preserve del saqueo al débil y al estrangero. Sea patente á todos vuestra tierra, y ninguno salga descontento de ella. Poseeis los bienes de vuestro padre: si os servís de ellos para rescatar cautivos, sea con la intencion de volverlos á la libertad. No conozcan los estrangeros que viven en vuestros estados, que pertenecen á una nacion diferente de la vuestra. Llamad á vuestra corte á los jóvenes en las horas de recreo: en las de consejo solo á los ancianos. En fin, si quereis que os obedezcan con facilidad, probad con las acciones que vuestra juventud está ya madura para el mando.»

Nada dicen los historiadores acerca de los cinco primeros años del reinado de Clodoveo: probablemente los empleó en afirmar su poder, comprimir sediciones en el pais de Tongres, meditar y preparar la ejecucion de sus grandes designios, é informarse de las fuerzas y situacion de los visigodos y borgoñones, que ocupaban á la sazon la mayor parte de Galia. Pero el primer ob-

jeto de su ambicion fue necesariamente la conquista de Armórica, único pais que habia resistido hasta entonces á los conquistadores del norte y de Germania, y que, independiente de hecho, era romano en el nombre. Defendíanle legiones y milicias numerosas, mandadas por Siagrio, conde de Soissons, hijo del célebre Egidio, llamado Gilon por los francos, de los cuales fue rey algun tiempo. Despues se unió con Childerico para la defensa de Armórica, con tanta intimidad, que se pudo decir que reinaban juntos; pero la muerte de entrambos rompió la alianza de las dos naciones. Siagrio despreciaba la corta edad del nuevo rey de los francos; y en vez de darle parte en su poder, esperaba recobrar el que su padre habia ejercido en aquellas tribus belicosas. Una carta que le escribió Sidonio en este tiempo, prueba el ascendiente del general Egidio sobre los bárbaros, cuyo lenguage le era familiar. «Mucho me rio, dice el poeta romano, cuando veo cuánto temen los bárbaros cometer barbarismos delante de tí en su propio idioma: sus senadores se admiran de la facilidad con que traduces sus cartas. Tú, cónsul en otro tiempo de Roma, eres el nuevo Solon de los pueblos del norte: discutes sus leyes con sabiduría: te respetan como su Anfion cuando haces resonar sus arpas y sus instrumentos de tres cuerdas; y aunque seas romano, y ellos rústicos y groseros, gustan de oirte y vienen á aprender

de ti su propia lengua.» Childerico habia estendido sus estados hasta el Soma: otros dicen que hasta el Sena: se sabe por el autor de *la vida de santa Genoveva* que llegó á entrar en París. «Este príncipe, dice el mencionado historiador, estimaba mucho á la ilustre vírgen. Queriendo una vez enviar al suplicio á unos delincuentes en París, mandó cerrar las puertas de la ciudad, temiendo que viniese Genoveva á mitigar su rigor. Pero las puertas se abrieron por sí mismas, la santa entró y logró el perdon de los condenados.» Esta narracion prueba que si Childerico no reinó en París, á lo menos la dominó algun tiempo con sus armas. Su alianza con Egidio allanaba todas las dificultades. Pero su muerte cambió el aspecto de los negocios, y Siagrio podia aspirar á la reconquista del pais que los mayores de Clodoveo habian quitado á Galia, viendo á este príncipe jóven y débil. Por otra parte la nacion de los francos estaba entonces muy dividida. Sigeberto reinaba en una de sus tribus y tenia su corte en Colonia: Ragnacario en Cambray: Cararico entre Teruena y Boulogne: el pais de Tongres estaba en guerra civil; y Clodoveo no era, á la vista de Siagrio, sino el gefe poco temible de 4 á 5.000 guerreros. Podia esperar con verisimilitud fácil la victoria, teniendo un rival tan poco poderoso; pero el genio engañó los cálculos de la política.

Clodoveo, en lugar de esperar á su ene-

migo, se atrevio á acometerle, y salió de Turnay, que era el lugar de su residencia. Los franceses aprobaron con aplausos su belicoso atrevimiento. Ragnacario se le unió con sus tropas: Cararico, rey de Boulogne, de Teruena y de Gante, le siguió tambien. En fin, su ejército se reforzó con el de Sigeberto, rey de Colonia. Los francos entraron en el territorio de Reims. En tiempo de Hincmaro, arzobispo de esta ciudad, se conservaban todavía algunos trozos del camino que siguieron cerca de Noyon, y se les llamaba *la calzada de los bárbaros*. Clodoveo desafió atrevidamente á Siagrio, y le propuso que fijase el dia y el lugar del combate. El romano acepta: los ejércitos se avistan, las tropas suenan, las flechas vuelan de entrambas partes. El rey de los franceses conoce que Cararico le hace traicion, y que se queda inmóvil, probablemente con intento de unirse al vencedor para repartir los despojos del vencido: su intrepidez le salva del peligro á que le espone la perfidia: anima á sus soldados con la voz y el ejemplo, y arremete con furia. La táctica de los romanos cede á la impetuosidad de los francos: las legiones son desbaratadas: Clodoveo derriba á cuantos se le oponen; y con su terrible francisca se abre ancho y sangriento camino para llegar al trono de las Galias. En vano Siagrio se esfuerza para rehacer sus tropas: los francos, aprovechándose de su desórden, las acosan y persiguen, y con-

vierten su retirada en derrota. Siagrio huye: Clodoveo le sigue sin intermision, y le obliga á buscar un asilo al otro lado del Loira en los estados del rey de los visigodos. Este era el jóven Alárico, que sucediendo á su padre Eurico, heredó su poder y no su valor. Una victoria tan pronta y brillante habria contentado á un guerrero vulgar; pero Clodoveo, semejante á César en esto, creia no haber hecho nada cuando quedaba algo que hacer. Continuando pues su marcha sin detenerse, amenazó con guerra al poderoso rey de los visigodos si no le entregaba á Siagrio. La temeridad, tan peligrosa contra los hombres firmes, se convirtió en prudencia contra el débil Alárico, que sorprendido é intimidado, entregó infamemente á Siagrio en manos de su vencedor. La crueldad que manchó el carácter del rey de los francos, empezó á manifestarse en el mismo instante que su gloria, y entrambas crecieron en lo sucesivo sin separarse nunca. Un cautivo como Siagrio daba cuidado al conquistador de las Armóricas: no atreviéndose á darle libertad, no pudiendo conservarle en perpétua prision, salió de la dificultad con un crimen, y mandó darle muerte en secreto. Los francos, despues de la batalla de Soissons, habian cometido muchos escesos, talado los campos y saqueado las iglesias. El obispo de Reims obtuvo del vencedor que reprimiese esta licencia, y los bienes de su clero fueron respetados. Viendo la benigni-

dad con que el rey de los francos acogia sus súplicas, le pidió que se le restituyese un vaso de plata de gran valor, que sus soldados habian cogido en Soissons. Clodoveo prometió devolvérselo, si le era posible disponer de él. Reunióse el ejército victorioso para repartir el botin, que estaba amontonado, segun la costumbre, enmedio de un campamento. El rey habló á sus compañeros y les pidió que le concediesen el vaso de Soissons para darle el destino que tuviese por conveniente. Los mas ancianos y estimados por su edad y prudencia respondieron: «Cuanto quieras del botin es tuyo: te obedecemos con gusto, y ninguno de nosotros resistirá á tu voluntad.» La aclamacion general aplaudia esta deferencia con un caudillo victorioso, cuando de improviso un franco atrevido y turbulento dió un golpe al vaso con su segur, y dijo orgullosamente al rey: «Aquí no tienes tú mas parte que la que te diere la suerte.» Esta brutalidad sorprendió á la junta: Clodoveo, sin manifestar emocion, la toleró en silencio. Sin embargo, sus compañeros le dieron el vaso que deseaba, y fue restituido de órden suya al obispo de Reims. Al año siguiente, habiendo reunido el rey sus tropas en el campo de Marzo, les pasó revista; y cuando al recorrer las filas se halló enfrente del soldado temerario que le insultó, le dijo: «Tus armas, tu espada, tu venablo, y sobre todo tu segur, no estan como deben;» y al mismo tiempo

le tomó la segur y la echó en el suelo. El franco se bajó para recogerla, y Clodoveo le hendió la cabeza con su francisca, diciendo: «Asi heriste tú el año pasado el vaso de Soissons.» Este hecho, citado igualmente por todos los historiadores, ha servido á los unos para probar la poca autoridad de los primeros reyes de Francia, y á los otros para demostrar el esceso de su despotismo. Todos han errado buscando un sistema fijo en aquella época en que la arbitrariedad y la licencia se sucedian y confundian. Nada habia entonces verdadero sino la fuerza, nada habitual sino el valor, nada constante sino el amor de la guerra y del saqueo. Clodoveo en entrambas ocasiones se conformó con las costumbres de su pueblo. En la junta obedeció, como príncipe, la ley del repartimiento del botin: en su campo ejerció osadamente un poder ilimitado. El rey tenia pocas facultades: el general lo podia todo.

Guerra contra los alemanes en Toxandria. (490.) Clodoveo, despues de la derrota de Siagrio, puso su corte en Soissons, y dió un territorio fértil al obispo de Reims. Las monedas que hizo acuñar en aquella ciudad, no tenian su efigie. En ella se ven las palabras *Soecionis* y *Bata*, nombres de la ciudad y del que fabricó las monedas, y la figura de un guerrero armado de segur. Procopio dice que los reyes francos no acuñaron moneda con su nombre hasta que Justiniano

les cedió sus derechos sobre las Galias.

Durante seis años, desde 486 hasta 492, Clodoveo no hizo mas que reconquistar enteramente el pais de Tongres, invadido por los alemanes. En esta misma época hubo en Italia una grande revolucion. Teodorico, rey de los ostrogodos, adoptado por el emperador Zenon, se alejó de Grecia, defendida y devastada sucesivamente por sus tropas, pasó los Alpes, y acometió á Odoacre que habia depuesto al último de los emperadores romanos. Despues de cuatro años de combates, Odoacre fue vencido y muerto: Teodorico fue proclamado rey de Italia: Zenon murió en Constantinopla, y tuvo por sucesor á Anastasio. Entretanto Clodoveo, habiendo vuelto á Soissons, se afanaba constantemente en estender y afirmar su poderío en las Armóricas. Hasta entonces los territorios de Reims y de Soissons eran los únicos frutos de su victoria. Quedaban todavia muchas ciudades romanas independientes y defendidas por tropas valerosas. Conquistarlas á fuerza de armas hubiera sido larga empresa; y asi despues de haber tomado á algunas en guerra abierta, se valió de la política para hacerse dueño de las demas. Su respeto al clero católico le grangeó el amor de los pueblos, en los cuales el sacerdocio era ya la clase mas estimada y poderosa. Por las cartas de aquella época se ve que las ciudades temian la dominacion de los borgoñones y visigodos, cuyos príncipes eran arria-

nos. El rey de los francos se aprovechó con habilidad de esta disposicion de los ánimos, que le valió tantas conquistas como su espada. La iglesia fue el verdadero fundamento de su trono, porque lo era de la sociedad; y asi le concedió tantos y tan grandes privilegios, que Chilperico, uno de sus sucesores, se quejaba de que los *obispos eran mas reyes que él.*

Los católicos preferian la dominacion tolerante de un rey pagano al gobierno perseguidor de príncipes hereges. Muchos obispos, acusados de favorecer secretamente á Clodoveo, fueron arrojados de sus iglesias y condenados al destierro por los reyes de los visigodos y borgoñones.

Matrimonio de Clodoveo con Clotilde. (492.) El rey de los francos dió poco despues á los obispos católicos una nueva garantía de su proteccion, recibiendo por esposa á Clotilde, que profesaba la misma religion. Era sobrina del bárbaro Gundebaldo, rey de Borgoña, homicida del padre, de la madre y de los hermanos de aquella princesa. Si se ha de creer á las antiguas crónicas, y al autor de los *Hechos*, esta union en que consintió Gundebaldo, mas bien por temor que por amistad, se negoció con mucha astucia. Clodoveo, que sabia valerse á un mismo tiempo del rústico valor de los francos y de la diestra política de los antiguos vasallos del imperio, dió su confianza á Aureliano, senador romano, á quien nombró conde de

Melun, y le envió en secreto á Borgoña. Aureliano llegó, disfrazado de mendigo, á Ginebra, donde residian Clotilde y su hermana: como eran caritativas y visitaban á los pobres, el ministro de Clodoveo tuvo lugar de hablarlas y de pedir á Clotilde una audiencia particular. En ella le dijo que el rey de los francos, enamorado de la fama de sus virtudes y hermosura, estaba resuelto á solicitar su mano; pero que antes de dar paso alguno en público, queria estar seguro de su consentimiento. Clotilde, que no podia amar á su tio, enemigo de su fe, y asesino de su familia, acogió favorablemente la pretension de un rey coronado por la victoria, aceptó el anillo real de Clodoveo, dió en cambio el suyo por prenda de su fe, regaló algunos sueldos de oro al emisario, cuya clase ignoraba, y le habló asi: «Decid á vuestro príncipe, que si desea mi mano debe apresurarse á pedirla á Gundebaldo, mi tio, antes que vuelva su ministro Aridio, que está en Constantinopla. Aridio es romano y enemigo de vuestra nacion; y si estuviese de vuelta, desharataria vuestro designio.» Aureliano partió, siempre con el mismo disfraz. Al llegar al Orleanés se le juntó un mendigo verdadero, y le robó los regalos de Clotilde; pero entonces se hallaba cerca de su castillo, fue á él con prontitud, y envió sus esclavos en perseguimiento del ladron, y lo prendieron. Clodoveo, informado de las disposiciones favorables de Clo-

tilde, hizo pedirla públicamente por esposa al rey de Borgoña. Gundebaldo, sorprendido de esta solicitud, recibió con frialdad á los embajadores: estos insistieron, y dijeron que la princesa estaba ya desposada con Clodoveo. El rey indignado los llamó impostores, y rehusó formalmente su consentimiento al matrimonio: los francos le respondieron con amanazas, y de entrambas partes se preparaba la guerra; pero los senadores borgoñones, que temian el poder de Clodoveo, suplicaron á Gundebaldo que evitase un rompimiento tan funesto. «Se habla, le dijeron, de un contrato secreto: ¿quién sabe si es verdad?» Gundebaldo mandó llamar á su sobrina Clotilde, que le declaró el trueque misterioso de los anillos. El rey de Borgoña estaba incierto entre la prudencia y la ira; pero el voto unánime de los grandes de su corte le obligó á consentir en el casamiento de su sobrina. Clotilde salió para Francia, y encargó á los embajadores de Clodoveo que acelerasen el viage, porque acababa de saber que Aridio habia desembarcado pocos dias antes en Marsella.

Sus temores eran fundados. Aridio fue aceleradamente á Ginebra, y sabiendo del rey la noticia del casamiento y partida de Clotilde, «Vos creeis, le dijo, que ese lazo será la prenda de una alianza durable: yo os pronostico que será para vuestra familia y la Borgoña fuente de guerra y de calamidades. Habeis quitado la vida al padre y á

los hermanos de esta princesa: hicisteis ahogar en las aguas á su madre: Clotilde está ofendida, y las armas de Clodoveo vengarán sus ofensas. Aun es tiempo, prevenid estas desgracias: enviad con prontitud soldados que hagan volver á vuestra sobrina. Si Clodoveo casa con Clotilde, los francos adoptarán su querella, y su espada temible amenazará siempre á vos y á vuestros descendientes.» Gundebaldo siguió este consejo; pero cuando sus tropas llegaron á las fronteras de Borgoña, Clotilde estaba ya en los estados de su esposo. No tardó esta princesa en justificar la prediccion de Aridio: apenas se vió en los límites de los dominios de su tio, exigió de los francos que la acompañaban, que hiciesen guerra á aquella parte del territorio de Borgoña. Las menores circunstancias del casamiento y conversion de Clodoveo han escitado siempre el mas vivo interes; y la narracion de las crónicas francesas, mas ó menos conforme, á la verdad, debe conservarse, porque pinta las costumbres del siglo.

Nacimiento de Clodomiro, hijo de Clodoveo. (493.) Celebróse el casamiento de Clodoveo, y esta union aumentó el afecto que le profesaban el clero y el pueblo de Armórica. Concluyó un tratado con las ciudades que aun no se habian sometido. Procopio dice que en él se estipuló la reunion de las tropas romanas al ejército franco; pero conservando el órden, disciplina, ves-

tido y calzado de las legiones.

Desde que Clotilde fue reina se valió de toda la influencia del amor para persuadir á Clodoveo á abrazar la religion cristiana. El rey, ó por conviccion ó por política, resistió por mucho tiempo á sus instancias, temiendo quizá desagradar á su nacion si renunciaba á sus ídolos. Sin embargo, movido de las súplicas de su muger, le permitió bautizar á Ingomero, si primer hijo. El niño murió poco despues, y Clodoveo irritado dijo á Clotilde: «Si el niño se hubiese ofrecido á mis dioses estaria vivo.» Despues, habiendo dado á luz la reina otro hijo, llamado Clodomiro, le bautizó tambien, cayó enfermo el infante, y la ira del rey aumentó; pero las oraciones de su madre, dice san Gregorio de Tours, le alcanzaron la salud, y se calmó el enojo de Clodoveo.

El Loira frontera de la monarquía de los francos. (494.) Hasta entonces los gefes de los francos consumian en la ociosidad el tiempo que no empleaban en la guerra; pero Clodoveo era superior á su pueblo y á su siglo, y cuando su espada descansaba, el cetro era activo, y velaba para fundar sobre leyes un imperio durable. Ningun acto nos hace conocer de qué manera repartió las tierras conquistadas. Los historiadores solo ofrecen conjeturas acerca de este asunto. Muchos creen que imitó á los godos y borgoñones, lo que hubiera puesto en poder de los francos las dos terceras partes de las

tierras de Galia. Dubos piensa, que siendo Clodoveo mas bien aliado que conquistador de las Armóricas, respetó sus propiedades. Pero estos son sistemas que no enseñan tanto como los hechos.

Clodoveo habia conquistado á fuerza de armas los paises de Reims y Soissons. Otra parte de las Armóricas se le habia sometido por un tratado: el ejército de los francos no era muy numeroso. Las tierras que pertenecian en cada ciudad al fisco, es decir, al dominio del imperio, quedaron por necesidad bajo el señorío de Clodoveo. Los bienes de los compañeros de Siagrio, vencidos en la lid, cayeron con sus dueños, por el derecho de la guerra, en poder de sus vencedores; y ciertamente bastaron para premiar y enriquecer la pequeña tribu de los salios. Se sabe que el rey de los francos, en vez de oprimir á los romanos, se valió de las armas de los que quisieron entrar en su servicio, y que admitió muchos en la clase de *leudes* y ministros suyos. Hemos visto que Aureliano poseia como beneficio el castillo de Melun y el título de conde. Todos los patricios de Galia que no le resistieron, fueron elevados á la dignidad de comensales suyos: clase privilegiada por la disposicion de la ley sálica.

Los obispos de Galia eran casi todos romanos; y en vez de despojarlos aumentó sus dominios y les dió tierras. En fin, para incorporar poco á poco una nacion con otra, empleó sucesivamente los medios de humi-

llar á los que permanecian obedientes á la ley romana, y favorecer á los que adoptaban la sálica, agregándose á los francos. Los que se ostinaban en resistirle, eran castigados con el robo, la confiscacion y la servidumbre: la Auvernia lo esperimentó cruelmente cuando reunió sus tropas á las de los visigodos para pelear contra Clodoveo.

Clodoveo, habiendo puesto los límites de su imperio en el Loira, llevó sus armas á Bretaña. Gregorio de Tours dice que uno de sus generales sitió á Nantes: los bretones previnieron su ruina concluyendo un tratado de paz. Parece que desde esta época aquella provincia quedó casi independiente, y mas bien aliada que sometida, gobernándose por sus propios gefes que tuvieron los títulos de conde y de duque.

Guerra con los alemanes: batalla de Tolpiac. (496.) Bien pronto un nuevo enemigo, mas formidable que todos los que habia vencido Clodoveo, vino á acometerle y á conmover su poder mal afirmado todavía. Los alemanes, pueblo numeroso y guerrero, poseian los paises situados al norte de Ginebra, entre el lago de este nombre y el monte Jura. Envidiosos de los borgoñones, de los godos y de los francos, y deseando repartir con ellos los despojos de Galia, habian pasado el Rhin en 480, y apoderádose de una parte de Alsacia. Reuniéronse á los suevos, é invadieron la segunda Germania, ocupada entonces por Sigeberto, rey de Co-

lonia, pariente de Clodoveo y gefe de los francos ripuarios. Este príncipe imploró el auxilio de Clodoveo, que acudió al frente de sus intrépidos francos y de las legiones armóricas. Reunidos los ejércitos, encontraron á los alemanes cerca de Tolpiac, llamada hoy Zulpik, á cinco leguas de Colonia: alli se dieron una batalla sangrienta, en la cual pareció indeciso por mucho tiempo el destino de Francia. De una y otra parte combatian cuerpo á cuerpo los enemigos mas encarnizados del imperio sobre sus últimas reliquias. Enmedio de una sangrienta lid, en la cual cada guerrero estaba resuelto á perder la vida antes que la victoria, recibió Sigeberto una profunda herida, que le dejó impedida para siempre una pierna: sus compañeros le sacaron del combate, quedando descubierto con su retirada el flanco de los salios. Los francos, ostigados por todas partes, comienzan á cejar: en vano Clodoveo, haciendo prodigios de fuerza y valor, procura volverlos á la accion: por la primera vez desatienden sus palabras y se les vá la victoria de entre las manos. Entonces Aureliano aconsejó al rey que invocase al Dios de Clotilde, que era quien únicamente podia darle el triunfo. El rey de los salios, levantando los ojos al cielo, pronunció estas palabras, citadas por Gregorio de Tours: «Dios de los cristianos, si socorres á los que te imploran, y consuelas á los que confian en tí, yo me acojo á tu poder. Si me concedes la

victoria, yo te adoraré. En vano he invocado mis dioses: me rehusan su proteccion, ó no tienen poder: ahora te invoco á tí: concédeme á un mismo tiempo la victoria y la fe.» Esta oracion escita el entusiasmo de las legiones galas: su ardor y su ejemplo reaniman el valor de los francos. Reunidos unos y otros, vuelven impetuosamente contra el enemigo: nada resiste á su choque violento: los alemanes son desbaratados: su rey cae cubierto de heridas: los vencidos atemorizados tiran las armas, y se someten á la autoridad de Clodoveo, que los mandó volverse á sus hogares. Despues les restituyó su independencia: los que quisieron permanecer en Galia fueron vasallos suyos, pero no esclavos. Debieron esta mejora en su suerte al rey de Italia, cuya proteccion imploraron.

Teodorico, tan célebre como Clodoveo por sus conquistas, y superior en luces y virtudes, hacia olvidar á Roma la caida de su potencia, y la vergonzosa deposicion de su último emperador. Civilizaba á los godos, los mantenia con firmeza sumisos, respetaba las leyes romanas, daba al senado una sombra de libertad, se instruia con los consejos del ilustre y sabio Casiodoro; y con la proteccion de su justicia imparcial, los vencedores y vencidos, admirados de su union, daban á Italia el reposo y seguridad que la debilidad de los últimos césares habia desterrado durante tantos años. La revolucion que se preparaba en Galia, no se es-

condia al genio vasto y penetrante de Teodorico. Tenia la vista fija en Clodoveo : receló que este jóven héroe, vencedor de los romanos de Armórica, y espanto ya de Germania, destruyese el poder de los visigodos, y nuevo Brenno, atemorizase á Italia con nueva invasion de los galos. Resuelto á oponérsele, empleó sucesivamente para contenerle la persuasion y la fuerza ; y lisonjeó su orgullo con elogios al mismo tiempo que se disponia á hacerle guerra. Unióse á él con los lazos del parentesco, tomando por esposa á Audefleda, hermana de Clodoveo : dió su hija en matrimonio á Alárico, rey de los visigodos, y resolvió abandonar solamente la Borgoña á la ambicion del rey de los francos, con tal que consintiese en repartir con él los despojos. Su primer cuidado fue exhortarle, despues de la batalla de Tolpiac, á no proseguir su venganza contra los alemanes ; y á este fin le escribió en los términos siguientes: «La alianza gloriosa que me une con vos, me obliga á daros la enhorabuena del nuevo esplendor que la fama de la nacion franca, harto tiempo estacionaria, ha recibido de vuestras victorias. Vuestra mano invencible ha sometido á los pueblos alemanes, derribando sus mas valerosos guerreros. Deseo que vuestra moderacion perdone á los vencidos : sus reliquias fatigadas buscan asilo bajo la proteccion de un príncipe unido á vos por los lazos del parentesco. Perdonad, pues, á estos desgraciados que temen vues-

tra espada, y se ocultan en mis fronteras. ¿No es triunfo bastante honorífico para vos haber espantado de tal manera á estos alemanes, por tanto tiempo formidables, que os pidan la vida como un favor? Debe bastaros el mirar abatido en vuestra presencia el orgullo de este pueblo, y su príncipe derribado por vuestro brazo. De tantos guerreros innumerables, á unos destruyó la espada, otros sufren la esclavitud. Dignaos de perdonar sus débiles restos. Para exhortaros á ello, saludándoos con el afecto y honor que se os deben, enviamos á vuestra escelencia embajadores, á los cuales, segun esperamos, recibireis con vuestra benevolencia acostumbrada. Nos lisonjeamos de que gozarán en vuestros estados los derechos de la hospitalidad, y lograrán respuesta favorable. Les hemos encargado que os hablen confidencialmente de los negocios que os interesan, y que es mejor tratar de palabra que por escrito. Hemos escogido para esto los hombres mas capaces de satisfacer las miras de entrambos; porque hemos deseado ardientemente que triunfaseis, como si vuestros triunfos fuesen parte de nuestra gloria; y todas las felicidades de que goceis, nos parecerán ventajas ciertas para el reino de Italia.» Clodoveo, ó por deferencia á Teodorico, ú ocupado entonces en otros designios, no llevó sus armas al otro lado del Rhin, y volvió á su corte, donde Clotilde le instó con ardor á que colmase sus votos, abjurando el

culto de los ídolos. San Remi, obispo de Reims, llamado por la reina, favoreció sus esfuerzos, é instruyó al rey en la fe cristiana. Este príncipe vacilaba aun, temiendo la adhesion de su pueblo al culto antiguo; pero en fin, vencido por las súplicas del obispo y de la reina, ó determinado por la necesidad de afirmar su dominacion en Galia adoptando la religion del pais, reune á los francos, y les persuade con energía el poder del Dios de los ejércitos, que les habia dado la victoria contra los alemanes. Las palabras del gefe fueron leyes para los francos, y Clotilde era sagrada para ellos desde que creyeron que debian el triunfo al Dios que ella adoraba. Apenas habló el rey, cuando todos sus guerreros, hiriendo con las hachas los escudos, esclamaron llenos de ardor: «Renunciamos al culto de dioses perecederos, y reconocemos el Dios eterno que Clotilde adora, y que el obispo Remí nos predica.» Al punto se dispone todo para el bautismo del príncipe y de su ejército. Conviértese un terreno estendido en pila bautismal: las paredes que la rodean se cubren de paños y telas ricamente bordadas: preparanse las fuentes, enciéndense los cirios, y el incienso humea. El nuevo Constantino (asi le llama Gregorio de Tours, á quien debemos la descripcion de esta gran ceremonia) se acerca respetuosamente al obispo. Remí, vestido de los ornamentos pontificales, antes de derramar sobre la frente de Clodoveo el

óleo sagrado, le dirige estas palabras: «Fiero sicambro, humilla tu corazon y baja la victoriosa cerviz ante el Eterno que te escucha. Júrale adorarlo en los templos que quemabas, y quemar los ídolos que adorabas.» Clodoveo arrodillado pronuncia el juramento, como tambien sus dos hermanas Arbofleda y Teuschilde. Al mismo instante lo repiten 3.000 guerreros y gran multitud de mugeres y niños. Pues en este célebre dia se bautizaron solamente 3.000 soldados, y no consta de ningun escritor que lo restante de la nacion se opusiese: parece indudable que la tribu de los salios era muy poco numerosa: lo que favorece la opinion de algunos historiadores, segun los cuales, despues de la derrota de Siagrio, Clodoveo se hizo dueño de las Armóricas mas bien por el amor que le tenian, que por el temor de sus armas. Le habria sido imposible vencer á 100.000 alemanes, si no hubiese tenido por auxiliares las milicias de Galia y las legiones romanas de Armórica; pues las tropas de las demas tribus francas no pasaban de 20.000 hombres. La conversion y bautismo de Clodoveo acabaron de conciliarle el afecto de todos los galos, sobre los cuales ejercian los obispos católicos una grande influencia. Desde entonces tuvo en los estados de los príncipes visigodos y borgoñones muchos y poderosos amigos. La fe del belicoso Clodoveo fue sincera; pero todavía luchaban en su alma las ásperas costumbres de las sel-

vas germánicas con las luces de la civilizacion, y bajo el velo blanco que cubria al catecúmeno, se dejaba ver la segur del sicambro. Un dia predicaba san Remí en presencia suya de la pasion del Salvador; y cuando describió la crucifixion, Clodoveo se levantó impetuosamente esclamando: «¿A dónde estabamos entonces mis francos y yo? Con nuestras franciscas hubieramos esterminado á los homicidas del Señor.»

Al mismo tiempo consagró san Remí al rey de los francos en la iglesia de Reims. En esta ocasion se divulgó la anécdota milagrosa de la santa ampolla, acreditada por la narracion de Hincmaro, arzobispo de Reims en el siglo IX: el cual cuenta, que no habiendo llegado á la hora que se le habia dicho el eclesiástico que debia traer el oleo sagrado, san Remí, afligido por este accidente, invocó el socorro celestial, y que al punto se vió venir por el aire una paloma blanca como la nieve, que le entregó una *fiola* ó ampolla, llena de aceite, cuyo olor suave embalsamaba el viento. Desde entonces Clodoveo fue celebrado por los católicos como el héroe y el Macabeo de la Iglesia. Eúmenes, sacerdote romano, le trajo al mismo tiempo una carta del papa, concebida en estos términos: «*Anastasio, obispo, á nuestro ilustre y glorioso hijo Clodoveo.* Enviamos á vuestra serenidad el sacerdote Eúmenes para deciros con qué satisfaccion hemos sabido el homenage que tributais al

Padre de los humanos. Esperamos que vuestras buenas obras crecerán y se multiplicarán sin cesar. Asi colmareis nuestra ventura y sereis nuestra verdadera corona: estendereis la prosperidad de la Iglesia nuestra madre, que tan felizmente ha hecho á un rey tan grande renacer en Jesucristo. Sed, pues, perpétuamente el instrumento de sus triunfos, oh noble y glorioso hijo nuestro, y su columna férrea: para ella os conserve siempre en sus caminos, y os conceda victoria de vuestros enemigos.» Desde entonces Clodoveo y sus sucesores conservaron el título de *hijos primogénitos de la Iglesia*. El rey de los francos fechaba asi sus cartas: *el año 16 de nuestro reinado, y el 1.º despues de nuestro bautismo*. Poco tiempo despues de la conversion de los francos se hicieron sospechosos á los visigodos los obispos católicos por ser favorables á Clodoveo; Volusiano, obispo de Tours, fue echado de su silla y desterrado á España. El rey de los francos defendió con ardor la causa de los perseguidos contra los perseguidores; lo que originó entre Alárico y Clodoveo desavenencias que mas tarde decidieron las armas. Pero antes que llegasen á una guerra abierta, quiso fortificarse Clodoveo con nuevas conquistas; y por eso hizo alianza ofensiva con su cuñado Teodorico, rey de Italia, contra Borgoña. Por este tratado se convinieron que los paises conquistados se repartirian entre francos y ostrogodos: que los aliados entrarian á un

mismo tiempo en Borgoña, y que el último que llegase pagaria al otro una indemnizacion pecuniaria.

Guerra de Borgoña. (499.) Clodoveo no ignoraba la division que habia entre los príncipes borgoñones, y se aprovechó de ella con artificiosa política. Persuadió con magníficas promesas á Godegisilo, hermano de Gundebaldo, á que tratase con él directamente, y juntase sus armas á las de los francos cuando llegase la ocasion.

Gundebaldo no sospechaba la perfidia de su hermano; pero amedrentado de la tempestad que le amenazaba, y del poder formidable de sus enemigos, creyó quitarles pretestos plausibles de guerra y grandes medios de victoria, reconciliando los católicos de sus estados con los arrianos. Para lograr este objeto reunió los obispos en Leon, y dijo á los católicos: «¿Por qué no empleais vuestra influencia en desarmar á Clodoveo que se liga con mis enemigos para perderme?» El obispo Avito le respondió: «Nosotros ignoramos los motivos políticos de los reyes; pero la santa Escritura nos enseña que el desprecio de la ley divina causa muchas veces la ruina de los estados. Dejad de ser enemigo de Dios, y os favorecerá. Reconciliaos con él, y estareis en paz con los hombres.»

Batalla de Dijon. (500.) Esta respuesta debió convencer á Gundebaldo cuán necesario le era adoptar la religion del mayor número de sus vasallos, si queria hacer la guer-

ra con buen éxito. Ya las tropas de Clodoveo estaban en marcha, y los ostrogodos por su parte habian pasado los Alpes y amenazaban á Provenza. Gundebaldo reunió su ejército y llamó en su socorro á Godegisilo: este fingió pérfidamente querer participar de sus peligros, se apresuró á juntarse con él, y uno y otro se acamparon á vista de Dijon.

Los francos no tardaron en llegar, y se empeñó el combate. La victoria no fue incierta por mucho tiempo; porque en el mismo momento que Clodoveo atacaba de frente al rey de los borgoñones, el traidor Godegisilo le acometió por el flanco, y le derrotó completamente. Gundebaldo huyó, y se refugió en Aviñon, donde le sitió Clodoveo; y durante el cerco, Godegisilo se apoderó de los estados de su hermano; fue proclamado rey en Viena, que era la capital, y prometió ceder á los francos una parte de Borgoña. Gundebaldo se defendia con valor; pero la falta de víveres hacia inevitable su próxima ruina. En este peligro debió su salud al prudente artificio de su ministro Aridio. Este romano, fingiendo que abandonaba su partido, pasó á los reales de Clodoveo, y en breve ganó su confianza: cuando le vió favorablemente dispuesto, y ademas cansado de muchos asaltos inútiles, le dijo: «Aviñon es plaza demasiado fuerte para que la podais tomar. Mientras que asolais inútilmente el pais, donde dentro de poco no hallareis subsistencias, dejais espuestos vuestros estados

á las empresas de Alárico. Apresuraos á terminar esta guerra, tomando una resolucion mas noble y provechosa. Imponed tributo á Gundebaldo, y concededle la paz á ese precio. ¿Qué arriesgais? Si acepta esas condiciones, quedará sometido y será vuestro vasallo: si se niega á ellas, continuareis el sitio, y emplearéis la fuerza de vuestras armas para rendir la ciudad.»

Clodoveo adoptó este consejo, y el tratado se concluyó. Gundebaldo pagó el primer año del tributo exigido; pero apenas el rey de los francos se alejó, violando la fe, volvió á tomar las armas, y llevó sus tropas á Viena con suma rapidez para sorprender allí á su hermano. Godegisilo, informado á tiempo de su proyecto, estaba preparado, y rechazó valerosamente sus ataques: entonces el sitio se convirtió en bloqueo. La ciudad, afligida de hambre, se vió obligada en pocos dias para prolongar su resistencia á echar fuera las bocas inútiles. Entre estos desterrados habia un fontanero, que irritado de que le hubiesen espelido de su casa, descubrió á Gundebaldo un antiguo canal subterráneo, por el cual penetraron de noche sus tropas dentro de la plaza. Los habitantes ven de improviso á los enemigos escalar por una parte las murallas, y por otra ocupar plazas y calles. Refúgianse amedrentados á los templos. Gundebaldo los redujo á cenizas, y Godegisilo pereció en uno de ellos. Solo una tropa de francos que servia bajo sus órdenes,

conservó enmedio de este desastre heróica intrepidez, y debió la vida á su valor. Encerráronse en una torre, y pelearon con tanta furia, que cansaron al vencedor, le obligaron á admirarse de su brio, y obtuvieron de él honrosa capitulacion.

Paz con Borgoña. (501.) Teodorico, durante el curso de esta guerra, habia conquistado muchas ciudades del mediodia. En la paz quedó señor de Marsella y su territorio, y de todo el pais situado entre el Mediterráneo, el Ródano, el Durance y los Alpes. Gundebaldo, corregido por la desgracia, fue despues mas humano para con sus pueblos, y les dió un código, llamado la ley *Gombeta*, cuyas disposiciones, favorables á los romanos, los preservaban de la opresion de los arrianos. Recobró la mayor parte de su reino, se reconcilió con Clodoveo, le juró vasallage, y terminó pacificamente su largo reinado, cuyo principio fue mancillado con tantos crímenes.

Desde que Teodorico se vió poseedor de la antigua provincia romana, habló á los pueblos conquistados el lenguage que ha merecido tantos elogios de los historiadores de Italia. «Debeis, les dijo, obedecernos, no como cautivos, sino como hombres libres. Volved á las costumbres romanas, casi olvidadas entre vosotros: renunciad á los usos, idioma y trage de los bárbaros, y sobre todo á su crueldad. No conviene que en nuestro reino, fundado sobre la justicia, vivan

en su patria como estrangeros los antiguos romanos. Resueltos por el amor que os tenemos á promover todo lo que os sea útil, hemos escogido para gobernaros á Gemelo, recomendable por su talento y sus virtudes. Vuestra prosperidad será el objeto de sus afanes. Obedeced, pues, sus órdenes como si fueran nuestras.» El rey de Italia, menos violento y mas ilustrado que Clodoveo, logró todo el fruto de la guerra de Borgoña, en cuyos peligros tuvo poca parte. Despues aplicó toda su solicitud á impedir el rompimiento entre el rey de los francos y el de los visigodos; pero no pudo conseguir mas que retardarlo.

Desavenencias entre Clodoveo y Alárico. (502.) Alárico perseguia á los católicos: Clodoveo los defendia, y ya de las amenazas pasan á tomar las armas, cuando Teodorico, previendo la ruina de su yerno, y temiendo el engrandecimiento de los francos, escribió primero á Alárico para calmarle y contenerle. «Aunque vuestros abuelos, le decia, vencedores de Atila, os hayan transmitido su valor, no espongais temerariamente vuestras tropas, debilitadas por una larga paz, á los trances de la guerra. No se recobran fácilmente, una vez perdidas, las costumbres militares. No deis oido á las pasiones, que son muy malos consejeros, y engañan acerca del fin que proponen, y de los medios que aconsejan. La guerra es el último remedio que debe adoptarse para los ma-

les políticos. Esperad para sacar la espada contra el rey de Francia á la respuesta que dé á mi oferta de mediacion. No estais obligado á la venganza por alguna injuria personal ni grave, ni por el asesinato de algun pariente : solo hay entre vosotros rencillas de palabra, fáciles de estinguir. Dejadme, pues, tiempo para prevenir á Clodoveo, que si os acomete os defenderé á pesar de los vínculos que con él me enlazan. Acaso no se resolverá á luchar solo contra dos naciones belicosas. Espero que no será sordo á mis consejos : los hombres mas orgullosos oyen la voz de la justicia, principalmente cuando les habla armado de un acero acostumbrado á vencer.»

Al mismo tiempo reprendió fuertemente á Clodoveo las violencias contra Alárico, yerno suyo. «La mayor alegria, le dijo, que entrambos podeis dar á vuestros enemigos comunes, es ver á los francos y visigodos destrozarse mútuamente. Cada uno de vosotros es rey de una poderosa nacion : si dais oidos á los que os incitan á la guerra, conmovereis ambos tronos, y vuestros pueblos maldecirán en vosotros ese ímpetu temerario que los habrá precipitado en una lid funesta. Vuestro ardor impaciente abandona con demasiada prontitud los medios de conciliacion. En las rencillas de los parientes es costumbre nombrar árbitros : ¿cómo podeis creer tan evidentes vuestros derechos, cuando yo dudo todavía de su justicia? Estoy re-

suelto á declararme contra el de vosotros dos que deseche mis representaciones pacíficas. Mis embajadores cerca de vuestra escelencia, y los que he enviado al rey mi yerno, tienen órden de emplear todos los medios de reconciliacion y de impedir que los francos y visigodos se destruyan unos á otros. Creed que este consejo es dictado por una sincera amistad; porque no se aconseja asi á aquellos cuya prosperidad se envidia.» El orgullo del rey de los francos se irritaba con estas representaciones prudentes, pero amenazadoras. Alárico, mas dócil, cedió al consejo de su suegro, y pidió á Clodoveo una conferencia. Clodoveo la admitió, y se celebró en una isla del Loira, cerca de Amboise. Los dos reyes conferenciaron, comieron juntos, y se prometieron recíproca amistad, que duró poco. Alárico publicó en este tiempo el código de los visigodos; y pareciendo entonces adoptar el sistema de la tolerancia, permitió á los católicos celebrar un concilio que se reunió en Agde, siendo su presidente san Cesario. Pero arrastrado poco despues por sus pasiones y las de los arrianos, renovó la persecucion, y descontentó ademas á sus pueblos alterando las monedas. Gregorio de Tours asegura, que la mayor parte de los galos sometidos á su dominacion deseaban que los francos triunfasen.

Quinciano, obispo de Rodez, fue preso y acusado de haber querido entregar la ciudad á Clodoveo. Este, mirando aquella vio-

lencia como una injuria, ó mas bien como un pretesto favorable, convocó la junta de los francos al campo de Marzo, y les dijo: «¿Hasta cuándo, oh compañeros, sufriremos que los visigodos nos insulten, y que los arrianos derriben los altares, opriman á los católicos, y sometan á nuestra vista una parte tan considerable de Galia? Esgrimamos la espada: marchemos contra ellos. Dios nos guiará y nos hará dueños de estos bellos paises que nos esperan como libertadores.»

Guerra con los visigodos: batalla de Vouglé. (507.) A estas palabras, la aprobacion unánime de los guerreros francos se manifiesta con el estruendo y choque de frameas y franciscas. La guerra se declara: Teodorico envia un ejército en defensa de su yerno: Gundebaldo se une á Clodoveo: Childerico, hijo de Sigeberto, y los demas príncipes de su familia unen sus tribus á la de los salios; y todo se dispone para la lid definitiva que ha de fijar la suerte de Galia, y dar su señorío á los godos ó á los francos. Clodoveo marchó con rapidez: habiendo llegado cerca de Tours, ganó el amor de los pueblos, venerando la memoria de san Martin, obispo de aquella ciudad, que habia fallecido un siglo antes, y prohibiendo espresamente á sus tropas tomar nada de la provincia de Turena sino yerba y agua. Un soldado fue preso por haber quitado á una pobre muger corta cantidad de heno que tenia encerrado en su tugurio. El militar, cre-

yendo poco grave su delito, dijo riéndose: «¿En qué he faltado? el rey nos ha permitido tomar yerba; y el heno ¿qué es sino yerba en manojos?» El inflexible Clodoveo mandó cortarle la cabeza; y como los francos murmurasen de este acto de crueldad, «En vano, les dijo, confiais en vuestro valor: nuestras espadas carecerán de fuerzas, y nuestro ejército de triunfos, si ofendemos al ilustre santo que protege este pais.» Encargó ademas á algunos de sus oficiales llevar una ofrenda al sepulcro de san Martin, y referirle á la vuelta las primeras palabras que oyesen en la iglesia, esclamando al mismo tiempo: «Dios de los cristianos, si mi débil brazo está destinado á humillar tus enemigos, dígnate de manifestar tu voluntad á los que entren en la iglesia de san Martin.» Cuando los enviados entraron en el templo, el coro entonaba un versículo, cuyo sentido es este: «Tú, Señor, me has armado de valor en los combates: tú has hecho caer bajo mis golpes á los que se levantaron para herirme: tú has confundido á mis enemigos, y tu nombre los ha ahuyentado ante mí:» suceso que llenó de alegría y de esperanza el ejército de los francos. Esta especie de oráculos era un resto de las antiguas supersticiones gentílicas; pues al mismo tiempo que Clodoveo creia leer su destino en la coincidencia del canto sagrado con la entrada de sus oficiales en la iglesia, el concilio de Agde prohibia espresamente

buscar pronósticos de lo futuro en los sepulcros de los santos ó en los libros sagrados.

El ejército de los visigodos defendia los alrededores de Poitiers y el paso del Viena. Clodoveo perdió mucho tiempo sin encontrar vado, y al fin descubrió uno. Queriendo entonces, como Sertorio, animar sus tropas con un prodigio, les dijo, que una cierva atravesando á su vista el Viena, le habia indicado el paso que buscaba, y que al mismo tiempo una luz milagrosa, alzándose desde la torre de la iglesia de san Hilario de Poitiers, y estendiendo sus rayos al campamento, le habia mostrado el camino brillante de la victoria. Al punto se puso en marcha con su ejército, y le prohibió cometer violencias contra los galos y romanos que no hubiesen tomado las armas á favor de Alárico. Gregorio de Tours dice, que un soldado que violó esta órden, sintió al momento su brazo paralizado. Clodoveo pasó el Viena en el sitio que se llamó despues *Vado de la cierva*: atravesó luego el Clain. Apenas se presentó, los visigodos se retiraron; porque Alárico queria con razon evitar el combate antes que llegasen los socorros de Teodorico; pero sus turbulentos guerreros, indignados de una circunspeccion que llamaban cobardía, empezaron á murmurar, se sublevaron, y le obligaron á detenerse. Clodoveo los alcanzó en la llanura de Vouglé, á diez millas de Poitiers. Los visigodos no

querian al principio combatir sino con armas arrojadizas, á las cuales estaban mas acostumbrados que los francos; pero Clodoveo, acometiéndolos con su impetuosidad ordinaria, les hizo sentir el peso de su formidable francisca. La lid entre estas dos naciones belicosas fue sangrienta, larga y ostinada. Cloderico participó en esta célebre jornada de los peligros y de la gloria del rey de los salios. La victoria estaba incierta todavia, cuando Alárico y Clodoveo, conociéndose enmedio de la batalla, se arrojaron el uno contra el otro, y se acometieron cuerpo á cuerpo. La suerte de entrambas naciones dependia de esta lid: Galia era el premio de la victoria. En fin, Alárico cayó bajo la segur de Clodoveo; pero el momento de este triunfo fue el del mayor peligro, porque dos guerreros visigodos, en venganza de su rey, se precipitaron á un mismo tiempo sobre Clodoveo, y enristraron contra él las lanzas. Su fuerza resistió al choque, el peto á los hierros, y la velocidad del caballo le salvó del riesgo. Los galos de Auvernia, mandados por Apolinar, hijo del célebre Sidonio, lucharon todavía ostinadamente contra la fortuna: casi todos perecieron en el combate; y cuando su intrépida columna fue derribada, huyó todo el ejército de Alárico. Clodoveo, como todos los héroes que han dejado memoria de sí, sabia aprovecharse del triunfo, y no dejar al enemigo lugar para rehacerse. Tierry, el mayor

de sus hijos, nacido de una concubina, conquistó el Albiges, el Robergue y la Auvernia; mientras el rey de los francos entraba en Langüedoc, y ponia sitio á Carcasona. Por su parte asolaba Gundebaldo las provincias cercanas á su reino. Entretanto los visigodos habian proclamado rey en Narbona á Gesálico, hijo de Alárico; pero este príncipe, ni supo inspirar confianza á su pueblo, ni temor á sus enemigos, y su conducta le hizo perder el afecto y la proteccion poderosa de Teodorico. Los borgoñones le vencieron y obligaron á huir á España, de donde pasó á Africa para persuadir á los vándalos que abrazasen su causa: mal acogido de estos, volvió á Aquitania, reunió algunos partidarios, entró en España con ellos, fue vencido y preso junto á Barcelona por Ilba, general enviado por Teodorico para sostener el reino de los visigodos, y murió en la prision. Su hermano Amalárico, niño todavía, ascendió al trono de los visigodos bajo la tutela de su abuelo Teodorico.

Guerra entre francos y ostrogodos. (508.) Hasta entonces la fortuna habia favorecido siempre á Clodoveo, y nada detenia la carrera de sus victorias; pero los ostrogodos le opusieron un muro mas fuerte, y el genio de Teodorico contuvo el suyo. Vióse obligado á levantar el sitio de Carcasona, y se volvió á pasar el invierno en Burdeos, donde hizo transferir de Tolosa los tesoros de Alárico.

Clodoveo acometió á Angulema, plaza

fuerte, y sin la cual le habria sido dificil conservar sus conquistas. La plaza se le rindió con tanta prontitud, que Gregorio de Tours dice, que las murallas cayeron á la vista del nuevo Josué. Despues marchó contra Teodorico, y puso sitio á Arles. Los puentes de esta ciudad, construidos sobre los dos brazos del Ródano, fueron motivo y teatro de batallas ostinadas y sangrientas. Despues de muchos esfuerzos inútiles, los francos, renunciando á la esperanza de tomarlos, pasaron el rio en bateles.

Clodoveo derrotado por los ostrogodos. (509.) La plaza sitiada empleó en su defensa las catapultas, balistas y todas las máquinas inventadas por Arquimedes. Mientras la guarnicion fatigaba á los sitiadores con salidas vigorosas, y destruia sus obras, se sublevó el pueblo de Arles, y aun se sospechó que su obispo san Cesario habia querido entregar la plaza á los francos; pero averiguóse la verdad, y se supo que la conjuracion habia sido tramada por los judíos.

Despues de muchos combates sangrientos, dados al pie de las murallas, la constancia de los sitiados triunfó del valor de los francos. Un nuevo ejército de ostrogodos acudió de Italia, y obligó á Clodoveo y á Gundebaldo á levantar el sitio. Los ostrogodos los persiguieron y destrozaron su retaguardia. El ejército de Teodorico, aprovechándose de esta victoria, estendió sus conquistas, y tomó á Aviñon. El rey de Italia infor-

mó al senado romano de este triunfo, y lo atribuyó al valor y habilidad de Tulum, uno de sus generales. Asi se libertó del olvido el nombre del vencedor de Clodoveo.

Paz con los godos. (510.) Teodorico logró otra victoria contra este rey, en la cual, segun Jornandes, perecieron 30.000 francos: mas no indica el lugar donde se dió la batalla. La paz se hizo entre godos y francos: los ostrogodos conservaron la Provenza, los visigodos á Narbona y su territorio, y Clodoveo conservó todo lo demas de sus conquistas.

Despues de concluido este tratado, Clodoveo escribió á los obispos la carta siguiente: «Sin duda sabeis las órdenes que dimos cuando entramos en las tierras de los visigodos, para que nuestros guerreros respetasen las propiedades de las iglesias, de las comunidades de vírgenes, de las viudas y de los clérigos dedicados al servicio del altar. Prohibimos toda violencia contra sus personas, y mandamos que se diese libertad á todos los que fuesen hechos cautivos. En cuanto á los prisioneros legos que hemos cogido con las armas en la mano, y sobre los cuales tenemos derecho incontestable, permitimos que los recibais bajo vuestra proteccion, y sus dueños, al ver vuestras cartas de recomendacion, deberán tratarlos con mas benignidad. Hemos mandado poner en libertad á los cautivos que no han peleado contra nosotros, y podeis reclamar todos los que esten detenidos contra el derecho de gentes:

su cautiverio cesará apenas veamos el sello de vuestro *anillo pastoral*. Pero mis vasallos os suplican que solo concedais vuestra proteccion á los que son dignos de ella, y que confirmeis la justicia de vuestras reclamaciones, tomando por testigo el nombre de Dios: único medio de impedir, á pesar de tantos informes diversos, que se confunda el justo con el impío. ¡Venerables sucesores de los apóstoles, yo me recomiendo á vuestras oraciones.» Clodoveo volvió á Tours, y demostró su gratitud á la Iglesia con los dones magníficos que hizo al templo de san Martin. Licinio gobernaba entonces aquella diócesis. Antes habia ofrecido el rey á dicho templo el caballo que montaba el dia de la batalla de Vouglé. Queriendo entonces rescatarle, envió cien *sueldos* de oro á los que le guardaban; mas no fue posible hacer que el caballo saliese del sitio donde estaba, hasta que Clodoveo dobló el rescate. «San Martin, dijo entonces el sicambro, es un amigo muy útil; pero vende algo cara su proteccion.» Tal era el espíritu religioso de los bárbaros recien convertidos. En esta época, segun cuenta Hincmaro, recibió Clodoveo del emperador Anastasio el diploma que le conferia los títulos de *patricio*, *cónsul* y *augusto*; ya para conservar con este don la apariencia de soberanía sobre las Galias, ya para grangear el auxilio de un rival formidable que deseaba contraponer á Teodorico. Clodoveo se

adornó en la iglesia de san Martin de la púrpura romana y del manto de escarlata; despues, ceñido de la diadema, fue á caballo á la catedral, y arrojó monedas de oro y plata á la muchedumbre. Gefe de los francos por su nacimiento y por el voto del pueblo, protector del clero católico, y dueño por las armas de la mayor parte de Galia, añadió con sus nuevas dignidades á los derechos de la victoria una autoridad legal sobre los galos romanos; y asi afirmó el poder regio con el de la costumbre, que sobrevive á la caida de los estados y á la ruina de los gobiernos. El autor de los *Hechos* dice, que desde este dia le llamaron augusto los romanos, y se dirigian á él para la ejecucion de sus leyes, con las mismas formalidades que en otro tiempo á los cónsules. El rey pasó á Paris, y segun Gregorio de Tours colocó en esta ciudad la silla de su monarquía. Allí estableció su tribunal para juzgar á los francos, y su pretorio para dar audiencia á los romanos. Clodoveo fue á un mismo tiempo conquistador y legislador: su carácter le inclinaba mas á la guerra que á la justicia; pero su nueva dignidad, la mezcla de su pueblo con los galos, mucho antes civilizados, la necesidad del buen órden para conservar sus conquistas, y arreglar las relaciones entre vencedores y vencidos, le obligaron á reformar en cierto modo las costumbres guerreras, y corregir la ley de los salios, conocida bajo el nombre de *pacto de la ley sáli-*

ca. Es probable que este código hubiese ya sufrido algunas modificaciones, despues que Faramundo, Clodion, Meroveo y Childerico habian entrado en Galia, y establecidose sucesivamente en Tongres, en Turnay, en las orillas del Soma y en las del Rhin. El testo de esta ley, de la cual se ha hablado mucho sin haberla visto, y cuyo primer ejemplar conocido descubrió Herold en el monasterio de Fulda en 1557, comprende disposiciones favorables al clero, al mismo tiempo que otras son puramente germánicas; de modo que se puede inferir con certidumbre haberse modificado despues de la conversion de los francos; y por tanto esta modificacion no pudo haber sido hecha antes del reinado de Clodoveo; y como es sabido que Childeberto, uno de sus sucesores, la alteró de nuevo, podemos creer que este código fue en gran parte promulgado por el primer rey de Francia. Este código bárbaro, fuente de la legislacion francesa, esplica muchos hechos posteriores, preferibles siempre á los sistemas para entender la historia de un pueblo. Sabemos por Eccar que muchos autores han publicado diversas ediciones de esta ley con comentarios. Goldaste, Gerónimo Bignon, Baluze, Chifflet y Vandelin han multiplicado las copias de este documento, enriqueciéndole con glosas. Ultimamente se ha publicado un antiguo ejemplar, hallado en Wolfembutel, escrito en tiempo de Pipino. Es curioso, y aun útil co-

nocer el prólogo colocado al frente del ejemplar mas antiguo, porque pinta las costumbres, que son el alma de la historia.

Prólogo de la ley Sálica. La célebre nacion de los francos, formada por la voluntad de Dios, constante en sus tratados de paz, profunda en sus deliberaciones, distinguida por la nobleza y vigor de su cuerpo, notable por su blancura y sus formas, atrevida, pronta, áspera, convertida recientemente á la fe católica; en fin, exenta de heregía, que buscaba la llave de las ciencias cuando era todavia bárbara, que desea la justicia, pero conforme á sus costumbres, que quiere mantener y conservar su religion, encargó á sus grandes, que eran entonces sus gefes, la redaccion de la ley Sálica. Entre muchos de estos hombres escogió á cuatro, Wisigaste, Bodogaste, Salogaste y Widogaste, los cuales se reunieron en los lugares llamados Bodogheve, Salogheve y Widogheve, y celebraron allí tres asambleas ó *mallas*. Y discutiendo cuidadosamente las cosas y su orígen, y tratando de cada una en particular, redactaron el decreto siguiente. Pero despues que Clodoveo, el hermoso y cabelludo, por el favor de Dios, rey célebre de los francos, recibió el primero el bautismo católico, todo lo que en este pacto dejó de parecer conveniente, fue corregido y redactado con mas claridad por los ilustres reyes Clodoveo, Childeberto y Clotario, que publicaron este decreto. ¡Viva Jesucristo,

que ama á los franceses! ¡conserve su reino, llene á sus gefes de la luz de la gracia, proteja su ejército, haga que se erijan monumentos á la fe, nos dé tiempos de paz, de alegría y ventura, y dirija á nuestros gobernantes por el camino de su santa ley! Esta nacion, poderosa por su fuerza y valor, sacudió en muchos combates el duro yugo de los romanos que oprimia su cerviz: ella misma, despues de reconocida la santidad del bautismo, ha adornado suntuosamente con piedras preciosas y con oro los cuerpos de los santos mártires, á quienes los romanos habian desfigurado con el fuego, mutilado y destruido con el hierro, ó arrojado á las bestias feroces para que los devorasen.» Este era el lenguage de los primeros franceses, y prueba la influencia del principio religioso en la organizacion social y política del pueblo. Tres siglos despues, cuando Carlomagno promulgó de nuevo la ley Sálica, le puso el siguiente prólogo:

«Han resuelto los francos y sus grandes, y han convenido entre sí, que para conservar el amor de la paz interior, debian cortar todas las raices de las antiguas discordias, y todo lo que pudiera irritarlas. Asi como eran superiores á todas las naciones por la fuerza de sus brazos, quisieron merecer la misma preeminencia por la autoridad de las leyes, y que toda accion criminal fuese juzgada por la naturaleza del delito. Escogieron, pues, entre un gran número á cuatro hombres Wi-

sigaste, Bodogaste, Salogaste y Widogaste, habitantes de los sitios llamados Bodohaim, Salohaim y Widohaim, que estan al otro lado del Rhin. Estos se reunieron en tres *mallas*, discutieron cuidadosamente el orígen de las causas y de los delitos, y espusieron sobre cada uno de ellos el juicio siguiente.» No citaremos mas que el testo de la primera ley Sálica, tal como fue redactada por los predecesores de Clodoveo, modificado por este rey, y corregido por sus hijos. La que promulgó Carlomagno, añadiendo tres títulos, tendrá su lugar cuando describamos á este gran monarca por sus acciones y sus leyes. Este pacto contiene 72 títulos. Bastará para conocer su espíritu citar sus condiciones principales, y las que dan idea de las costumbres de aquellos tiempos: lo demas seria fastidioso é inútil.

Estracto de la ley Sálica. El título I condena á 600 *dineros* de multa al que citado para las *mallas*, es decir, llamado á junta por las leyes soberanas, no se ha presentado ni alegado impedimento legítimo = á la misma multa, al que cita á otro, y no comparece él. El que cita á otro, debe hacerlo á él ó á su familia, en su domicilio y delante de testigos. El que está ejecutando una órden del rey, no puede ser citado. Los títulos II y siguientes, hasta el X inclusive, confirman los testimonios de todos los escritores antiguos, y prueban que en Germania la riqueza de los francos consistia toda en sus re-

baños. Todos estos artículos imponen multas proporcionales por los robos de cerdo, buey, carnero, cabra, perro, pájaro, abeja y árboles. Por un cerdo, robado del establo, se pagaba una composicion de 1800 *dineros* (45 sueldos), ademas del *fredo* ó derecho del fisco. La palabra *fredo* procede de *friede*, que en lengua germánica quiere decir *paz*. El mismo robo en un campo solo causaba una multa de 600 dineros. El robo de un toro del rey se castigaba con una multa de 90 sueldos. En el título II se habla de los esclavos robados á su señor. Las multas prescritas para castigar este robo, son evidentemente adiciones hechas por los primeros merovingios; porque se sabe que en Germania los cautivos eran cultivadores y siervos del terruño, pero no esclavos. Los francos no tuvieron esclavos hasta que entraron en Galia; y en esta parte los romanos y galos civilizados fueron corruptores de los bárbaros. En los títulos XII y XIII hallamos la grande demarcacion hecha por la justicia de este tiempo entre los hombres libres y los esclavos. El robo cometido por los primeros se castiga con una multa de 1200 á 1800 dineros: al contrario, los esclavos reciben 120 varazos, á no ser que *rescaten su espalda* con una multa pequeña. En el título XIV el robador libre de una doncella libre paga 1200 dineros; pero si la doncella estaba bajo la proteccion del rey, la multa es de 2500 dineros. Si un esclavo del rey roba una muger

libre, es reo de muerte: la muger, robada voluntariamente, pierde su libertad. El robador de la desposada con otro paga 2.000 dineros; y 8.000, si ademas comete atentado contra su pudor. Si un hombre casa con la esclava de otro, queda su esclavo. El que casa con su sobrina ó cuñada, paga 1.200 dineros, el casamiento se disuelve, y si ha habido hijos, son incapaces de heredar, y se reputan como infames. El título XV es uno de los mas importantes, porque demuestra contra el sistema del abate Dubos, hasta qué grado humillaban los vencedores á los vencidos. «Si un romano, dice la ley, asalta y despoja á un franco, la composicion será de 2.500 dineros; pero si un franco comete el mismo delito con un romano, solo pagará 1.200 dineros. En el título XVII se manifiesta el gran respeto de los francos á los difuntos, si hemos de juzgar de la gravedad que tenia para ellos el delito, por la del castigo que le aplicaban. Imponian multa de 4.000 dineros á los que despojaban á un muerto, y de 8.000 al que le desenterraba. El reo era desterrado de la sociedad, y el que le diese asilo pagaba una multa de 600 dineros. Todo crímen era expiado por el dinero: en el título XIX de este código singular está la tarifa de las multas por heridas.» Si la sangre llega al suelo, 600 dineros: si salen tres huesos de la cabeza 1.100 dineros: si el cerebro queda descubierto 1.800 dineros. El que diere á otro hombre con el puño, pagará 360

dineros, y ademas 120 por cada golpe. Enmedio de estas ideas de justicia tan groseras, y por decirlo asi, sanguinarias, se descubren con satisfaccion algunos pensamientos nobles y elevados. El título XX castiga los delatores y calumniadores. Si han acusado ante el rey, falsamente y de una culpa ligera, á un hombre ausente é inocente, pagarán 2.800 dineros. Si el delito imputado es capital pagará el calumniador 8.000 dineros. Vemos tambien, segun estas disposiciones, que ya en aquellos tiempos se castigaban de muerte ciertos delitos, y que se evitaba esta pena pagando una multa. Entonces se creia en los maleficios; y segun la ley, se rescataba la pena de ellos con dinero. El título XXII recuerda la severidad de las costumbres germánicas. «Si un hombre libre, dice el legislador, estrecha la mano ó el dedo á una muger libre, pague 600 dineros: si el brazo, 1.200: si el codo 1.400: si el pecho 1.800.» Tal era la tarifa del pudor entre los sicambros. El asesinato de una doncella libre se rescataba por 8.000 dineros: el de una muger libre y con hijos por 24.000; pero si ya no podia tener hijos, por 8.000. Asi, aquel código bárbaro ponia tarifa al homicidio, segun el estado, la edad y la fecundidad. El adulterio de un ingénuo con una esclava se castigaba con multa de 600 dineros, ó doble si es esclava del rey. Si un esclavo comete adulterio con esclava y violentamente; si de las resultas muere la esclava, el agresor será mu-

tilado ó pagará 240 dineros; pero si no muere recibirá 120 varazós, redimibles por 120 dineros. Los títulos XXXI y XXXII contienen la horrenda tarifa de las dilaceraciones, contusiones, roturas de dedos y dientes, y la ridícula de las injurias. Por llamar *tuerto* á un hombre se pagaban 600 dineros: si se le llama *zorro*, 120: si *liebre*, 240: 1.800 si se le llama *prostituta* á una muger, y 120 si se censura á un hombre por haber perdido en la guerra su escudo, á no ser que se pruebe ser verdaderas estas dos injurias. En el mismo título se halla el orígen de nuestra ley del duelo. Era ofensa muy grave llamar á otro *mentiroso*, y tenia multa de 600 dineros. Lo mismo sucedia si se llamaba delator. Por desgracia se ha perdido este último uso (1). Un pueblo cazador debia ser rígido observante de los derechos de la caza: el robo de un jabalí, ojeado por los perros de otro, costaba 600 dineros. La misma multa pagaba, segun el título XXXIV, el franco que ataba á un romano; pero era doble la que se exigia de un romano que hubiese atado á un franco. El título XLII, relativo á los esclavos indiciados de robo, prueba que se les ponia á cuestion de tormento. Pero el título

(1) *No en España, donde el nombre de* soplon, *que espresa bastantemente la infamia de los delatores, es uno de los insultos mas graves que puede recibir un hombre. (N. del T.)*

mas notable es el XLIII, que trata de los homicidios cometidos en hombres libres, porque señala con exactitud las diferentes condiciones y clases distintas de los pueblos de Francia en aquella época. Si el hombre asesinado es franco ó bárbaro, que vive en la ley Sálica, el delincuente pagará una composicion de 8.000 dineros: si es *antrustion*; es decir, si está *in truste dominica*, ó bajo la salvaguardia del rey, 24.000 dineros: si es romano comensal del rey 12.000 dineros: si es romano poseedor ó propietario, 4.000: si es romano tributario, 1.800. Muchos autores han creido ver en esta diferencia la distincion entre nobles y plebeyos, y en cierto modo tienen razon. Sin embargo, dos cosas constituyen la nobleza, que son los privilegios y la herencia. No puede negarse que habia privilegios, pero sin derecho hereditario, el cual no se introdujo hasta la época de los beneficios militares. Antes los privilegios fueron personales y vitalicios, á lo menos por el derecho; que en el hecho era forzoso que los hijos de los privilegiados lograsen algunas preferencias. El mismo Tácito, que segun Montesquieu *todo lo abreviaba, porque todo lo veia*, dice que los hijos de los gefes germánicos eran frecuentemente nombrados gefes por sus compañeros, casi al salir de la infancia. Por lo demas, es cierto que habia entre los francos familias *notables* é ilustres; pues los antiguos historiadores, hablando de Faramundo, dicen unánimemente,

que los francos, habiendo vivido mucho tiempo sin reyes, nombraron uno cuando pasaron el Rhin, y le eligieron de una de las familias mas nobles. El título XLVI manda que la viuda no contraiga segundo matrimonio sin el consentimiento de sus deudos, á los cuales el nuevo esposo pagará cierta suma. El falso testimonio se castigaba con multa de 600 dineros. El título LII arregla las formas que los condes deben observar con sus asesores para juzgar las causas de deudas, y concluye con una disposicion severa y difícil de ejecutar. «Si el conde, dice la ley, se niega á hacer justicia, y la difiere sin causa legítima, debe morir ó rescatarse.» El que afirmaba una cosa en justicia, quedaba obligado á la prueba del agua hirviendo, ó juicio de Dios: el título LV le dispensa de ella, mediante una suma proporcionada á la gravedad de la causa. Esto se llamaba rescatar la mano. El título LVI impone la multa de 24.000 dineros por la muerte de un conde: de 12.000 por la de un *sagi baron* ó juez inferior, si sirve en casa del rey; y de 24.000 si el sagi baron es hombre libre. En cada *malloberga*, ó tribunal civil, no puede haber mas que tres sagi barones. No se apela de ellos al conde sino en el caso de violacion de las leyes. Era imposible que olvidase á los ministros del altar una nacion que daba al clero el lugar preeminente en sus consejos. La multa por la muerte de un subdiácono era de 12.000 dineros: de un diá-

cono 16.000: de un sacerdote 24.000: de un obispo 36.000. Los condes tenian asesores, llamados *rachinbargos* ó *escabinos*, porque se sentaban en escabeles en sitio inferior al del conde. Si rehusaban juzgar pagaban 120 dineros; y si no juzgaban conforme á la ley, 600. En fin, el título LXXII y último es el mas famoso porque trata de los *alodios* ó bienes propios, principalmente de los adquiridos por herencia. Su testo es como sigue: «Artículo 1.º, si un hombre muere sin dejar hijos, herédenle su padre ó su madre: 2.º, si no tiene padre ni madre, herédenle sus hijos ó sus hermanos: 3.º, en defecto de estos, herédenle las hermanas de su padre: 4.º, en defecto de estas, la hermana de su madre: 5.º, en defecto de esta, los parientes paternos mas cercanos: 6.º, pero ninguna porcion de tierra sálica pase en herencia á las mugeres, y toda la herencia de la tierra pertenezca al varon.» Este célebre título se ha interpretado de muchas maneras opuestas: algunos han creido hallar en él la esclusion de las hembras á la herencia del trono, asimilando la monarquía á las tierras sálicas. Pero en el dia convienen todos que la ley sálica no contiene ningun artículo de derecho público, y que nada ha establecido acerca de la sucesion real. La esclusion de las hembras se funda sobre una base mas firme que las leyes, cual es la de los usos y costumbres de catorce siglos. Ha habido tambien controversia sobre la significacion de las palabras *tierra sálica*.

Unos, sin razon, las han aplicado á los beneficios militares, sin atender á que estos eran revocables: Henault ha refutado esta opinion. Otros, con mas verisimilitud, han entendido por tierras sálicas las que, segun costumbre de los germanos, estaban al rededor de la casa, llamada *sala* en tudesco; y dicen que este nombre se estendió despues á las que poseyeron los francos con toda propiedad, y hereditariamente en la Galia conquistada. Esta es la opinion de Montesquieu, y lo que parece que indica el título mismo de la ley; pues en él se dice *del alodio*, dando á entender que solo va á hablar de los bienes propios, y poseidos hereditariamente. Despues se modificó la esclusion de las mugeres de la herencia de las tierras alodiales; esclusion que Marculfo llama costumbre impía; y las mugeres heredaron tierras y aun feudos.

Los francos, libres, iguales y altivos en los bosques de Germania, tomaban por su mano la venganza de las injurias recibidas. Asi, para aplacar la familia ofendida y librarse de su resentimiento, el ofensor se componia con ella y le pagaba una multa, como tambien el *fredo* al juez ó árbitro. Esta costumbre fue la primer base del código de los salios. Pero los reyes, aunque conservaron despues de la conquista los principios sencillos de esta legislacion, se vieron obligados, para mantener el órden, á aplicar á ciertos crímenes la pena capital, y mas tar-

de á tomar de las leyes romanas la proscripcion, para poner término á las querellas y reacciones. No es dificil de conocer que esta legislacion debia parecer suficiente y exenta de riesgos á una nacion pobre, libre y reducida á un corto territorio; pero cuando la conquista de Galia enriqueció á los gefes de los francos, haciéndolos poderosos y dominadores de un vasto pais, debió preverse que el código sálico, ó por mejor decir, la tarifa de los delitos aseguraria la impunidad del opulento y la opresion del pobre; y que un conde ó un antrustion podria á su placer asesinar, robar y oprimir, pagando una multa muy corta ya, comparada con sus grandes bienes. Cuando la nacion se reunia con frecuencia, el poder democrático impedia estos abusos; pero los francos, desde que se dispersaron en Galia, se juntaron pocas veces. El consejo de los reyes sucedió á las dietas nacionales, la igualdad desapareció, y la tiranía de la aristocracia militar no tardó en nacer y en crecer sobre las ruinas del poder de los monarcas y de la libertad de los pueblos. En los tiempos calamitosos de la decadencia y ruina del imperio romano, y de la invasion de los bárbaros, habian llegado los males á su estremo: asi es que entonces se buscaron los remedios, y se publicaron á un mismo tiempo muchos códigos.

Casi todos los devastadores de occidente procuraron edificar sobre sus ruinas. Alári-

co II dió á los visigodos el código redactado por Teodosio : los francos recibieron las leyes sálicas y ripuaria : el rey de Borgoña promulgó la ley *gombeta* : todo el mediodia de Galia continuó sometido á las leyes romanas, porque la ley de los visigodos no establecia distinciones humillantes entre ellos y los romanos; pero en todos los paises que ocuparon los francos, dieron sus leyes tantas prerogativas á los que las admitian, que poco á poco los galos vencidos por ellos abandonaron el derecho romano para convertirse en francos. Sin embargo, pasó mucho tiempo antes que esta conversion fuese general, y hasta entonces tuvo cada uno la libertad de escoger la ley en que deseaba vivir.

Aunque habia entre los códigos de los salios, ripuarios y borgoñones algunas diferencias, observadas por los eruditos, el principio de todos era el mismo; y el de Clodoveo, que hemos esplicado, da idea bastante completa y clara del espíritu, de las costumbres y de las acciones de aquellos tiempos. Clodoveo, como se ha visto, aseguró en Francia con sus leyes, sus dones y su deferencia la supremacía del clero, que tan útil le habia sido para la conquista. Por su parte procuraron los obispos estender y fortificar la autoridad del príncipe que los protegia contra los arrianos. El concilio de Orleans, que se celebró el último año de su reinado, reconoció formalmente en los reyes

francos el derecho de tomar los frutos de los obispados en sede vacante. Este privilegio, del cual han gozado los reyes de Francia solamente, es conocido con el nombre de *derecho de regalia*.

Usurpacion de los demas estados francos por Clodoveo. (510.) Clodoveo debió merecida celebridad á sus armas y leyes, á la grandeza de sus proyectos, á su rapidez en la ejecucion, á su valor en los combates; pero la perfidia de su política manchó con crímenes atroces el fin de un reinado tan largo y glorioso. Gregorio de Tours dice que este rey, temiendo la envidia de los príncipes de su familia, que gobernaban entonces las diferentes tribus de los francos, y recelando que usurpasen su autoridad, formó el proyecto de reunir bajo un solo cetro todos aquellos pueblos diversos, que pudieran destrozar con sus querellas la monarquía: los medios criminales le parecieron mas prontos y seguros, y no dudó en emplearlos. Sus emisarios persuadieron á Cloderico que si podia acelerar la muerte de su padre Sigeberto, rey de Colonia, debilitado por la edad y las heridas, tendria segura la proteccion de Clodoveo para conseguir el trono de los ripuarios. Cloderico cayó en el horrendo lazo que le pusieron. Algunos asesinos sobornados por él degollaron á su padre en una selva, adonde se habia retirado por temor de una invasion con que Clodoveo le amenazaba. El parricida escribió al instante

al rey de los francos, que se hallaba dueño del trono de Sigeberto, y que consentia en entregarle sus tesoros. Clodoveo le respondió, dándole las gracias, y pidiéndole que mostrase á sus embajadores el tesoro, que «nunca podrá estar, le escribió, en mejores manos que en las tuyas.» Cuando llegaron los enviados, Cloderico abrió delante de ellos el arca donde estaban sus riquezas: rogáronle que descubriese con sus manos hasta el fondo para ver mejor lo que allí habia; y cuando se encorvó Cloderico por darles contento, uno de ellos le cortó la cabeza con su francisca. Clodoveo, informado de este suceso, acude con rapidez, junta á los francos ripuarios, y les dice: «Yo marchaba hácia el Escalda: Cloderico esparció pérfidamente noticias mentirosas para persuadiros que yo ponia asechanzas á su padre. El infame me atribuia su propio delito. Sigeberto, retirado á la selva Buchovia para alejarse de mí, cayó bajo el puñal de los asesinos pagados por Cloderico. Este hijo impio ha sobrevivido poco á su parricidio: unos hombres desconocidos le han dado muerte mientras contaba sus riquezas. No conozco á estos asesinos: nunca mis manos se mancharon con la sangre de mis parientes; pero en fin, el mal ha sucedido, y es forzoso buscarle remedio. Pues se ha estinguido la familia de Sigeberto, os doy el consejo saludable de que me acepteis por vuestro rey. Si consentis en ello, juro defenderos á riesgo de mi vida,

contra todos vuestros enemigos.» Los ripuarios respondieron á estas palabras con grandes aclamaciones, dando los escudos unos contra otros: elevaron á Clodoveo sobre el pavés, y le proclamaron rey. Asi fue dueño de su vasto territorio, que se estendia desde Chalons sobre el Marne hasta las orillas del Fulda.

Entonces creyó Clodoveo que era propicia la ocasion para vengarse de Cararico, otro príncipe franco que reinaba en los paises de Boulogne, Saint Omer, Brujas y Gante; el cual habia querido hacerle traicion en la batalla de Soissons. Ganó á muchos de sus *leudes*, y marchó contra él. Cararico y su hijo no pudieron oponerle sino muy flaca resistencia: los traidores que los rodeaban los entregaron al rey de los francos, el cual mandó cortarles el cabello, que era la degradacion de aquel siglo. Despues los desterró á un monasterio, donde el padre se ordenó de sacerdote, y el hijo de diácono. Algun tiempo despues, como Cararico llorase amargamente su desgracia, el hijo le habló asi: «Consolaos, porque despojándonos de este largo cabello, insignia de nuestra dignidad, no han hecho mas que quitarnos unas hojas que han de volver á brotar. ¡Perezca el autor de esta injuria tan prontamente como veremos crecer nuestros cabellos!» Clodoveo supo esta conversacion, los mandó matar, se apoderó de sus tesoros, y fue reconocido como rey por los fran-

cos y romanos que obedecian á Carárico. El mismo Gregorio de Tours continúa asi su narracion: «Ragnacario, rey de los francos de Cambray, deshonraba su clase y su familia con sus disoluciones. Faron, su privado y ministro, le dominaba favoreciendo sus vicios. El rey hablaba de su favorito como de un igual suyo y asociado al trono. El abuso que hacia Faron de su crédito, tenia indignados á los francos.» Clodoveo, sabedor de esta disposicion de los ánimos, irritó el enojo, y logró fácilmente seducir á muchos vasallos de Ragnacario, prometiéndoles brazaletes de oro. Asegurado de su apoyo marchó contra el rey de Cambray. Los infames compañeros de este príncipe débil é infeliz, á quien habia encargado reconocer las tropas que se acercaban, le engañaron haciéndole creer que eran un cuerpo auxiliar llamado por Faron. Esta perfidia hizo que no tomase precauciones para defenderse. Clodoveo llegó, le acometió inesperadamente, y le derrotó. Cuando quiso Ragnacario escaparse, sus pérfidos compañeros le encadenaron á él y á su hermano Ricario, y los llevaron á Clodoveo. «¿Cómo, dijo el vencedor al rey, un príncipe de mi familia es tan cobarde que sufre las cadenas? Debiais haber perecido antes.» Y le partió la cabeza con su francisca. Volviéndose despues á Ricario, le dijo: «No hubieran preso á vuestro hermano si vos le hubieseis defendido;» y al punto le mató con su segur. Los

traidores que habian sacrificado á sus príncipes, se quejaron á Clodoveo de la violacion de sus promesas; pues los brazaletes que les habian dado, solo eran de cobre dorado. «Una moneda falsa, les dijo el rey, es digno premio de los que venden y entregan á sus gefes. Haid de mi vista, y agradeced á mi clemencia que no mando daros muerte.» Esta moral, predicada por el homicida, aumentaba la malicia de su delito. Clodoveo hizo tambiem morir á Regnomero, hermano de Ragnacario, y rey de los francos establecidos en el Maine. Con la muerte de estos príncipes y de otros muchos gefes, parientes suyos, cuyas empresas temia, consiguió establecer su autoridad en toda Galia.

Algun tiempo despues se quejó, en la junta general de los francos, de hallarse solo y sin familia. «Soy, dijo, estrangero en mis estados. Si me acometiese alguna calamidad no tendria ninguna persona á quien volver los ojos para que me vengase.» San Gregorio de Tours, en lugar de creer sincero este sentimiento, le miraba como un ardid para saber si existian aun individuos de su familia, que se hubiesen libertado de sus crueles sospechas. Despues de tantos homicidios, y quizá para expiarlos, reunió el concilio de Orleans, al cual asistieron 30 obispos. En él se confirmó el derecho de asilo, concedido á las iglesias, por el cual se les autorizaba á no entregar los homicidas, ladrones y adúlteros que se refugiaban á ellas sino bajo la

promesa de no matarlos ni mutilarlos. Se esceptuó á los obispos de la ley de prescripcion para sus bienes y para las tierras que cedian. Entonces fundó Clodoveo muchas iglesias y abadías muy bien dotadas. Despues de 30 años de reinado, y 45 de edad, murió en París, y fue enterrado en la iglesia de san Pedro y san Pablo, edificada por él y por Clotilde. Santa Genoveva murió el mismo año, y tuvo sepultura en el templo que conserva su nombre. Clotilde se retiró á Turena algunos años despues, y acabó piadosamente sus dias junto al sepulcro de san Martin, del cual pocas veces se alejó para ir á la capital. La historia colocará siempre á Clodoveo entre los grandes capitanes, hábiles políticos, célebres conquistadores y fundadores de imperio; pero al mismo tiempo que consagrará su gloria, no olvidará los crímenes de sus últimos años.

CAPITULO VII.

Childeberto primero, Clodomiro, Clotario y Tierry.

Division de los estados de Clodoveo entre sus hijos. Guerras de Tierry, rey de Metz, contra Teodorico, rey de Italia, y contra los turingos. Guerra de Borgoña: batalla de Veseronce. Fin de la monarquia de los borgoñones. Guerra de los francos con los visigodos. Conquista de Provenza: espedicion de Teodoberto á Italia. Guerra entre los reyes de Francia. Sitio de Zaragoza. Muerte de Teodoberto, rey de Austrasia. Agregacion de Austrasia al reino de Soissons. Guerras de Clotario contra los sajones y contra su hijo Cramne. Muerte de Childeberto.

DIVISION *de los estados de Clodoveo entre sus hijos.* (511.) La edad heróica de los franceses fue mas corta que la de los griegos; pues se limitó al reinado de Clodoveo y de sus belicosos hijos. No se sabe por qué prodigamos nuestra admiracion á los funda-

dores de los reinos de Grecia, al mismo tiempo que leemos con cierto disgusto la historia de los primeros héroes de Francia. Sin embargo, estas dos épocas y estos dos paises ofrecen la misma union de valor y barbárie, de grandeza y grosería, de virtudes y crímenes; y los franceses deberian contemplar con mas vivo interes, pues en fin es nacional, á los guerreros que rindieron la hidra romana, que á los que esterminaron la de Lerna y el Minotauro. Si á pesar de los prodigios iguales de valor la ferocidad de costumbres es la que nos desagrada en cuadros semejantes, se puede decir que la familia de Atreo es mas horrenda que la de Chilperico; que los atentados de Fredegunda y de Brunequilde no igualan en atrocidad á los de Medea; en fin, que las disoluciones de los merovingios no ofenden tanto el pudor como los amores criminales de Elena, Teseo, Pasife, Piritoo y los Heraclidas. La religion cristiana luchaba contra la inmoralidad feroz de los francos: los héroes griegos no tenian freno que contuviese sus pasiones. Pero lo que debia obligarnos principalmente á estudiar con mas ciudado los orígenes francos, es que son históricos, cuando los de Grecia eran en la mayor parte fabulosos. Ademas, todos los esfuerzos de los principes griegos se limitan á conquistar un poco de oro en la Cólquide, y á destruir, despues de diez años de afanes, la ciudad de Troya; cuando los gefes de las tribus heróicas de los

francos fundaron, sobre las ruinas del imperio romano, una potencia que treinta años despues de Clodoveo se estendia desde el mar del norte hasta los Alpes y los Pirineos, y desde el Océano hasta las riberas del Danubio. Esta fue, como observa Robertson, una de las mas grandes revoluciones del mundo. El antiguo valor, perdido mucho tiempo habia entre los romanos, se hallaba en toda su fuerza en los corazones de nuestros abuelos: los sajones en Inglaterra, los francos en Galia, los hunnos en Pannonia, los ostrogodos y lombardos en Italia, y los visigodos en España, eran rivales en denuedo y atrevimiento. La faz de Europa se mudó: formas de gobierno, leyes, costumbres, trages, nombres é idiomas, todo fue diferente. Los vencidos de mucho tiempo antes eran esclavos: los vencedores ingénuos. La pasion de la guerra y el amor de la gloria alistan en la bandera de cada gefe un gran número de guerreros que le seguian como voluntarios. Todas estas naciones se apoderaron, aunque bajo diversos sistemas, de las tierras de los vencidos; y sin embargo, entre tantos pueblos diferentes se fue estableciendo poco á poco una policía feudal y uniforme, porque las mismas causas producen siempre iguales efectos, y porque teniendo todos temor de perder sus conquistas, fue necesario que empleasen medios semejantes para conservarlas. Asi, en todas partes fue obligado el hombre libre á hacer servicio mi-

litar por la tierra que le habia tocado. Los reyes, que habian recibido mayores porciones, las distribuyeron para aumentar el número de sus adictos ó *leudes*. Todo nuevo gobierno fue en el pais de que habia hecho la conquista, un ejército acantonado, cuya fuerza no podia conservarse sino por la disciplina. Las palabras *soldado* y *hombre* fueron sinónimas. Este sistema, escelente para la defensa militar, contenia los gérmenes de la anarquía civil. Los vasallos de la corona recibieron en tierras beneficios revocables, haciendo homenage de fidelidad: poco despues conservaron rebelándose los beneficios que habian conseguido sometiéndose: poco á poco se fueron haciendo hereditarios los beneficios, y pronto no quedó ninguna barrera que preservase la monarquía de las usurpaciones de la aristocracia. Los progresos de los grandes vasallos fueron sucesivos, pero rápidos. Al principio eran jueces y magistrados por los reyes, despues se hicieron administradores y jueces soberanos, acuñaron moneda, declararon guerra, violaron las leyes, insultaron á sus monarcas, que ya no tenian autoridad, y rompieron todos los vínculos que los unian á la corona. El desórden que introdujeron se hizo universal. Cada vasallo tuvo tambien vasallos y subvasallos: el débil se sometió en todas partes al fuerte, para ser protegido; y la Francia, bajo los últimos reyes merovingios, solo ofrecia el espectáculo de una nacion tan al-

borotada en lo interior, como débil y flaca en lo esterior.

El genio de Carlomagno reunió por algun tiempo los retales esparcidos de la monarquía: restableció la libertad con las asambleas nacionales, dió vigor á las leyes con los capitulares: la autoridad monárquica renació á la sombra de su gloria; pero su vasto sistema no pudo conservarse. Despues de su muerte se desmembró el imperio: Francia volvió á la anarquía: las ciencias huyeron de un gobierno en que nada era fijo ni estaba arreglado: los restos de sociabilidad, urbanidad, lujo y elegancia, que se hallaron en la Galia romana, se perdieron entre las tinieblas feudales. Los grandes no supieron ni aun leer: los clérigos apenas entendian el Breviario: supersticiones groseras ofuscaron la luz de la religion: el clero fue belicoso: la nobleza se corrompió por su despotismo: el pueblo se envileció en la servidumbre: el sentimiento de la dignidad humana desapareció, y se arruinaron todas las barreras que se oponen á la ferocidad de las costumbres. Pero segun el órden eterno de las cosas, los infortunios tienen sus límites como las prosperidades. El de la degradacion de Europa fue el siglo XI: entonces el peregrinage armado de las cruzadas la sacó de su letargo, y trajo de oriente nuevas luces é ideas que mejoraron paulatinamente las costumbres, y vigorizaron la accion de los gobiernos.

Despues de este corto bosquejo del cua-

dro magnífico, formado por el genio de Robertson, que nos da justa idea del orígen, progresos y caida del sistema feudal en Europa, veamos cuál era el estado de los francos en el momento en que, vencedores de Galia, perdieron el rey que los habia guiado á esta conquista. Montesquieu observa con razon que la ley Sálica no escluia las mugeres de la herencia porque prefiriese los varones, sino para dejar la *casa* ó *sala* al que debia habitarla y podia defenderla. El derecho de los varones no pasaba mas allá del quinto grado. Muchos autores han confundido las tierras sálicas con los feudos: las tierras sálicas eran *alodios* ó bienes propios: los feudos no se conocieron ni establecieron sino mucho tiempo despues de la conquista. Los francos buscaban sus leyes en la naturaleza; y asi, su primer corona fue la larga cabellera. Los particulares solo tenian una muger: los reyes francos, aunque ya cristianos, conservaban muchas, no por incontinencia, porque las costumbres eran puras, como lo prueba la deposicion de Childerico, sino porque la pluralidad de esposas era un privilegio de su clase, concedido en Germania á los principes mas ilustres. Apenas un franco podia manejar la lanza, entraba á las asambleas, y la naturaleza señalaba la mayor edad por medio de la fuerza. «El águila, decia Teodorico, deja de alimentar á sus hijos desde que tienen garras.» El derecho de adopcion era conocido de los francos: se a-

doptaba á un niño dándole un venablo. La razon y el bien público exigian que la autoridad suprema residiese solo en un hombre: los usos y costumbres habian asociado el derecho de reinar al nacimiento; de modo que se miraba á cualquier individuo de la familia real, aunque fuese niño, como rey y gefe que debia poseer una porcion del reino y el mando de una tribu, y de los compañeros que quisiesen seguirle. Asi la naturaleza y el interes general propendian á la unidad del poder, y las costumbres á su desmembracion. De esta contrariedad nacieron las discordias, crueldades y crímenes de los reyes de la primera dinastía; porque los numerosos príncipes de sus familias eran rivales, á quienes no podian impedir que desmembrasen sus estados sino privándolos de la vida. Otra causa fecunda de las desgracias públicas era el derecho de vengar personalmente las injurias, conservado por los pueblos del norte con mas celo y teson que otro alguno. Las composiciones y multas, prescritas por la ley Sálica, fueron débil paliativo y freno impotente contra la pasion de venganza que se perpetuaba en las familias: asi los asesinatos de reyes y príncipes, que nos causan ahora un horror tan grande y tan justo, no eran entonces para los pueblos sino el ejercicio del derecho que tenian de vengar las injurias y hacerse justicia á fuerza armada. Los francos no tenian verdaderos reyes antes de entrar en Galia. Los

caudillos de las tribus se reunian algunas veces para deliberar, y convocaban la nacion entera para discutir sobre los intereses generales de la confederacion. Cuando los francos se dispersaron en Galia, los condes y duque, nombrados por los reyes, celebraron en todos los lugares *asisas* ó asambleas para juzgar las causas: sus asesores eran elegidos por los romanos para las causas de su nacion, y por los francos para las sálicas. Las grandes juntas nacionales llegaron á ser muy raras. Tratados de reconciliacion entre los príncipes, mudanzas notables en las leyes, instalacion de los monarcas, empresas militares de importancia ó juicios de grandes delincuentes fueron los objetos de estas reuniones. Pero en circunstancias ordinarias se sustituyó á la asamblea nacional el gran consejo de los reyes, compuesto de antrustiones, leudes y *seniores*; es decir, de los grandes del estado. Gozaban el privilegio de jurar personalmente fidelidad al rey, de ser sus comensales, y de no tener otro juez sino á él. Como los sacerdotes de los pueblos bárbaros de Germania eran respetados y casi sagrados, los obispos cristianos, sabios y virtuosos, y perpétuos mediadores entre la ferocidad del vencedor y la flaqueza del vencido, heredaron aquella prerogativa, entraron en el consejo de los reyes, y aun ocuparon en él las primeras sillas. De estos privilegios resultó que los nobles vitalicios ó seniores, establecidos en sus tierras, solici-

taron y obtuvieron que los tributarios fijados en sus posesiones fuesen exentos de la jurisdiccion de los condes, asi como lo eran ellos; y de este modo fueron los nobles los jueces de sus tributarios, de sus siervos, y despues por abuso, de todos los hombres ingénuos ó libres que les rindieron vasallage para estar bajo su proteccion. Los obispos los imitaron, con tanta mas razon, cuanto era mayor el número de los que se acogian á la proteccion de la Iglesia, por dos motivos: uno porque los obispos, desde los principios del cristianismo, árbitros de las desavenencias de los fieles, juzgaban segun el derecho comun, cuyas formas eran protectoras, y no por la jurisprudencia bárbara que los francos trajeron de Germania: otro porque el poder protector del sacerdocio era moral, y por consiguiente mas fuerte y sagrado que la espada de los barones. A los principios procuraron los obispos esceptuar de impuestos los bienes de la Iglesia, como lo estaban los de los nobles; por la razon de que unos y otros ejercian poder político. El obispo Injurioso fue el primero que se resistió á pagar contribuciones. Despues estendieron sus derechos hasta arreglar la conducta de los reyes, juzgarlos y prohibir á los vasallos que los obedeciesen. Estos derechos, que hoy nos parecen y son tan anárquicos, eran conformes á las costumbres de aquellas naciones bárbaras, que como hemos visto, deponian, y aun condenaban á

muerte á sus caudillos. El sacerdocio tuvo mas prerogativas políticas que las demas clases, porque las escedia en luces, y ademas enseñaba la única doctrina que podia enfrenar á los grandes, y proteger á los desvalidos. El silencio universal de todos los historiadores, y la falta de actas conocidas prueban que entre los francos no hubo sistema regular de repartimiento de las tierras conquistadas, sino que cada uno, segun su conveniencia, su clase, su crédito y la ocasion, se apoderó de los bienes que ponia en sus manos la muerte ó la esclavitud del enemigo vencido, ó del delincuente condenado á la confiscacion de bienes. Las leyes de los visigodos y borgoñones hablan de repartimiento legal, porque lo hubo: la ley Sálica no habla de él, porque ninguna disposicion lo habia arreglado. Los regalos ó premios que los caudillos daban en Germania, eran caballos, escudos, y parte en el botin. Cuando estos caudillos llegaron á ser reyes ó conquistadores en Galia, se apoderaron de grandes dominios, y dieron estensas porciones de ellos, con el nombre de beneficios, á sus leudes, fieles y compañeros, cuyo número aumentaron de este modo, y cuya adhesion esperaron fijar. Los gefes inferiores imitaron á los reyes, y formaron tambien una poderosa clientela. Los francos, que al principio protegieron las ciudades, y despues las oprimieron, no gustaban de habitar en ellas, y preferian el campo. Los patricios y senado-

res galos siguieron su ejemplo, adoptaron la ley Sálica, y fueron, como sus vencedores, leudes, antrustiones, seniores, nobles y campesinos. Los senadores de las ciudades perdieron su autoridad: á la guerra que estas se hacian antes, sucedió la de los castillos; y para evitar las calamidades que producian estas querellas y venganzas particulares, recurrió todo hombre libre á la proteccion de un señor, de un obispo ó de un abad, rindiendo vasallage, y tal vez haciéndose siervo. En efecto, las fórmulas de Marculfo demuestran que habia dos modos de conseguir el auxilio de un hombre mas poderoso: si el hombre libre le presentaba una flor ó una espiga, prestando homenage al señor, quedaba por vasallo y soldado suyo; pero si le era forzoso comprar mas cara su seguridad, por ser mas débil ó mas tímido, presentaba al patrono un mechon de sus cabellos, y quedaba esclavo del terruño. Los francos no pagaban impuestos, y en vano se han dado violentas interpretaciones á la palabra censo para sacar de ella una falsa induccion. Muchas actas prueban evidentemente, que solo estaban sometidos á la obligacion de costear la mesa y el alojamiento de los reyes, duques y condes cuando pasaban por su territorio. Cada tres casas debian dar un soldado. Los leudes seguian en persona al rey. Se pagaban peages por la construccion y conservacion de puentes y barcas. Los romanos y galos libres participaron de

esta exencion de impuestos; cuando antes eran oprimidos por los emperadores, y este alivio, introducido por las costumbres germánicas, contribuyó mucho á unir los vencidos con los vencedores. Un hecho refuta suficientemente en esta materia toda objecion sistemática. Marculfo en una de sus fórmulas prueba del modo siguiente la exencion de impuesto que gozaba todo hombre libre: «Ninguno, dice, puede ser clérigo si no prueba que es libre y no inscrito en el libro del censo.» Asi el *censo* ó tributo no continuó pagándose sino por los tributarios ó siervos del terruño. Este impuesto no pertenecia al estado ni al erario, sino al dueño de la tierra. La renta de los reyes consistia, pues, en la de sus dominios; esto es, en los frutos de sus tierras; en el *censo* que pagaban los siervos ó tributarios de las mismas, y en el *fredo*, multa ó confiscacion que resultaba de los juicios. Ademas, segun el uso antiguo, los francos en sus juntas nacionales ofrecian al rey ciertos regalos, conocidos despues con el nombre de dones gratuitos. Con estas noticias se entenderá fácilmente cómo los hijos de Clodoveo, distribuyendo pródigamente sus dominios en beneficios para los leudes, compraron por algun tiempo con su socorro un poder casi absoluto sobre los pueblos; y cómo despues, hallándose sin rentas, no pudiendo revocar los beneficios, porque los grandes les habian convertido ya en propiedad suya, vieron en menos de un

siglo á los nobles y leudes burlarse de su poder, mudar la monarquía en república aristocrática, no dejarles mas que una corona ilusoria, elegir hasta los oficiales de su casa, y mandar como señores en su mismo palacio.

Para concluir esta pintura fiel de las costumbres, política y sistema legislativo de los francos, volvamos por la última vez á la cuestion tantas veces controvertida, de la herencia ó eleccion de los reyes. Nada prueba con mas claridad el derecho de herencia que poseian los príncipes de la dinastía merovingia, que su sucesion hereditaria durante tres siglos y en las mismas épocas en que su debilidad personal no les dejaba mas derecho á la corona que el del nacimiento. Las particiones que hicieron del reino, el advenimiento al trono de reyes niños en un pueblo belicoso y turbulento, son pruebas no menos decisivas del mismo derecho. En fin, los crímenes mismos de los primeros príncipes añaden nueva fuerza á estas pruebas; porque nunca los hijos de Clodoveo hubieran formado el horrendo designio de degollar á los hijos de Clodomiro, su hermano, uno de edad de cinco años, y otro de siete, si hubiesen mirado como inciertos sus derechos á la participacion del trono, y si hubiesen tenido otro medio que el de quitarles la vida para privarlos de aquellos derechos. Sin embargo, tampoco se puede poner en duda que los francos vivieron mucho tiempo en

Germania sin reyes: que eligieron á Faramundo: que se reservaron el derecho de revocar ó confirmar los poderes concedidos á la familia reinante: que depusieron á Childerico: que dieron el cetro á Egidio, y que eligieron á Clodoveo por rey de los ripuarios. La inauguracion de muchos reyes se hizo con el consentimiento de los grandes y el pueblo. Los francos amenazaron á Tierry que eligirian por rey á Clotario, si no seguia á sus hermanos á la guerra de Borgoña. Mas tarde suspendieron el ejercicio de la autoridad real, y proclamaron á Cárlos Martel por duque de los franceses; en fin, depusieron al último de los merovingios, y eligieron en su lugar á Pipino, gobernador del palacio. De todo esto debe inferirse, que por costumbre y derecho usual, aunque no escrito en las leyes, la corona fue constantemente hereditaria en la primer dinastía; pero que las juntas de los francos no solo limitaron la autoridad de los reyes; obligaron á Clotario á jurar que nada haria sin su aprobacion; decidieron libremente todas las cuestiones importantes de leyes, guerra, paces y repartimientos; juzgaron á Fredegunda, y condenaron á Brunequilde, sino que, aun respetando en la familia real el derecho de herencia, conservaron cuidadosamente en muchas instalaciones de reyes el uso de recordar su autoridad electiva con una fórmula que habla del consentimiento de los grandes y del pueblo. Esta fórmula se halla en

muchas actas reales, y se ha conservado hasta nuestros dias en el ceremonial de la consagracion de los reyes. Los cuatro hijos de Clodoveo eran jóvenes cuando murió su padre. La reina madre, venerada en Francia como santa, gobernó muchos años en nombre de ellos, y por su consejo dividieron el reino en cuatro partes, y el pueblo franco en cuatro ejércitos: segun la espresion de Gregorio de Tours, hicieron esta division *lanzas iguales*. La diferente estension de estos cuatro territorios, y la mezcla de unas posesiones con otras, prueban evidentemente que el principal objeto del repartimiento fue la igualdad del número de francos. Como estos se hallaban reunidos en gran cantidad en el pais que se llamó despues isla de Francia, se formaron de este territorio, mas limitado que lo demas, tres reinos, que fueron los de París, Orleans y Soissons. Tierry era hijo de una concubina, y los otros hermanos de Clotilde: tenian una hermana llamada tambien Clotilde, que casó, por su mal, con Amalarico, rey de los visigodos. Los francos, segun su antigua usanza, formaban entonces una nacion dividida en cuatro tribus. Tierry tuvo por capital la ciudad de Metz: Clodomiro la de Orleans: Childeberto reinó en París, y Clotario en Soissons; de modo, que la costumbre, mas fuerte que la ley del bien público, destruyó la reunion que Clodoveo habia conseguido á costa de tantos crímenes, asesinando á Sigeberto,

Cararico y Ragnacario, y sometiendo sus tribus.

Guerras de Tierry, rey de Metz, contra Teodorico, rey de Italia, y contra los turingos. (521.) Esta contradiccion entre la ley fundamental que dividia los tronos, y la ambicion que procuraba reunirlos, fue la causa principal y deplorable de las crueldades de Clodoveo y de su familia. Sin embargo, los diez primeros años del reinado de estos cuatro reyes fueron pacíficos; y la virtud de Clotilde contuvo en la obediencia y el respeto á sus turbulentos guerreros. Teodorico, rey de Italia, quitó á Tierry toda la Galia narbonense y parte del Langüedoc.

Mas felices fueron en Germania las armas de Tierry. Mucho tiempo antes habian dado los turingos á los francos justos motivos de venganza, apoderándose de su antigua patria germánica, y asolando la Toxandria. Las disensiones que se movieron en la familia de Hermanfredo, rey de Turingia, proporcionaron á los francos el medio de obtener la satisfaccion que pedian. El reino de Turingia estaba dividido entre Hermanfredo, Bladerico y Bertier, sus hermanos. Esta particion ofendia el orgullo de Amalaberga, esposa de Hermanfredo. Esta muger altanera y violenta empleaba sucesivamente los ruegos, las quejas y la ironía para inflamar la ambicion de su esposo. Un dia que este príncipe se sentó á comer, halló la mesa solo medio cubierta: preguntada la causa de la

novedad, la reina le respondió, que «un príncipe débil, que se deja quitar la mitad de su reino, no merece que se le sirva sino á medias.» Hermanfredo, irritado de estas burlas y de las representaciones de sus ambiciosos leudes, toma las armas; y para consumar la ruina de sus hermanos llama en su socorro á los reyes Clotario y Tierry, prometiéndoles una parte de los despojos de Bladerico y Bertier. Los francos acudieron: sus fuerzas reunidas arruinaron á los dos hermanos; que perdieron el cetro y la vida. Pero apenas se vió dueño Hermanfredo de todo el reino, quebrantó la palabra, y se negó á dar las indemnizaciones prometidas á los príncipes francos. A esta noticia los dos hijos de Clodoveo reunen en el campo de Marzo sus impetuosos guerreros. «Compañeros, les dijo Tierry; todavía os acordais de las injurias hechas á nuestros padres por los pérfidos turingos. Despues de muchos combates para lograr la paz, los francos les dieron rehenes, que perecieron á manos de los crueles. Luego llevaron sus armas contra la antigua cuna de nuestra tribu: asolaron las tierras, mutilaron á nuestros hijos, y los colgaron por los tendones descubiertos de los árboles. Ataron 200 doncellas francas á las colas de sus fogosos caballos, que las arrastraron hasta que las hicieron pedazos. Estos mónstruos arrojaban nuestras mugeres en las sorruedas mas profundas, hacian pasar sobre ellas sus rápidos carros, y entregaban

despues sus huesos quebrantados á los perros. En fin, habian jurado espiar estas atrocidades, reparar estas injurias, y aplacar con un tributo nuestros justos resentimientos: á este precio hicimos la paz, y socorrimos á su rey. Ahora Hermanfredo viola sus juramentos, y aun tiene la osadía de quebrantar sus promesas y de añadir las amenazas á las mentiras. Marchemos contra él: Dios castiga á los perjuros, y combatirá en nuestro favor.»

Los francos respondieron con gritos de furor á estas palabras de su rey, y entraron de nuevo en Turingia. Hermanfredo fue vencido, su reino conquistado, y añadido á los estados de Tierry. Clotario se contentó con un botin riquísimo y un gran número de cautivos, entre los cuales se contaba una princesa turinga llamada Radegunda. Casó con ella, la hizó desgraciada con sus infidelidades, se separaron, ella entró en religion, y fundó el monasterio de Santa Cruz en Poitiers. Hermanfredo, aunque destronado, infundia recelos en Tierry. Este le llamó cerca de sí, prometiéndole suavizar su infortunio. El rey de Turingia cayó en el lazo, y vino confiadamente á presencia de su vencedor. Paseándose un dia entrambos sobre las murallas de Tolpiac, un desconocido pasó de improviso junto á Hermanfredo, y de un empellon le arrojó al foso, donde murió. Amalaberga, causa de todas sus desgracias, huyó á la corte de los

vándalos de Africa, donde estaba su madre, y acabó allí su vida.

Guerra de Borgoña : batalla de Veseronce. (523.) Otra muger fue la ruina de Borgoña. Gundebaldo habia muerto, y sucedióle su hijo Segismundo, que gozó muchos años de tranquilidad, asegurada con fuertes alianzas. Casó á una hija suya con Tierry, y ganó la amistad de Anastasio, emperador de oriente, no solo pretendiendo que le confiriese las dignidades de patricio, conde y gefe de la milicia romana, que habian obtenido sus antepasados, sino declarándose respetuosamente vasallo y lugarteniente del emperador, y comandante de los romanos en la parte que poseia de las Galias. Sus cartas son curiosas; y favorecen la opinion de Dubos acerca del respeto que inspiraba todavía en esta época el nombre del imperio de los Césares; y ademas esplican el motivo que habia tenido Clodoveo para dar á su corona el último esplendor de la púrpura patricia y consular. «Muy glorioso soberano, decia Segismundo, yo me presento en espíritu al pie de vuestro trono. Aunque mis antepasados han tenido siempre á mucho honor obedeceros y probaros su adhesion, los beneficios con que me habeis honrado personalmente, pueden mas conmigo que las obligaciones de mis padres. Mis pueblos son vuestros; y es mas agradable para mí serviros que mandarlos. Mis abuelos han creido siempre obligacion suya

ser afectos al imperio romano, de lo que han dado prueba á vos y vuestros predecesores; y se han honrado mas con este vínculo que con los títulos militares que les habeis dispensado. Mando la nacion de los borgoñones, y solo me contemplo gefe de vuestros soldados. Todas vuestras prosperidades son para mí motivos de alegría; y lo que haceis por la salud de todos, es un bien de que yo participo. Por medio de mí gobernais provincias tan lejanas: mi patria es dominio vuestro; y la luz sale de oriente para estenderse hasta las Galias.» Se ve por estas formas antiguas de sumision y este lenguage servil que á Segismundo le dictaba sus cartas un romano. No era dificil de prever que un príncipe que se humillaba á usar de estas espresiones, era poco capaz de una larga lid contra los valientes hijos de Clodoveo.

Segismundo perdió á su esposa, que era de sangre real; y enagenado de un ciego amor, dió su mano á una doncella de bajo nacimiento. Su hijo Sigeberto, indignado de estas segundas nupcias, no pudo ver con sosiego que la nueva muger del rey llevase los vestidos de la reina, su madre. «Vos profanais, le dijo un dia, la diadema y los adornos, que no se han hecho para vos; y mancillais los vestidos de una reina, cuya esclava erais.» Desde entonces, enfurecida su madrastra, resolvió vengarse: tuvo arte para persuadir á Segismundo que su hijo conspiraba contra él: el rey, demasido crédulo,

mandó dar muerte al nuevo Hipólito. La corte se divide : una parte de los señores murmura : fórmanse facciones , y la discordia, presagio cierto de la ruina de los estados , domina en Borgoña. Entonces la reina Clotilde habló asi á sus hijos : «No hagais que me arrepienta del amor con que os he criado : aprovechad la ocasion favorable , y castigad á los borgoñones por el delito de haber muerto á mis padres.» Proponer la guerra á los hijos de Clodoveo, era mostrarles el camino por donde los arrastraba su caracter impetuoso. Childeberto, Clotario y Clodomiro escitan el ardor de sus guerreros con la esperanza de una rica presa : marchan con numeroso ejército contra Borgoña ; pero Tierry tenia dos motivos para no juntar sus tropas á las de sus hermanos. Durante la guerra de Turingia, habiéndose esparcido la falsa noticia de su muerte , los hijos de Clotilde habian entrado en Auvernia para señorearse de esta opulenta porcion de sus estados. Por otra parte los vínculos que le enlazaban con Segismundo , su suegro , le impedian unirse á los que querian destronarle. Sus leudes , sorprendidos de su inaccion , y pesarosos de no tomar parte en una guerra que prometia á los vencedores tierras , esclavos y riquezas , instaban al rey á que concurriese á la guerra contra Borgoña ; y como Tierry se negase á ello , pasaron prontamente de las murmuraciones á la sedicion , y le amenazaron de abandonarle y pasarse á

Clotario. Tierry, firme en su propósito, logró calmar su enojo, y ofreció otro objeto á su codicia. «¿Qué ardor os mueve, les dijo, á favor de una causa que no es nuestra, á buscar un botin, que os costará mucho y que no repartireis entre vosotros solos? Mejor es que me sigais á Auvernia, de la cual quisieron despojarme poco há. Allí encontrareis cuanto oro podeis desear, quitándolo á los rebeldes que me hicieron traicion, y traereis á vuestros hogares vestidos ricos, rebaños numerosos y un gran número de cautivos.» El tumulto se apaciguó: la ambicion satisfecha fue obediente: Auvernia quedó asolada: muchos hombres ingénuos y algunos senadores perdieron sus bienes y libertad. Se entregó al saqueo la opulenta iglesia de san Julian. La fortaleza de algunos castillos, como el de Merliac, salvó á sus habitantes, y en la capitulacion se libertaron de la esclavitud. Despues de esta espedicion, Tierry dejó en Auvernia por comandante á un pariente suyo llamado Sigivaldo, que la gobernó como un tirano. El rey, no haciendo caso de la costumbre, que daba derecho á los pueblos para elegir sus obispos, dispuso de la mitra de Clermont, y la dió á Quinciano para indemnizarle de las persecuciones que habia sufrido de los arrianos como partidarios de Clodoveo.

Entretanto los ejércitos de Francia y Borgoña vinieron á las manos: los borgoñones estaban divididos, y fueron derrotados

en breve. Segismundo vencido cayó en poder de sus enemigos, que se hicieron dueños de Borgoña; pero su hermano Gundemaro sublevó poco despues los borgoñones, y volvieron á tomar las armas. Los reyes francos, al saber esta rebelion, mandaron asesinar á Segismundo, reunieron sus tropas, marcharon contra Gundemaro, y le dieron batalla cerca de Veceronce, en las orillas del Ródano. Despues de una resistencia ostinada el valor de los hijos de Clodoveo fijó la victoria: una parte de los borgoñones pereció, y otra se salvó con la fuga. Clodomiro, demasiado impaciente de consumar la derrota de los enemigos, los persiguió con tanto ardor, que se separó de los suyos: entonces un cuerpo enemigo tremoló, para engañarle, un estandarte parecido al de los francos; se acercan á él, le rodean, acometen y derriban: le cortan la cabeza, la ponen en la punta de una lanza, y se retiran consolados de su derrota con este trofeo. Gundemaro, para escapar de la venganza de los francos, se vistió de monge, y se ocultó en un convento; despues un traidor le entregó á los vencedores, que lo mandaron arrojar á un pozo, y esterminaron su familia.

Fin de la monarquía de los borgoñones. (534.) Childeberto y Clotario, despues de haber consumado la ruina de los borgoñones, subyugando todas las ciudades y pueblos que aun resistian, repartieron entre los dos la Borgoña, y pusieron fin á este reino, que

habia durado 120 años. Algun tiempo antes, estos dos príncipes, dignos herederos de la ambicion y crueldades de su padre, cometieron con los hijos de Clodomiro la mas horrenda atrocidad. Veian con pena que aquellos príncipes, de los cuales el mayor aun no tenia siete años, debian por su nacimiento, por las costumbres de los francos, y por la proteccion de la virtuosa Clotilde, participar con ellos de la soberanía de las Galias. Era preciso, pues, que aquellos niños fuesen sus rivales ó sus víctimas. Childeberto, cuyo carácter era benigno, estaba indeciso; pero el impetuoso Clotario no: pasaron á París, donde estaba entonces Clotilde, ocupada en la educacion de los hijos del desgraciado Clodomiro. Clotario, para esterminar á sus sobrinos, engañó á su madre con la mayor perfidia, suplicándole que les enviase á los niños para darles, de acuerdo con su hermano, la posesion de los estados de su padre. Apenas los tuvo en su poder envió á Arcadio, senador romano y ministro suyo, al palacio de Clotilde: este presentó á la reina un puñal y unas tijeras, preguntándole si preferia que sus nietos fuesen asesinados ó que se les cortase el cabello. Clotilde indignada esclamó: «Mas bien quiero verlos muertos, que degradados.» El pérfido Arcadio no le dejó tiempo para reflexionar, y volvió á los dos príncipes con aquella respuesta fatal. Al punto dió de puñaladas Clotario al mayor de sus sobrinos: el

segundo se echó á los pies de Childeberto, que enternecido pidió llorando su perdon; mas el implacable Clotario, amenazándole á él mismo con la muerte, le amedrenta, le quita su víctima, y la degüella á sus ojos. Los grandes, horrorizados de tanta atrocidad, se arrojan al rededor del tercer niño, que iba tambien á perecer: lo rodean: se lo llevan, y lo libertan de la espada de su verdugo. Este jóven príncipe, cuyo nombre era Clodoardo, vivió oculto algunos años; y maldiciendo la ambicion que habia costado tantos crímenes á su familia, renunció al siglo, se retiró á la aldea de Nogent, cercana á París, que tomó de él el nombre de Saint Cloud, y en la cual falleció con la muerte de los justos, y fueron veneradas sus reliquias. En este mismo tiempo vemos una nueva demostracion del derecho que creia tener al trono por su nacimiento cada príncipe de la familia merovingia.

Habia entonces uno de estos príncipes llamado Munderico, que se habia escapado del puñal de Clotario. Despues de vagar por diferentes paises, reunió algunos guerreros, determinados á sostener su causa, é hizo un manifiesto á la nacion de los francos. «¿Qué diferencia, les decia, hallais entre mí y Tierry? El cetro me pertenece como á él: yo convocaré el pueblo, me presentaré á su vista, y exigiré su juramento de fidelidad para mostrar á Tierry que no es mas rey que yo.» Mas era necesario probar su familia con

hazañas y no con palabras. Reune sus tropas, marcha, vence algunos cuerpos enemigos, y se apodera de Vitri, donde es reconocido y proclamado. Tierry no le dejó tiempo para aumentar el número de sus partidarios. Acude con su ejército y le sitia. La plaza era tan fuerte por el valor de sus defensores, como por su posicion; y Tierry, para vencer con mas prontitud, recurrió, segun las costumbres bárbaras de su familia, al artificio contra un enemigo que resistia á su denuedo. Los príncipes de aquella época preferian á los francos para las batallas: para engañar y cometer crímenes se valian del ingenio sutil y astuto de los romanos. Un oficial, llamado Aregisio, se presentó á Munderico de parte de Tierry, le dió esperanzas de un tratado favorable, y con el pretesto de arreglar sus condiciones, le persuadió que asistiese á una conferencia bajo la salvaguardia del juramento. El desgraciado príncipe, sobradamente crédulo, sale de las murallas con pequeña escolta: apenas llega al lugar de la entrevista, busca en vano al rey que estaba ausente, y ve que dan la señal de rodearle: perdiendo entonces la esperanza, mas no el valor, saca la espada, mata al pérfido Aregisio, inmola á su venganza muchos de los asesinos, y fallece despues de haber vendido cara su vida. Muerto Munderico, Tierry y Childeberto celebraron un tratado de paz y alianza, y se dieron mútuamente en rehenes muchos hijos de senadores; pero

habiendo roto despues este tratado, la mayor parte de los rehenes fueron reducidos á esclavitud: otros lograron huir: algunos se rescataron. Asi el resultado de estas guerras civiles era el asolamiento de Francia, y la ruina de las familias. El odio que se tenian los herederos de Clodoveo, no era menos violento y pérfido que el de los hijos de Edipo. Tierry, queriendo vengar á los hijos de Clodomiro, ó mas bien enriquecerse con el cetro y los despojos de Clotario, le propuso que viniese á su corte á tratar de los intereses comunes, y al mismo tiempo ocultó en su palacio asesinos encargados de matar á su hermano. Clotario, sospechando la traicion, llega armado y con numerosa comitiva: su penetracion no le habia engañado; pues descubrió los pies de los soldados que estaban ocultos detras de un tapiz muy grueso. Tierry turbado de ver descubierta su traicion, no se atrevió á dar la señal concertada: recibió á Clotario con fingido cariño, conferenció pacificamente con él, y al despedirse le dió un lebrillo de plata, tan precioso por el trabajo, como rico por el peso. Despues de la partida, este rey tan avaro como pérfido envió su hijo á la corte de Clotario; y el jóven príncipe, instruido por su padre, hizo tantas caricias al tio, que logró recobrar y recibir en don el lebrillo que su padre le habia regalado. «En esta clase de astucias, dice Gregorio de Tours, sobresalia principalmente Tierry.» ¡Qué siglo! ¡qué moral!

Todos estos crímenes eran entre los francos consecuencias del derecho de venganza privada, consagrado por la ley de aquella nacion orgullosa y turbulenta. La independencia que creian deber á este derecho, y el valor con que se cometian muchas veces estas acciones sanguinarias, las hacian menos horribles á sus ojos. Los hijos de Clodoveo, belicosos y vencedores como su padre, cubrian sus infamias con laureles; y los francos, siempre fáciles de deslumbrar con la gloria, olvidaban los atentados de sus príncipes cuando los veian pelear á su frente como héroes.

Estos primeros gefes de la dinastía merovingia tuvieron todos casi igual parte en la gloria de las armas. Tierry, informado de una invasion temible de los dinamarqueses en las costas septentrionales de Francia, marchó contra ellos, destruyó el ejército de su gefe Cotiliaco, á quien mató con su mismo acero Teodobaldo, hijo de Tierry, y dispersó la escuadra de los bárbaros. Este mismo Tierry añadió, como hemos visto, á las posesiones de los francos la Turingia y gran parte de la Alemenia septentrional. Despues de estas espediciones murió, y dejó la corona á su hijo Teodoberto, tan dichoso y valiente como su padre, pero mas humano y generoso.

Guerra de los francos con los visigodos. (535.) Childeberto, rey de Paris, era tan valiente como sus hermanos, y ademas religioso

y benigno : su siglo bárbaro le llamó débil. Sus armas reunidas á las de Clotario habian conquistado á Borgoña. Despues las empleó en libertar á su hermana Clotilde de la tiranía de Amalárico, rey de los visigodos. Este príncipe cruel veia con furor impotente la decadencia de su nacion y los progresos de los francos; y vengó infamemente su ira, llenando de ultrages á su muger, hija de Clodoveo. Cuando la infeliz Clotilde salia en público, el populacho, escitado por Amalárico, la insultaba de palabra y la tiraba lodo: cuando volvia á palacio era víctima de la brutalidad de su marido, el cual la heria tan fuertemente, que al dirigir sus quejas á sus hermanos, les envió un pañuelo bañado en su propia sangre.

Childeberto indignado marchó contra los visigodos, los venció y ahuyentó, dió muerte á Amalárico, libertó á su hermana, tomó y saqueó á Narbona, y trajo de ella 72 vasos de oro, que segun se cuenta robó Alárico de la capital del mundo, y Tito del templo de Jerusalen. Los visigodos, vencidos por Childeberto, y antes por Tierry, conservaron pocas posesiones en Francia, no hicieron en ella sino incursiones de poca importancia, pasaron los Pirineos, y fijaron su corte en Toledo.

Conquista de Provenza : espedicion de Teodoberto á Italia. (539.) Teodoberto, el mas glorioso de los príncipes franceses de esta epoca, no heredó sin dificultad el cetro

de su padre Tierry. Childeberto y Clotarío, sus tios, querian invadir sus estados; pero la fidelidad de sus leudes, su valor y sus formidables preparativos de defensa, los obligaron á abandonar aquel proyecto. Libre de todo temor, y afirmado en el trono, se dedicó á coronarse de gloria, único medio de hacer estable su poder enmedio de los francos belicosos. Habia peleado con felicidad bajo las órdenes de su padre contra los visigodos. Continuó esta guerra con actividad, y los echó de muchas plazas que poscian en el mediodia de Galia. Teodoberto estaba casado con una princesa llamada Visigarda: el amor le hizo romper este lazo. Buscando algun descanso despues de sus últimas victorias, fue hospedado en el castillo de Cabrieres, perteneciente á Deuteria, señora romana: enamorado de su hermosura é ingenio, la tomó por esposa. Este himeneo escitó el mayor descontento en los leudes y en el clero: las bodas de un príncipe franco con una gala, el quebrantamiento de la fe jurada y del vínculo consagrado por la Iglesia, causó grande murmuracion en el pueblo; pero Teodoberto distrajo los ánimos con el ruido de las armas.

Al mismo tiempo la muerte trágica de una muger causaba en Italia grandes revoluciones. La célebre Amalasunta, hija de la hermana de Cledoveo, habia ocupado con gloria el trono de su padre Teodorico. El príncipe Teodato, pariente suyo, y colma-

do de sus beneficios, la acusó falsamente, sublevó contra ella el pueblo, y la hizo ahogar en un baño. Justiniano, que reinaba entonces en Constantinopla, con pretesto de vengar su muerte, aprovechó esta ocasion de restituir al imperio de los césares su poder y destruir el de los godos en Italia. Belisario, ilustre ya por sus victorias contra los persas, y por la conquista de Africa, presentó de nuevo á la admirada Roma las águilas de Escipion. La muerte de Amalasunta era tambien para los reyes francos un motivo legítimo de venganza, y un pretesto natural de saqueo: escitados por Justiniano á sostener su causa tomaron las armas; pero cuando se preparaban á pasar los Alpes, los ostrogodos hallaron para detenerlos un medio muy conforme á sus costumbres; y con una cuantiosa composicion suspendieron por algun tiempo las hostilidades. El cobarde Teodato, que solo sabia asesinar y huir, fue destronado por los godos poco despues. Habia aplacado el resentimiento de los principes franceses, enviándoles 50.000 escudos de oro. Su sucesor Vitiges, capitan valiente y hábil político, sostuvo mucho tiempo con honor la fortuna de los godos contra el genio de Belisario; pero en fin, previendo su ruina imploró para evitarla el socorro de los reyes de Francia; y para moverlos á que uniesen sus armas á las suyas, les cedió todas las posesiones que los ostrogodos conservaban en Galia. Asi cayó definitivamente la Provenza

en poder de los francos, que la dividieron en dos provincias, la de Marsella y la de Arles. Teodoberto, al frente de sus guerreros, pasó los Alpes, y acometió primero á los romanos, y luego á los godos; y engañando asi las esperanzas de unos y otros, se apoderó de sus riquezas, y saqueó toda la Ligaria. Este pais asolado cesó muy pronto de darle subsistencias: el hambre se siguió á la devastacion: los escesos produjeron enfermedades, y la indisciplina desórdenes. Belisario dió graves quejas á Teodoberto; y juntando los efectos á las palabras, le obligó á volverse á Galia con su ejército muy disminuido por el contagio, y tan cargado de botin, que hubiera sido temeridad esponerlo á un combate con las legiones romanas. Sin embargo, Justiniano, temeroso de una nueva invasion, hizo un tratado con los francos, y cedió solemnemente á sus reyes todos los derechos del imperio sobre las Galias. Esta paz duró poco porque no fue sincera ni de una ni de otra parte. El único objeto de Justiniano era restituir al imperio su antiguo esplendor y sus antiguos límites: despues de la completa sumision de Italia, hubiera movido contra Galia sus armas victoriosas. Su orgullo, alentado por la retirada de Teodoberto, le habia hecho ya cometer la imprudencia de tomar el sobrenombre de *Francico*, como si hubiese vencido á los francos en batalla campal. El impetuoso Teodoberto juró vengarse de esta injuria; y

desde entonces formó el proyecto, no solo de socorrer á los godos de Italia, sino de atravesar á Germania y Tracia, y acometer á Constantinopla. Sin embargo, el tratado era harto reciente para no creerse obligado por lo menos á disimular sus designios. En lugar de mandar él mismo en persona las tropas que envió al otro lado de los Alpes, resolvió componer este ejército de borgoñones y alemanes, nuevamente conquistados, y cuya turbulencia le daba recelos: de este modo, al mismo tiempo que seguia los designios de su ambicion, alejaba á los facciosos, y aseguraba su tranquilidad. Estas tropas, mandadas por Bucelin y Leutaris, cometieron grandes estragos en Italia, y se arruinaron por sus propios escesos. Mas tarde, cuando Nárses sucedió en el mando del ejército romano á Belisario, que habia caido en desgracia del emperador, las tropas de Teodoberto se unieron á las de Totila, nuevo rey de los godos; pero participaron de su infortunio, y fueron de tal modo arruinadas en la batalla de Casilino, cerca de Cápua, que pocos hombres volvieron á Francia á dar noticia de tan gran desastre. Estos sucesos pertenecen al reinado del hijo de Teodoberto.

Este príncipe yacia espuesto á las tempestades que le amenazaban por su matrimonio con Deuteria, muger imperiosa y cruel: indignada de la belleza de su hija, mandó uncir dos toros no domados al carro

de la infeliz princesa, que murió precipitada por ellos en el Mosa. Este crímen escitó el enojo de todos: Teodoberto hizo vanos esfuerzos para proteger á la delincuente, y conservarle su dignidad. El clero, defensor de la moral, y que ya ejercia gran parte de la autoridad política, le amenaza con los rayos del cielo: el obispo de Tréveris le separa de la comunion de los fieles. El rey, burlándose de esta sentencia, entra en el templo: el obispo suspende los divinos oficios, y declara que no los proseguirá hasta que no salgan de la iglesia todos los que estan privados de su comunion. Al mismo tiempo esclamó uno de los fieles, arrebatado de un imprudente celo, pero con la libertad habitual de los francos: «El obispo es casto, el rey es adúltero: el obispo es humilde, el rey orgulloso: el obispo irá inmaculado á la gloria, el rey cargado con el peso de sus iniquidades, caerá en el abismo.» Teodoberto irritado manda á la tropa que arrojen del templo á aquel hombre, que creian poseido del demonio; pero el obispo, levantando la voz, dice que los homicidas, adúlteros é incestuosos son los que deben salir del templo. Sin embargo, los soldados procuran arrojar de la iglesia al energúmeno, el cual se asió de una columna tan fuertemente, que diez hombres no pudieron arrancarlo. El obispo pronuncia sobre él las oraciones de la Iglesia contra los poseidos: los soldados y el pueblo hincan la rodilla: los leudes se declaran

á favor del obispo: Teodoberto cede, arroja á Deuteria de su palacio, y vuelve á recibir á Visigarda. Este hecho manifiesta la necesidad que habia del poder sacerdotal para corregir los vicios y la ferocidad del siglo, y cuán grande era ya en el siglo VI la autoridad de los obispos, protectora natural de las costumbres, y único asilo de los oprimidos contra los poderosos. Los que censuran al obispo de Tréveris por este acto de firmeza, olvidan que los gefes de los francos no poseian aun la autoridad real: que las leyes eran bárbaras: que los grandes y príncipes no reconocian mas derecho que el de la violencia: que el pueblo yacía espuesto perpétuamente á su tiranía, y que en toda sociedad es menester que haya una fuerza superior, capaz de contener á los malos, y de defender los principios eternos de la moral y de la justicia. Esta fuerza no existia entonces sino en el cristianismo.

Guerra entre los reyes de Francia. (540.) El ambicioso Clotario creyó que podria aprovecharse de las turbulencias del reino de Metz (llamado entonces Austrasia) para engrandecerse á costa de su sobrino, y asi dirigió sus armas contra él. Childeberto acudió para defender á Teodoberto, y salieron entrambos á campaña contra el rey de Soissons. Bien pronto se encontraron los ejércitos: dióse la señal del combate: los hermanos enemigos estan dispuestos á destrozarse: los franceses van á inundar la llanura con la sangre

de los franceses ; cuando de repente estalla una furiosa tempestad : el rayo sulca por los aires oscurecidos : dícese que una lluvia de piedras cayó en el campamento de los dos reyes, y los derribó, al mismo tiempo que los reales de Clotario no sufrieron nada por la tempestad, que pareció separarse de ellos. Los francos aterrados creyeron oir la voz del cielo en el sonido de los truenos.

Sabian que Clotilde, llorosa y postrada ante el sepulcro de san Martin, lamentaba amargamente la ambicion sanguinaria y los furores fratricidas de sus hijos. Como por su virtud era tan respetada de los francos, atribuyeron á sus oraciones la tempestad, y tanto los leudes como los soldados pidieron que cesase aquella guerra impía. Teodoberto y Childeberto, vencidos sin combate, piden la paz á Clotario, y firman un tratado que fue un nuevo beneficio de la religion cristiana ; pues ella sola impidió los horrores de la guerra civil, y enfrenó la ambicion de los príncipes.

Sitio de Zaragoza. (543.) Poco tiempo despues, Childeberto y Clotario, para vengarse de las irrupciones de los visigodos, marcharon contra ellos, los vencieron, pasaron los Pirineos, y sitiaron á Zaragoza, cuya ruina habian jurado. Dos narraciones hay muy contrarias entre sí de esta espedicion, ambas escritas por historiadores santos y coetáneos. Gregorio Turonense dice que el clero y pueblo de Zaragoza, incapaz

de hacer resistencia, salió en procesion á implorar la piedad de los francos, y que Childeberto enternecido les concedió la paz, sin llevarse mas botin que la túnica de san Vicente mártir, en cuyo honor fundó en París una abadía, llamada despues de *san German de los Prados*. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, cuenta que Teudiselo, general de Teudis, rey de los visigodos, obligó á los franceses á levantar el sitio, y los venció con gran mortandad cuando pasaban de vuelta los Pirineos. Ambas narraciones son verosímiles, atendidas las costumbres del siglo, y Mariana las adopta entrambas, suponiendo que la victoria de Teudiselo fue posterior al levantamiento del sitio de Zaragoza, debido á la piedad de Childeberto.

La guerra era siempre el estado habitual de los francos. Teodoberto, estendiendo sus conquistas en Germania, consiguió muchas victorias de los hunnos que dominaban la Pannonia. El emperador Justiniano le envió embajadores para darle la enhorabuena, y la respuesta de Teodoberto prueba cuan lejos habia llevado este príncipe los límites del imperio frances. *Teodoberto, rey, al señor ilustre, gran triunfador, y siempre augusto Justiniano, emperador de los romanos*. La llegada de vuestros embajadores Juan y Mesario nos ha llenado de alegria, informándonos de la felicidad progresiva de vuestro imperio. Saludamos á vuestra serenidad, y hemos recibido vuestros regalos

con el mismo placer que tuvisteis al ofrecerlos.... Os dignais de preguntarnos en qué provincia habitamos, y qué naciones, ademas de la de los francos, estan sometidas á nuestro poder. Con el auxilio de Dios hemos subyugado á los turingos, y somos dueños de su pais: la familia de sus reyes del norte se ha estinguido, y su pueblo nos obedece. Los visigodos, que poseian una parte de Galia, los pannonios y los sajones eudesios se han sometido voluntariamente á nuestro poder. En fin, gracias al cielo, nuestro dominio se estiende desde el Danubio y la Marça pannónica hasta las playas del Océano.»

Muerte de Teodoberto, rey de Austrasia. (548.) A pesar de estos mensages, que se enviaban mútuamente el rey de los francos y Justiniano, no habia abandonado Teodoberto sus grandes proyectos de conquista. Se habia atrevido á tomar en sus monedas el título de augusto, en venganza del orgullo pueril con que el emperador tomó el de *fráncico*; pero la muerte interrumpió su carrera ambiciosa, y un árbol que cayó sobre él, terminó sus dias. Sus hazañas le grangearon la admiracion de su siglo, y sus virtudes el amor de sus vasallos. Apenas habia salido de la infancia, y ya asombraba á los guerreros veteranos su fuerza y osadía. Su primer triunfo contra los dinamarqueses, logrado á la vista de su padre, hizo que los francos le diesen el glorioso renombre de *príncipe útil*. Heredero de la gloria de Clodo-

veo, no la manchó con ninguna de las crueldades que eran tan comunes en los principes de su familia: era humano, generoso, y los pobres hallaban en él socorros, que mas bien procedian de cariño que de lástima. No se le puede censurar por el saqueo de Génova, Venecia y casi todo el norte de Italia: en aquel siglo bárbaro el derecho de gentes autorizaba la depredacion, y los francos no hubieran sufrido que les privase del botin, mirado como el justo premio de las armas. Conquistador de casi toda Germania arrojó á los ostrogodos y visigodos de Francia, y obligó á Justiniano á ceder á los reyes francos todos los antiguos derechos de Roma sobre Galia: añadió asi la autoridad legal á la de las conquistas; y despues de su reinado los monarcas franceses fueron herederos de los dos conquistadores de los galos César y Clodoveo.

Mario, obispo de Lausana, historiador coetáneo, no daba á Teodoberto otro nombre sino el de *gran rey de los franceses*. Algunas de las espresiones de este príncipe, conservadas por la gratitud, bastarán para pintar su carácter y justificar los elogios que le prodigaron sus contemporáneos. Los habitantes de Verdun estaban reducidos á la miseria por las calamidades de aquella época. Teodoberto les prestó de su tesoro una suma considerable, que manejada hábilmente les restituyó su antigua prosperidad. Muchos años despues encargaron á su obispo

que devolviese al rey el dinero prestado; pero el príncipe lo rehusó, diciendo al obispo : «Somos muy felices, vos en haberme dado ocasion de hacer bien , y yo en no haberla perdido.» Clotilde murió poco despues. Teodoberto era el único príncipe que no la hizo derramar lágrimas vertiendo sangre de su familia. Es el primer rey de Francia que acuñó moneda con su efigie. Algunos sabios, para probar que el año de la cesion de los derechos del imperio no fue la época en que se introdujo este nuevo uso, citan el ejemplo de los visigodos que mucho antes pusieron sus efigies en las monedas ; pero olvidan que el emperador Julio Nepote les habia cedido en un tratado solemne todos los derechos del imperio sobre la Aquitania. Teodoberto amaba las letras, y tenia en su corte muchos romanos : Asteriolo y Secundino fueron leudes suyos, y sus embajadores en Constantinopla. Cuando volvieron, su mútua envidia llenó de intrigas el palacio : la reina favorecia al uno , y el rey al otro. Secundino mató á su rival, y los hijos del muerto le obligaron primero á salir desterrado, y despues á tomar un veneno. Partenio, romano tambien, era ministro de Teodoberto: despues de la muerte de este rey, Teodobaldo, su sucesor, sabiendo que aquel hombre codicioso ejercia infielmente su empleo, y se enriquecia con ganancias ilegitimas, le contó, para advertirle la suerte que le amenazaba á causa del descontento

público, el apólogo siguiente: «Una serpiente entró en una botella de leche; y bebió de ella con tanto esceso, que se infló y no pudo salir. El despensero entró, vió su inútil afan para escaparse, y dijo: *necia, vuelve lo que has bebido de mas, y saldrás con la misma facilidad que has entrado.*» Partenio, en lugar de aprovecharse de este consejo, acabó con la paciencia del pueblo y del príncipe. Mató á su muger y á un amigo que le reprendian sus desórdenes: el rey le mandó salir de su palacio: perseguido en sueños por las fantasmas de sus víctimas, en vano procuró huir de la venganza pública: todos pedian su muerte: un obispo le dió asilo en su iglesia; pero la plebe enfurecida entró en el templo, le sacó de un arca donde se habia ocultado, y le mató á pedradas.

Agregacion de Austrasia al reino de Soissons. (555.) Teodobaldo, hijo de Teodoberto y Deuteria, sucedió pacíficamente á su padre en el trono de Austrasia. El emperador Justiniano le pidió algunas plazas que los francos ocupaban todavia en Italia. La derrota de los ejércitos de Leutaris y de Bucelin cerca de Capua, de que ya hemos hablado, no dejando á Teodobaldo ninguna esperanza de resistir á Narses, terminó esta guerra con un tratado. Ningun otro suceso importante ocurrió en su reinado, que duró solo siete años. Dejó dos hermanas, Visigarda y Ragnetrudis; pero conformándose con las costumbres de los salios, no heredaron

el trono ; y Austrasia reconoció por reyes á Clotario y Childeberto, á quienes, dice Agatias, la ley patria llamaba á la sucesion como parientes mas cercanos de Teodobaldo.

Al mismo tiempo era afligido Childeberto por una enfermedad peligrosa, y no pudo sostener sus derechos. El codicioso Clotario se aprovechó de esta circunstancia favorable á su ambicion : sedujo con magníficas promesas una parte de los leudes austrasios, que le proclamaron rey único, y sus amenazas obligaron á Childeberto á ratificar esta usurpacion.

Guerras de Clotario contra los sajones y contra su hijo Cramne. (556.) Clotario, dueño apenas de Austrasia, supo que los sajones se habian revelado : pasó el Rhin, marchó contra ellos, los derrotó, y los obligó á pedir la paz. El la deseaba tambien ; pero los francos, insaciables de combates, saqueos y matanzas, no se contentan con haber vencido á los enemigos y quieren esterminarlos. En vano Clotario se opone á su furor : le acusan de cobarde, pasan de la murmuracion á la rebelion, se reunen tumultuariamente, rompen la tienda del monarca, se arrojan sobre él, lo derriban y encadenan, y le amenazan con la deposicion si no los lleva en aquel momento á la pelea. Clotario cede, y manda dar la señal. La desesperacion da nueva fuerza á los sajones, y resisten al primer ímpetu de los francos : luego cargan sobre ellos, los desbaratan, y despues de gran

carnicería los obligan á huir. Algunos dias despues Clotario reunió animosamente las reliquias de su ejército, y se tuvo por muy feliz en firmar la paz que los suyos habian negado con tanta insolencia.

Mientras Clotario esperimentaba en Germania las vicisitudes de la fortuna, la discordia agitaba á su familia y reino. Gramne, el mayor de sus hijos, mandaba en Auvernia, y la gobernaba como un tirano. Firmino, conde de Clermont, resistió á sus violencias. Gramne le persiguió, confiscó sus bienes, y dió su empleo á Salustio. Pero cuando supo que el rey, su padre, volvia, temeroso del castigo merecido, y deseando evitarlo, tremoló el estandarte de la rebelion.

Chanao, conde de Bretaña, le dió socorro, como tambien Childeberto, para aprovechar esta ocasion de vengarse. Gramne se apodera del Poitou y del Limosin: los príncipes Cariberto y Gontran marcharon contra su hermano por órden de Clotario; pero al tiempo de darle batalla, una tempestad que se levantó, los intimidó, se retiraron en desórden, y Gramne los persiguió hasta las puertas de Dijon. Alli imploró la clemencia de Clotario, y obtuvo su indulto; pero el tiempo hizo ver que ni el arrepentimiento ni el perdon fueron sinceros.

Muerte de Childeberto. (558.) Childeberto, durante estas disensiones, invadió la Champaña; pero alli le sobrevino la muer-

te, terminando su reinado, que habia sido de 47 años. Su vida, honrada con muchas virtudes, fue mancillada por la debilidad. Sin embargo, los leudes echaron menos su generosidad, el clero su religion, los soldados su brio, y los pueblos su justicia. Hizo derribar todos los ídolos que los galos adoraban aun en los bosques, fundó muchos monasterios, y reunió cuatro concilios.

Childeberto no dejó mas que dos hijas: su esclusion del trono fue una nueva demostracion del principio de la herencia de los varones, que estaba, no en el testo, sino en el espíritu de la ley sálica. Despues de la muerte de este rey, Clotario I reunió bajo su cetro todas las partes de la monarquía francesa.

CAPITULO VIII.

Clotario primero. Cariberto, Gontran, Sigeberto, Chilperico. Childeberto en Austrasia, Clotario en Soissons.

Clotario reina solo. Repartimiento de Francia entre los hijos de Clotario. Muerte de Cariberto. Guerra civil entre los reyes francos. Muerte de Sigeberto: Childeberto, rey de Austrasia. Victoria de Mummol contra los neustrios. Guerra de Bretaña. Guerra de Chilperico y Childeberto contra Gontran. Invasion de los vascones en Aquitania. Muerte de Chilperico: Clotario II, rey de Soissons. Guerra de Gundebaldo. Tratado de Andelot. Muerte de Gontran: Childeberto, rey de Austrasia y Borgoña.

CLOTARIO *reina solo*. Algunos autores señalan la fundacion del pequeño reino de Ivetot en Normandía en la época en que Clotario fue rey de toda Francia: dícese que lo erigió en favor de la familia de un senior,

á quien habia hecho matar injustamente; pero ninguna acta, ningun suceso averiguado que pueda considerarse como histórico, prueba la verdad de esta fundacion, que en el dia es mirada como una fábula. Toda la vida de este rey habia sido mancillada con crueldades: sus últimos años fueron turbados por las discordias que el odio movió en su familia. Su hijo Cramne se rebeló de nuevo: su padre marcha contra él, y ambos ejércitos se encuentran en las costas de Bretaña. Al primer choque los bretones, aliados del príncipe rebelde, ceden al valor de los francos: su conde es derribado y muerto en la batalla. Cramne, desamparado ya, procura en vano huir de un padre implacable. Cae en sus manos; y el desapiadado rey manda encerrarlo con su muger é hijos en una cabaña, y prenderle fuego. Este mónstruo, tan atroz como Neron, aunque menos cobarde, ahogó asi todos los sentimientos de la naturaleza; pero no pudo ahogar sus remordimientos. Desde aquel dia fatal, el recuerdo de sus perfidias, la imágen de sus sobrinos asesinados, el oprobio de su incesto, los gritos de su hijo devorado por las llamas le perseguian en el trono y en el lecho, sin que pudiesen defenderle ni su guardia ni su poderio de estos invisibles enemigos. En vano huia en las selvas de las reprensiones de los hombres y de su conciencia: cada objeto le parecia un fantasma: cada sombra un espectro.

Cazando un dia en el bosque de Guisa se encendió en sus entrañas una calentura ardiente, parecida al fuego en que pereció su hijo y terminó su vida. Murió un año despues del suplicio de Gramne, en el mismo dia y á la misma hora que se habia ejecutado su bárbara órden. En conformidad con sus últimas disposiciones, se le enterró en la iglesia de san Medardo, que habia fundado en Soissons para honrar la memoria de aquel santo obispo, cuyo cargo y virtud estimaba, aunque despreciando sus consejos. Clotario, codicioso de dinero y poder, habia mandado que un dia fijo se trajesen á su tesoro las terceras partes de las rentas de todos los obispos. El mayor número de los prelados no se atrevieron á resistir á este príncipe sanguinario: solamente Injurioso, obispo de Tours, levantó la voz contra él en defensa de los derechos de la nacion y de la Iglesia. «Rey, le dijo, si quieres apoderarte de los bienes que pertenecen al Señor, el Señor te quitará los tuyos y la corona; porque es grandísima injusticia que tú, á quien pertenece llenar los graneros de los pobres, les quites lo que tienen para amontonarlo en los tuyos.» Dichas estas palabras, salió animosamente del consejo. Clotario, asustado de sus amenazas, le envió mensageros para aplacar su enojo, y renunció al proyecto que habia formado. Conocia la influencia de los sacerdotes sobre el pueblo, y temia la oposicion de una clase tan respe-

tada. Sus últimas palabras fueron la espresion de su conocimiento tardío del poder de un Dios justiciero; y se le oyó esclamar con voz débil y moribunda: ¡Cuán poderoso es el Rey de los cielos; pues da la muerte cuando quiere, al mas poderoso rey de la tierra!» Este príncipe, á semejanza de muchos tiranos, manifestó con frecuencia en sus discursos y leyes la sabiduría que desmentian sus acciones. Cuando reformó la ley Sálica por su edicto del año 560, salieron de su boca cruel estas hermosas palabras: «Los pueblos premian con su afecto y lealtad el amor á la justicia y á la rectitud.» El artículo V de este edicto manda que se miren como nulas todas las ordenanzas reales contrarias á las leyes. El artículo 6.° concede á los obispos la facultad de revisar y anular las sentencias de los jueces, en ausencia del rey. Por el mismo edicto se restituyesen á la iglesia todos los diezmos que se habian cobrado de sus bienes; y se establece la inconmutabilidad de las propiedades cuando la posesion ha durado treinta años.

Repartimiento de Francia entre los hijos de Clotario. (562.) Los hijos de Clotario repartieron entre ellos la Francia, segun el derecho público de aquel tiempo. Este repartimiento anunciaba una nueva serie de querellas, traiciones y guerras civiles. Las partes fueron sacadas á la suerte. Ningun historiador habla del derecho electoral del pueblo en esta ocasion; pero las actas de

Childeberto y Clotario II manifiestan que todos los años convocaban al campo de Marzo la junta de los francos, y en él se sancionaban, con el consentimiento general, todas las grandes providencias legislativas, adoptadas en el consejo de los reyes y de los leudes.

El primero de los nuevos reyes que manifestó su ambicion, fue Chilperico. Apoderóse del tesoro de su padre, y entró en París con esperanza de hacerse dueño de esta ciudad; pero las amenazas de sus hermanos le obligaron á salir de ella. Las antiguas crónicas hablan por la primera vez en esta época de los gobernadores de palacio, que poco tiempo despues usurparon la autoridad real. Desde la conquista de Galia procuraron los reyes francos imitar en su corte la pompa y ceremonial de los emperadores de oriente. El gobernador de palacio mandaba en él: el conde del mismo título administraba justicia: el gran refrendador sellaba las actas: los caballos y armas estaban bajo la inspeccion de los condes de la caballeriza, *comites stabuli*, de cuya espresion se formó despues la palabra *condestables*. En el séquito de estos grandes dignatarios habia al rededor del príncipe un gran número de escuderos, camareros y refrendadores. Los leudes, antrustiones, comensales del rey y obispos hacian respetable el consejo; y la corte brillaba por los muchos sirvientes y caballos. El monarca nombraba duques, pa-

tricios y condes para que mandasen los ejércitos y gobernasen las provincias. Lo que prueba el poder de los grandes es, que se habian reservado el nombramiento de los gobernadores de palacio. Cuando Sigeberto subió al trono de Austrasia, los leudes eligieron por gobernador á Chrodin, que era el que mas se distinguia entre ellos; pero rehusó este importante destino. «No soy, les dijo, el hombre que debeis elegir. Creedme: yo no podria mantener la paz en el reino. Estoy enlazado por parentesco con los señores mas poderosos; y sabeis cuán propensos son los hombres á abusar del poder. Si mis parientes cometiesen algun esceso, estaria obligado á castigarlos, y la severidad de un deudo los irritaria. Al contrario, si fuese indulgente con ellos, me espondria al enojo de Dios y al odio público. Hacedme el favor de consultar mejor vuestros intereses con una eleccion que os sea útil.» Los grandes siguieron su consejo, y eligieron á Gogon.

Muerte de Cariberto. (567.) Despues de domada la ambicion de Chilperico, se repartió de este modo el imperio. Cariberto reinó en Paris, Gontran en Orleans y Borgoña, Sigeberto en Austrasia, cuya capital era Metz, y Chilperico en Soissons. Un ataque imprevisto de los hunnos proporcionó á Sigeberto la ocasion de probar que la sangre de Clodoveo corria por sus venas. Marchó á la provincia de Turingia que habian

invadido: les dió batalla en las orillas del Elba, los derrotó, y los persiguió hasta el Danubio. Durante su ausencia, Chilperico se habia apoderado de Reims, y entrado en Austrasia. El vencedor de los hunnos volvió á Francia, peleó con Chilperico, le quitó sus injustas conquistas, se apoderó tambien de Soissons, é hizo prisiouero á Teodoberto, hijo de Chilperico; pero mostrando despues que su moderacion era igual á su valor, concedió la paz á su inicuo hermano, y le restituyó sus estados. El orgullo insensato de una muger causaba entonces una grande revolucion en Italia. La emperatriz Sofía, esposa del emperador Justiniano, prodigando su menosprecio al eunuco Nárses, libertador de Roma y vencedor de los ostrogodos, le escribió que viniese á Constantinopla á dar cuentas de sus riquezas, y le envió al mismo tiempo insolentemente unas tigeras y una rueca. Nárses, en venganza de este insulto, llamó á Italia á los lombardos, pueblo escandinavo que se habia establecido poco antes en las riberas del Danubio. Alboino, su rey, conquistó rápidamente la mayor parte de la peninsula, y fundó en ella un estado que duró hasta los tiempos de Carlomagno. El imperio conservó en Italia solamente el exarcado de Ravena, la Calabria y la ciudad de Roma, que desde entonces no reconoció mas autoridad que la de los papas. La vecindad de los lombardos produjo á poco tiempo guerra entre ellos y los fran-

cos. Despues de la muerte de Alboino y su sucesor, los lombardos abolieron la monarquía, y adoptaron un gobierno oligárquico de treinta duques. Estos pasaron los Alpes, entraron en Borgoña, vencieron el ejército de Gontran mandado por Amato, patricio de Arlés, y se volvieron á Italia con inmenso botin. Al año siguiente repitieron la misma incursion; pero los contuvo el patricio Múmmol, sucesor de Amato. Este general, el mas célebre de su tiempo, era romano: su primer nombre fue Ennio, hijo de Peonio. Nombrado conde de Auxerre y comandante del ejército de Gontran, sorprendió á los lombardos, los rodeó y acometió con tanta furia, que los esterminó casi enteramente. . . . .

Mientras que este romano ilustre conservaba la gloria de los francos, los reyes Gontran, Chilperico y Cariberto la mancillaban con sus desórdenes. Gontran tuvo por dama á una aldeana: despues casó con la hija del duque Magnacario, y la repudió de allí á poco, enamorado de una de sus criadas, en cuyas sienes puso la corona. Chilperico, ardiendo en el amor funesto de Fredegunda, muger tambien de baja estraccion, le dejó tomar sobre su ánimo un ascendiente perniciosísimo á la nacion franca. Estaba casado con Audevera, de la cual tenia tres hijos, Meroveo, Teodoberto y Clodoveo. Al bautizarse el último de estos hijos, como la madrina estuviese ausente, la pérfida Frede-

gunda persuadió á Audevera que fuese tambien madrina de su hijo, y despues á Chilperico, que el nuevo parentesco espiritual habia disuelto su matrimonio segun las leyes de la Iglesia. Chilperico, arrastrado de su pasion, adopta aquella interpretacion interesada: los aduladores la confirman, y Audevera es desterrada á un convento. Despues de haberse entregado desenfrenadamente al amor de Fredegunda, avergonzado de este desórden escandaloso, y queriendo imitar á su hermano Sigeberto, que habia casado con Brunequilde, hija de Atanagildo, rey de los visigodos, pidió la mano de Galsuinda, hermana de esta princesa. Atanagildo, receloso de su inconstancia, no le concedió su hija hasta que hubo jurado que jamas la repudiaria. Esta princesa llegó á Francia con grande comitiva, y sentada sobre un carro de plata: víctima adornada que el Neron de los francos iba á inmolar á los furores de Fredegunda. Cariberto, rey de París, escandalizaba tambien á los pueblos con la eleccion y gran número de sus concubinas. Despues de repudiada su muger Ingoberga, casó sucesivamente con la hija de un lanero, con la hermana de esta, que era religiosa; y en fin con la hija de un gañan. San Germano, obispo de París, le acusó en público de incesto, adulterio y sacrilegio: el rey se burló de sus represiones y de la escomunion. Solo en el clero hallaban entonces proteccion las virtudes y la

moral contra la violencia y la depravacion. Clotario I habia nombrado por medio de un sencillo edicto obispo de Saintes á Eumenio, sin el consentimiento del metropolitano. Los obispos de la provincia se reunen, declaran nulo el nombramiento, eligen á Heraclio en lugar de Eumenio, y le envian á Cariberto para que confirmase la eleccion. El rey, indignado al verle, grita enfurecido: «¿Cómo han tenido el atrevimiento de destruir á un obispo nombrado por mi padre? ¿Creen que los hijos de Clotario no sabrán sostener sus actas, y hacer que se respete su autoridad?» Dichas estas palabras, arrojó á Heraclio de su palacio, le envió á un destierro sobre un carro lleno de espinas, mandó al clero que repusiese á Eumenio en la silla episcopal; y algunos camareros, revestidos de sus poderes, condenaron á multas cuantiosas á los obispos de Aquitania: la que se impuso á Leoncio, obispo de Burdeos, fue de 1.000 monedas de oro.

En aquel siglo la violencia y la osadía lo alcanzaban todo: los desvalidos cedian á las amenazas de los grandes, y buscaban la proteccion del clero, mientras que los reyes, imperiosos y favorecidos por la fortuna, egercitaban sin ostáculos el poder arbitrario; y asi los historiadores citan muchos hechos en apoyo de sistemas opuestos acerca de los derechos de la corona y fueros de los pueblos, cuando realmente no habia sistema, ni cosa que fuese constante, sino el des-

órden. Muchos sacerdotes célebres ilustraron entonces la Iglesia por su firmeza, modestia y virtudes; pero era imposible que la depravacion general no pasase al clero desde los patricios romanos y los leudes francos. Las cartas del papa san Gregorio al rey Childeberto, á Brunequilde y á muchos obispos muestran cuánto lloraba aquel santo pontífice por la codicia, simonía, orgullo, vicios, incestos y adulterios de muchos clérigos de Francia. Algunos llegaron hasta no horrorizarse de la efusion de sangre. En la batalla que dió el patricio Múmmol á los lombardos, los obispos Salonio y Sagitario entraron en accion. «No se presentaron, dice san Gregorio de Tours, armados con la cruz, sino con yelmo y peto; y lo que es peor, mataron con sus propias manos, segun se cuenta, á muchos enemigos.» Cariberto, que solo habia mostrado en el trono sus vicios, cayó enfermo en Playe, y murió en esta ciudad. Habia reinado siete años, y solo dejó tres hijas: Berta, que casó con Etelberg, rey del Kent en Inglaterra, á quien convirtió al cristianismo, y otras dos que fueron religiosas. Apenas Cariberto murió, Teodegilda, una de sus viudas, ofreció á Gontran entregarle los tesoros de su marido á condicion de casarse con ella. Gontran la engañó dándole falsas esperanzas: se apoderó del dinero, y la encerró en un monasterio.

Guerra civil entre los reyes francos. (572.) Los tres hermanos de Cariberto re-

partieron su herencia; pero como París daba ya demasiada preponderancia al que la poseyese, se convino en que cada uno sería dueño de la tercera parte de la ciudad; y aun juraron en presencia de sus leudes, puestas las manos sobre los relicarios de los mártires, que ninguno de ellos entraria en aquella capital sin el consentimiento de sus hermanos. Chilperico no tardó en mostrar que no respetaba ni los tratados, ni los vínculos de la sangre, ni los juramentos mas sagrados. Fredegunda queria ser reina: Galsuinda oponia á su ambicion un importuno ostáculo, y una mañana apareció ahogada en su cama. Chilperico, tirano de su pueblo y esclavo de su manceba, se casó con Fredegunda, y la coronó. Este casamiento y este crimen indignaron á los francos: el pueblo tembló y calló: el clero gimió: Brunequilde juró vengar á su hermana: los reyes de Austrasia y de Orleans tomaron las armas; y las antorchas del himeneo de Fredegunda, semejantes á las de las furias, encendieron una guerra fecunda en crímenes y calamidades. Chilperico no mostró tanto ánimo despues de su delito, como audacia habia tenido para cometerlo: pidió la paz á sus hermanos, y ofreció composicion por el asesinato de Galsuinda. Por el tratado de paz cedió á Brunequilde la ciudad y territorio de Burdeos, el Limosin, el Quercy, el Bearne y el Bigorre, que Galsuinda habia recibido de él, como don nupcial, llamado por los

francos *morgen-gab*, ó regalo de por la mañana. Las disposiciones de este pacto prueban, contra la opinion de muchos autores, que las mugeres podian ya poseer en Francia, no solo algunas rentas del erario, sino ciudades y tierras sálicas. Mientras el reino gozaba de una paz momentánea en el interior, los hunnos y los ávaros invadieron de nuevo á Turingia. El valeroso Sigeberto salió contra ellos; pero, segun las crónicas de aquel tiempo, su ejército fue acometido enmedio de una selva vastísima, donde fue sobrecogido de un terror pánico por el poder de las hadas, por fuegos que volaban, por encantos, por apariciones de espectros ó mas bien de hombres que llevaban máscaras espantosas que aparentaban vomitar llamas. Los francos asustados se quedan inmóviles, y dejan caer sus armas. En vano el rey quiso reanimar su valor: obligado á rendirse, no perdió su serenidad: su elocuencia, su atrevimiento, su buen humor que conservó, agradaron tanto al gefe de los bárbaros, que su odio se trocó en amistad, y concedió al rey cautivo condiciones honoríficas de paz.

Sigeberto, apenas volvió á Francia, declaró la guerra á Gontran, que le habia quitado una parte de Provenza. La fortuna fue segunda vez contraria á los austrasios: vencidos por el patricio Celso, se ahogó un gran número de ellos en el Ródano. El peligro comun restituyó la paz á los francos,

porque entonces se verificó la segunda invasion de los lombardos y la victoria de Múmmol, de que ya hemos hablado. Entretanto Chilperico, cediendo al odio implacable de Fredegunda contra Brunequilde, se hizo dueño de París, é invadió la Turena y el Poitou. El débil Gontran se unió con él: en vano los leudes emplearon todos sus esfuerzos para impedir los funestos efectos de tan sanguinarias discordias: tres veces se firmaron treguas y se quebrantaron. Los obispos, convocados por Gontran, recomendaban la paz á los príncipes; mas no quisieron salir por garantes de la fe tantas veces violada.

Muerte de Sigeberto: Childeberto, rey de Austrasia. (575.) Gontran Boson, y Godegisilo, generales de Austrasia, atacaron en el Poitou á Teodoberto, hijo de Chilperico. Este jóven, abandonado de los suyos en la pelea, se ostinó en combatir hasta la muerte; y cayó despues de haber hecho prodigios de valor. Gontran Boson le despojó y acabó de matar: despues se acogió al sepulcro de san Martin para que le sirviese de asilo contra la venganza de Chilperico.

El rey de Austrasia no habria protegido al matador de un príncipe de la familia real; pero Gontran Boson tenia un protector secreto y mas seguro que Sigeberto, porque la muerte de un hijo de Audevera no podia menos de ser un servicio agradable á la ambiciosa Fredegunda. Sigeberto, mientras sus

generales reconquistaban el Poitou, habiendo reunido todos los guerreros de las naciones germánicas que le obedecian, marchó al frente de ellos hácia las riberas del Sena: este ejército, compuesto de hombres feroces, asoló las cercanías de París. El rey Gontran, asustado de aquel torrente devastador, hizo paces con Sigeberto. Chilperico, abandonado de todos y perseguido por el odio público, se hallaba sin recursos y amenazado de inevitable ruina: no le quedaba para sostenerse en la márgen del abismo sino el denuedo, ó por mejor decir, el furor de Fredegunda. Esta muger, huyendo á semejanza de Medea, sembrando venenos y preparando puñales, llevó su esposo á Turnay, donde se encerraron con su familia. París abrió las puertas á Sigeberto; y la orgullosa Brunequilde se sentó, con el orgullo de la venganza satisfecha, sobre el trono de su indigno rival. El rey de Austrasia envió un ejército para sitiar á Tournay. San German, obispo de París, con noble y santa osadía, le dijo: «Respetad las leyes divinas, y no mancilleis vuestra gloria con una venganza sacrílega. Si marchais á Tournay con el intento de obligar á vuestro hermano á hacer la paz, volvereis vencedor; pero si buscais su sangre, el cielo os abandonará: vuestra muerte verificará estas palabras de Salomon: «*Caereis en la fosa que habeis cavado para vuestro hermano*.»

Toda Francia parecia entonces conjura-

da contra los asesinos de Galsuinda. Sigeberto juntó en Vitry todos los seniores neustrios (este nombre tenian los habitantes de la Francia occidental), los cuales depusieron á Chilperico, elevaron sobre un paves al rey de Austrasia, y le proclamaron monarca con grandes aplausos del pueblo; pero este brillante triunfo precedió pocas horas á la mas funesta catástrofe. Apenas Sigeberto estaba proclamado, se le acercan dos emisarios de Fredegunda, como para tributarle homenage en nombre de la ciudad de Teruena, y le dan de puñaladas. Charegisilo, su camarero mayor, saca la espada para vengarle, es muerto por los asesinos, y cae sobre el cuerpo de su príncipe. En el mismo instante llegan soldados, que nadie conoció, y dan muerte á los dos emisarios para destruir todas las pruebas que pudieran dar á conocer el verdadero autor del crímen. Asi murió Sigeberto despues de 14 años de reinado, á la edad de 44. Todos los historiadores alaban su ingenio y valor, su religion y generosidad, y la pureza de sus costumbres. Fue el mas ilustre de los príncipes merovingios; y á pesar de su escesivo amor á Brunequilde, no oscureció su gloria con ningun delito. Sigeberto dejó un hijo de 4 años, llamado Childeberto, y dos hijas. El asesinato de un rey, generalmente amado, debió redoblar el horror con que los franceses detestaban á Fredegunda, y hacer mas cierta la ruina de Chilperico; pero su-

cedió todo lo contrario: la audacia de los delincuentes causó en los pueblos tauto pavor, que se hallaron dispuestos á la sumision mas bien que á la venganza. La revolucion fue pronta y entera: los austrasios levantaron precipitadamente el sitio de Turnay, y huyeron como si hubiesen sido derrotados: los neustrios juraron de nuevo fidelidad á Chilperico. París se sublevó contra Brunequilde: pusiéronla en prision con sus hijas, que esperaban ofrecer como víctimas á la sanguinaria Fredegunda para reconciliarse con ella; pero el valor de un senior austrasio, llamado Gombaldo, salvó á los prisioneros haciendo inútil y aun peligrosa su muerte; porque robó al niño Childeberto á pesar de la vigilancia de los que le custodiaban, le guardó en una cesta, le descolgó por la noche de las murallas de París, y le entregó á un confidente suyo que lo llevó á Metz. Los austrasios, que estaban consternados y dispuestos á someterse á Chilperico, recobran ánimo al ver el niño real, se reunen y arman, levantan á Childeberto sobre un paves, le proclaman rey, y le ponen bajo la proteccion de su tio Goutran. Chilperico marchaba ya con la esperanza de consumar su crimen y su conquista; pero al saber la coronacion de Childeberto, se asusta, se detiene, renuncia á Austrasia y vuelve á Paris, donde Fredegunda se vió precisada á abstenerse de dar muerte á una rival aborrecida; pues no podia herir á Bru-

nequilde sin llamar sobre sí las armas de Austrasia y Borgoña. Asi se mejoró la suerte de la reina cautiva: Chilperico la desterró á Ruan, y puso sus hijas en un monasterio de Meaux.

Victoria de Múmmol contra los neustrios. (576.) La reina de Austrasia, desterrada, presa y sin amparo, halló en su ingenio y en la hermosura peligrosa con que la habia dotado la naturaleza, armas secretas y medios seguros de venganza contra sus opresores. Los hijos de Chilperico y Audevera conocian demasiado el carácter y la ambicion de Fredegunda para no prever que perecerian víctimas suyas si no se anticipaban. Teodoberto, el mayor de ellos, habia muerto ya á manos de Gontran Boson, adicto secretamente á aquella reina bárbara, la cual no perdia ninguna ocasion de mostrar su odio á Meroveo, mas aborrecido de ella porque era el mas amado de su padre. Este príncipe mandaba el ejército neustrio, y Chilperico le habia encargado que mantuviese el Poitou bajo su obediencia; pero en lugar de ejecutar este órden, pasó á Tours, y de allí á Ruan, por el deseo de ver á Brunequilde, cuyas desgracias lloraba, cuya hermosura habia oido celebrar, y que era como él enemiga de Fredegunda. La reina de Austrasia tenia entonces solo 28 años: orgullosa por su elevado nacimiento, altiva en la adversidad, causaba respeto por su noble continente, y admiracion por su valor en la

desgracia; y al mismo tiempo sabia con su ingenio sutil y dulce, y persuasiva elocuencia, inspirar á los que se le acercaban sentimientos de ternura, que su corazon artificioso fingia sin tenerlos. Era muy importante para ella seducir á Meroveo: ofreció á su vista los hechizos de la hermosura, á su ambicion la esperanza de una corona, y así le cautivó. Meroveo, uniéndose á ella, esperaba reinar en Austrasia bajo el nombre de Childeberto, cuyo tutor sería; y revestido del poder soberano, burlarse tranquilamente del aborrecimiento de Fredegunda. Por su parte Brunequilde perturbaba con esta union la familia de sus enemigos, armaba al hijo contra el padre, y daba un vengador vigoroso con la juventud al esposo que habia perdido. Chilperico y Fredegunda eran detestados universalmente. Pretextato, obispo de Ruan, atendiendo mas á su aversion que á sus deberes, favoreció los amores de Brunequilde y Meroveo. Despues les echó la bendicion nupcial.

Los emisarios de Fredegunda la informaron con prontitud de este matrimonio secreto. Chilperico no dió tiempo á los nuevos esposos para huir; acudió á Ruan, estrechó la prision de Brunequilde, amenazó al obispo con su venganza, y se llevó consigo á su hijo. Entretanto muchos seniores austrasios, que hasta entónces aparentaban fidelidad á Chilperico con la intencion secreta de poner en libertad á Brunequilde,

declararon al rey que querian volver á Austrasia á la obediencia de Childeberto, y partieron. En el camino juntaron muchos partidarios, y se apoderaron de Soissons, donde faltó poco para que no cayese en sus manos Fredegunda, objeto justo de su resentimiento. Esta reina, libertada del peligro, corrió adonde estaba su marido, y acusó á Meroveo y á Brunequilde de haber tramado esta conspiracion para quitarle la vida. Chilperico, sometido á su voluntad, hizo guardar con mas cuidado á Brunequilde, privó á Meroveo de sus derechos á la corona, mandó cortarle el cabello, y le desterró al monasterio de san Calais. Los austrasios indignados corrieron á las armas. Gontran, en nombre de su pupilo Childeberto, exigió la libertad de Brunequilde, y la guerra civil estalló furiosa en todas partes. Fredegunda aconsejó á Chilperico que enviase al Saintonge á su tercer hijo Clodoveo para que sitiase la capital de esta provincia, esperando que la guerra la libertaria del último rival, opuesto aun á la grandeza futura de su hijo; pero esta vez fue engañada su esperanza: Clodoveo, favorecido por la suerte, se escapó de los puñales de su madrastra, y de las espadas enemigas, y se apoderó de Saintes. Al mismo tiempo Desiderio, comandante del ejército principal de Chilperico, puso sitio á Limoges; pero el patricio Múmmol, enviado contra él por Gontran, le dió una batalla larga, sangrienta y deci-

siva : los neustrios perdieron en ella 20.000 hombres : esta victoria solo costó 5.000 á los austrasios y borgoñones. Desiderio, abandonado de los suyos, se escapó por la velocidad de su caballo. La fortuna parecia entonces contraria á los malvados designios de Fredegunda. Meroveo huye de su monasterio, y busca un asilo en el sepulcro de san Martin de Tours, donde encontró por desgracia suya á Gontran Boson, proscrito por Chilperico á causa de la muerte de Teodoberto, y protegido en secreto por Fredegunda. El rey de Soissons quiere obligar á Gregorio, obispo de Tours, á que le entregue los fugitivos : Gregorio defiende valerosamente el derecho de asilo que tenia su iglesia, y al desgraciado príncipe, objeto de los furores de su madrastra ; y aun hizo mas, dió la comunion á Meroveo, y le tributó los honores debidos á su nacimiento. Chilperico no se atrevió á profanar el Santuario de san Martin ; pero se vengó de los habitantes de Tours, enviando á esta ciudad á Leudaste, uno de sus condes, que la arruinó á tributos. Gontran Boson, que tenia instrucciones de Fredégunda, persuadió á Meroveo que saliese con él del monasterio de Tours, y pasasen á Austrasia, esperando tener en el camino oportunidad para asesinarle.

Sin embargo, el príncipe se libertó por su valor de los primeros enemigos que le perseguian, y aun consiguió llegar al tér-

mino de su viage; pero los austrasios, temiendo que viniese á quitar la corona á Childeberto, no quisieron recibirle. Vagó por la Champaña algunos dias, buscando en vano quien le defendiese, y no hallando mas que corazones helados por el temor que inspiraba Fredegunda. En fin, Gontran Boson le persuadió que la ciudad de Teruena queria entregársele: fue á ella confiadamente, y le prendieron. Chilperico no tardó en marchar á aquella ciudad para pronunciar la sentencia de su hijo; pero le halló muerto á puñaladas. Fredegunda habia temido que se despertase el amor paternal; y tan astuta como cruel, supo persuardir al rey que Meroveo desesperado obligó á Gailen, sirviente suyo, á darle muerte. Chilperico atribuia el estravio y la desgracia de su hijo al obispo Pretextato, que le habia casado con Brunequilde. Buscaba pretestos para castigarle, y Fredegunda los halló con prontitud. Sus emisarios la advirtieron que el obispo guardaba los tesoros de Brunequilde. Esta reina, despues de la victoria de Desiderio, estaba libre en Austrasia, adonde Chilperico se vió obligado á enviarla. El rey de Soissons convocó en Paris en la iglesia de santa Genoveva á los obispos de su reino, y mandó á Pretextato que compareciese ante ellos. Enmedio de aquella junta el rey, que se jactaba de elocuente, acusó al obispo de haber conjurado contra el trono: le reprendió, en un largo discurso, haber violado las

leyes de la Iglesia, y en desprecio de la autoridad paterna casado á un sobrino con su tia: haberse apoderado de un tesoro que no era suyo, y distribuido sumas considerables para sublevar el pueblo; y concluyó implorando contra el reo el rigor de las leyes y la severidad del clero. Despues de haber pronunciado esta arenga en tono amenazador, se retira: el terror que ha causado reina en los ánimos aun despues de su salida. Todos los prelados, poniendo simultáneamente el dedo sobre la boca, indican el miedo que encadena sus lenguas. El arcediano Aecio rompe en fin el silencio, y representa al sínodo la necesidad de no condenar á un obispo sin oir su defensa. El enmudecimiento general continúa: solo Gregorio de Tours se levanta, y dice: «Resistid, sacerdotes del Señor, á la injusticia: defended la dignidad de la Iglesia: sostened la inocencia contra la calumnia, y dad con valor prudentes consejos al rey. Decidle que si se muestra injusto é inflexible contra un ministro de Dios, dará armas contra sí á la venganza celestial, mancillará su gloria, perderá su reino, y perecerá.» Estas palabras, en vez de animar á los prelados, parecieron redoblar su pavor. «¿Y qué, continuó entonces Gregorio, habeis olvidado estas palabras del Profeta: *el que ve á un hombre dispuesto á cometer una injusticia, y no se opone, es cómplice de ella?* Hablad, pues, al rey con osadía: acordaos, que cuando Clodomiro

mino de su viage; pero los austrasios, te-
miendo que viniese á quitar la corona á
Childeberto, no quisieron recibirle. Vagó por
la Champaña algunos dias, buscando en va-
no quien le defendiese, y no hallando mas
que corazones helados por el temor que ins-
piraba Fredegunda. En fin, Gontran Boson
le persuadió que la ciudad de Teruena que-
ria entregársele: fue á ella confiadamente,
y le prendieron. Chilperico no tardó en
marchár á aquella ciudad para pronunciar la
sentencia de su hijo; pero le halló muerto
á puñaladas. Fredegunda habia temido que
se despertase el amor paternal; y tan astu-
ta como cruel, supo persuardir al rey que
Meroveo desesperado obligó á Gailen, sir-
viente suyo, á darle muerte. Chilperico a-
tribuia el estravio y la desgracia de su hijo
al obispo Pretextato, que le habia casado
con Brunequilde. Buscaba pretestos para
castigarle, y Fredegunda los halló con pron-
titud. Sus emisarios la advirtieron que el o-
bispo guardaba los tesoros de Brunequilde.
Esta reina, despues de la victoria de Desi-
derio, estaba libre en Austrasia, adonde
Chilperico se vió obligado á enviarla. El rey
de Soissons convocó en Paris en la iglesia de
santa Genoveva á los obispos de su reino, y
mandó á Pretextato que compareciese ante
ellos. Enmedio de aquella junta el rey, que
se jactaba de elocuente, acusó al obispo de
haber conjurado contra el trono: le repren-
dió, en un largo discurso, haber violado las

leyes de la Iglesia, y en desprecio de la autoridad paterna casado á un sobrino con su tia: haberse apoderado de un tesoro que no era suyo, y distribuido sumas considerables para sublevar el pueblo; y concluyó implorando contra el reo el rigor de las leyes y la severidad del clero. Despues de haber pronunciado esta arenga en tono amenazador, se retira: el terror que ha causado reina en los ánimos aun despues de su salida. Todos los prelados, poniendo simultáneamente el dedo sobre la boca, indican el miedo que encadena sus lenguas. El arcediano Aecio rompe en fin el silencio, y representa al sínodo la necesidad de no condenar á un obispo sin oir su defensa. El enmudecimiento general continúa: solo Gregorio de Tours se levanta, y dice: «Resistid, sacerdotes del Señor, á la injusticia: defended la dignidad de la Iglesia: sostened la inocencia contra la calumnia, y dad con valor prudentes consejos al rey. Decidle que si se muestra injusto é inflexible contra un ministro de Dios, dará armas contra sí á la venganza celestial, mancillará su gloria, perderá su reino, y perecerá.» Estas palabras, en vez de animar á los prelados, parecieron redoblar su pavor. «¿Y qué, continuó entonces Gregorio, habeis olvidado estas palabras del Profeta: *el que ve á un hombre dispuesto á cometer una injusticia, y no se opone, es cómplice de ella?* Hablad, pues, al rey con osadía: acordaos, que cuando Clodomiro

puso en prisiones al rey Segismundo, el obispo Avito le dijo con santa audacia: *si respetais vuestro cautivo, vencereis á los borgoñones: si derramais su sangre, el cielo os castigará*. Clodomiro despreció este consejo, fue vencido, y pereció.» Los obispos, animados con este discurso, lo aplaudieron con sus aclamaciones; sin embargo, aquel dia se separaron sin decidir nada. Dos prelados cortesanos contaron á Chilperico lo que habia pasado: el rey llamó á su presencia á Gregorio. Estaba en pie cerca de un pavellon, formado por las ramas de unos árboles: tenia á sus lados á Beltran, obispo de Burdeos, y á Ragnemundo, obispo de París: delante habia una mesa cubierta de pan y otros manjares. «Obispo, dijo el rey á Gregorio, á todos debes justicia, y á mí la niegas. Pero yo sé por qué favoreces la iniquidad: *un cuervo*, como dice el proverbio, *no saca los ojos á otro*.» Gregorio respondió: «Rey, tú puedes castigarnos cuando faltemos á la justicia; pero si tú faltas á ella, ¿quién te castigará? Cuando te hablemos su lenguage, á ti pertenece oirlo: si le cierras tu oido, ¿sabes quién te castigará? El que es principio de toda justicia.» Los lisongeros desaprobaron con su murmullo la atrevida respuesta del obispo. Chilperico, escitado por ellos, esclama: «Ya sé lo que tengo de hacer: yo mostraré tu iniquidad á la vista del pueblo: yo juntaré á los habitantes de Tours y les diré: perseguid con vuestros gritos y

silvidos á ese Gregorio, enemigo de la justicia. Si me la niega á mí, que soy su rey, ¿podreis esperarla vosotros?» «Si soy injusto, replicó Gregorio con firmeza, tú no lo sabes, sino aquel que lee en lo mas hondo de los corazones. Sufriré tus ultrages, y no me asustarán los vanos clamòres del pueblo: sabrán todos que tú los escitas, y la culpa no recaerá sobre mí, sino sobre tí. Pero ¿de qué sirve esta inútil conversacion? Tenemos una regla, que es la ley y los cánones: consultalos con cuidado; porque si los quebrantas, la justicia del cielo te espera.» Chilperico, mudando repentinamente de ademan y de lenguage, me habló entonces, dice el mismo Gregorio en su narracion, casi con cariño; y creyendo que no conoceria yo el lazo que me preparaba; tiende, tiende la vista á la mesa, me enseña un plato, y dice: «Ese manjar se ha preparado para tí. Mi comida se compone de aves y guisantes.» Yo respondí: «Lo que conviene es obedecer á las órdenes del Señor, y no complacernos en las delicias de los banquetes. Pero tú, que acusas á los otros, promete observar las leyes y los cánones, y entonces creeremos en tu rectitud.» A estas palabras Chilperico levantó la mano, y juró que respetaria los cánones y las leyes. Gregorio no se sentó á la mesa: tomó, segun la costumbre, pan y vino, y se retiró. Enmedio de la noche vinieron en busca suya unos emisarios de Fredegunda, y le dijeron: «La reina os ofrece

200 libras de plata si os declarais contra Pretextato. Los otros obispos nos han dado palabra de hacerlo asi; y solo nos falta la vuestra.» «Aun cuando me ofrecieseis mil talentos de oro y plata, respondió Gregorio con firmeza, no podria hacer sino lo que la ley me prescribe. Cuanto puedo ofreceros es adherirme á lo que hagan los otros obispos con arreglo á los cánones.» La reina no entendió esta última restriccion, y se dió por contenta.

Al dia siguiente se reunió el tribunal; Chilperico acusó al prelado de haber sustraido dos maletas llenas de pedrería, y un saco con 2.000 monedas de oro, y presentó testigos sobornados que declararon contra el obispo. Pero Pretextato probó en su defensa, que parte de aquellas riquezas era un depósito que debia conservar, y parte un don legítimamente recibido. Los obispos tuvieron por calumniosa la acusacion, y Pretextato fue absuelto de aquel crímen. El rey llamó inmediatamente á su palacio dos de sus confidentes mas íntimos, y les dijo: «Las respuestas de Pretextato son verdaderas: me ha vencido: ¿qué podré hacer ahora? Yo quiero satisfacer á toda costa el resentimiento de la reina. Id á hablar á Pretextato, y como que sale de vosotros, decidle: *ya sabes que Chilperico es benigno y fácil de enternecer. Se deja aplacar por los que se le humillan. Sigue, pues, nuestro consejo, y humillate á él: confiesa que eres culpable de*

los delitos que te imputan : entonces todos nos postraremos á sus pies , pediremos tu perdon , y lo concederá.» Pretextato , engañado por este artificio , promete hacer lo que le aconsejan. Al dia siguiente se reune el concilio , el rey asiste á él , y dirigiendo la palabra á Pretextato , le dice : «Si no tenias mas intencion que la de hacer un acto de generosidad cuando distribuiste dinero á los habitantes de Ruan , ¿por qué los has solicitado para que siguiesen el partido de Meroveo , y le permaneciesen fieles?» «Confieso , respondió el obispo , que los exhorté á favorecer á vuestro hijo : yo hablaba á hombres solamente ; pero si hubiese podido habria rogado á los ángeles que bajasen del cielo y socorriesen al desgraciado en la situacion infeliz en que se hallaba. Yo habia sido su padrino : era mi hijo espiritual , y creia cumplir mi obligacion favoreciéndole.» Al oir estas palabras, Chilperico reprendió con vehemencia su conducta, acusándole de faccioso : la contestacion se anima ; y en fin , el obispo cediendo á los consejos pérfidos que le habian dado , se arroja á los pies del príncipe, y le dice: «¡Oh rey misericordiosísimo! pequé contra el cielo y contra tí : soy un miserable homicida : quise que te diesen la muerte , para que tu hijo reinase en tu lugar.» Entonces Chilperico se postra enmedio del concilio , y dice : «Prelados santos del Señor , ya lo ois : él mismo confiesa crimen tan execrable.» Los obispos acuden y

levantan al rey, el cual destierra á Pretextato de su presencia, y se retira á su campamento. Poco despues envió al concilio una coleccion de cánones, entre los cuales interpoló algunos falsos, que condenaban á la pena de deposicion á un obispo convencido de homicidio ó de perjurio. Fueron leidos sin confrontarlos en presencia de Pretextato, que estaba consternado. El obispo de Burdeos le dijo: «Pues no habeis conseguido el perdon del rey, nuestra buena voluntad no puede serviros.» Un enviado del rey vino á pedir que se escomulgase al reo, y que se le rasgasen públicamente las vestiduras. Gregorio se opuso á este rigor y á estas formas nuevas de suplicio; pero firmó la sentencia de condenacion fulminada por el concilio; y Pretextato fue desterrado á una de las islas del Cotentin. Esta causa célebre muestra las costumbres de la corte de Chilperico, que en cierto modo eran las de su siglo, y prueba el poder que entonces ejercia el sacerdocio, cuando obligaba á un tirano á recurrir á artificios tan viles para lograr la condenacion de un obispo que le desagradaba. Casi al mismo tiempo otro concilio que se reunió en Leon, depuso á los obispos Salonio y Sagitario, acusados por la voz pública. Su conducta habia sido tan escandalosa, que el pueblo alborotado los hirió con varas. Estos obispos, á pesar de su condenacion, sostenidos por sus numerosos sirvientes, conservaban todavia sus sillas.

El rey Gontran los llamó á su corte, y Sagitario tuvo la insolencia de insultarle, diciendo *que sus hijos no podian heredar el trono, porque la madre habia sido sirvienta del duque Magnacario*. «Sin duda ignoraba, dice Gregorio, que en Francia es indiferente la condicion de las madres, y que basta ser hijo de rey para tener derecho á la sucesion.» Gontran, irritado de la osadía de los dos obispos, les quitó sus bienes, esclavos y caballos, y los desterró á un monasterio, donde fueron encerrados con guardias de vista. Pero habiendo caido enfermos poco despues sus hijos, temiendo que la enfermedad fuese castigo del cielo por el rigor con que los habia tratado, mandó ponerlos en libertad. Chilperico y sus hermanos derramaban sin remordimiento la sangre de su familia, y asolaban sin piedad las provincias. Pero por otra parte, estos príncipes crueles temblaban de una tempestad ó de un sueño. Sus ánimos feroces creian en los maleficios, y dudaban de los dogmas de la religion. Chilperico escribió un libro injurioso al misterio de la Trinidad, lo envió á Gregorio de Tours, llamó á este obispo á su presencia, y le dijo: «Quiero que tú y todos los doctores de la Iglesia creais la doctrina de mi libro.» «Vos sois, le dijo Gregorio, quien debeis someteros á las verdades enseñadas por los apóstoles, y predicadas por Eusebio é Hilario: esa es la fe que prometisteis en el bautismo.» El rey enojado in-

sultó la memoria de aquellos santos obispos, y dijo á Gregorio : «Yo creo que sois un ignorante. Consultaré con hombres mas sábios que vos, y me aprobarán.» «Señor, replicó Gregorio, si encontrais aprobantes, no serán hábiles, sino insensatos.» Chilperico le volvió las espaldas : habló con el obispo de Alby sobre la materia, y habiendo hallado en él la misma firmeza, renunció á su proyecto impío de trastornar la religion cristiana.

Guerra de Bretaña. (578.) Nuevos disturbios suscitados por el odio que inspiraba, alteraron muy pronto el sosiego momentáneo de este rey ambicioso y de su implacable muger. Gontran habia perdido sus dos hijos y adoptado solemnemente al rey de Austrasia. Pidió al rey de Soissons que cediese á Childeberto la ciudad de París; y como Chilperico se negó á ello, le declaró la guerra. Al mismo tiempo Brunequilde, que en todas partes suscitaba enemigos á Chilperico, armó contra él á los bretones; estos se apoderaron de Vannes, y su conde Varoch se acampó con numeroso ejército en las orillas del Vilaine, reforzado con un cuerpo de sajones. Chilperico tenia valor, única virtud que aun respetaba á la descendencia de Clodoveo : peleó con Varoch, le venció y le obligó á someterse. Habia muchos años que el rey de Soissons, precisado á buscar dinero á cualquier precio para ejecutar los designios que le dictaba su desenfrenada ambicion, quebrantando las costumbres de

los francos, habia echado fuertes contribuciones sobre sus propiedades. Ademas, tanto los hombres libres como los siervos fueron sometidos á la capitacion: la industria urbana sufria trabas y vejaciones de varios impuestos; y en fin, cada aranzada de viña pagó la contribucion de una cántara de vino. Todos murmuraban; y por huir su dominacion, se retiraban muchísimos, para gozar de un gobierno mas suave, á los estados de Gontran y Childeberto. Asi se despoblaba su reino al mismo tiempo que crecia su tesoro.

La avaricia de este príncipe resistia á todas las representaciones; pero el hijo mayor que tenia de Fredegunda, murió de repente: los otros hijos cayeron enfermos: el rey tuvo una calentura violenta: entonces Fredegunda, aterrada por los estímulos de la conciencia y por el temor del infierno, llevó al rey á la contaduría, donde estaban los archivos de los impuestos, y le dijo: «El cielo nos castiga: harto hemos abusado de su paciencia. Nuestros hijos van á morir: las lágrimas de los pobres, las maldiciones de las viudas, los gemidos de los huérfanos llaman sobre nosotros la cólera divina. Si nuestros hijos mueren, ¿de qué nos servirán esos tesoros inmensos que amontonamos sin saber quién los heredará? ¿Qué haremos con esas riquezas, mancilladas por la rapiña, y cargadas de las maldiciones de los pueblos? ¿No abundan nues-

tras troges y bodegas en trigo y vino? ¿No estan llenas nuestras arcas de oro y piedras preciosas? ¿Por qué, pues, oprimimos al pueblo con el gravámen de nuevos impuestos? Creedme: entreguemos á las llamas los funestos papeles de este archivo, y contentémonos en lo sucesivo con las rentas que percibia el rey Clotario.» Chilperico se conmueve con estas palabras: sin embargo, calla y vacila en consumar un sacrificio tan penoso. Entonces la reina coge los papeles y los echa al fuego, diciendo: «Imitad mi ejemplo; y si hemos de ser desgraciados, busquemos á lo menos consuelo recobrando el amor del pueblo.» Chilperico obedece, y la nacion, olvidando los crímenes de Fredegunda, admiró su generosidad. Si el temor de los castigos celestiales venció la codicia de esta reina impia, no fue bastante para triunfar de su odio contra los desgraciados hijos de Audevera. Vivia aun Clodoveo, el tercero de ellos, y detestaba á Fredegunda. Ella juró su muerte; pero antes de herirle, faltó poco para que su entenado la arruinase. El conde Leudaste, que desde la clase mas baja se habia elevado á las primeras dignidades del reino, formó en aquel tiempo, reunido con un sacerdote de Tours llamado Riculfo, una conspiracion cuyo objeto era destronar á Fredegunda, dar muerte á Chilperico, poner en el trono á Clodoveo, y gobernar el reino bajo su nombre. Leudaste, esclavo en su infancia, y empleado des-

pues en las caballerizas de Marcufa, muger del rey Cariberto, protegido por esta reina, habia llegado á ser escudero mayor, leude y conde. Chilperico le envió despues á castigar la ciudad de Tours cuando se declaró á favor de Meroveo, y Leudaste la oprimió con tiranía. El obispo Gregorio consiguió con sus representaciones que se le alejase de ella. Desde entonces Leudaste resolvió la ruina de Gregorio, y que se diese su obispado á Riculfo; el cual atraido por este cebo, prometió favorecerle en sus criminales designios. Conocia el carácter tiránico, celoso y violento de Chilperico: presentóse pues á él, y le dijo que la reina Fredegunda tenia comunicacion criminal con Beltran, obispo de Burdeos. El rey, indignado de esta acusacion, se enojó al principio contra Leudaste hasta el punto de poner las manos en él. Pero Leudaste persistió en su delacion, añadiendo: «Nadie ignora este adulterio; y Gregorio, obispo de Tours, lo sabe mejor que nadie.» El atrevido acusador esperaba que el príncipe, creyéndose ultrajado, repudiaria á su esposa sin comprometer su honor en un juicio público; pero se engañó. Chilperico convocó los grandes y obispos, y mandó á la reina y á Gregorio que compareciesen ante este tribunal. Fredegunda se defendió con altanería y violencia: Gregorio con la serenidad de la virtud. El tribunal decidió que Gregorio purgaria con el juramento la acusacion intentada con-

tra él. El obispo de Tours comulgó en público, y juró despues que los hechos alegados por el rey eran imposturas. Entonces los obispos proclamaron su inocencia, y declararon, que segun los cánones era preciso escomulgar al calumniador. Como el rey era el único que habia presentado la querella, sin nombrar á los que le habian informado de los desórdenes de la reina, la declaracion de los obispos se dirigia á él. Aterrado con esta amenaza, dijo que no habia hecho mas que repetir las acusaciones de Leudaste y Riculfo. El conde fue puesto en prision, y Riculfo á cuestion de tormento, en la cual declaró toda la conjuracion tramada contra Fredegunda y el rey. Riculfo fue condenado á muerte; pero Leudaste no perdió mas que sus bienes: con tanto miramiento se procedia entonces contra los leudes, por temor á su audacia, violencia y partidarios; y asi era mas comun asesinarlos que sentenciarlos. Este insolente conde, reuniendo algunos hombres armados, saqueó la ciudad de Tours por vengarse de su obispo, logró despues el perdon del rey, y volvió con arrogancia á Tours á pedir á Gregorio que le reconciliase con la Iglesia, mientras Fredegunda escribia al mismo obispo que no le levantase la escomunion. Gregorio respondió á Leudaste que no podia reconciliarlo sino despues que hubiese hecho penitencia. El conde, cuya espada y orgullo se burlaban de todos los riesgos y

de todos los poderes, volvió audazmente á Paris, y se presentó sin temor á la vista de Fredegunda.

La reina se desmayó de ira: cuando volvió en sí, pidió en vano á su esposo venganza de aquel insulto: Chilperico ni se atrevió á negarla ni á prometerla. El imprudente Leudaste se pasea por las calles sin comitiva, y entra en las tiendas con la misma serenidad que si no tuviese enemigos. Un dia estaba examinando los diamantes de un lapidario, y un sirviente de la reina le acometió de improviso, y le asesinó. El rey y las leyes enmudecieron. Poco despues murieron á un mismo tiempo dos hijos de Fredegunda. En lugar de llorarlos buscó en su muerte un pretesto para consumar la ruina de Clodoveo. Puso á cuestion de tormento á una manceba de este príncipe, y con el dolor le arrancó una falsa declaracion, por medio de la cual persuadió á Chilperico que sus hijos habian muerto envenenados. El rey, subyugado por su vengativa muger, le entregó á su hijo, que fue encerrado en una prision, y luego asesinado por el puñal de Fredegunda. La reina Audevera habia profesado en un monasterio, y ni podia ni debia vengarse; pero sus lágrimas importunaban á Fredegunda. Esta muger bárbara hizo que la ahogasen, y que encerrasen en un convento á una hija que le quedaba, despues que los ministros de aquella furia la hubieron violado. Semejantes mónstruos,

cuando se libran de la justicia humana, prueban la necesidad y la existencia de la justicia celestial.

Guerra de Chilperico y Childeberto contra Gontran. (580.) El imperio de oriente se mejoraba entontes bajo el cetro de un príncipe belicoso. El emperador Tiberio exhortó á Chilperico por medio de sus embajadores á hacer alianza con él contra los lombardos, y al mismo tiempo envió con el mismo objeto ricos presentes á los reyes Childeberto y Gontran; pero los franceses, entregados á sus funestas disensiones, parecian entonces insensibles á la voz de la gloria que por tanto tiempo los habia animado. Fredegunda y Brunequilde, semejantes á dos furias, los escitaban sin intermision á destruirse unos á otros, y á despedazar el seno de su patria. La debilidad de Gontran, y la menor edad de Childeberto daba libre curso en Austrasia á la licencia de los grandes; y así aumentaban cada dia su riqueza y poderío á costa de la autoridad real. En vano Lupo, duque de Champaña, defendia el trono del monarca niño: los leudes Ranchin, Gontran Boson y Bertefredo, unidos con Egidio, arzobispo de Reims, se burlaron del ministro, y le obligaron á salir del reino. Favoreciendo secretamente á Fredegunda, pervirtieron al patricio Múmmol, obligaron á Childeberto á desavenirse con Gontran, su tutor, y quitaron á este por sorpresa la ciudad de Marsella, al mismo tiempo que De-

siderio, general de Chilperico, se apoderaba del Perigord y del Agenes.

Invasion de los vascones en Aquitania. (582.) Los vascones, llamados vascos y gascones por los franceses, que habitaban el pais llamado hoy Navarra española, se aprovecharon de estas turbulencias, pasaron el Pirineo, y se establecieron en Aquitania. Parecia que entonces reinaba el desórden en la naturaleza como en la política. Fueron frecuentísimas las tempestades; nacieron flores por enero: un cometa crínico y una lluvia colorada, que se creyó ser sangre, aterraron los pueblos. Entonces, para añadir un nuevo elemento á las discordias que desolaban á Francia, apareció un nuevo príncipe de la familia de Clodoveo. Llamábase Gundebaldo, y se decia hijo de Clotario I, acogido, educado y enriquecido en su infancia por Childeberto, primer rey de Paris. Despues de la muerte de este príncipe viajó Gundebaldo por Italia, Alemania y Grecia, y encontró en Constantinopla á Gontran Boson, que le aconsejó reclamar sus derechos al trono. El emperador de oriente le prometió socorros. Volvió á Francia, fue reconocido en Aviñon por Múmmol, y poco despues tuvo contra sí al mismo Gontran Boson, que le habia incitado á la empresa.

Brunequilde, con la esperanza de suscitar un nuevo enemigo á Chilperico, favoreció secretamente á Gundebaldo, el cual obligó sus enemigos á alejarse de Aviñon.

La guerra continuaba entre Chilperico y Gontran con vario suceso: al fin hicieron paces; y Childeberto, que acababa de cumplir 14 años, se reconcilió con el rey de Borgoña, su tutor.

Muerte de Chilperico: Clotario II, rey de Soissons. (584.) El reinado de Tiberio en oriente fue glorioso, pero de poca duracion: su sucesor Mauricio envió 500.000 *escudos de oro* á Childeberto para que se declarase contra los lombardos que cercaban á Roma. El jóven rey de Austrasia pasó los Alpes, entró en Italia, sufrió al principio algunos reveses; y al fin, reparando sus pérdidas, obligó á Autaris, rey de los lombardos, á someterse y pagarle un tributo anual. En este mismo año se vió libre Francia de uno de sus mas crueles tiranos. Chilperico, volviendo de caza á su palacio de Chelles, recibió al bajar del caballo dos puñaladas que terminaron su vida y sus maldades. Se acusó de su muerte á Brunequilde y á Fredegunda. Ignórase cual de las dos cometió el atentado; pero ambas eran capaces de emprenderlo y ejecutarlo. Algunos autores dicen que Chilperico acababa de descubrir la intimidad criminal de su muger con un leude llamado Laudry, y que los adúlteros le asesinaron temiendo su venganza. Chilperico murió á los 45 años de su edad. Este príncipe valiente, hábil, ostentoso é instruido, se mostró siempre disoluto, violento, débil, pérfido y cruel. Colmaba de riquezas á los grandes pa-

ra tenerlos sumisos : fundaba monasterios é iglesias, creyendo satisfacer á Dios sin el arrepentimiento : temia y detestaba al clero. Decia que «los obispos eran entonces los verdaderos gobernantes, y que el cetro era un ornamento inútil en la mano de los reyes.» Careció de toda piedad : á nadie amó, y de nadie fue amado. Despues de su muerte quedó abandonado su cadáver, sin que se hiciese caso de un mónstruo á quien ya no se temia : al fin debió sepultura á la piedad de un santo obispo, que le habia pedido audiencia por tres veces sin poder conseguirla. Este prelado hizo trasportar su cuerpo á Paris, y enterrarle en la iglesia de san German de los Prados. Gregorio de Tours pinta en pocas palabras el retrato de este tirano, diciendo que fue el *Neron* y el *Herodes* de Francia.

Apenas supo Gontran la muerte de Chilperico, acudió precipitadamente á Paris. Childeberto vino tambien con sus tropas; mas no se le permitió entrar en la ciudad.

El hijo de Brunequilde pedia que se le entregase á Fredegunda para inmolar la infame homicida de Sigeberto, Teodoberto, Meroveo, Clodoveo y Chilperico á los manes de estos príncipes. Fredegunda asustada se refugió en la iglesia de nuestra Señora, y buscó asilo al pie de los altares que su presencia profanaba. Allí tuvo osadía para llamar á Gontran á una conferencia, y habilidad para seducirle. Este rey, cuya bondad

se parecia mucho á la debilidad, protegió á la culpable, é hizo proclamar rey á su hijo Clotario II. Los parientes indignados insultaban la autoridad de Gontran, y pedian á gritos la muerte de Fredegunda. Su protector la hizo partir á Ruan para sustraerla del odio público. Apenas llegó á su nuevo asilo, meditó la implacable Fredegunda nuevos horrores. Solicitando el apoyo de los estrangeros para lograr sus venganzas, hizo secreta alianza con los lombardos, y en premio de su invasion en Francia les prometió la muerte del rey de Austrasia y de su madre Brunequilde. Envió á Metz asesinos, fieles agentes de su política sanguinaria; pero fueron descubiertos en el momento de egecutar las órdenes de su bárbara reina, y Brunequilde los mandó mutilar y enviar á Fredegunda en señal de desprecio. La opinion pública acusaba entonces de adulterio á la viuda de Chilperico, y creia á Clotario II bastardo é indigno del trono. Göntran, para destruir esta sospecha, obligó á Fredegunda á que probase la legitimidad de su hijo con el juramento de tres obispos y de 300 notables. Esta benevolencia del rey de París y de Borgoña para con la mortal enemiga de Brunequilde, escitaba las iras de esta reina. Queriendo vengarse de él, favoreció en secreto el partido de Gundebaldo, que príncipe ó aventurero, pedia á Gontran que le admitiese á la participacion de sus estados.

Guerra de Gundebaldo. (585.) Protegido por ella, favorecido de Múmmol, de Gontran Boson y del obispo Sagitario, se halló bien pronto al frente de fuerzas considerables, y un ejército numeroso le proclamó rey de Aquitania en la ciudad de Brive la Gaillarde, de la cual se habia apoderado; pero allí encontró el término de su fortuna. El patricio Egila, enviado contra él por Gontran, le acometió, venció y puso en huida. Encerróse en el castillo de Comminges, ciudad muy fuerte por su posicion. Fue sitiado en ella, y rechazó valerosamente muchos asaltos; pero como le faltaban víveres, se creyó cierta su ruina. El pérfido Gontran Boson y el intrigante Sagitario resolvieron salvarse haciéndole traicion. Múmmol manchó tambien su gloria con una perfidia. Persuadieron al desgraciado Gundebaldo que huyese con ellos, y le entregaron á sus enemigos: él pereció; pero Egila, despreciando á los aleves y aprovechándose de la alevosía, los degolló tambien.

Al mismo tiempo se movió guerra entre franceses y lombardos, suscitada por los artificios de Fredegunda. El hijo del rey de Lombardía habia casado con una hermana de Childeberto. Este jóven príncipe se sublevó contra su padre, y fue puesto en prision; pero su muger halló medio de darle libertad y de huir con él al oriente, donde reinaba el emperador Mauricio; el cual hizo alianza con Childeberto y Brunequilde para

proteger al príncipe proscrito. Esta guerra no dió gloria á los franceses, ni pudieron penetrar en Italia, ni arrojar al enemigo de la parte de Galia que habia ocupado. Los franceses no tenian entonces espadas, sino puñales; y parecian no ser audaces sino para los crímenes. Fredegunda, que nunca se cansaba de cometerlos, encargó á un asesino que la vengase del obispo de Ruan, su enemigo antiguo, á quien Gontran habia restablecido en su silla. Pretextato fue herido de una puñalada al pie de los altares. El homicida, preso por el pueblo, imploró en vano la proteccion de la reina, y fue entregado al sobrino del obispo, que le hizo pedazos. Pretextato estaba cercano á morir: Fredegunda, que no conocia ni pudor ni remordimientos, tuvo la insolencia de visitar á su victima socolor de asistirle. El prelado mostró el mayor desprecio hácia ella, no admitió su oferta, la llenó de improperios, y la amenazó con la venganza celestial. Gontran, siempre débil, limitó su justicia á desterrar aquella furia á Vaudreuil, castillo de Normandía. Fredegunda, sin reconocimiento á su bienhechor, sin consideracion á la edad de Gontran, sin respeto al protector de su hijo, hizo por dos veces tentativas para asesinarle.

Tratado de Andelot. (587.) Entretanto los grandes de Neustria, cansados de la guerra impía que sustentaban sus débiles reyes por causa de una muger manchada con la

sangre de tantos príncipes, les aconsejaron, ó por mejor decir, les mandaron que se reconciliasen. Concluyeron un tratado, en el cual Gontran reconoció por heredero suyo á Childeberto. Gregorio de Tours fue plenipotenciario en estas negociaciones. El tratado, que tomó el nombre de Andelot por la villa en que se firmó, fue concluido, como se dice en su preámbulo, por el consejo de los obispos y grandes: de donde consta evidentemente cuánto habian crecido su autoridad é influencia. Por este acto conservó Gontran la parte de la ciudad de París y de la herencia de Cariberto que se le disputaba. Childeberto adquirió definitivamente las ciudades de Meaux, Senlis, Tours, Poitiers, Aire, Conserans, Bayona y Alby. Si uno de los dos reyes moria sin hijos, el que le sobreviviese debia heredarle. Se garantizaron todos los dones de ciudades, tierras y otras rentas que Gontran habia dado á su hijo Clotilde. En caso que Childeberto muriese primero, Gontran prometia defender como padre á sus hijos Teodoberto y Tierry, y proteger á su muger Failleuba y á su madre Brunequilde. A esta se le garantizaron las ciudades de Burdeos, Limoges, Cahors, y el Bearne y el Bigorre que se le habian adjudicado despues del asesinato de su hermana Galsuinda. Los leudes, que durante la guerra habian abandonado á uno de los dos reyes, quedaron obligados á volver á su servicio. Todas las donaciones hechas á

las iglesias ó á los leudes debian conservarse ó restituirse, y se declararon irrevocables. La restitucion á los leudes debia hacerse inmediatamente. Se estipuló que los leudes podrian en todos tiempos viajar con libertad de un reino al otro. Cada uno de los dos reyes contratantes se obligaba á no solicitar nunca á los leudes del otro á que le dejasen para pasar á su servicio. En fin, se declaró, que el que violase, bajo cualquier pretesto que fuese, las cláusulas del tratado, perderia todas las ventajas que en él se le aseguraban, y las gozaria el otro.

Este célebre acto fue una victoria de los grandes contra los reyes, y forma época notable en la historia de Francia. Hasta entonces los reyes habian aumentado su autoridad, ganando á los leudes con beneficios revocables; pero como sus dominios se disminuian, y sin embargo querian aumentar el número de sus leudes, se apoderaban arbitrariamente de las donaciones que habian hecho, y las distribuian de nuevo segun sus temores ó sus caprichos, despojando á los mas débiles y enriqueciendo á los mas poderosos. Sus cortes se llenaron de intrigas; y cuando cada leude hubo sufrido su parte de esta arbitrariedad injusta, se coligaron todos para defender sus intereses comunes. El tratado de Andelot, en que dieron la ley, convirtió los beneficios en propiedades irrevocables; y desde entonces la nobleza, independiente ya y hereditaria, dominó al

trono, que quedó sin riquezas y sin poderío. La antigua democracia de los francos, que Clodoveo convirtió en monarquía militar, vino á parar en aristocracia turbulenta, bajo cuyo imperio yacieron los fantasmas de reyes, incapaces de defender ni su cetro ni el pueblo contra la opresion de los grandes. Los progresos de esta revolucion fueron tan rápidos, que en menos de 50 años quedó consumada. Sin embargo, la paz de Andelot, que produjo en Francia un sosiego momentáneo, aumentó el peligro de Gontran, aumentando los furores de Fredegunda. Este desgraciado rey, creyéndose rodeado siempre de asesinos, habló un dia al pueblo que estaba en la iglesia asistiendo á los oficios divinos, de esta manera: «Os pido á todos vosotros, hombres y mugeres, que me seais fieles. No hagais conmigo lo que con mis dos hermanos, á quienes habeis dado muerte. No tengo hijos, sino dos sobrinos que he adoptado. Dejadme reinar todavía dos ó tres años para restablecer el orden en Francia. Pensad, que si dejais que nos maten á mí y á mis inocentes pupilos, no quedará príncipe de la sangre real que os defienda.» El pueblo respondió á este discurso, dirigiendo al cielo súplicas fervientes por la salud del rey. Las costumbres del siglo eran tales, que la arenga singular del rey produjo alguna compasion; pero nadie la estrañó. De allí á poco se descubrió en Austrasia una conjuracion de los grandes del

reino, escitada por Fredegunda. Brunequilde envió los traidores al suplicio; y el obispo de Reims, que era gefe de ellos, fue juzgado, convencido y depuesto en un concilio que se celebró en Metz.

Muerte de Gontran: Childeberto, rey de Austrasia y Borgoña. (593.) Gontran murió en Chalons á la edad de 68 años, habiendo reinado 32. Su último acto fue de debilidad, consintiendo en volver á ver á Fredegunda. Sacó de pila en Ruelle á su hijo Clotario. Como no dejaba hijos varones, Childeberto heredó sus estados; y la orgullosa Brunequilde, que le dominaba, se vió en fin en el colmo de sus deseos, reinando sobre la mayor parte de Francia, cuando su rival Fredegunda, humillada y sin protector, sostenia dificilmente en un estado pequeño el cetro de su hijo, rodeado de enemigos. Gontran fue el menos bárbaro de los nietos de Clodoveo. Hacia el bien por inclinacion, y el mal por flaqueza: era amado por su benignidad y devocion. Aumentó la autoridad del clero con privilegios y donaciones, mirándole como la única salvaguardia de la seguridad del trono y del orden público. Sus conversaciones con el obispo de Tours prueban su carácter afable y regocijado: en una de ellas contó á Gregorio de Tours que habia visto en sueños la muerte de Chilperico, y que se le habia aparecido cayendo en un caldero que hervia. Gontran promulgó un edicto, en el cual lamentando

los crímenes de toda especie que se cometian entonces en Francia, manda á los obispos renunciar á su silencio é indiferencia, que entonces eran culpables; y los exhorta á reunirse con los jueces, á visitar las ciudades, á instruir los pueblos en la moral y preceptos del Evangelio, y á juzgar severamente á los que la violasen. En fin, prohibe bajo penas severísimas quebrantar los domingos y dias de fiesta trabajando en ellos. Toda la historia, todos los documentos de aquellos siglos manifiestan el conato de la sociedad, disuelta por la irrupcion de los bárbaros, á volverse á reunir y constituir bajo la direccion del cristianismo.

CAPITULO IX.

Clotario segundo, Childeberto, Tierry, Teodoberto. Dagoberto primero, Cariberto.

Guerra entre Childeberto y Clotario. Batalla de Droissy. Muerte de Childeberto: Teodoberto, rey de Austrasia, y Tierry, rey de Borgoña. Muerte de Fredegunda. Batalla de Dormeille. Batalla de Etampes. Guerra entre Teodoberto y Tierry. Muerte de Teodoberto. Tierry, rey de Borgoña y Austrasia. Muerte de Tierry. Suplicio de Brunequilde. Clotario II reina solo. Dagoberto, rey de Austrasia. Guerra de los sajones. Dagoberto I, rey de Neustria, Austrasia y Borgoña. Cariberto, rey de Aquitania. Muerte de Cariberto. Dagoberto reina solo. Guerra de España. Sigeberto, rey de Austrasia. Rebelion de los gascones y bretones. Sumision de los duques de Gascuña y Bretaña.

GUERRA *entre Childeberto y Clotario.* Childeberto, lejos de contentarse con poseer las

dos terceras partes de Francia, queria conquistar la otra que le faltaba, escitado por la vengativa Brunequilde, cuya existencia era incompatible con la de Fredegunda. Creian apoderarse con facilidad de Neustria, defendida y gobernada solo por una muger aborrecida y un niño débil. Fredegunda engañó sus esperanzas. Esta reina mostró tanta habilidad en su politica, tanto valor contra sus enemigos, como atrevimiento mostrara antes para degollar sus víctimas. Ya habia recobrado el afecto de una parte del pueblo, desde que aconsejó á su marido suprimir sus impuestos. Redoblando su solicitud para ganar los ánimos enmedio de las tempestades que la amenazaban, aplacó al clero mostrando arrepentimiento, grangeó á los soldados con dinero, y á los grandes con dones y dignidades, reunió sus tropas, marchó con intrepidez al frente de ellas, é inflamó su valor mostrándoles á su hijo Clotario que llevaba en los brazos.

Batalla de Droissy. (594.) No tardaron en avistarse los dos ejércitos en los campos de Droissy, villa cercana á Soissons. El de Childeberto era muy numeroso y aguerrido; pero en esta lucha desigual Fredegunda opuso con buen éxito la astucia á la fuerza. En una noche oscura mandó su general Landry que cada soldado llevase en las manos una rama grande de árbol y una luz: los austrasios, despertando al sonido repentino de las trompetas, se aterraron viendo caminar

una selva rodeada de fuegos: huyen amedrentados, pierden 4.000 hombres en la derrota, y Fredegunda triunfa sin haber peleado.

A la noticia de la guerra que asolaba á Francia, los pueblos del norte creyeron que era llegada la ocasion de invadir sus opulentos territorios. Los sajones, anglos y hérulos invadieron á Frisia y Batavia, y las devastaron. Pero Childeberto marchó prontamente contra ellos, los acometió y derrotó, y esterminó casi todo su ejército.

Muerte de Childeberto: Teodoberto, rey de Austrasia, y Tierry, rey de Borgoña. (595.) El poeta Fortunato, obispo de Poitiers, celebró en sus versos las hazañas del duque Lupo en esta guerra gloriosa. Una victoria tan brillante daba esperanza á los franceses y temor á Fredegunda de que se renovase el reinado de Clodoveo; pero aquel mismo año fallecieron Childeberto y su esposa. Creyóse que habian muerto envenenados; y la idea de veneno se juntaba necesariamente en la opinion pública con el nombre de Fredegunda. Childeberto habia reinado 20 años, y tenia 26 de edad cuando murió. Leemos su elogio en las cartas de san Gregorio Magno y en los versos del poeta Fortunato: las lágrimas con que le lloró su pueblo, probaron que los merecia. Fue príncipe instruido, activo y valiente. Procuró, no solo afirmar su poder con las armas, sino consolidar el orden con las leyes. Habiendo

hecho un tratado de paz con Clotario, despues de la batalla de Droissy, firmaron los dos reyes un pacto para reprimir los latrocinios, que eran harto comunes, principalmente de siervos. Este pacto fue despues el cuarto libro de la ley Sálica.

Otro decreto de este mismo príncipe introdujo mudanzas importantes en aquella ley. El preámbulo del decreto es muy notable, porque prueba sin réplica que las juntas nacionales se celebraban con regularidad, y que en ellas se deliberaba sobre todos los negocios pertenecientes al estado. «Habiendo reunido, dice Childeberto, en las calendas de marzo todos los grandes de nuestros estados, hemos tratado, en nombre de Dios, en estas juntas de todos los negocios del reino; y es nuestra intencion hacer público el resultado de las deliberaciones.» El decreto empieza dando cuenta de las resoluciones tomadas en materia de sucesiones por la asamblea de Andernach ó Attigny, el año vigésimo del reinado de Childeberto, y luego refiere las decisiones de las demas juntas. Las principales son estas: «Los matrimonios entre cuñados y cuñadas, tias y sobrinos, entenados y madrastras son prohibidos, y se declaran por incestuosos. El refractario escomulgado será arrojado de palacio y privado de sus bienes.» «El rapto se castiga con pena de muerte por decision de otra junta, en la cual todo el pueblo, dice el edicto, se halló reunido; y es prohibido

á los grandes interceder por el delincuente. El homicidio tiene tambien pena de muerte sin poder rescatarse: si un pariente del muerto consiente en el rescate, se prohibe á los demas concurrir á esta infamia. Cinco ó siete testigos de buena fe, y que presten juramento, bastan para convencer al acusado. El robo tiene pena de muerte, como tambien el juez que ponga en libertad al ladron. La guardia destinada á conservar el órden se divide en centenas, cada centena debe pagar el precio de la cosa robada en su territorio, si no descubre al ladron.» Este célebre decreto se halla como apéndice de la ley sálica, publicada por Pithou; y nos manifiesta los esfuerzos que hacian los reyes para salir de la barbárie. La severidad misma de los castigos prueba la depravacion que habia en las costumbres.

Muerte de Fredegunda. (597.) La muerte de Childeberto y la de Gontran dejaba las riendas de Francia en manos de tres niños y de dos mugeres implacables. Clotario II tenia 8 años, Teodoberto 10 y Tierry 9. Su inocencia, estraviada por los furores de dos reinas ambiciosas, tuvo, en lugar de juegos infantiles, combates, y por primer espectáculo la sangre de los franceses inundando la Francia. Los ejércitos de los tres reyes no tardaron en encontrarse y pelear, teniendo á su frente los tres niños coronados y sus madres. Fredegunda, tan temible por la espada como por el puñal, fa-

vorecida de la fortuna, fue siempre victoriosa, ahuyentó á sus enemigos, entró triunfante en París, y aseguró á su hijo la posesion de esta ciudad. Esta sangrienta victoria fue el último placer de su vida: murió, y si sus maldades no fueron espiadas por el arrepentimiento, el buen suceso que las coronó sobre la tierra, no las libertaria de los castigos reservados por Dios á delitos tan horribles. El siglo de Fredegunda gimió por su buena suerte, y se sometió á ella, dejando á la historia el encargo de su condenacion.

Brunequilde, libre de aquella odiosa rival, no vió ya ostáculo á su ambicion, afectó el poder absoluto; y si se ha de dar crédito á sus enemigos, manchó con su orgullo un reinado que la justicia y la moderacion podian hacer glorioso. Los hunnos, atraidos por las turbulencias que destruian y debilitaban el imperio frances, atravesaron y desolaron la Bohemia y Baviera, y penetraron en el territorio de Francia. Brunequilde, harto ocupada con las disensiones intestinas, no se atrevió á pelear con tan formidables enemigos; y tomó la resolucion cobarde, y por tanto peligrosa, de alejarlos dándoles dinero. Esta reina, codiciosa de poder, imitó la arbitrariedad de Clotario I y de Chilperico: privó de empleos y de beneficios á los grandes que le resistian, y dió sus despojos á los validos. En su reinado la altivez conducia á la proscripcion: la servi-

lidad á la fortuna. Fue acusada de haber asesinado por medio de sus emisarios al duque Ventrion, cuya influencia temia, y cuyas riquezas codiciaba. Estos despojos súbitos, estas fortunas repentinas llenaban la corte de intrigas y de descontentos. Los leudes, sediciosos y cansados de sufrir el yugo de los privados y los caprichos de una muger, se coligan entre sí, sublevan el pueblo de Metz, fuerzan las puertas del palacio, y arrojan de él ignominiosamente á Brunequilde. Algunos soldados la condujeron á Arcis, sobre el Aube; donde aquella reina, poco antes tan soberbia, se vió sola, abandonada, sin dinero ni asilo, y apenas cubierta con pobres vestidos. En este estado de desamparo, oprobio y miseria, la conoció un mendigo que pasaba; la tomó bajo su proteccion, y la acompañó hasta Chalons, donde la recibió su nieto Tierry con respeto; pero no sin pesadumbre ni temor. Sin embargo, como Brunequilde tenia talento y amabilidad, iguales á su orgullo, adquirió grande ascendiente sobre su nieto, y pervirtió su carácter, apartándole de sus obligaciones, y entregándole á los lazos seductores del deleite. Reinó sobre Borgoña en su nombre, y elevó al mendigo que la habia favorecido, haciéndole obispo de Auxerre.

Batalla de Dormeille. (600.) La guerra volvió á encenderse entre Clotario y los reyes Tierry y Teodoberto. Dióse una sangrienta batalla en Dormeille, aldea del ter-

ritorio de Sens, cercana á Moret: la derrota del rey de Neustria fue completa: Clotario perdió 30.000 hombres, buscó su salud en la fuga, y se vió obligado á ceder á sus primos una gran parte de sus estados. Los reyes vencedores pasaron despues á Aquitania con su ejército contra los gascones, los sometieron, y los obligaron á pagar tributo.

Los grandes del reino de Borgoña se quejaron tambien del pesado yugo de Brunequilde, murmuraban de sus injusticias, zaherian sus costumbres; y aunque su edad no le permitia ya inspirar amor, la acusaban de tener amantes, seducidos, no por su hermosura, sino por sus regalos. La reputacion, el crédito y la independencia del patricio Egila la importunaban: el patricio murió, y la reina dió sus despojos á su favorito Protadio, romano de vulgar estraccion, al cual elevó rápidamente á las mas altas dignidades. Honróle con el título de duque, y aun queria que ocupase el importante puesto de gobernador del palacio de Borgoña, lo cual era para ella el medio de dominar á su hijo y á los grandes; pero ocupaba aquel destino Bertoaldo, hombre muy querido de los leudes, del pueblo y del ejército.

Batalla de Etampes. (604.) Brunequilde, no pudiendo derribarle con la fuerza, consiguió perderle con el artificio. Encendióse de nuevo la guerra entre Clotario y los reyes de Austrasia y Borgoña. La reina hizo que Bertoaldo marchase á Neustria con po-

cas fuerzas, y no le envió los refuerzos que esperaba. Landry, como habia previsto Brunequilde, le acometió y venció, y le sitió en Orleans. Sin embargo, Bertoaldo, haciendo prodigios de valor, se libertó de las armas de los enemigos: Tierry acudió en su socorro, y dió á los neustrios una batalla cerca de Etampes. Landry fue vencido; pero Bertoaldo pereció en el combate, y cumpliéndose el deseo de la reina, ascendió Protadío á la dignidad de gobernador de palacio.

Los reyes comenzaban ya á querer gobernar por sí mismos, y Teodoberto exhortó á su hermano á que saliese de la tutela de Brunequilde. Entrambos marcharon contra Clotario; pero en el momento de darle la batalla, se reconciliaron con el rey de Neustria, sin dar parte á la reina, la cual aborrecia en Clotario al hijo de la odiosa Fredegunda.

Guerra entre Teodoberto y Tierry. (605.) Este acto de independencia advirtió á Brunequilde que su poderío iba á acabar. No pudiendo vivir sin reinar, concibió en su furor, si se ha de creer á los enemigos de su fama, el horrible designio de mover guerra entre sus nietos; y segun dicen, persuadió á Tierry que su hermano Teodoberto no tenia derecho alguno al trono, porque habia nacido, no del matrimonio de Childeberto y Failleuba, sino del adulterio de esta reina con un jardinero. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que los dos hermanos se

desavinieron, tomaron las armas, y marcharon el uno contra el otro. Levantados ya lòs aceros, y dada la señal de la batalla, los leudes de ambos ejércitos, indignados de guerra tan impía, rodean tumultuariamente á los dos príncipes, los obligan á reconciliarse, entran en la tienda del gobernador Protadio, á quien creian autor de la discordia, y que entonces estaba jugando tranquilamente al ajedrez, le dicen mil injurias, y lo asesinan.

Brunequilde, para vengar este agravio, buscó nuevos auxiliares con nuevos crímenes: intimidó á Tierry con su osadía, prodigó á cuantos se resolvian á ser de su partido los tesoros y favores de la corte, espantó á los demas con proscripciones, y logró afirmar su autoridad vacilante. Desiderio, obispo de Leon, se atrevió á reprenderla públicamente por su conducta escandalosa: la reina le desterró, y aun se sospechó que le mandó matar á pedradas en una conmocion popular. Tierry quiso, algun tiempo despues, pedir en matrimonio la hija del rey de los visigodos: Brunequilde se opuso á ello, permitiéndole mancebas despreciables; pero negándole una esposa que balancease su influjo. El santo abad Columbano, célebre entonces por su piedad, se presentó á Tierry, y le rogó que contrajese legítimo matrimonio, y renunciase á las deshonestidades que mancillaban el trono: sus espresiones fueron vehementes y amenazadoras

contra el rey y Brunequilde. Esta le mandó desterrar; y Clotario, dándole acogida en sus estados, le libró de mayor desgracia.

Muerte de Teodoberto : Tierry, rey de Borgoña y Austrasia. (612.) Al mismo tiempo casó Teodoberto con una de sus esclavas : esta murió poco despues ; su marido creyó que la habian envenenado, y acusó de este delito á Brunequilde, y aun á Tierry por su connivencia con la abuela. Volvióse á encender la guerra entre los dos hermanos : en vano los leudes trataron segunda vez de reconciliarlos. Tierry, convidado á una conferencia, cayó en el lazo que le tendió la perfidia : rodeado y asaltado de improviso, hubo de ceder para librar la vida una parte de sus estados á Teodoberto.

Escitado á la venganza por la implacable Brunequilde, juntó nuevo ejército, venció á su hermano junto á Tours, y le derrotó completamente en una segunda batalla dada en la llanura de Tolbiac. Teodoberto, abandonado de los suyos en este último combate, fue preso y degollado, y muertos todos sus hijos. Algunos autores aseguran que un soldado de Brunequilde estrelló contra una pared al mas pequeño de estos príncipes.

Muerte de Tierry : suplicio de Brunequilde : Clotario II reina solo. (613.) Tierry, dueño por estas maldades de Borgoña y Austrasia, creyó expiarlas castigando á su abuela que se las habia inspirado. Pero cuando pensaba en darle muerte, pereció él mis-

mo, y Brunequilde fue acusada de este nuevo delito. Tierry murió á la edad de 26 años, habiendo reinado 17: dejó seis hijos; pero ninguno legítimo. Sin embargo, Sigeberto y Childeberto, que tenian mas edad, fueron proclamados reyes, uno de Austrasia y otro de Borgoña; y Brunequilde pudo lisongearse de reinar en nombre de sus bisnietos.

La indignacion, escitada por tantos homicidios, se hizo general. Los principales leudes de entrambos reinos formaron una conspiracion formidable, y se coligaron en secreto con Clotario. El rey de Neustria, seguro de la cooperacion de ellos, se adelanta al frente de sus tropas, y reclama públicamente la herencia de Tierry. Bien pronto se ponen los dos ejércitos uno á vista de otro; pero al dar la señal del combate, los antrustiones, leudes y gefes austrasios y borgoñones se retiran y dejan sus príncipes indefensos en poder de Clotario. El hijo de Fredegunda los condenó á muerte, escapándose solamente Meroveo, que entró monge, y Childeberto, de quien no se volvió á tener noticia. Brunequilde no pudo sustraerse á la suerte terrible que la esperaba: perseguida en la fuga fue presa y entregada á Clotario, que animado de los furores de su madre Fredegunda, cuya sombra pareció dominar aun á Francia, no previó que iba á dar un funesto golpe á la monarquía, y á degradar el trono con el suplicio de una reina.

Juntando á todos los franceses en el campo de Marzo, acusó á Brunequilde por la muerte de diez reyes, y por todos los crímenes que su madre habia cometido, y fue condenada. Esta princesa, cuya calamidad debia hacer que se olvidase su orgullo, juzgada por el odio mas bien que por la justicia, fue entregada á los ultrages de la plebe, siempre dispuesta á atropellar el poder, bajo el cual se humilló: la hija, esposa, madre, abuela y bisabuela de reyes, cubierta de andrajos, fue paseada en un camello por el campamento durante tres dias, y espuesta á los insultos de la soldadesca desenfrenada. Despues de este suplicio, mas espantoso para ella que la muerte, fue atada á la cola de una yegua por domar, que le rompió la cabeza con sus pies, destrozó el cuerpo entre los zarzales, y dejó sus miembros sobre los riscos. Echaron sus reliquias á una hoguera, y el viento dispersó las cenizas. Solo quedó de ella la memoria de su ambicion, de sus maldades, de su castigo, y del horror que inspiran igualmente la rea y los que la juzgaron. Hemos repetido las acusaciones pronunciadas contra esta reina, harto culpable y harto castigada por muchos historiadores; pero sin embargo, hubo en su carácter algunos elementos de virtud; pues ha tenido apologistas tan celosos como eran ardientes sus enemigos. Sus defensores celebran su habilidad y valor, su elocuencia, su generosidad y aun su bondad: niegan todos

los crímenes que se le imputan, y acusan de ellos á sus hijos, á sus ministros, y á las costumbres del siglo. Lo que es cierto es que en las cartas de esta princesa que han llegado hasta nosotros, y que fueron escritas al emperador Mauricio, á la emperatriz Anastasia, á los grandes de Constantinopla, á dos papas y á Atanagildo, rey de España, se observa urbanidad y elegancia en el estilo, suavidad y aun ternura en las espresiones, y lejos de merecer la acusacion de orgullo en su correspondencia, se ve que ella y su esposo, renunciando al lenguage altanero, propio de los descendientes de Clodoveo, solicitaban con demasiada ansia la benevolencia y el auxilio de los emperadores de oriente; cuando Mauricio les reprendia con altivez porque le enviaban mas embajadores que soldados. Los papas Pelagio y san Gregorio Magno, al mismo tiempo que reprendian á Chilperico y á Clotario, y se quejaban á Brunequilde de la relajacion y simonía, vicios algo comunes entonces en el clero de Galia, daban los mayores elogios á la administracion prudente y á la piedad ilustrada de la reina de Austrasia; y la felicitaron por haber contribuido á la conversion de los anglos al cristianismo. Gregorio atribuye á la educacion que Brunequilde habia dado á Childeberto, su hijo, la mayor prosperidad que gozaba su reino, en comparacion de las otras monarquías francas. La sinceridad de los elogios de san Gregorio es evidente, no solo por la

santidad de este pontífice, sino tambien porque mezcla con las alabanzas consejos sabios contra la ambicion, que era el vicio dominante de Brunequilde. «Si quereis gozar en paz, le decia, de lo que poseeis, procurad no hacer adquisiciones sino por medios legítimos. Si quereis vencer á vuestros enemigos, sed superior á ellos en virtudes: seguid los preceptos de Dios, y Dios peleará á favor vuestro. La verdadera base de la autoridad es la justicia: no olvideis esta regla, como se conoce por la manera laudable con que gobernais provincias tan estensas y pueblos tan diferentes. No es posible dudar de vuestra bondad, cuando se ve que vuestra generosidad para con los vasallos no tiene mas límites que los de vuestro poder.» En otras cartas, celebrando siempre el celo piadoso de Brunequilde, y dándole gracias por el esplendor que daba al culto cristiano, la exhorta á destruir los restos del paganismo, que se conservaban aun en los bosques: le pide que no permita á los judíos tener esclavos cristianos; y confiando en la severidad de su justicia, le manifiesta los pesares que le causaba la conducta escandalosa de algunos sacerdotes de Galia. «Hemos sabido, le escribe, desórdenes que nos afligen mas de lo que se puede espresar. Dicen que ciertos sacerdotes de vuestros estados pasan la vida de una manera tan relajada y abominable, que no hemos podido oirlo sin avergonzarnos. Pues que estos perversos resisten á vues-

tra autoridad, es fuerza castigarlos para que su depravacion no pese sobre vuestra alma ni sobre vuestro reino. Porque los sacerdotes son los que pueden causar la ruina pública: en efecto, ¿cómo podrán interceder por los delitos de los pueblos, cuando ellos los cometen mucho mayores?» Fortunato, obispo de Poitiers, hizo en sus versos un retrato de Brunequilde, muy desemejante de la horrible imágen que de ella han formado sus detractores. «Esta reina, dice, es bella, modesta, graciosa, amable, benigna, igualmente poderosa por su nacimiento real, como por su hermosura y su ingenio. A las prendas que agradan á los hombres, une las virtudes que agradan á Dios.» Es verdad que Fortunato, como poeta, pudo exagerar; pero un escritor contemporáneo, y ademas obispo, ¿habria podido pintar con estos colores á Brunequilde, si la hubiese visto armada con el puñal de Fredegunda? Para ser justos es menester, que quitando de estos elogios lo que pueda atribuirse á la adulacion, á la gratitud ó al entusiasmo, quitemos tambien todas las calumnias que el odio ó el temor al hijo de Fredegunda dictaron contra una enemiga vencida, y juzgada por sus vencedores. Las cartas del papa Gregorio, que acabamos de citar, prueban que la santa Sede poseia entonces en Francia algunas rentas, que se llamaban el patrimonio de san Pedro. Virgilio, obispo de Arles, y legado del papa, estaba encargado de su

administracion. Pero lo que aun es mas importante de notar es, que cuando los leudes y grandes, sacudiendo el yugo de los reyes, se armaban contra ellos, y los obligaban á hacer irrevocables los beneficios, comenzaban tambien los pontífices á ejercer cierto dominio sobre las personas seculares en lo temporal. En un decreto de Gregorio, que establece los privilegios del monasterio de Autun, se leen estas notables palabras: «Si algun rey, obispo, juez ú otro secular, con pleno conocimiento del presente decreto lo quebrantase, *sea despojado de su dignidad, poder y honores*; sea privado del cuerpo y sangre de Jesucristo, y ofrecido á la condenacion eterna.» Asi puede decirse que al fin del siglo VI empezó la nobleza, fundada en la irrevocabilidad de los beneficios, el dominio de los grandes sobre los reyes, y la supremacía temporal de la tiara.

La Francia destrozada un siglo por guerras civiles contínuas, y mancillada con la sangre de tantos príncipes, gozó en fin de algun reposo bajo el cetro de Clotario II. Este príncipe fue el tercer rey merovingio, el segundo del nombre de Clotario, y el segundo rey de Soissons, que reinó sobre todo el imperio frances. Habiéndose elevado á tanta grandeza por las maldades de su madre y por las suyas propias, lejos de gobernar como tirano, segun podia temerse, pareció que la fortuna le habia dulcificado y corregido: se hizo amar por su beneficen-

cia, respetar por su justicia, y temer por su vigor. Sin embargo, Clotario no era enteramente dueño de elegir el camino que debia seguir, porque se lo designaba la fuerza imperiosa de las circunstancias. La rebelion de los grandes le habia vendido, mas no entregado los despojos de Tierry y Teodoberto; y los mismos grandes dieron límites muy estrechos al poder supremo de que le habian revestido. Los francos estaban cansados del yugo arbitrario de los Chilpericos y Childebertos: la ambicion de Brunequilde y los furores de Fredegunda los habian fatigado. Sucesivamente enriquecidos y despojados por el capricho y codicia de sus príncipes, se dieron prisa, en la menor edad de los tres reyes, á recobrar la independencia, y asegurar su tranquilidad. Pero demasiado egoistas y poco ilustrados para dirigir sus esfuerzos al noble objeto del bien público, atendieron los grandes, no tanto á libertar á los francos, como á consolidar su propia fortuna, y á elevar el poder aristocrático de los leudes sobre las ruinas de la autoridad monárquica. Asi desde esta época los reyes, por haber querido estender demasiado su poderío, vieron disminuir gradualmente la fuerza de sus cetros; y si el hábito de obedecer dejó todavía alguna autoridad á Clotario y á su hijo, sus sucesores se hallaron bien pronto sin ninguna, y en su envilecimiento, ni aun merecieron el nombre de reyes que la historia les ha dejado. Clotario gober-

nó por sí mismo á Neustria, y no pidió que se nombrase sucesor al gobernador de su palacio; pero los grandes de Austrasia y de Borgoña exigieron que estos dos paises conservasen siempre el título de reinos separados, y que fuesen gobernados por Varnacario y Radon. Estos dos gobernadores de palacio eran gefes de la conspiracion que habia puesto en poder del rey á los hijos de Tierry y á sus tronos, y obligaron á Clotario á jurar que nunca los destituiria. La irrevocabilidad de sus destinos los hizo casi independientes. Por una innovacion muy singular entre los francos, Brunequilde habia hecho á Teodolana, hermana de Tierry, gobernadora de la Borgoña transjurana; pero cayó, como aquella reina infeliz, en poder de Clotario, el cual dió su gobierno al duque Herpin, que entonces era patricio. Los grandes, descontentos de esta eleccion, conspiraron contra el nuevo duque, y escitaron una conmocion popular, en la cual pereció. Clotario, al saber este suceso, acudió á aquella provincia para restablecer el órden. Los leudes y obispos que le siguieron formaron en Massolac, casa real de Borgoña, un tribunal que juzgó y condenó á muerte á los principales conjurados. Sin embargo, el verdadero gefe de la conjuracion supo ocultar con tanta destreza la parte que habia tenido en ella, que ni aun fue acusado. Este era el patricio Aleteo, descendiente de los antiguos reyes de Borgoña: intrigante y atrevi-

do, engañó al rey de tal manera, que se le dió el empleo de su víctima el duque Herpin. Apenas fue revestido del poder, formó una intriga mas culpable, y concibió esperanzas mas altas. Un hipócrita, gobernado por él, dijo á la reina Bertrudis en una conferencia secreta: «He tenido revelacion de que vuestro esposo Clotario morirá pronto. Pensad, pues, en vuestra suerte futura: recoged vuestros tesoros, y confiaos á la prudencia del patricio Aleteo. El os ama: los grandes le son adictos, y con su auxilio tiene por seguro el trono de Borgoña, al cual os hará subir si consentís en casaros con él.» Bertrudis, crédula, sensible y poco animosa, empieza á llorar al oir esto: el dolor la ahoga, y no puede responder; pero sus miradas espresan á un mismo tiempo el terror y la indignacion. El perverso emisario, desconcertado por la impresion inesperada que ha producido, y previendo el peligro que le amenazaba, huyó precipitadamente, y buscó asilo en la abadía de Luxeuil. Clotario no tardó en saber la intriga; porque la reina desconsolada le refirió las predicciones espantosas del hipócrita, y las proposiciones insolentes del patricio. Aleteo fue preso, juzgado en el tribunal del rey, y condenado á muerte. Su emisario debió la vida á la inmunidad del sagrado. Estos dos ejemplos prueban el uso que estableció Clotario de administrar justicia en las provincias por medio de tribunales ambulantes, que se llama-

ban en aquel tiempo *plácita*, de donde se derivan las palabras francesas *plaids*, *plaidoiries* ó *plaidoyers* y *plaideurs* : *pleitos*, *alegatos* y *pleiteantes*. Los jueces bajo la primer dinastía francesa no tenian ninguna de las formas de la magistratura moderna. Conservando los antiguos usos de los francos, la coraza era su toga, el escudo su balanza, la espada su mano de justicia. Su jurisprudencia era tan militar como su trage : sus juicios eran sumarios, y les seguia inmediatamente la ejecucion. Muchas veces en una sola audiencia se interrogaba, se juzgaba, se condenaba y se ajusticiaba al acusado. Los centenarios en las aldeas, y los condes y duques en las ciudades, despachaban los negocios con la misma prontitud y el mismo aparato militar. Los galos sometidos á las leyes romanas no encontraban en ellas mas garantía; porque la ignorancia, que era progresiva, disminuia el número de los hombres bastante instruidos para saber y aplicar aquellas leyes; y por esta razon los tribunales eclesiásticos, mas sabios y humanos, adquirieron gradualmente tanta estension y poderío. La iglesia era entonces el último asilo de la justicia; y todos buscaban pretestos mas ó menos plausibles para llevar sus causas á los tribunales eclesiásticos. El clero recibió bajo su proteccion, primero á las viudas, huérfanos y pobres; despues se adjudicaron á su competencia las causas de sacrilegio, adulterio é incesto; y al fin, en

virtud de muchos edictos de los reyes, y con grande aplauso de los pueblos, se pudo apelar de la justicia civil, que era tan bárbara como hemos visto, á los tribunales de los obispos. La asistencia de estos gefes del sacerdocio á las juntas nacionales y al tribunal del rey, juntamente con los leudes; llevó á su colmo el poder temporal de la Iglesia, único antemural que podia oponerse en aquellos siglos contra el torrente de la barbárie que amenazaba á Europa; porque á pesar de la ambicion y los vicios que corrompian entonces, como dice san Gregorio magno, á algunos individuos del clero; sin embargo, la masa total, obligada á recordar incesantemente á los hombres los juicios de Dios y la moral del Evangelio, y de hablar en todos tiempos el lenguage de la virtud, conservaba en los ánimos la semilla y el vigor de los buenos preceptos, y corregia á los grandes y al pueblo, y cuando era necesario á los sacerdotes. Clotario, para borrar los vestigios de las desgracias causadas por las guerras civiles, restituyó á los leudes de los diversos reinos los bienes de que habian sido despojados; abolió los impuestos establecidos por Brunequilde, Teodoberto y Tierry; hizo volver al patrimonio real los dominios usurpados por vasallos rebeldes; y para asegurar tambien la paz esterior, acogió favorablemente las reclamaciones de los lombardos, que pedian la exoneracion del tributo de 12.000 escudos de

oro anuales á que estaban obligados. Clotario, con acuerdo de los grandes, los libertó de este tributo, mediante el pago de tres años que verificaron inmediatamente. Todos estos actos, atribuidos por unos á la prudencia, por otros á la debilidad, hicieron gozar á los franceses de una tranquilidad, antes desconocida, y su gratitud dió al rey mas pacífico el nombre de *Grande* que habian rehusado á príncipes belicosos y conquistadores.

Clotario perdió á la reina Bertrudis (620), y poco tiempo despues casó con Siquilde, de la cual fue tan enamorado como celoso. Inspiraronle sospechas sobre la intimidad de su esposa con el senior Boson, y lo mandó asesinar. Las costumbres bárbaras del siglo apenas contaron esta violencia en el número de las maldades; y los escritores contemporáneos no por eso celebraron menos la suavidad y clemencia de Clotario. Por otra parte, todas las culpas desaparecian á los ojos de los grandes, cuando contemplaban el esplendor que las concesiones de este príncipe daban á su clase. Clotario habia reunido en París el quinto concilio de aquella ciudad (615.) Halláronse en él 79 obispos franceses y muchos leudes de los tres reinos. Se habian introducido grandes abusos en la eleccion de los obispos por la arbitrariedad de los príncipes, la audacia de los leudes y la venalidad de los pueblos: el episcopado se compraba muchas veces, y en vano los

papas y los prelados santos clamaban contra estos egemplos de simonía. El concilio de París corrigió tan grandes abusos, decidiendo que la eleccion de los obispos se haria libre y regularmente por los votos de los metropolitanos, de los obispos de la provincia, del concilio provincial, del clero y pueblo de la ciudad; y que fuese anulada toda eleccion hecha por intereses temporales. Clotario modificó esta decision, añadiendo la autorizacion del rey como necesaria para confirmar el nombramiento. Segun otras decisiones de este concilio, que forma época en la historia de Francia, se confirmó la abolicion de los impuestos, prometida antes en la asamblea de Bonneuil: se prohibió á los obispos designar á sus sucesores, y á todo clérigo escoger un patrono sin advertir de ello á su obispo. Solo el rey estuvo esceptuado de esta prohibicion, y sus cartas de patronage y recomendacion conservaron su eficacia. El mismo concilio decidió, que escepto los casos de notoriedad y delito *in fraganti*, ningun magistrado secular juzgaria á los clérigos ni en causa civil ni criminal; y que aun en los casos esceptuados no podria juzgar ni á sacerdotes ni á diáconos. Se mandó que en las causas en que estuviesen implicados eclesiásticos y seculares, el tribunal seria misto por partes iguales. Se prohibió á los judíos toda accion en justicia contra los cristianos. Decidióse tambien que se revisaria y reformaria todo censo adicional

que diese motivo á reclamaciones: que se mantuviesen los peages establecidos por los reyes Gontran y Sigeberto, y que se confirmasen todas las concesiones hechas por los reyes á los leudes y al clero. En fin, por una disposicion espresa se mandó que todos los bienes ó beneficios quitados á los leudes y antrustiones en las últimas turbulencias, les fuesen completamente restituidos. El concilio, movido de los escándalos, cuyo egemplo habian dado los reyes mismos, prohibió, bajo penas severas, los matrimonios con religiosas, aun cuando el culpable, para asegurar su impunidad, hubiese logrado subrepticiamente el consentimiento del rey. Pusiéronse tambien algunos límites á los abusos del poder episcopal; y se prohibió á los obispos enviar jueces á las provincias donde tenian posesiones, obligándoles á escogerlos entre los naturales de cada pueblo. En fin, se mandó que no se pudiese egecutar sentencia de muerte en ningun reo sin oirle:» lo que prueba con cuánta irregularidad y arbitrariedad se administraba entonces la justicia. Las ventajas concedidas á los grandes en los cánones de este concilio, que tomaron el nombre de capitulares, causaron mucha satisfaccion en las clases ricas y poderosas que colmaron al rey de bendiciones y elogios; y nunca pareció el trono mas elevado que cuando sus vasallos inmediatos minaban su base y demolian sus gradas.

.....*Dagoberto, rey de Austrasia*. (623.) Los

seniores austrasios, á quienes en lo sucesivo llamaremos *señores*, pues en esta época comenzaron á ser, no los mas ancianos, sino los dominadores de la nacion, fatigaron de tal modo á Clotario con sus peticiones reiteradas de tener en su pais trono, corte y rey, que les dió á su hijo Dagoberto para que reinase sobre ellos. Este jóven príncipe, educado por el sabio Arnulfo, obispo de Metz, era muy amado del clero por su piedad. Contábase que yendo á caza un dia, y persiguiendo á un ciervo que se refugió en el recinto de la capilla donde se veneraban las reliquias de san Dionisio, sus perros se detuvieron de improviso sin violar aquel sagrado asilo.

Algun tiempo despues el duque de Aquitania, que era uno de sus ayos, quiso castigarle por una desobediencia. El príncipe, para evitar el castigo, huyó al mismo sitio donde se habia refugiado el ciervo, y los guardias del rey, rechazados por una fuerza invisible, no pudieron entrar en el recinto. Dagoberto formó desde entonces el designio, que egecutó despues, de fundar en aquel lugar una iglesia y un monasterio; y este fue el orígen, segun las crónicas de aquel tiempo, de la célebre abadía de san Dionisio. Muchos años despues, habiendo sido asesinado el duque de Aquitania, Dagoberto declaró indignos á sus hijos de poseer los bienes del padre, porque no persiguieron á los homicidas ante los tribunales, segun la

costumbre de los francos, y dió esta rica herencia á la mencionada abadía. Los hunnos, ávaros y sajones amenazaban á Austrasia de una invasion cierta; y el temor de esta irrupcion de tantos pueblos bárbaros obligó á Clotario á ceder á los deseos de los austrasios y á darles el rey que pedian. Dió á Dagoberto por tutor su maestro Arnulfo, que tambien enseñó á Pipino el antiguo, gobernador entonces del palacio de Austrasia, y antepasado del famoso Pipino, que en el siglo siguiente se apoderó del cetro de los francos y destronó la familia merovingia. El gobierno sabio y prudente del nuevo rey de Austrasia fue muy alabado: su nombre se hizo célebre en Europa, y debió esta gloria á sus tres ministros Pipino, Arnulfo y Cuniberto, obispo de Colonia. El carácter de Arnulfo inspiraba tanto respeto, que el pueblo de Metz quiso elegirle por obispo, aunque era casado y padre de muchos hijos. La autoridad del rey apoyó el voto del pueblo. La muger de Arnulfo consintió en separarse de su marido, y se hizo religiosa; y él, libre de sus lazos, fue elevado, á pesar suyo, á la dignidad episcopal.

En esta época los francos comenzaban á temer un nuevo pueblo cuyo poder hacia rápidos progresos, que eran los esclavones venedos, llamados *slavos* en su idioma: nombre derivado de *slava*, que significa gloria. Los esclavones, oriundos de las llanuras heladas de Prusia, se habian estendido al prin-

cipio por la Sarmacia, y despues por la Germania hasta las orillas del Elba. De allí pasaron á Hungría, Bohemia, Dalmacia, y á la provincia Ilírica, que conserva hasta hoy el nombre de Esclavonia. Este pueblo estaba dividido en mas de 30 tribus: algunas deseando establecerse en Carintia y Carniola, fueron sometidas por los ávaros; pero impacientes del yugo, se rebelaron bajo las órdenes de un mercader frances de Sens, llamado Samon: su valor le grangeó la victoria, y su talento el cetro. Los esclavones reconocidos le proclamaron rey; y Samon, marchando de triunfo en triunfo, estendió en breve los límites de su reino hasta las fronteras de Turingia. Habia dejado el comercio por el trono, y el cristianismo por la idolatría. Sin freno ya que pudiese contener sus pasiones, se dice que casó con doce mugeres, de las cuales tuvo veinte y dos hijos y veinte y cinco hijas. Este era el nuevo enemigo que amenazaba entonces á los austrasios. El rey de Francia debió acometer á estos bárbaros sin dejarles tiempo de aumentar sus fuerzas y afirmar su poder; pero los francos, entregados á las discordias civiles medio siglo habia, no se dedicaban con perseverancia á rechazar los peligros esteriores; y solo su desunion les impidió suceder al poder de los romanos, y hacerse dueños del imperio del mundo, que ningun rival formidable les hubiera disputado. Clotario, cuando dió la Austrasia á su hijo, no

creyó que por eso cesaba su dominio sobre aquella parte de Francia. Un nuevo lazo parecia asegurarle la docilidad de Dagoberto: acababa este de recibir por esposa á Gomatrudis, hermana de la reina Siquilde; pero la ambicion no respetó ni las cadenas del deber ni los vínculos de la sangre. Los leudes austrasios exigieron que se reclamasen las posesiones que pertenecian á su reino desde el tiempo de Brunequilde, Childeberto y Tierry, y que Clotario habia separado de él. El padre y el hijo se hallaron espuestos á mover una guerra impía por la turbulencia de sus grandes; pero cuando el rompimiento estaba próximo, los dos reyes tomaron por árbitros á doce señores, que terminaron sus diferencias por un tratado. Clotario cedió á los austrasios casi todas las tierras que pedian; pero conservó á Burdeos y Tolosa y gran parte de Aquitania. Arnulfo, indignado de estos debates escandalosos, y fatigado de intrigas contrarias á su piedad, abandonó su obispado, renunció al ministerio, dejó la corte, y buscó en la soledad mas oculta del bosque de Ardenas el descanso, que segun las costumbres del siglo era imposible lograr en el mundo sin abandonar la virtud. Cuniberto le sucedió en la confianza del rey y en el favor del pueblo. Varnacario, gobernador de Borgoña, murió al mismo tiempo. La junta de los grandes, previendo quizá que los gobernadores llegarian á ser reyes mas temibles que aquellos de

quienes parecian ser ministros, no quisieron elegir sucesor á Varnacario; y Clotario gobernó hasta su muerte aquel reino.

Guerra de los sajones. (627.) La Francia estaba pacífica en su esterior; pero no gozó el descanso por mucho tiempo. La rebelion de los sajones la obligó á tomar las armas. Bertoldo, duque y gefe de aquel pueblo belicoso, no quiso pagar el tributo que se le habia impuesto; y orgulloso con el gran número de tropas que mandaba, desafió con altanería al rey de Francia. Dagoberto, sin esperar los socorros que su padre le prometia, marchó contra los rebeldes con mas denuedo que prudencia. Sorprendido, acometido y rodeado, opuso en vano resistencia ostinada al número y al valor de los sajones. Despues de haber hecho grandes hazañas, derrotado y herido, se vió precisado á retirarse. Dió cuenta á Clotario de su infortunio, y para probarle que la sangre de Clodoveo no habia degenerado en él, le envió fragmentos de su yelmo roto y un mechon de sus cabellos bañado en sangre. Clotario se divertia entonces cazando en el bosque de Ardenas, que era el entretenimiento preferido de los reyes francos. Enagenado de dolor y de ira al leer las cartas de su hijo y á la vista de su sangre, convocó á las armas á todos sus leudes, reunió á todos los francos, les pidió venganza, marchó rápidamente contra los sajones, los alcanzó cerca del Weser, y les dió batalla. La fortuna

estaba indecisa, y la victoria se disputó con sumo valor. Enmedio del combate Clotario descubre á Bertoldo, y se arroja á él. Bertoldo le grita: «Rey de Francia, detente: escusa una batalla que no puede serte ventajosa. Si yo perezco en ella, apenas se acordará nadie de que has muerto á uno de tus vasallos; y si mueres á mis manos, me darás la gloria de haber vencido al mas poderoso monarca de la tierra.» Clotario sin responderle, le acomete y le acosa, le derriba, le corta la cabeza y manda ponerla en la punta de una lanza. El espectáculo de este sangriento trofeo llenó á los franceses de entusiasmo y á los sajones de terror: pareció que estos habian perdido su brio perdiendo á su caudillo, y que no podian ni pelear ni retirarse. Clotario se aprovechó de su desórden, los persiguió y dispersó, é hizo en ellos horrenda carnicería.

Los historiadores de aquel siglo bárbaro no hubieran creido esta victoria bastante bella, si no la hubiesen afeado procurando hacerla vergonzosa y feroz. Cuentan que el rey, insaciable de venganza, esterminó á los vencidos, y solo perdonó á aquellos cuya estatura no llegaba á la longitud de su espada. Cuando volvió á Francia conoció que le era mas fácil esterminar á los vencidos que gobernar á sus vasallos. Cuando gozaba pacíficamente de la victoria en su palacio de Clichy, supo que los sirvientes de Egina, su favorito, habian muerto al mayordomo de

su hijo Cariberto, y que este príncipe y sus amigos querian castigar á los homicidas, defendidos vigorosamente por muchos señores. A pesar de las órdenes del rey, y á las puertas mismas de su palacio, los dos partidos, dispuestos en órden de batalla, disputaron la altura del monte Mercurio, llamado hoy Montmartre, que los separaba. El rey no pudo impedir este combate criminal, sino saliendo armado al frente de sus leudes, y amenazando acometer al primero de los dos partidos que comenzase la batalla. Se habian burlado de su cetro y respetaron su espada.

El año 628, que terminó el reinado de Clotario, fue célebre en oriente por el triunfo definitivo de Mahoma, cuyos dogmas y cuya espada dominaron bien pronto una mitad del mundo conocido y amenazaron á la otra. Clotario fue sepultado en la iglesia de san German de los prados: reinó 44 años. Homicida de Brunequilde, á la cual imputó falsamente todos los crímenes de Fredegunda, y asesino de los hijos de Tierry, fue no obstante llamado justo, clemente y aun pio por sus contemporáneos, siempre dispuestos por sus costumbres á disculpar las maldades políticas. Debe confesarse que este príncipe, cruel por ambicion antes de subir al trono, se mostró moderado despues de su elevacion. Era esforzado é instruido: sus concesiones y liberalidades á los grandes le merecieron los elogios y la gratitud

de los señores: su devocion y piedad, el afecto del clero.

Dagoberto I, rey de Neustria, Austrasia y Borgoña: Cariberto, rey de Aquitania. (628.) Dagoberto, apenas murió su padre, reunió bajo sus dominios todas las partes del reino. Cariberto, su hermano, de muy poca edad á la sazon, no podia disputarle ninguna, y solo oponia á la violencia quejas impotentes, pero que movieron á favorecerle á muchos señores. El rey, para evitar mayores males, dió oidos á sus reclamaciones, y conformándose con su parecer, cedió á Cariberto la Aquitania, el Angumes, el Agenes, el Perigord y el Langüedoc. El jóven rey de Aquitania estableció su corte en Tolosa. Brunulfo, leude poderoso, habia ganado en favor de Cariberto á muchos señores: Dagoberto, que temia su influencia, hizo que le matasen tres leudes que le eran adictos; porque los reyes francos habian hecho honroso el servicio doméstico, y sus nobles escuderos, camareros, panaderos y senescales ejecutaban sin exámen todas las órdenes de sus bárbaros dueños. La reina Gomatrudis, parienta de Pipino y Cuniberto, gobernadores de palacio, favorecia secretamente las pretensiones de Austrasia, donde habia mucho disgusto por verse aquel reino reducido á la clase de provincia. Esta princesa se hizo odiosa á los neustrios, y sus intrigas movieron al rey á repudiarla. Despues casó con Nantilde, da-

ma de la reina anterior, y declaró que fijaria su residencia en Neustria. Desde entonces Ega, gobernador del palacio de este reino, gozó esclusivamente de la confianza del rey, y aun de la autoridad real.

Cuniberto fue despedido; y si Dagoberto dejó el empleo de gobernador de Austrasia á Pipino, fue mas bien por temor que por afecto. Nantilde, que habia destronado á Gomatrudis, no tardó en ser víctima de la incontinencia del rey: la despidió, y tomó por esposa á Ragnetrudis, muger muy bella, natural de Austrasia. Tampoco logró fijar su cariño: otras dos reinas aparecieron sucesivamente sobre el trono, y el rey dividia su amor entre ellas y un gran número de concubinas. De este modo tomaron sobre él las pasiones desenfrenadas el imperio que habian perdido sus prudentes ministros, y le arrojaron por el camino del vicio al resbaladero de la tiranía. Se le hubieran perdonado sus flaquezas; pero como ellas le hicieron en breve codicioso é insaciable de dinero, los grandes que ya no recibian dones y que se veian amenazados con impuestos, comenzaron á recelar. Dagoberto, á pesar de la relajacion de sus costumbres, fue siempre sumiso á la Iglesia. El clero habló con severidad. San Amando, obispo de Tongres, célebre por su piedad, habló animosamente al rey acerca de sus desórdenes, y consiguió inspirarle tanto arrepentimiento, que volvió á sus primeros lazos, llamó á Nantilde á

su trono y lecho, y despues no cometió ninguna infidelidad contra ella.

Muerte de Cariberto: Dagoberto reina solo. (631.) Tenia un hijo de Ragnetrudis, y rogó á su hermano Cariberto que fuese su padrino en el bautismo. Cariberto consintió en ello, y concurrieron los dos á la ciudad de Orleans para celebrar esta ceremonia: la cual concluida, se volvió Cariberto á Tolosa, donde él y su hijo Chilperico murieron súbitamente. Eran entonces tan comunes los crímenes políticos, que se sospechó que Dagoberto habia envenenado á su hermano y sobrino, porque se aprovechó de la muerte de entrambos, y reunió la Aquitania á su cetro. Sin embargo, Chilperico dejó un hijo, llamado Bógis, que fue duque de Aquitania y tronco de la casa de Armagnac, estinguida en el duque de Nemours que murió en 1503 en la batalla de Cerisoles. Los esclavones continuaban estendiendo su dominio á costa de los pueblos tributarios del imperio frances. Sus armas victoriosas amenazaban á un mismo tiempo á Germania, á las Galias y á Italia. Sus correrías perpétuas interceptaban las comunicaciones é interrumpian el comercio. Dagoberto juntó contra ellos las fuerzas de los franceses, alemanes y lombardos; pero antes de comenzar la guerra envió uno de sus leudes á pedir á Samon la reparacion de los daños causados. El rey de los esclavones se negó á dar satisfaccion, á no ser que Dagoberto garantizase sus pose-

siones, reconociese su independencia é hiciese con él un tratado de alianza. «Ese tratado es imposible, dijo entonces con grosera altanería el enviado frances: no puede haber amistad entre un pueblo cristiano y unos perros paganos.» «Nos acusais, respondió Samon, de que ofendemos á Dios con nuestra creencia, y vosotros le ofendeis con vuestra conducta. Mas ya que nos dais el nombre de perros, reconoceis en nosotros el derecho de morder, y os morderemos cruelmente.» Este lenguage y estos negociadores no podian menos de acelerar la guerra, y así no tardó en encenderse. Samon, acometido por tres ejércitos, dividió el suyo en tres partes: las dos primeras, opuestas á los alemanes y lombardos, sufrieron terribles derrotas. El rey de los esclavones, que se puso al frente de la tercera contra los francos, fue mas hábil ó mas dichosa. Los austrasios huyeron ante él, y los persiguió hasta Turingia. Esta derrota se atribuyó al descontento de los leudes de Austrasia que pedian rey y llevaban á mal la dependencia en que estaban del reino de Neustria. Casi al mismo tiempo muchas tribus búlgaras, arrojadas de su pais por los ávaros, pidieron asilo á Dagoberto. Este quiso darles establecimientos en Baviera; pero los bávaros, temerosos de semejantes huéspedes, desobedecieron las órdenes del rey; ó segun algunos autores, las cumplieron con harta fidelidad, dispersando pérfidamen-

te á aquellos desgraciados, y degollándolos con tanta cobardía como crueldad.

Guerra de España. (632.) La autoridad real no era entonces mas respetada y segura en España que en Francia. Sisenando, señor poderoso entre los visigodos, conspiraba contra el rey Suintila, y aspiraba al trono. Dagoberto sostuvo el partido de este rebelde, que habia comprado su proteccion, prometiéndole un vaso de oro del peso de 50 libras, regalado en otro tiempo por Aecio, general de los romanos, á Turismundo, rey de los visigodos, despues de la derrota de Atila. Los franceses pasaron los Pirineos: Sisenando, con el auxilio de ellos, logró la victoria, y usurpó el cetro. Fiel en apariencia á lo prometido, entregó el vaso; pero los franceses que lo llevaban á Dagoberto, fueron robados en el camino por algunos visigodos puestos en emboscada: Dagoberto, irritado de la felonía, hizo amenazas; y Sisenando que le creia, y no sin fundamento, mas avaro que belicoso, le aplacó enviándole 2.000 libras de plata.

Sigeberto, rey de Austrasia. (633.) Creíase que Dagoberto, para no desmentir la sangre de Clodoveo, marcharia contra los esclavones á reparar el oprobio de su derrota, y es probable que fuese esta su intencion; pero temiendo que los austrasios descontentos le auxiliasen mal, buscó otras armas para vengarse, y aceptó las ofertas de los sajones, que le prometieron pelear en su

favor si los libertaba del tributo que se les habia impuesto. El feliz Samon venció tambien á estos nuevos enemigos; y Dagoberto, asustado con razon de los progresos de un adversario, á quien habia desdeñado al principio, creyó entonces que debia ceder á los consejos de los obispos y de los grandes, y dió el reino de Austrasia á su hijo Sigeberto. Este príncipe partió á Metz con muchas riquezas, muebles magníficos y gran cantidad de vasos preciosos.

Cuniberto, obispo de Colonia, y el duque Adalgiso, gobernaron á Austrasia en nombre del nuevo rey. Los austrasios contentos tomaron las armas con denuedo, y su valor, unido al de los sajones, obligó á los esclavones á retirarse y á dejar tranquilas las fronteras. La elevacion de Sigeberto causaba mucha inquietud á la reina Nantilde acerca de la suerte de su hijo Clodoveo que acababa de dar á luz. Dagoberto, para disipar sus recelos, declaró en la junta de los grandes que Clodoveo le sucederia en los reinos de Neustria y Borgoña, y que Sigeberto tendria en herencia á Austrasia, Aquitania y Provenza.

Rebelion de los gascones y bretones. (634.) La tranquilidad de que gozaba el rey se turbó con una nueva rebelion de los gascones. Dagoberto envió contra ellos tropas que los derrotaron y sometieron. Esta guerra de corta duracion dió á los bretones esperanza de aprovecharse de ella para sacu-

dir enteramente el yugo de Francia. Su duque Judicael amenazaba ya al frente de un poderoso ejército. Dagoberto preferia las negociaciones á las armas, y así envió al duque su valido Eloy, hombre prudente y hábil, que se habia elevado desde la profesion de platero á las mas altas dignidades. Su talento le ensalzó á la clase de los poderosos del mundo, y su virtud le colocó en el cielo en el número de los santos. Fue tesorero de palacio, ministro del rey, y despues obispo de Noyon. Este hombre singular, que concilió las cosas comunmente mas incompatibles, supo á un mismo tiempo adquirir y conservar el favor del rey, la confianza del pueblo, la estimacion del clero, la amistad de los ricos y el afecto de los pobres.

Sumision de los duques de Gascuña y Bretaña. (637.) Eloy no tardó en convencer á Judicael del peligro que corria llamando sobre sí todas las fuerzas del rey de Francia, cuando la retirada de los esclavones y la sumision de los gascones dejaba á Dagoberto en libertad para dirigirlas contra Bretaña. Amedrentado el duque, no solo depuso las armas, sino consintió en ir al palacio de Clichy á implorar la clemencia de Dagoberto. Egina, duque de los gascones, hizo el mismo viage y con el mismo objeto. El rey se manifestaba todavía tan irritado contra ellos, que se creyeron obligados á buscar en la abadia de san Dionisio un asilo contra su resentimiento; pero despues de algunos dias

se aplacó su enojo, verdadero ó fingido. Entrambos duques consiguieron su perdon y fueron admitidos á prestar juramento de fidelidad al pie del trono. Una anécdota referida por las crónicas de aquel tiempo, y que parece insignificante, prueba la deferencia y el respeto, no solo de los grandes, sino tambien de los reyes, al sacerdocio. El duque de Bretaña, convidado por Dagoberto al banquete real, se escusó de asistir por comer en casa del canciller, que era San Oven, hombre respetado por sus virtudes; y el rey ni estrañó su falta, ni se dió por sentido de ella. Los últimos años del reinado de Dagoberto fueron tranquilos. Francia, libre de las turbulencias interiores que la habian destrozado tantos años, era respetada de los visigodos, lombardos y sajones: Roma deseaba su auxilio: Constantinopla su amistad; y los embajadores de Dagoberto renovaron con Heraclio la antigua alianza entre Francia y el imperio. Esta tranquilidad, las relaciones de los franceses con Asia, Grecia, Italia, Africa y España, los tributos que pagaban los pueblos de Germania, los dones gratuitos de los franceses, el censo impuesto á los galos tributarios, la estension del dominio real, y sobre todo la sabia economia de Dagoberto, dieron á su trono riquezas desconocidas de sus predecesores, y que deslumbraron de tal manera á los pueblos, que el nombre de este rey se ha conservado hasta nuestros dias en las tradiciones y cantos populares,

los cuales celebran aun su magnificencia, su silla de brazos, su trono de oro, y hasta el rico cinturon de su ministro Eloy.

Dagoberto, hallándose en Epinay en una de las casas de placer, cayó enfermo; y conociendo que se acercaba su fin, hizo que le llevasen á san Dionisio, donde murió á la edad de 38 años. Antes de espirar reunió junto á su lecho á los señores y obispos, presididos por Ega, gobernador del palacio de Neustria, y les recomendó la reina Nantilde, y sus hijos Sigeberto y Clodoveo. Puede sorprendernos ver citado como glorioso un reinado, en el cual no hubo ninguna accion gloriosa; pero entonces la fama de los príncipes se media por el número y estension de sus donaciones. Ademas la tranquilidad interior de Francia prueba la moderacion de este rey y la prudencia de sus ministros. Si hemos de dar crédito al autor de los *Hechos* de los francos, el lujo del palacio de Dagoberto se igualaba al de la corte de Constantinopla; pero si el oro, las piedras preciosas y la plata brillaban en él, las luces se estinguian progresivamente, y el velo de la ignorancia iba descogiéndose por toda Europa. Desde esta época empieza á ser oscura la historia de Francia, y tan incierta la cronología, que unos autores ponen la muerte de Dagoberto en 638, otros en 639, y algunos en 643.

CAPITULO X.

Clodoveo segundo, Sigeberto, Dagoberto. Clotario tercero, Childerico segundo, Tierry, Dagoberto segundo.

Clodoveo II, rey de Neustria. Guerra de Turingia. Hambre en Neustria. Clodoveo II, rey de Neustria y Borgoña: Dagoberto, rey de Austrasia. Clodoveo II, rey de toda Francia. Clotario III, rey de Neustria y Borgoña: Childerico, rey de Austrasia. Tierry, rey de Neustria y Borgoña. Childerico II, rey de toda Francia. Tierry, rey de Neustria y Borgoña: Dagoberto, rey de Austrasia. Ebroino, gobernador de Neustria y Borgoña.

CLODOVEO *II, rey de Neustria.* (639.) Llegamos en fin á la época mas triste de la historia de Francia. Todos los vestigios de la antigua civilizacion habian desaparecido: las leyes carecian de fuerza: los monarcas de poder: los grandes de freno: los ricos de piedad: el pueblo de costumbres: los guerreros peleaban sin arte, se degollaban sin

razon, huian sin órden, é infieles á su juramento, no conocian mas derecho que la fuerza: la guerra no daba ya gloria, ni la paz sosiego. Los francos, saliendo de su estado selvático, habian perdido las virtudes de la independencia: los galos, conquistados por ellos, veían estinguirse diariamente los conocimientos griegos y latinos, que hasta la caida del imperio habian ilustrado y embellecido la edad de su decadencia. Mudando de señores, perdieron sus monumentos, riquezas é industria, y se agravó su servidumbre. En todas partes reinaba el crimen, la ignorancia y la anarquía; y el resultado de la conquista no fue otra para la Galia oprimida, que un pacto funesto entre la barbárie de un pueblo rústico y la servilidad de una antigua nacion corrompida; entre la flexible vileza de los palaciegos romanos y la ambicion belicosa de los francos feroces. Se puede observar esta tendencia rápida á la desmoralizacion general desde los primeros pasos del conquistador de Galia: la elevacion de Claudio, sacerdote simoniaco, al episcopado por recomendacion de Clodoveo, á la cual no fue posible resistir, manifestó que el poderío de los francos no seria favorable á las costumbres; y solo la piedad ilustrada y celo virtuoso del clero galo pudo poner un freno á la arbitrariedad del vencedor, que pretendia someter todas las leyes humanas y divinas. Clodoveo subyugó sus fieros compañeros, asociándolos á su tiranía;

y en poco tiempo no hubo en los campos de Marzo mas que una leve sombra de la independencia célebre y de las costumbres de las naciones germánicas. Esta sombra se desvaneció enteramente en el reinado de los nietos del conquistador, que se entregaron desenfrenadamente al delirio de la arbitrariedad y á los escesos de la disolucion mas escandalosa. Cada uno de ellos tuvo en su corte tres ó cuatro esposas, cuyo oprobio se cubria en vano con la corona, y que eran públicamente insultadas por un gran número de concubinas. Algunos virtuosos obispos, entre ellos san German, se atrevieron á reprender semejantes desórdenes. Este celoso prelado escomulgó al rey Cariberto; mas no logró ni amedrentarle ni corregirle.

La opresion de los vencidos, la tiranía y barbárie de los conquistadores hizo necesaria la intervencion del cuerpo sacerdotal en el gobierno, porque era el único elemento de moral que existia enmedio del caos formado por la violencia de las armas; pero el poder que adquirió el clero por la superioridad de sus luces y virtudes, produjo su efecto ordinario en muchos de sus individuos, y la esfera de la ambicion en que se hallaban ó á que aspiraban, les infestó con los vicios propios del siglo, de que tanto se queja en sus cartas san Gregorio Magno. Sin embargo, la Iglesia de Galia poseyó hombres dignos de los tiempos apostólicos; tales son los santos obispos Gregorio de Tours,

Waast de Arras, Gildar de Ruan, Avito de Viena, Cesario de Arlés, Fermin de Uzes, Fortunato de Poitiers, Germanio de París, Malo de Bretaña, Eloy de Noyon, Lo de Contances y Remí de Reims. Los afanes de estos sacerdotes virtuosos y la autoridad de los papas que fundaron un gran poder.sobre el cimiento de la virtud, opusieron diques fortísimos al torrente de la corrupcion; pero sus tentativas fueron inútiles por mucho tiempo, porque la violencia de las pasiones cerraba los oidos de los grandes á la voz de la verdad. En este siglo se reunieron 40 concilios, en los cuales se promulgaron muchos decretos contra la simonía, el incesto, el divorcio, la idolatría y las malas costumbres; sin embargo, los mismos obispos, teniendo como tenian en el gobierno civil tanta parte ó quizá mas que los señores francos, hubieron de abandonar la sencilla severidad de su anterior género de vida, y se acostumbraron al fausto y á los placeres peligrosos de los palacios. Desde ellos al vicio habia muy poca distancia, y algunos sacerdotes la salvaron escandalosamente. La autoridad de los sumos pontífices no podia entonces reprimir su licencia. San Gregorio Magno halló muchas dificultades para hacer que los reyes y obispos francos reconociesen la supremacía de Roma y se sometiesen en materias de disciplina á las decisiones de la santa Sede. Las turbulencias del estado, las discordias de los príncipes, las rivalidades

de los grandes y la opresion de los pueblos hicieron necesaria la autoridad del sacerdocio, depositario y conservador de la moral evangélica y de las leyes romanas; y así fue la única fuerza constante del estado, el único agente de la civilizacion en aquellos siglos, la única esperanza del desgraciado y el único asilo de la justicia. Se preferian las sentencias de los tribunales eclesiásticos, fundadas en el código de Teodosio, á las decisiones arbitrarias de los condes y leudes y de sus rachimburos y escabinos. El establecimiento de las órdenes monásticas hizo grandes servicios á la humanidad. La órden de san Benito, fundada por su discípulo san Mauro, y que se difundió rápidamente en toda Galia, abrió nuevos asilos á los proscritos, prodigó cuantiosos socorros á los indigentes, salvó del naufragio universal algunas reliquias de la sabiduría antigua, y reparó por medio del trabajo y cultivo de la tierra los desastres de las guerras continuas que durante un siglo condenaron los campos á la esterilidad. Los leudes y principales guerreros francos, sumamente celosos de su libertad mientras vivieron reunidos en sus tribus, la olvidaron desde que vivieron alejados unos de otros en los paises que conquistaban, y se entregaron esclusivamente á la ambicion de las dignidades, al ardor del saqueo, y al orgullo del poder. Los hijos de Clodoveo se valieron de estas pasiones perversas para someterlos. Com-

praron su sujecion, prodigándoles títulos y tierras de sus dominios; y asi los francos, en otro tiempo pobres, iguales y libres, vinieron á ser nobles, ricos, opresores y oprimidos. Bajo su tiranía gimieron todas las ciudades, y sufrieron la devastacion todos los campos: desaparecieron los senados de las capitales y municipios: el pueblo quedó reducido á la clase de los animales: la fuerza se sustituyó al derecho: las escuelas se cerraron, y las letras se dejaron de cultivar como las tierras: Galia, que en los siglos IV y V se jactaba de poseer todavía sabios y poetas como Eutropio, Amonio, Paladio, Ambrosio, Sulpicio, Severo, Paulino, Victor, Marcelo, Salviano y Sidonio Apolinar, vió caer y estinguirse todas sus luces bajo la terrible segur de los francos, y apenas quedaron los conocimientos necesarios para advertir los progresos espantosos de la barbárie. «Es tiempo, decia ya el obispo Avito en el siglo VI, es tiempo de renunciar á la poesía. Dentro de poco no habrá personas capaces de conocer la hermosura de los versos, ni de percibir su armonía.» Gregorio de Tours, 60 años despues, decia: «Ya no se cultivan en las ciudades de Galia las letras ni las artes: las ciencias declinan y perecen. En el siglo infeliz que vivimos, el amor del estudio se apaga sucesivamente; y en breve dejará de haber hombres capaces de transmitir á la posteridad los sucesos mas memorables.» Esta barbárie que legalizó despues

el feudalismo sin suavizarla, desterró de Europa el órden, la justicia y la razon, depravó las costumbres, endureció los corazones, aletargó las facultades intelectuales, y no dió al espíritu humano mas alimento que los estragos de la guerra y los incentivos de las pasiones desenfrenadas. Los francos, al entrar en Galia, mejoraron la suerte de los esclavos. Segun sus costumbres, la servidumbre corporal, que se usaba entre los romanos, se convirtió en servidumbre del terruño; pero si esta revolucion hizo mas tolerable la suerte de los siervos, humilló á los galos libres, haciendo honroso el servicio doméstico. El pueril orgullo de aquellos gefes bárbaros, despreciando la agricultura y los trabajos mecánicos, se los dejó á los esclavos, mientras reservaban en sus casas los empleos serviles á los jóvenes francos y galos mas distinguidos. La dignidad de clase y la estension de poder se valuaban por el número de estos nobles domésticos, cuya primer virtud era la lealtad á su gefe, y que se encargaban, como dice Gregorio de Tours, de ejecutar sin examen ni detencion las órdenes sanguinarias y los asesinatos que les mandaban cometer sus crueles señores y sus feroces señoras. Desde esta época fatal se mudaron costumbres, opiniones é idioma. La fidelidad doméstica se sustituyó á las virtudes públicas; el pundonor sanguinario ahogó todo sentimiento de humanidad; el orgullo feudal sucedió á la al-

tivez de los francos y romanos; en fin, *el trabajo fue despreciado, y el servicio de los señores honroso*. Esta degradacion de la especie humana fue llevada á tal estremo bajo los primeros sucesores de Clodoveo, que Chilperico dispuso á su placer de la suerte de los habitantes de París (584). El rey de España le pidió en casamiento á su hija Sigonta. «El rey, dice Gregorio de Tours, mandó á un gran número de los que habitaban en la capital las casas sometidas al fisco, salir con sus familias en carros para servir en la comitiva de la princesa.» Aquellos infelices no querian espatriarse, y procuraban vencer con sus lágrimas el corazon del tirano; pero él mandó encadenarlos para que no *huyesen*. Separó al hijo del padre, á la hija de la madre. Muchos se dieron muerte desesperados. La ciudad resonaba con sus lamentos, y solo se oian maldiciones contra el bárbaro príncipe. La afliccion era tan grande, que podia compararse á la de Egipto en tiempo de las plagas. En fin, un gran número de personas distinguidas, obligadas por aquel órden inhumano á renunciar á su familia y á su patria, creyendo que el viage seria el término de su vida, legaron sus bienes á las iglesias, y pidieron que se abriesen sus testamentos apenas llegase á París la noticia de haber entrado la princesa en el territorio de los visigodos. Chilperico no queria que hubiese hombres de condicion servil en la comitiva de su hija. La disposicion

que hacian de sus bienes al partir, demuestra que eran hombres libres; y ademas, la espresion de que se vale Gregorio de Tours, *multi verò meliores natu*, «muchas personas de nacimiento distinguido,» no permiten duda alguna en la materia; y este hecho demuestra que el rey de los francos disponía entonces arbitrariamente de las personas de los hombres, como si fuesen caballerías.

Este despotismo habria durado quizá en occidente, como ha echado raices en Asia, con oprobio de la especie humana, si se hubiera ejercido solamente sobre los vencidos; pero la ambiciosa Brunequilde, la implacable Fredegunda y sus esposos é hijos quisieron someter los conquistadores á yugo tan ignominioso: hicieron dar de puñaladas á los grandes de quien se recelaban, y despojaron á los leudes de los beneficios que antes se les habian prodigado. El antiguo orgullo de los guerreros francos despertó de improviso; y dejando las cadenas al pueblo, conquistaron su propia independencia: como rara vez se detienen los ataques dirigidos contra el poder, en lugar de contentarse con el abatimiento del trono, no pararon hasta arruinarlo. Habiéndose hecho independientes, no quisieron que lo fuese el príncipe: su corona se trocó en vano simulacro, su palacio en prision: perdieron los reyes el mando de los ejércitos y sus propios dominios: en su nombre reinaron los gobernadores elegidos por los grandes; y en

fin, solamente los títulos de las actas públicas y algunas ceremonias tan suntuosas como inútiles, anunciaban á Francia que tenia reyes. Esta decadencia de la familia de Clodoveo empezó en el advenimiento de Clotario II, el cual debió la corona á la coligacion de los leudes. La ambiciosa aristocracia dejó alguna autoridad á Dagoberto I; pero mas ilusoria que real. Esta sombra de poder desapareció cuando acabó su reinado, y sus débiles hijos no fueron mas que los primeros esclavos de los orgullosos domésticos de sus palacios. Clotario y Dagoberto, obligados á sacrificar á los grandes una parte de su poder, les inspiraban todavía algun temor. Dignos aun de Clodoveo, se mostraron como él valientes y guerreros, y jueces respetados. Dagoberto, visitando incesantemente sus provincias, hizo justicia en muchas ocasiones á los hombres libres, y reprimió la tiranía de los leudes. Es verdad, que segun la costumbre del siglo, ejerció la justicia, asesinando aun mas que condenando legalmente; pero en fin, no por eso dejaba su severidad de inspirar saludable temor á los nobles, y grande confianza al pueblo. Favoreció á los obispos virtuosos, y se opuso á las empresas de los que estaban dominados por la ambicion; y este es el origen de las diversas opiniones que han formado de este príncipe los historiadores de aquel tiempo, que todos eran eclesiásticos. La necesidad de sus adversarios llegó al estremo

de figurar en una escultura, su sepulcro, y sobre él su alma, que se la llevaba el diablo, defendida y libertada por san Dionisio, san Mauricio y san Martin. A su muerte cesó toda apariencia de respeto y temor á la familia real, y sus descendientes no fueron para los leudes mas que insignias del trono y esclavos coronados.

Vamos á describir rápidamente los pocos sucesos que la oscuridad de aquellos tiempos nos ha trasmitido sobre los reinados de estos simulacros; porque en esta época se estinguió con Fredegario la luz de la historia en las Galias; y hasta el tiempo en que Eginardo, secretario de Carlomagno, dió alguna claridad á aquel siglo de tinieblas, no se hallan documentos históricos sino en las vidas y milagros de los santos, cuyos autores, que eran monges retirados del mundo y poco instruidos, confunden muchas veces los lugares, épocas y sucesos. Se sabe con certidumbre que Dagoberto, al tiempo de morir, confió sus hijos y estados á dos ministros hábiles y dignos de su estimacion. Uno fue Ega, bastante sabio para su siglo, y tan instruido en las leyes romanas y en las costumbres de los francos, que venian los hombres á consultarle de todas las partes del reino. El otro era Pipino, temido de los grandes, y respetado de la nacion por su valor y esperiencia. Dagoberto, queriendo aprovecharse de sus luces, y recelando su ambicion, los tuvo cerca de su persona

mientras reinó, y encargó el gobierno de Austrasia al duque Adalgiso, de cuya obediencia no dudaba. Pero apenas se hicieron á este monarca los últimos honores, Pipino volvió á Austrasia, se coligó con su virtuoso amigo Cuniberto, y trasladó á Colonia la corte del jóven rey Sigeberto. Ega mandó sobre Neustria y Borgoña en nombre de Clodoveo II. Los gobernadores de los tres reinos convocaron en Compiegne la asamblea general de los francos, y en ella se repartieron legalmente los tesoros y estados de Dagoberto entre sus dos hijos. Poco tiempo despues de este acto, que aseguró para algunos años el sosiego de Francia, murió Pipino, dejando el renombre, muy raro en todos los siglos, de gran político y hombre de bien. Su muerte causó turbulencias en Austrasia. Una parte de los grandes queria elevar á la dignidad de gobernador de palacio á Grimoaldo, hijo de Pipino: los demas querian elegir á Oton, uno de los grandes dignatarios de la corte del rey. Esta rivalidad llenó de intrigas y facciones, durante tres años, el palacio de Sigeberto. En fin, habiendo muerto Oton en un desafio contra Lotario, duque de los alemanes, se reunieron todos los votos á favor de Grimoaldo. El gobierno de palacio, ó por mejor decir, el trono, fue hereditario desde entonces en la familia de Pipino.

Guerra de Turingia. (642.) En este tiempo los germanos viendo debilitada la monar-

quía francesa, creyeron favorable la ocasion para sacudir el yugo. Rodulfo, duque de Turingia, se rebeló, é hizo alianza con los esclavones. Los austrasios marcharon contra él. Su general Faron sufrió al principio algunos reveses; pero Rodulfo, reuniendo sus tropas, se apostó en un sitio ventajoso, donde fue rodeado por los francos. El jóven Sigeberto no se presentó en esta ocasion al frente de su ejército, sino en la retaguardia: la debilidad del príncipe, y la autoridad todavía incierta del nuevo gobernador Grimoaldo relajaron los vínculos de la disciplina. Todo era en el campamento frances deliberaciones y discordias, y no se pensaba en las operaciones militares. Al fin se dió órden de acometer al enemigo: algunos leudes obedecen y asaltan, y los demas se quedan en sus cuarteles. Rodulfo, sabiendo estas disensiones, se aprovecha de ellas, hace una salida vigorosa, rompe las columnas francesas, y las desbarata. Sigeberto, en vez de reparar su derrota con valor, digno de su familia, se pone á llorar, y consigue de Rodulfo como un favor la libertad de volverse á Francia. Mientras Austrasia se envilecia por la pusilanimidad de su rey, sufrió Neustria la desgracia de perder á Ega, cuya prudencia aseguraba el sosiego y la seguridad pública. Este gobernador murió en el palacio de Clichy. Los neustrios nombraron por sucesor á Arquinoaldo, que por su madre tenia parentesco con la familia de Dago-

berto. Clodoveo II estaba bajo la tutela de su madre Nantilde, que por su prudencia y bondad habia fijado la inconstancia de Dagoberto y ganado el afecto del clero, de los grandes y del pueblo. Sabiendo esta reina que Borgoña, despues de 30 años en que no habia tenido gobernador de palacio, queria elegir uno, convocó los grandes de este reino á la ciudad de Orleans, y consiguió que nombrasen á su pariente Flavent, leude prudente y vasallo fiel. Nantilde gobernó todavía cuatro años sin turbulencias, conteniendo mas bien con moderacion que con fuerza la ambicion de los cortesanos y la osadía de dos naciones belicosas. Esta tranquilidad desapareció con ella; y desde entonces fueron enemigas Neustria y Austrasia. Borgoña no podia permanecer indiferente en esta lucha duradera, y su gobernador se unió al de Neustria para reprimir la ambicion de los austrasios. El nuevo gobernador de Borgoña no gozó tranquilamente de su dignidad. Habiendo tomado las armas para refrenar al duque de la Borgoña transjurana que se habia rebelado, los leudes de entrambos partidos los obligaron á reconciliarse, y á jurar la paz sobre los relicarios de los santos. Pero en aquellos tiempos bárbaros el perjurio seguia inmediatamente al juramento, y habiéndose reunido en Autun los grandes de Borgoña para consolidar la paz, el duque de la Transjurana fue asaltado en su alojamiento por los sirvientes de Flavent y

Arquinoaldo, que le asesinaron y robaron sus equipages.

Mientras Francia, no conservando otra virtud que el valor, parecia defendida mas por bandidos que por guerreros, el imperio de oriente, recobrado un poco con las hazañas de Heráclio, volvió á caer bajo una vergonzosa tiranía, y acelerando su decadencia con las disensiones religiosas, entregaba indefensas la Italia á los lombardos, y el Asia y el Africa al fanático valor de los musulmanes. Abubecre y Omar, feroces sucesores de Mahoma, se apoderaron, casi recorriéndolas, de Siria, Persia, Fenicia, Palestina y Egipto. La cuchilla del profeta halló en todas partes leves ostáculos: los pueblos, fatigados con los impuestos, con el lujo de las cortes, con la innoble tiranía de los eunucos, con la cobardía de las legiones, y con la pertinacia de las sectas, parecian solicitar ellos mismos el yugo de aquellos intrépidos guerreros que les ofrecian ligeros tributos, descanso en la tierra, y eternos deleites sensuales en la otra vida. Esta nueva potencia, corriendo por el mundo como un torrente, amenazaba subyugarlo todo entero. La antigua civilizacion se rendia á la cimitarra agarena; y el mahometismo no halló ostáculo que le detuviese hasta que le salieron al encuentro las selváticas falanges de los francos que un héroe libertó momentáneamente de la anarquía para conducirlas á la gloria.

Hambre en Neustria. (645.) El azote del hambre asoló á Neustria, y el consejo de Clodoveo II recurrió para comprar granos á las riquezas de los templos. Con este objeto se apoderó de las láminas de plata que adornaban el tabernáculo y el relicario de san Dionisio. Esta operacion fue muy censurada, tanto por haberse hecho con violencia, como porque no parece que las demas clases opulentas contribuyeron en proporcion al alivio de aquella calamidad.

Cinco ó nueve años despues, porque la cronología es incierta en aquellos tiempos en que no habia gloria, murió Sigeberto, rey de Austrasia. Sepultósele en Metz, y despues se le trasladó á Nancy. Aunque el trono estaba muy envilecido, su hijo Dagoberto no subió á él sin dificultad; porque la familia de Pipino era ya rival de la de Clodoveo. Grimoaldo, gobernador del palacio, queria alejar á Dagoberto del trono con el pretesto de que su padre habia adoptado á Childeberto, hijo del mismo Grimoaldo; pero los grandes y el pueblo se opusieron á esta usurpacion, y se difirió para mas adelante. Sigeberto mereció por su piedad ser contado en el número de los santos: su esposa se llamaba Sonnechilde, que en lenguage franco quiere decir *hija del sol.*

Clodoveo II, rey de Neustria y Borgoña: Dagoberto, rey de Austrasia. (650.) Dagoberto, puesto bajo la tutela de un gobernador enemigo suyo, gozó no mas que

18 meses de la corona que apenas le habian ceñido. Grimoaldo empleó este tiempo en ganar con sus liberalidades á los señores principales. Cuando se creyó bastante poderoso, hizo que Didon, obispo de Poitiers, cortase el cabello al jóven rey, y le desterró á Irlanda, donde vivió muchos años oscurecido, y mas feliz que entre el esplendor pasagero del trono.

Su madre Sonnechilde se retiró á Neustria bajo la proteccion de Clodoveo. Grimoaldo ciñó con la diadema real la frente de su hijo; pero esta osadía escitó la indignacion de los austrasios: formaron una conspiracion contra él, le acometieron, le prendieron y le entregaron á Clodoveo. Fue juzgado por los grandes, condenado y ajusticiado. Childeberto, su hijo, pereció ó desapareció. Clodoveo, castigada la usurpacion, se aprovechó de ella, y en vez de llamar á Dagoberto de su destierro, fingió ignorar á qué lugar se habia retirado, reunió toda Francia bajo su cetro, ó mas bien, bajo el poder de Arquinoaldo, gobernador de su palacio, el cual gobernó sin rivales los tres reinos, porque Flavent acababa de morir, y no se eligió sucesor.

Clodoveo II, rey de toda Francia. (653.) No es posible decidir si Clodoveo II mereció realmente, por la nulidad de su carácter, ser contado en el número de los reyes haraganes, ó si solo fue la desgracia de los tiempos la que le obligó á obedecer á sus vasa-

llos, haciendo inútiles sus esfuerzos. Lo que da á sospechar que tuvo algunas virtudes, es que los leudes orgullosos procuraron disfamar su memoria con cierto furor que ordinariamente no escita la debilidad. Las pocas noticias que han conservado las crónicas indican con claridad que este príncipe procuró, aunque en vano, aliviar á sus pueblos y enfrenar la tiranía anárquica de los grandes; mas ya no era tiempo. Aquella aristocracia ignorante, orgullosa y turbulenta, se arraigaba mas profundamente cada dia. Los leudes se fortificaban en sus ducados, condados y castillos, y reunian partidarios que compraban su proteccion sometiéndose; y asi, en aquel siglo de desórden, cada uno sacrificaba una parte de sus derechos y de su independencia con la esperanza de obtener algun sosiego ó seguridad, ó con las armas y servicios, ó con tributos, ó con el entero abandono de la libertad. La necesidad dió nacimiento en aquella nobleza indisciplinada á cierta gerarquía, fuente y origen del monstruoso sistema feudal, del cual quedan vestigios todavía, y que entonces contribuyó en algun modo á salvar á los pueblos europeos de la barbárie en que cayeron las naciones de oriente.

Una esclava jóven, bella y virtuosa, vino entonces á Francia á sostener á Clodoveo en la lid peligrosa que sostenia para conservar á los francos y á los germanos algunos vestigios de libertad. Batilde, descen-

diente de uno de los príncipes sajones que conquistaron á Inglaterra, fue robada en su infancia por unos piratas, y vendida despues á Arquinoaldo, el cual, deseando unir sus dos cautivos, la casó con el rey. Clodoveo tuvo de ella tres hijos, Clotario, Childerico y Tierry. El primero sucedió á su padre, y poseyó, bajo la tutela de Batilde y la férula de Arquinoaldo, las coronas de Neustria y Borgoña: el segundo reinó en Austrasia, ó por mejor decir, vió reinar en su nombre á un leude, llamado Ulfoaldo, que los austrasios eligieron por gobernador de palacio: el tercero, que estaba aun en la cuna cuando murió Clodoveo II, no tuvo parte alguna en su herencia. Clodoveo reinó 17 años. El autor de los *Hechos* cree que murió envenenado. Se le acusó de desacato, porque separó un hueso del brazo de san Dionisio para ponerle en un escapulario que siempre traia consigo. En aquel siglo de ignorancia, los campos, otro tiempo tan fértiles, yacian estériles y desiertos: el pueblo no se informaba ni de los motivos de las leyes, ni de las declaraciones de guerra, ni de las cláusulas de los tratados de paz: sometido, ignorante y esclavizado, solo hallaba consuelo en los sentimientos religiosos.

Clotario III, rey de Neustria y Borgoña: Childerico, rey de Austrasia. (655.) Dos niños dormian sobre el trono: dos gobernadores de palacio reinaban en Francia;

pero el orgullo de estos ministros se vió precisado á dejar alguna autoridad á la reina Batilde. Esta princesa habia sufrido con valor la esclavitud, y llevó el cetro con dignidad. Su firmeza la hizo respetable, y amable su humanidad. Siguiendo los consejos de san Leger, obispo de Autun, y de san Oven, obispo de Ruan, contuvo durante diez años la turbulencia de los leudes, y preservó su reino de las convulsiones á que frecuentemente lo esponia la codicia de los grandes. Antes de su reinado los galos ó romanos libres pagaban una capitacion que los arruinaba. Batilde los libertó de ella: su justa severidad prohibió á los judíos el comercio vergonzoso que hacian de niños cristianos, vendidos por la avaricia de los señores ó por la miseria de los padres. Los reyes desde muchos años antes habian contraido la criminal costumbre de vender los beneficios eclesiásticos. Batilde los dió gratuitamente al mérito y á la piedad. Hizo muchas donaciones al clero, fundó un monasterio de monges en Corbie, y otro de religiosas en Chelles, únicos asilos entonces del saber y de la virtud. Su deferencia al clero atrajo muchos obispos á la corte, cuyo poder y consejos creyó útiles para afirmar su autoridad; pero habiendo muerto Arquinoaldo, autor de la elevacion de Batilde, y su mas firme apoyo, Ebroino, que le sucedió en la dignidad de gobernador de palacio, envidioso del favor que gozaba cerca de la reina Le-

ger, obispo de Autun, calumnió á la virtuosa princesa, y la acusó de tener intimidad deshonesta con otro obispo llamado Sigebrando. Los grandes irritados asesinaron á este prelado; y Batilde, disgustada de la ingratitud de la corte y de la inercia del pueblo, una y otro tan poco dignos de ella, bajó del trono, y tomó el velo de religiosa en Chelles, donde vivió menos poderosa y mas feliz. La infame envidia le quitó el cetro: la gratitud tardía consagró su gloria.

Libre de su importuna virtud, fue Ebroino déspota de Neustria y Borgoña; pero se abrió un nuevo sendero para la tiranía. Este Mario de los francos, tomando la máscara popular, aparentó favorecer la causa de los hombres libres contra la dominacion de los grandes; y el pueblo, ciego instrumento siempre de los ambiciosos que le adulan en su miseria, aplaudió los conatos del gobernador, dirigidos solamente á mandar sin ostáculos ni rivales. Acometió á los grandes con osadía, desterró á los unos, quitó á los otros sus beneficios, y solo confió los destinos á los que le vendian sus servicios; mas solo los empleaba en las provincias donde no tenian tierras ni vasallos. Las gracias dependian de su favor: los suplicios de su aborrecimiento: vendia la justicia y amedrentaba con su osadía á los leudes mas orgullosos. Sin embargo, encontró en su marcha violenta un ostáculo que por mucho tiempo

no pudo derribar: el partido aristocrático cuyo abatimiento deseaba, se unió con san Leger, obispo de Autun y amigo de Batilde, á quien se persiguió constantemente con furor, y que fue defendido con no menos perseverancia por la veneracion pública. El rey Clotario, testigo insensible de esta lucha ostinada, reinó algunos años todavía bajo la tutela del feroz Ebroino; y murió sin tener hijos, despues de haber llevado la corona catorce años. Unos historiadores dicen que fue enterrado en Chelles: otros que en san Dionisio. El lugar de su sepultura es tan ignorado como su vida.

Tierry, rey de Neustria y Borgoña. (668.) Los francos respetaban todavía los derechos á la corona de los príncipes merovingios; pero no les permitian egercerlos sino cuando los habian reconocido y elevado sobre el paves, segun el uso antiguo. Esta era algunas veces ceremonia mas bien que garantía; pero en otras ocasiones usaba la nacion del poder que se habia reservado para escoger entre los príncipes al que deseaba coronar.

El temerario Ebroino irritó á los francos elevando al trono, de su propia autoridad, á Tierry, último hijo de Clodoveo II. Los pueblos de Neustria y Borgoña, acostumbrados á obedecer, murmuraban sin atreverse á manifestar su descontento; pero los grandes, indignados, se sublevaron. El obispo de Autun, su consejero y gefe, se con-

certó con Ulfoaldo para reunir las tres coronas de Francia en la frente de Childerico. Los austrasios toman las armas, y se presentan inesperadamente en Neustria. Ebroino, acometido por los grandes de los tres reinos, fue abandonado por el pueblo: buscó asilo en una iglesia, que defendió su vida y no su autoridad: cortósele el cabello, y se le encerró en el monasterio de Luxeuil. Tierry, su débil pupilo, príncipe sin poder, gefe sin ejército, rey sin vasallos, fue desterrado al convento de san Dionisio, y Childerico fue declarado rey de los tres reinos por el consentimiento universal.

Childerico II, rey de toda Francia. (670.) Esta revolucion, destruyendo las esperanzas del partido popular, afirmaba la dominacion de los grandes; pero siendo esta harto imperiosa y anárquica, daba inquietud á su propio gefe. El gobernador Ulfoaldo, cómplice ó esclavo de las pasiones de los leudes, hacia vanos esfuerzos para contener sus usurpaciones progresivas. San Leger, por su carácter y la veneracion que se le tenia, adquirió ascendiente saludable sobre el ánimo del rey: le hizo conocer la necesidad de que él y su pueblo se libertaran del yugo de los señores; y Childerico, conformándose con el voto público, promulgó ordenanzas dirigidas á reducir á sus antiguos límites la autoridad de los patricios, condes y duques, que querian ser independientes y hacer inamovibles sus destinos. Indigna-

dos los señores de esta providencia firme y atrevida, emplearon contra la virtud de Leger la política artificiosa de las cortes: ocultaron la fuerza que irrita, y se valieron de la astucia que seduce: corrompieron las costumbres del rey para apoderarse de su corazon: lisongearon sus inclinaciones viciosas para que cerrase los ojos á la verdad, y entregándole al deleite, le apartaron de la senda de la gloria que le mostraba el obispo de Autun. En breve miró el rey al santo prelado como un censor importuno. El gobernador Ulfoaldo unió por envidia su influjo al de los descontentos; y la rigidez del obispo de Autun le grangeó una enemiga peligrosa que le derribó. Esta era la reina Bilichilde, cuyo casamiento desaprobaba Leger, á causa de ser prima del rey en grado prohibido por las leyes eclesiásticas.

Tal era la disposicion de los ánimos, cuando un suceso inesperado apresuró la desgracia del obispo ministro. Claudia, señora rica en la provincia de Auvernia, estando próxima á la muerte, desheredando en su testamento á su hija única, legó todos sus bienes á la Iglesia. Habiendo fallecido, entró el clero en la posesion de la herencia; pero el leude Hector, patricio de Marsella, que estaba enamorado de la hija, la robó, casó con ella, y citó al obispo de Clermont ante el tribunal del rey para que se les restituyesen sus bienes. Childerico celebraba entonces en Autun con su corte la solemni-

dad de Pascua: Leger favoreció la presentacion de la huérfana y de Hector: la reina y el gobernador de palacio, la del obispo de Clermont. Los cortesanos, valiéndose de sus armas ordinarias, opusieron á la fuerza de la justicia los puñales de la calumnia; y al fin de un banquete en que el jóven rey estaba dispuesto por la embriaguez del vino á la de la ira, le persuadieron que el patricio y el obispo de Autun conspiraban contra él. Childerico, en el primer impulso de su furor, sacó la espada contra Hector, que se libró de la muerte huyendo; pero los soldados enviados en su persecucion le alcanzaron y asesinaron. Leger, arrestado sin miramiento á sus servicios y sin respeto á su dignidad, fue encerrado en el monasterio de Luxeuil. Así las vicisitudes del mundo le hicieron sufrir la misma suerte que á su antiguo enemigo Ebroino, y reunieron estos dos grandes ejemplos de la inconstancia de las cortes. Amistados por el infortunio comun, abandonó el gobernador depuesto sus antiguos resentimientos. La muerte del patricio y el destierro de Leger dejaron libre el campo al obispo de Clermont, y ganó el pleito; pero habiendo vuelto á Auvernia, fue víctima de las costubres de aquel siglo bárbaro, en el cual la violencia ocupaba el lugar de la justicia, y murió asesinado por los parientes de Hector.

Childerico era débil, y no tardó en ser cruel, convidándole su misma incapacidad á

abusar de su poderio. Apenas fue rey, apenas se vió libre del freno importuno de su ministro, se entregó con delirio á sus inclinaciones depravadas. Corrompiendo á las mugeres, desterrando y despojando á los leudes, oprimiendo al pueblo, solo fue un tirano tan odioso como despreciable. Irritado contra un señor, llamado Bodilon, se atrevió á mandar azotarle con varas. Al saber este ultrage los grandes, se cambió en furor su indignacion: se reunen locos de ira, conspiran, y juran la muerte de un príncipe, cuya espada sin gloria jamas hirió al enemigo y solo se esgrimia para asesinar. Bodilon se encarga de la venganza comun: acompañado de muchos señores, sorprende en el bosque de Chelles al rey: dispersa sus guardias, le acomete en venganza de su injuria, y le mata: corre á palacio, é implacable en su ira, asesina á la reina Bilichilde y á su hijo. El gobernador Ulfoaldo se refugió amedrentado en Austrasia. Así acabó el único descendiente de Clodoveo que se atrevió á sacudir el yugo de sus criados. Reinó 14 años como esclavo de su gobernador, y algunos meses como tirano.

Tierry, rey de Neustria y Borgoña: Dagoberto, rey de Austrasia. (673.) Francia se hallaba sin rey, los grandes sin freno, el clero sin union, el pueblo sin apoyo. Como ninguna autoridad cerraba las puertas de las prisiones ni de los monasterios, Ebroino y Leger salieron de su reclusion, y Tierry,

hermano de Childerico, dejó el monasterio de san Dionisio, y buscó cetro y protector. La anarquía era completa: las facciones peleaban sin objeto. En tan horrible confusion ni habia defensa contra el latrocinio ni asilo contra el homicidio; y enmedio de tantas calamidades se creyó, dicen las crónicas de aquel tiempo, que era llegada la hora de la venida del Anticristo, y del reinado de los genios infernales.

El esceso de la desgracia hizo conocer á todos la necesidad del poder; pero las pasiones enfurecidas se oponian al restablecimiento del órden. En fin, los neustrios y borgoñones elevaron de nuevo á Tierry sobre el paves, le pusieron al frente de sus guerreros, y eligieron por gobernador á Leudosio, pariente del obispo Leger. Ulfoaldo, al frente de los austrasios, tomó las armas para pelear contra él; y los dos partidos opuestos se vieron amenazados de los furores de Ebroino, que habia juntado una faccion numerosa y formidable de aventureros, de hombres sin valía, de descontentos y de malvados escapados del suplicio. Muchos individuos del clero favorecieron el partido de Ebroino. Enmedio de estas turbulencias san Wilfrido, obispo de Yorck, creyendo la ocasion favorable para sostener los derechos del príncipe Dagoberto, sobrino de Clodoveo II, destronado por Grimoaldo y desterrado á Irlanda, le trajo á Turingia. Su suerte, su nombre y sus aventuras des-

pertaron el amor de los austrasios á la familia de Clodoveo, y coronando á Dagoberto, pusieron fin, si no á las discordias, al interregno.

Ebroino, gobernador de Neustria y Borgoña. (674.) Ebroino huia del mismo Tierry á quien en otro tiempo habia ceñido la diadema, y cuya elevacion fue causa de su caida. Austrasia le ofrecia un asilo, mas no el poder que él deseaba. Los señores austrasios estaban abatidos por Ulfoaldo, que con el nombre de Dagoberto procuraba reprimir su indomable orgullo. En Neustria el gobernador Leudesio, hijo de Arquinoaldo, siguiendo los consejos de Leger, procuraba con destreza mantener en equilibrio los dos partidos aristocrático y popular. Asi Francia habria podido gozar algun tiempo de descanso, si fuera posible la paz mientras existiese Ebroino.

Este ambicioso, que tenia gran talento, estaba ademas dotado de la firmeza de voluntad y rapidez de egecucion que triunfan de los ostáculos y aseguran los triunfos. Rodeado de una tropa menos numerosa que atrevida, de aventureros que arrostraban todos los peligros para conquistar los favores de la fortuna, marchó rápidamente contra el ejército de Tierry, mandado por Leudesio, le sorprendió cerca de san Maxencio, le ahuyentó, y se apoderó del tesoro del rey. Este príncipe y el gobernador de su palacio debieron solamente su salvacion en a-

quel desastre á la velocidad de sus caballos. Tierry tardó mucho en juntar las débiles reliquias de sus tropas. Una parte de los vencidos se alistó en las banderas del vencedor, ganados, segun la costumbre de los pueblos así bárbaros como corrompidos, por el buen suceso, y abandonando al desgraciado. Leudesio, hallándose sin tropas para combatir, apeló á las negociaciones con esperanza de aplacar á fuerza de sacrificios la ambicion de un enemigo á quien ya no podia contener. Pero Ebroino, tan astuto en su política como atrevido en los combates, convidó al gobernador de palacio á una conferencia, é hizo que le asesinasen infamemente. Despues de cometida esta maldad, aprovechándose del miedo de Tierry, que en lugar de buscar peligros, se ocúltaba en un asilo secreto, divulgó la noticia de su muerte, y proclamó rey á un falso Clodoveo, á quien llamaba hijo de Clotario III: artificio hábil segun las costumbres del tiempo; porque los francos, bien que despreciasen á los príncipes merovingios, á quienes abandonaban, cortaban el cabello, recluian y aun asesinaban con frecuencia, respetaban todavía su familia, y no querian elegir sino en ella los vanos simulacros de reyes que colocaban en el trono. Mientras que todos se sometian á la fortuna de Ebroino, Leger, fiel á la desgracia, defendia la autoridad moribunda de Tierry en Autun, donde este rey se habia refugiado, y donde le sitiaron Veimar, duque de

Champaña, y Didon, obispo de Chalons. Leger, despues de hacer resistencia vigorosa, privado de víveres y obligado á ceder al número, quiso salvar la ciudad del saqueo, y se entregó él mismo al odio de sus enemigos. En vano san Oven recomendó á Ebroino que no olvidase la memoria de Fredegunda: Ebroino solo se acordó de esta exhortacion para imitar el ejemplo que se le aconsejaba huir. Dueño de un rival con el cual se habia reconciliado mientras estuvieron presos en el convento de Luxeuil, despues de haberle prometido la vida, le mandó sacar los ojos, y recompensó con el obispado de Autun al duque de Veimar, cómplice de su perfidia. Este hecho prueba que el episcopado era entonces superior á la dignidad de los leudes; pues el general de un ejército solicitaba como un ascenso ser obispo. Didon, no menos delincuente que Veimar, logró en premio de su adhesion á Ebroino el obispado de Troyes: los triunfos del terror que inspiraba el nuevo gobernador del palacio, fueron prontos y ciertos, pero efímeros. Los leudes de Neustria y Borgoña se le sometieron amedrentados: Tierry fue el primero que vino á sometersele: Ebroino satisfecho abandonó al falso Clodoveo, y coronó á su nuevo cautivo. Habiendo entrado en la sangrienta senda de la injusticia, sintió el terror que inspiraba, y el aborrecimiento que infundia: resbaladero funesto en que no es posible ni detener-

se ni volver atras. La baja sumision de los leudes ni daba seguridad á Ebroino, ni contenia sus venganzas. Hallando ó suponiendo crímenes en todos los que eran ricos ó poderosos, los mandaba juzgar y degollar, llenaba el erario con sus despojos, y enriquecia á sus amigos con los bienes vacantes.

Buscando achaques para sus violencias, acusaba á sus víctimas de haber contribuido al asesinato del rey Childerico II. Leger y el conde Guarin, su hermano, fueron implicados en esta acusacion: los satélites de Ebroino apedrearon al conde y cortaron los labios al obispo; despues se encerró á este en la abadia de Fecamp. El pueblo canonizó á Leger, y le contó en el número de los mártires: las crónicas refieren, que habiéndosele cortado la lengua, hablaba despues con mas elocuencia y facilidad. El terror era universal: los leudes, que escapaban de la tiranía de Ebroino, huian á Austrasia. En este tiempo en que la cobardía encadenaba á los guerreros, una parte del clero creyó que podria oponer barrera sagrada á los furores del tirano: san Filiberto se atrevió á acusarle públicamente de usurpador y homicida, pero fue condenado al destierro. Didon y Veimar quisieron tambien poner término á sus atrocidades; mas Ebroino, sin amedrentarse ante estos nuevos enemigos protegidos por la Iglesia, tomó otras armas para destruirlos; y dando á su odio formas legales, formó, de sacerdotes sobornados y de gran-

des corrompidos, un tribunal, dócil y resuelto á condenar las personas que él deseaba degollar. Por disposicion de la justicia divina, Didon y Veimar, que al principio favorecian sus violencias, fueron sus primeras víctimas. Los obispos de Sens y de Langres tuvieron la misma suerte; y Leger, ya mutilado con barbárie, sufrió la condenacion como asesino de Childerico. Crodeberto, conde del palacio, encargado de ejecutar esta sentencia atroz, rehusó cumplir tan vergonzosa comision: instósele que obedeciese, y huyó; pero habiéndole alcanzado en la fuga, se le amenazó, y el temor de ser víctima le hizo verdugo. Su cuchilla ó la de sus satélites cortó la cabeza del obispo en un bosque cercano á Teruena, que conserva aun el nombre de san Leger. El pueblo, por afecto á la víctima, y por horror á su verdugo, honró la memoria del prelado como la de un mártir; y la selva, ya sagrada, donde reposaban sus reliquias, se ilustró con milagros. Mientras Neustria y Borgoña gemian bajo el yugo de este usurpador sanguinario, era Austrasia teatro de otra revolucion que no causó menos desgracias, y que echó los cimientos de una nueva dinastía. El jóven Dagoberto nada habia aprendido del infortunio, que es la escuela de los reyes: parecia no haber traido de su destierro ninguna virtud: era tímido y supersticioso, y creia expiar con prácticas de devocion los vicios á que le arrastraban sus pasiones. A-

borrecido de los grandes, cuyo poder temia, al mismo tiempo que permitia que lo aumentasen, gobernaba como rey débil y vicioso. Ebroino, despreciando semejante rival, le habia quitado muchas ciudades. Los austrasios irritados tomaron las armas, y obligaron al tímido Dagoberto á pelear. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Langres: la fortuna coronó otra vez la impetuosidad de Ebroino, que derrotó á los enemigos, y Dagoberto fue preso y degollado. El autor de la vida de Wilfrido dice que Dagoberto no pereció sino despues de la batalla, y que fue juzgado por los grandes enfurecidos con la derrota, y condenado á muerte. Su gobernador Ulfoaldo falleció de pesar. Esta batalla separó para siempre á los austrasios de la familia degenerada de Clodoveo. No quisieron reconocer á Tierry, y dieron la autoridad suprema con el título de príncipes á Pipino de Heristal, nieto de Pipino el antiguo, y á Martin, su primo. La sucesion de grandes hombres que hubo en esta familia, justificó aquella eleccion que anunciaba la caida de la dinastía merovingia. Cuando el ejército austrasio, habiéndose reunido despues de la derrota, consumaba esta revolucion, atravesaba el territorio que ocupaban las tropas, san Wilfrido, obispo de York, y fue arrestado. Su Santidad le salvó de la venganza de aquellos guerreros turbulentos; mas no de sus vehementes representaciones. «¿Cómo teneis, le dijeron, la

temeridad de presentaros en el pais de los francos; vos, causa de todos nuestros desastres; vos, á quien deberiamos dar muerte por habernos traido de su destierro al infame Dagoberto, rey sin fe, gefe sin valor, que ha dejado perder nuestras ciudades sin defenderlas, que ha marchitado nuestra gloria, que ha despreciado los consejos de los leudes, y semejante á Roboam, hijo de Salomon, ha humillado al pueblo franco, imponiéndole tributos gravosísimos? Hoy ha expiado su ignominia y la nuestra con la derrota y la muerte. Id, contemplad vuestra obra, y su cadáver, que yace sin honor en el suelo.»

La violencia hubiera seguido á las amenazas; pero Wilfrido debió su libertad á su firmeza. Sin asustarse de los furores de aquella soldadesca desenfrenada, dijo: «Cumplí mi deber socorriendo al desterrado, y protegiendo la desgracia; he arrostrado la injusticia de los hombres, y obedecido á la justicia de Dios.» Los francos le admiraron, se callaron y permitieron que continuase su camino.

CAPITULO XI.

Tierry primero. Clodoveo tercero. Childeberto segundo. Dagoberto segundo. Chilperico segundo.

Pipino, principe de Austrasia. Muerte de Ebroino. Paz de Neustria y Austrasia. Bertario, gobernador de Palacio en Neustria. Batalla de Testry. Sublevacion de los gascones y alemanes. Clodoveo III, rey de Francia. Asamblea de Valenciennas. Childeberto II, rey de Francia. Nueva rebelion de los alemanes. Dagoberto II, rey de Francia. Muerte de Pipino. Chilperico II, rey de Francia. Batalla de Vinoy. Clotario, rey de Austrasia. Muerte de Clotario.

Pipino, *principe de Austrasia.* (680.) La muerte de Dagoberto dió á los grandes de Austrasia una autoridad sin límites que los habria perdido por la anarquía, á no haber hallado felizmente prudentes consejos y freno útil en la habilidad y valor del gobernador que eligieron. El poder abatido se levantó en

la mano vigorosa de Pipino, y se afirmó por el genio atrevido de su hijo, que aumentó la gloria de su familia: asi los Carlovingios gozaron del poder un siglo antes de reinar, y merecieron la corona cien años antes de llevarla.

A pesar de esto, los primeros pasos del prudente Pipino en su gloriosa carrera no fueron señalados sino con reveses; útiles para los grandes hombres, porque dan nuevo temple á su valor, cuando los favores continuos de la fortuna suelen afeminarlo.

Muerte de Ebroino. (681.) Ebroino no se contentaba con la derrota y muerte del rey de Austrasia: queria conquistar todo el reino, y perseguir á los grandes de este pais, que le eran odiosos por haber dado socorro y asilo á los señores neustrios y borgoñones, que huian de su crueldad. Aprovechándose del desórden causado por su última victoria, persiguió el ejército vencido, le alcanzó y dió batalla, y le derrotó segunda vez. Martin, reuniendo algunos fugitivos, se encerró en Laon. Pipino, mas prudente, se retiró á Austrasia. Ebroino se valia contra sus enemigos, tanto de la fuerza como de la traicion: propuso paces á Martin, y le convidó á venir á sus reales, ofreciéndole toda seguridad. El austrasio, temiendo alguna perfidia, exigió por salvaguardia el juramento de dos prelados: concediósele el de los obispos de París y Reims, hechuras de Ebroino. La crónica de Régulo dice que ju-

raron sobre relicarios vacíos, como si este engaño quitase la fuerza á la promesa dada ante Dios. Martin entró sin desconfianza en la tienda de su enemigo, y fue asesinado.

Ebroino, libre de este rival, y dueño de Laon, aumentó cada dia su audacia, su codicia y su crueldad. En los delirios de su orgullo se creia próximo á ser señor absoluto de toda Francia; pero una muerte violenta, y harto merecida, le detuvo en sus proyectos ambiciosos. Hermanfredo, señor franco, á quien acababa de despojar de sus bienes, resuelto á todo, porque nada le quedaba que perder, le acometió al salir de una iglesia, y le abrió la cabeza de un sablazo.

Paz de Neustria y Austrasia. (683.) El rey Tierry, que ninguna parte tenia en estos sucesos, esperaba con indiferencia los resultados, dispuesto á recibir el nuevo gefe que debia gobernar á sus reinos y á él.

Los neustrios y borgoñones eligieron por gobernador de palacio á Varaton, anciano prudente, cuyo primer acto dió algunos dias de descanso á Francia, haciendo paces con Pipino. Esta tranquilidad duró poco: Varaton tenia mas cordura que firmeza: Guilimer, su hijo, ambicioso como Ebroino, y sostenido por los jóvenes turbulentos que nada deseaban sino la guerra, despojó á su padre de la autoridad: usurpó su empleo, obligó al débil Tierry á romper el tratado hecho con Pipino, volvió á tomar las armas

contra este, peleó con él, y justificando al menos su temeridad con sus hazañas, desbarató á los austrasios, é hizo en ellos gran carnicería.

Bertario, gobernador de palacio en Neustria. (685.) Este príncipe prometia mucha gloria á los guerreros neustrios, y mucha calamidad á los pueblos; pero el jóven ambicioso fue detenido á los principios de su carrera por una enfermedad que terminó sus dias. Varaton, restablecido en su dignidad, murió poco tiempo despues, y tuvo por sucesor á Bertario, su yerno, cuya mala conducta é incapacidad fatigaron pronto á los neustrios, mas dispuestos á sufrir la tiranía que la flaqueza. Quisieron echarle de palacio; pero Tierry se acordó por la vez primera, de que reinaba; y resistiendo inoportunamente á la voluntad de sus leudes y á los prudentes consejos de Pipino, defendió á Bertario, porque le amaba, y le conservó su destino.

Mientras Neustria y Borgoña mudaban contínuamente de gobernadores y de sistemas de gobierno, Pipino, aprovechándose de la tranquilidad que gozaba por la discordia de sus enemigos, habia restaurado sus fuerzas, y restableció el órden en Austrasia, dando actividad á las leyes, y vigor á la disciplina: sus derrotas y el peligro inminente de la patria hicieron conocer á los señores austrasios la necesidad de la union entre si y de la obediencia á su gefe; pero como no

era posible distraer á los francos de su turbulencia habitual, sino presentándoles la gloria de las armas, los reunió en el campo de Marzo, y les hizo tomar la resolucion de pelear contra los frisones que se habian sublevado; pero esta guerra no pudo emprenderse sino algunos años despues. Pipino, esperando el momento favorable, encargó á muchos obispos que exhortasen á aquellos pueblos á la sumision, dándoles consejos pacíficos, y que difundiesen entre ellos la luz del Evangelio. Era duque de aquella nacion idólatra Radebod. San Wulfram, obispo de Sens, fue bien recibido de este gefe, y todo anunciaba el buen éxito de su mision apostólica, cuando una preocupacion de Radebot hizo inútiles todos los esfuerzos del prelado. El duque declaró que no queria tener otro destino en la otra vida, ni ir á otro parage que adonde habian ido sus padres y abuelos; y por este motivo se suspendió la ceremonia del bautismo de su familia y pueblo.

Batalla de Tierry. (687.) Pipino, como veremos bien pronto, fue mas feliz en sus designios; pero antes de marchar contra los frisones, se vió obligado á volver sus armas segunda vez contra los neustrios, habiendo procurado en vano restablecer la concordia entre los dos reinos. Exigia solamente que Tierry indultase á los desterrados de Neustria, perseguidos por Ebroino, y les restituyese sus bienes. Bertario, con aquella presuncion que es compañera inseparable de

la incapacidad, respondió en nombre del rey, que no solo no recibiria la ley de los desterrados, sino que iria á buscarlos á Austrasia, y á castigarlos á ellos y á los qne contra el derecho de gentes les habian dado asilo. Pipino, resuelto á combatir, pero bastante hábil para saber que la fuerza de un gobierno se centuplica cuando se apoya sobre el voto de la nacion, convocó la junta de los francos. Todos participaron de su indignacion, declararon la guerra á Tierry, y acudieron en gran número á alistarse en las banderas de Pipino.

El príncipe de Austrasia se puso al frente de sus tropas, atravesó la selva Carbonaria que separaba los dos reinos, y se acampó en la llanura de Testry, aldea de Vermandes, donde halló el ejército neustrio que le disputó el paso del rio Omignon. La batalla fue larga y ostinada: de entrambas partes eran iguales las armas, el odio y el denuedo; en fin, Pipino rodeó al enemigo con un movimiento hábil, y decidió la suerte del combate. La resistencia pertinaz de los neustrios, aun despues de desbaratados, hizo mayor la carniceria, y mas completa la derrota; pues su ejército quedó casi enteramente esterminado. Bertario pereció en la fuga á manos de sus compañeros de armas, que le echaban la culpa del estrago, ó quizá querian adquirir méritos con su muerte. Los neustrios que se libraron del desastre, huyeron á los monasterios de san Quintin, y

de Perona, cuyos abades lograron del vencedor la vida de los vencidos, con tal de que le jurasen fidelidad. Pipino persiguió despues á Tierry, que se habia escapado á París. Este cobarde descendiente de Clodoveo no hizo el menor esfuerzo ni para resistir, ni para salvar su capital, y esperó resignado su nuevo dueño. Pipino, respetando su título, y despreciando su carácter, creyó con razon que no podria colocar en el trono un pupilo mas obediente, ni un príncipe mas tímido: le proclamó rey, y aun hizo que se le reconociese en Austrasia, la cual, despues de la muerte de Dagoberto, no habia querido tener monarca. Contentándose con el título de gobernador y duque de Francia, se reservó el mando de los ejércitos, la administracion del tesoro y de la justicia, el gobierno de las provincias y la plenitud del poder soberano, dejando al rey, su prisionero, no mas que la corona en las ceremonias, y las incomodidades de la etiqueta de palacio.

Despues de muchas leyes, que en nada alteraron la organizacion social de los francos, se promulgó una, á primera vista poco importante, que tuvo la mayor influencia en la suerte de la dinastía. Cuando Clotario II, queriendo premiar á los grandes que le habian auxiliado contra los bisnietos de Brunequilde, declaró irrevocable el empleo de gobernador de palacio que obtenia Varnacario, dió principio, sin conocerlo, á la

revolucion que iba á destronar su familia; porque desde esta época, como observa Montesquieu, el gobernador de palacio vino á ser gobernador del reino. Antes le designaba el rey; despues le nombraron los grandes. La sucesion continuó dando la corona; pero la nacion eligió al que ejercia la autoridad real, y se restableció la antigua costumbre de los pueblos germánicos, entre los cuales, segun Tácito, «el nacimiento señalaba los reyes, y el valor los caudillos.» Las mismas causas produjeron efectos iguales; y segun la reflexion juiciosa del autor del *Espíritu de las Leyes*, asi como en otro tiempo Arbogasto, franco de nacion, á quien Valentiniano habia dado el mando del ejército, encerró al emperador en su palacio, y no permitió que nadie le hablase acerca de los negocios civiles y militares, del mismo modo los Pipinos tuvieron cautivos á los merovingios, y los despojaron de su poder. Estos príncipes, dice Eginardo, retirados á una alquería, salian de ella una vez al año solo para que el pueblo viese la efigie real. Sentábanse en el trono, y promulgaban ordenanzas; pero eran las del gobernador: daban respuestas á los embajadores, dictadas por el gobernador. Esta fue la suerte de Tierry bajo la tutela de su vencedor Pipino. La revolucion fue completa: Pipino se vió obligado, para gozar del poder real que habia caido en sus manos, á debilitarlo, repartiéndolo con los grandes á quie-

nes debia su elevacion. Las grandes dignidades de palacio, á semejanza de la de gobernador, fueron inamovibles, si no en el derecho, á lo menos en el hecho: los beneficios se convirtieron en propiedades, que no se podian perder sino en virtud de un juicio; y lo poco que quedaba del dominio público, se consumió en las prodigalidades á que está condenado todo gobierno nuevo que quiere asegurarse. Esta gran mudanza produjo otras consecuencias inevitables. Habiéndose consolidado la dominacion de los leudes ricos y de los señores poderosos, los hombres libres, cuya independencia carecia ya de apoyo, no tuvieron mas que dos caminos para libertarse de la opresion. Aquellos, cuyas propiedades eran bastante considerables para que hubiese interes en respetarlas, comenzaron á convertir sus *alodios* ó bienes propios en beneficios ó feudos; porque asi, con un vano homenage y una aparente sumision, adquirian independencia real, agregándose á la clase privilegiada de los leudes ó señores. Los demas compraron su seguridad escogiendo protectores entre los leudes, de los cuales se hicieron vasallos y tributarios: todos estaban obligados al servicio militar, y componian las milicias provinciales. Los beneficiados ó leudes mandaban á sus tributarios armados bajo el estandarte real, que era entonces la capa de san Martin. Los hombres libres se ponian bajo las órdenes de los condes y duques: los abades

enviaban sus vasallos al ejército real, mandados por un sustituto, á quien daban el nombre de *vidame*. Todo propietario contribuia para los víveres y municiones de los almacenes que formaban en la frontera. El botin era el único sueldo de estos ejércitos irregulares, para los cuales el saqueo era una necesidad: los prisioneros reducidos á esclavitud eran parte de sus recompensas. La fuerza de estas tropas consistia principalmente en infantería: la poca caballería que militaba, era compuesta de los leudes mas ricos y de sus domésticos. La autoridad del rey ó del gobernador, muy limitada en lo civil, era en lo militar absoluta y rigurosa. Se ve en las actas de Chilperico y Childeberto, que los hombres libres que se negaban al servicio, ó que acudian tarde al campamento, eran condenados á multas cuantiosas. La obligacion de pelear era la condicion del beneficio; y los leudes arriesgaban perder el suyo, si rehusaban marchar cuando eran convocados. Esta organizacion enteramente militar, propia de las costumbres germánicas, y fortificada por la necesidad en que se habian visto los franceses de defender con las armas sus conquistas, daba perpétuos alimentos á la guerra. Toda Francia era un inmenso campamento; y sus armas, que volaban con tanta rapidez desde las lagunas de Holanda á los Alpes y Pirineos, y desde las playas del Océano hasta el Elba y el Danubio, habrian indudablemente con-

quistado toda la herencia del imperio romano, si los francos hubiesen podido permanecer unidos y no emplear sino contra las naciones estrangeras el furor belicoso que los incitaba continuamente á destrozar el seno de su patria. Otras causas contribuyeron tambien á debilitar el vigor de este imperio naciente. El desprecio del trabajo, de las ciencias y de las artes robaba á la poblacion las dos fuentes fecundísimas de la agricultura y de la industria. El cultivo estaba entregado á los esclavos, y el comercio á los judíos. La ignorancia detenia los progresos de la civilizacion, y la servidumbre inutilizaba la mayor parte del pueblo; porque segun las preocupaciones orgullosas de los francos, los siervos eran indignos del egercicio de las armas. A falta de historias podemos formar idea bastante exacta del estado de Francia en aquellos tiempos tenebrosos, por el *Glosario* de Ducange, las *Usanzas* de Baluze, las *Fórmulas* de Marculfo, los capitulares y ordenanzas que se han conservado hasta nuestros dias, *las vidas de los Santos*, y las sabias indagaciones de Potteiegier y Muratori. Beaumanoir dice que habia en Francia tres especies de habitantes, nobles, hombres libres y siervos: «porque, dice, no todos los hombres libres son gentiles hombres: la nobleza se hereda por el padre, la libertad por la madre: los que ni son libres ni nobles, son ó *villanos*, esto es, campesinos y pecheros, ó esclavos.» El noble no podia

trabajar: el villano no podia vender su tierra, ni salir de la del señor, ni casarse sin su permiso: el que trabajaba, el que *rompia* la tierra con el arado, se llamaba *roturier* ó estripa-terrones. Asi se apreciaba esclusivamente la espada que estermina los hombres, y se despreciaba el arado que los alimenta. Era tan vergonzoso para aquellos guerreros bárbaros cultivar el entendimiento, como la tierra: la ignorancia se estendió rápidamente en aquel suelo donde antes de la conquista reinaba la sabiduría. En el reinado de Tierry habia pocos que supiesen leer: los señores firmaban haciendo una cruz; y por eso se llamó *signar* lo que antes *suscribir*. El uso de *papiro* de Egipto se perdió, y en su lugar se emplearon pergaminos ya escritos, borrando la anterior escritura. De este modo nos hizo perder la barbárie las obras maestras de Tácito, de Tito Livio y de los mejores autores de la antigüedad, escribiendo en su lugar actas de un gobierno bárbaro, y crónicas sin estilo, crítica ni interes. Los libros llegaron á ser tan raros y costosos en Francia, que una condesa de Anjú dió por un egemplar de la coleccion de homilias doscientos carneros, cinco medidas de trigo y otras tantas de cebada y mijo. Luis XI, para tener prestados los manuscritos de un médico árabe, dió en fianza gran parte de su vajilla, y por fiador un señor de su corte. La ferocidad de los primeros reyes merovingios, la flaqueza de sus sucesores, la turbu-

lencia y codicia de los grandes, la ignorancia y la servidumbre del pueblo hubieran reducido la Francia á la selvatiquez primitiva; pero felizmente enmedio de esta anarquía de guerreros tan feroces como ignorantes, la fortuna elevó á una familia que supo detener la nacion en su caida, juntar las reliquias de la autoridad desmembrada, distraer los francos de sus desavenencias interiores con guerras estrangeras, oponer á los intereses privados el general, al poder inespugnable de los señores la fuerza de las asambleas nacionales y de las leyes, organizar la hidra feudal para impedir que devorase el estado; y en fin, producir del caos universal cierta especie de orden.

Un solo hombre no habria podido dar sino un remedio paliativo á los males que disolvian la patria; mas por una rara felicidad, por una escepcion poco comun en las probabilidades humanas, la familia de los Pipinos produjo sucesivamente cuatro hombres distinguidos por su talento y valor, capaces todos de fundar, aumentar y sostener el nuevo imperio. El primero conquistó atrevidamente el poder, y lo egerció con prudencia: el segundo ilustró la nacion con sus victorias, contuvo á los grandes con su firmeza, salvó la Europa entera del yugo de los musulmanes, y contento con la corona de los héroes, desdeñó la de los reyes. Su hijo, tan valiente como él y mas ambicioso, quitó la diadema real al último descendiente

de Clodoveo, y se valió de la fortuna de las armas, de la ambicion de los grandes y del peligro de Roma para ascender al trono de los franceses. En fin, el cuarto, dotado de un genio que le daba derecho para dominar su siglo, resucitó en occidente el imperio romano, y mostró un nuevo César á Italia, Galia y Germania admiradas. Pipino de Heristal, primer fundador de la potencia de su familia, era uno de los leudes mas opulentos y respetados de Austrasia. Descendia por su padre de san Arnulfo, ministro de Dagoberto: su madre era hija de Pipino el antiguo, á quien las crónicas llaman Pipino de Landen. Nació y tuvo su casa en el castillo de Heristal, situado á la orilla del Mosa, cerca de Lieja. Su valor y riquezas le habian dado grande ascendiente sobre los señores de Austrasia: su habilidad levantó el partido de estos, oprimido por el rey Dagoberto, y amenazado de total ruina por Ebroino, el cual al frente de los neustrios pretendia restablecer la antigua igualdad de los francos, ó por mejor decir, tomaba este pretesto para estender ó afirmar su propia dominacion. Pipino fue favorecido con sumo ardor en esta lid por los señores, duques y condes de Germania, que dependian entonces del reino de Austrasia. Sus esfuerzos reunidos conquistaron á Borgoña y Neustria, esclavizaron á Tierry, y abatieron enteramente el partido de los hombres libres, llamados entonces *arimanos*, que habia queda-

do sin caudillo ni esperanza, muertos Ebroino y Bertario. Pipino, ascendiendo al ápice del poder, nada temia sino la independencia turbulenta de los mismos señores austrasios y alemanes que le habian elevado. Hecho dueño del rey, no era para ellos sino el primero entre los iguales, y para gobernarlos era mas necesaria la industria que la fuerza. El carácter de Pipino era propio para las circunstancias en que se hallaba: valiente sin temeridad, constante sin ostinacion, harto prudente para embriagarse con la felicidad, cubria hábilmente su ambicion con el velo de la modestia: afable con el pueblo, sencillo con los grandes, condescendiente con los prelados; y firme en la observancia de las leyes, restituyó su vigor á las juntas nacionales para oponer á la potencia de los leudes una fuerza legal, y las dirigió con destreza. Hasta entonces los obispos no habian asistido á dichas juntas, sino en calidad de leudes y antrustiones; y así en la asamblea de París, celebrada en tiempo de Clotario II, concurrieron 33 obispos, 34 duques y 79 condes. Pipino fue el primero que convocó los obispos á la junta nacional para representar la Iglesia, adquiriendo así un nuevo apoyo contra la aristocracia guerrera de aquel tiempo. Este gran político no cometió la imprudencia de comprometer su vida y su autoridad quedándose enmedio de los pueblos que acababa de vencer. Dejó en Neustria, para contener á los vencidos y ob-

servar al rey cautivo, un señor llamado Norberto, que le era muy adicto, y se volvió á Colonia, centro de sus tierras, de sus fuerzas y de sus vasallos y amigos. Su primer cuidado fue hacer gracias y crear gran número de duques, patricios y condes, para satisfacer la ambicion de sus aliados, y reconciliarse con sus enemigos. En estas patentes, cuyas fórmulas ha conservado Marculfo, el débil Tierry que las firmaba, daba desde su prision, como si fuera dueño, órdenes que recordaban la autoridad de sus predecesores, y que contrastaban muy ridículamente con su nulidad. Celebrando los servicios de los agraciados que habian peleado contra él, y la fidelidad de los que le habian vendido, les mandaba proteger al pueblo sobre el cual no reinaba ya, y la viuda y el huérfano que entregaba á las garras de su codicia: en fin, les ordenaba prevenir y castigar los crímenes que él era incapaz de reprimir. Estaban rotos los haces del reino, y disuelta la unidad monárquica. Los grandes se hacian independientes en las provincias; y solo el esceso del desórden le puso término.

Sublevacion de los gascones y alemanes. (689.) El ejemplo de los señores franceses animó á los gascones para la rebelion. Eudes, duque de Aquitania y descendiente del rey Cariberto, se apoderó del poder supremo, y gobernó como monarca los paises que se estienden desde el Loira hasta los Pirineos.

Los suevos, turingos, bátavos y frisones no quisieron obedecer á un rey destronado: rehusaron pagarle tributos y suministrarle tropas. Esta defeccion general aterró á los francos y los instruyó al mismo tiempo. Amenazados de tantos enemigos, y viendo que perdian en fuerza nacional lo que ganaban en independencia privada, resolvieron dar mas vigor á la autoridad de Pipino.

Este hábil caudillo, aprovechándose de una circunstancia tan favorable, restituyó á los campos de Marzo su antiguo esplendor; despertó en las asambleas el ardor marcial de los leudes, y para que le respetasen se coligó con los hombres libres, cuyo partido habia humillado. Como para elevarse se mostró enemigo de ellos, buscó su auxilio para conservar el poder, y casó á Drogon, su hijo mayor, con la hija de Bertario, que habia sido gobernador del palacio de Neustria, y último apoyo del partido popular. Habiéndose reunido los francos, el interes privado desapareció ante el general. Pipino, sostenido por el voto comun, restableció el órden. Borrando los vestigios de las últimas turbulencias, volvió sus tierras á los propietarios despojados, sus sillas á los obispos, sus dignidades á los leudes proscritos, sus derechos á los hombres libres y su poder al gobierno. Poniéndose al frente de un ejército numeroso, no contento con defender la Austrasia amenazada, entró en el pais de los frisones, peleó con ellos, los sometió,

y obligó á su duque á prometer que renunciaria á la idolatría. Habiendo satisfecho de este modo á la Iglesia con una nueva conquista, reunió un concilio para reformar los abusos que se habian introducido en el clero.

Mientras que procuraba con tan grande actividad en dar vida á la monarquía, el monarca, reducido á una pension mediana, vegetaba indolentemente en una de sus casas de placer. En ella murió á la edad de 40 años despues de 17 de reinado, ó por mejor decir, de ignominia: dejó dos hijos, Clodoveo y Childeberto. Pipino dió al primero la corona de Neustria y de Borgoña, guardando para sí mismo á Austrasia, que miraba como una soberanía perteneciente á su familia; y no concedió herencia alguna á Childeberto.

Clodoveo III, rey de Francia. (690.) Clodoveo, semejante á su padre, solo tuvo la decoracion del reino, vivió retirado, y no se mostró mas que una vez al año en el campo de Marzo.

Asamblea de Valencienas. (693.) La historia ha conservado el ceremonial de la asamblea de los francos, celebrada en Valencienas. El rey se presentó en ella con manto blanco y azul en forma de dalmática, corto hácia los lados, largo por delante hasta los pies, y arrastrando mucho por detras: llevaba en la cabeza una corona que era un círculo de oro adornado con dos órdenes de piedras preciosas: el cetro era una vara de

oro, de seis pies de largo, encorvada como el báculo de un obispo: su trono era un taburete sin brazos ni espaldar, como para advertir al príncipe que debia sostenerse por sí mismo. Estaba rodeado de grandes, á quienes entonces se daba el nombre de *mayores* ú *optimates*. Al rey se daban los títulos de serenísimo, ilustre, glorioso, piadosísimo, clementísimo, escelentísimo, que contrastaban ridículamente con la nulidad á que estaba reducido, ó con los vicios que le afeaban. Una nueva guerra y nuevas victorias, ignoradas quizá del rey, en cuyo nombre se peleaba y triunfaba, fueron el único suceso que señaló la aparicion efímera de Clodoveo sobre el trono. Pipino, habiéndose declarado manifiestamente soberano de Austrasia, los duques alemanes, aquitanos y bretones imitaron su ejemplo; pero los francos, mandados por su valeroso adalid, pelearon contra ellos cuatro años, y los vencieron, aunque no los subyugaron completamente.

Clodoveo III murió: la historia no ha conservado de él mas que el nombre; y el lugar de su sepultura es tan ignorado como su historia. Norberto, su alcaide, terminó la vida al mismo tiempo que él, y fue reemplazado por Grimoaldo, segundo hijo de Pipino, á quien se dió la dignidad de gobernador de palacio de Neustria. A Clodoveo sucedió su hermano Childeberto.

Childeberto II, rey de Francia. (695.)

Hablaremos poco de este nuevo príncipe de los francos: yació como sus predecesores en el retiro, rodeado de sus sirvientes, mientras los grandes dignatarios y el verdadero séquito real acompañaban á los gobernadores de palacio: estos llevaban la espada que gobierna, y los reyes tenian solamente un cetro, que segun la espresion candorosa de un cronista, «era mas inútil que el cayado de un pastor.» Sin embargo, Pipino quiso que este monarca juzgase algunas veces los pleitos; y esta es probablemente la causa de que se le llamase *Childeberto el justo*, como si la justicia pudiese estar separada de la fuerza. Pipino, siempre al frente del ejército, y siempre favorecido de la fortuna, peleó segunda vez con los frisones, y consiguió de ellos una gran victoria. El duque Radebol se sometió en fin, se convirtió al cristianismo, y dió su hija en casamiento á Grimoaldo, hijo de Pipino. El duque de Austrasia tenia tres hijos: dos de su muger Plectrudis: el mayor era Drogon, duque de Champaña, y el menor Grimoaldo, gobernador, como ya hemos dicho, de Neustria. Segun las costumbres del tiempo, Pipino vivia públicamente con una concubina, llamada Alpaida, hermana de Dodon, gran doméstico del palacio, empleo tan distinguido entonces en Francia como en el imperio griego. Alpaida fue madre del famoso Carlos Martel, el mas ilustre héroe de la Francia antigua. Enmedio de la licencia del siglo te-

nia la Iglesia ministros que resistian valerosamente á la corrupcion general. Lamberto, obispo de Lieja, en vez de deslumbrarse con la fortuna de Pipino, ni intimidarse con su autoridad, se atrevió á hablarle en el lenguage severo del Evangelio. Convidado por el príncipe á un banquete, no quiso sentarse á la mesa donde estaba Alpaida, y le reprendió en público su adulterio. Pipinio calló; pero Dadon, hermano de Alpaida, asesinó al obispo para vengar aquel ultrage. Poco tiempo despues el homicida se ahogó en el Mosa, y se atribuyó su muerte á castigo del cielo.

El pueblo, justo en aquella ocasion, respetó á Pipino como gran príncipe, y veneró á Lamberto como santo.

Nueva sublevacion de los alemanes. (710.) La Francia, vencedora y levantada de su abatimiento por un caudillo hábil, gozó diez años de paz, despues de un siglo de guerra perpétua. Una nueva sublevacion de los alemanes turbó la tranquilidad: Godofre, su duque, fue derrotado, igualmente que su hijo, por los francos. Pero Pipino, obligado á volver á Francia á causa de algunas discordias interiores, no pudo seguir el curso de sus victorias.

Childeberto murió, y fue enterrado cerca de Laon. Durante su reinado, el clero, al cual favorecia Pipino para contraponerlo al influjo de los grandes, aumentó progresivamente sus riquezas y poderío. Se tenia en-

tonces á grande honor hacer donaciones á los templos; y aun los mismos que solo poseian su libertad, se hacian siervos de los monasterios. Entonces se estendió el órden de san Benito con estraordinaria rapidez, y se fundaron un número increible de casas, asilos de la piedad, del saber, del trabajo y de las artes.

En aquellos tiempos de ociosidad, latrocinio y anarquía, solamente en los monasterios se hallaba la virtud, el estudio y la industria: daban campos pacíficos á los agricultores, y retirada á los proscritos. Eran puertos tranquilos en un mar agitado por las tempestades. Childeberto tuvo dos hijos, que fueron Dagoberto y Childerico. Dagoberto le sucedió.

Dagoberto II, rey de Francia. (711.) La junta nacional que elevó á Dagoberto II sobre el pavés, concedió al trono, es decir, á los gobernadores de palacio, un impuesto para las necesidades del estado, con el título de don gratuito: confirmó los derechos de las iglesias: promulgó una ley severa contra el rapto, delito muy comun entonces, y declaró guerra á los alemanes; pero cuando los franceses procuraban resucitar las costumbres, el valor y la gloria de sus abuelos, una tempestad formidable, que salió del oriente, y creció atravesando el Africa, descargaba en España, y amenazaba al occidente su total ruina.

Asia y Africa habian cedido sin resisten-

cia á las leyes y á la cimitarra de los sucesores de Mahoma. Cartago, rival de la señora del mundo, estaba en poder de los musulmanes. Toda aquella hermosísima parte del imperio romano, harto asolada ya por los bárbaros, presentaba solamente al admirado peregrino ruinas, desiertos, fanáticos y esclavos. Al mismo tiempo gemian los visigodos bajo el yugo de Rodrigo, monarca tirano; pero la ignominia pudo aun mas que la opresion. El conde Julian, á cuya hija, segun algunos autores, habia deshonrado el rey, sacrificó su patria á su venganza, y llamó los árabes á España: Musa, enviado por el califa para mandar en Africa, encargó á su lugarteniente Taric que desembarcase en la península. Encontró en ella los grandes divididos, los pueblos agobiados y el rey aborrecido: una sola victoria, conseguida en las llanuras de Jerez, decidió la suerte de la monarquía. Musa recogió el fruto de los triunfos de Taric, y concluyó en tres años la conquista de España. Pipino, no previendo entonces el peligro próximo que amenazaba á Francia, en vez de socorrer á los visigodos, se aprovechó de su calamidad, y unido con el duque de Aquitania los arrojó de todas las ciudades que habian ocupado durante tres siglos en Provenza y Langüedoc. Sus reliquias, perseguidas de un lado por los sarracenos, del otro por los franceses, se refugiaron á las montañas de Aragon y Asturias, abrigo del valor y de la libertad es-

pañola, donde Pelayo, intrépido guerrero, atreviéndose con los conquistadores del mundo, salvó el honor de su nacion, y le preparó en los siglos siguientes una nueva carrera de gloria y de poder. La fortuna habia renunciado hasta entonces á su inconstancia por coronar á Pipino de sus favores; pero al fin de su vida pagó tributo al infortunio. La pérdida de Drogon, su hijo mayor, arrebatado por la muerte, fue su primer desventura. Llamó cerca de sí, para consolarse, á Grimoaldo, su hijo segundo, cuya humanidad, valor y justicia celebran los cronistas. Este príncipe odiaba tanto como su madre Plectrudis á la concubina Alpaida y á su hijo Cárlos. Grimoaldo, venerando como su madre y como todo el pueblo la memoria del obispo Lamberto, visitó la iglesia donde se conservaban las reliquas de este santo, y en el momento en que se hincaba de rodillas, un franco, llamado Rantgar, lo atravesó á puñaladas. Solamente Alpaida y Cárlos podian aprovecharse de este crímen; pero ninguna crónica de aquel tiempo los acusa. Quizá el escesivo poder á que ascendió Cárlos le hizo superior á la sospecha ó le libertó de ella. Sin embargo, parece que Pipino no creyó en la inocencia del hijo y de la madre; pues castigado el delito con el suplicio del homicida, no dió á Cárlos parte alguna en su herencia, antes bien le entregó á Plectrudis que le puso en una prision.

Muerte de Pipino. (714.) Cárlos no fue desheredado por ilegítimo, pues las costumbres del tiempo eran favorables á los bastardos : los de Drogon heredaron los estados de su padre ; y Teodoaldo, á quien se cree hijo natural de Grimoaldo, fue elegido gobernador del palacio de Neustria, aunque no tenia mas edad que seis años. Semejante eleccion manifestaba bastantemente el decaimiento de las facultades morales de Pipino. Poco tiempo despues tuvo una enfermedad grave, en cuya recaida murió. Ciego por el orgullo ó por el cariño, dejó á Francia bajo el cetro de un rey niño, y bajo la autoridad de un gobernador de seis años, dirigido por Plectrudis, á la cual confió en su testamento la regencia. Pipino egerció 27 años la soberanía en nombre de cuatro reyes.

Una dinastía antigua, mantenida por la veneracion universal y la necesidad del órden público, no podia desplomarse sino por los escesos ó la flaqueza de sus príncipes. Su nombre los sostenia largo tiempo despues que su autoridad dejó de ser temida y respetada ; cuando la usurpacion halló los caminos llenos de dificultades, y tuvo por enemigos á todos los que se creian iguales del usurpador. Este fue el mayor ostáculo á la elevacion de la nueva familia. No se llevaba á mal la ambicion del rey, superior á todos los caudillos ; pero los nuevos poderosos, por mas hábiles que fuesen, no subian sin peligro al trono, donde se mante-

nian fácilmente los príncipes antiguos, aunque de mediano talento.

Pipino, engañado por la fortuna, creyó imprudentemente que no era ya temible la familia de Clodoveo. Solo Austrasia estaba enteramente separada de la monarquía, y habia medio siglo que respetaba como soberanos á sus duques; mas no sucedió lo mismo en Neustria y Borgoña. Aunque estaban acostumbrados á ver los reyes indolentes vegetar bajo la tutela de un guerrero feliz, ó de un hábil gobernador, sin embargo, la corona estaba aun defendida con el velo del respeto. Pipino lo rompió, confiando el gobierno de Francia á un niño y á una muger; esto era insultar á un mismo tiempo al rey, á los grandes y al pueblo. La indignacion era muy general para que no se manifestase pronto; mucho mas cuando se unian á ella antiguos odios contra los austrasios y recientes injurias. Los señores neustrios se juntan: Rainfredo, caudillo de la conjuracion por mas atrevido, marcha á su frente; entra en el palacio de Dagoberto, y procura despertar en el rey la altivez de su estirpe. Todos le suplican que salga de aquella tutela ignominiosa, y que no sufra el dominio de un niño: exhórtanle á que empuñe la espada de Clodoveo, y corresponda á los deseos de los franceses que le invocan. El rey absorto, impelido, confuso é irritado, sale armado del palacio que le servia de prision para habitar una tienda, mas digna de él; deja el

carro pesado para montar á caballo, y presenta, en fin, á la vista de los franceses admirados la apariencia de un monarca guerrero. Marcha rodeado de batallones numerosos, y encuentra en el bosque de Guisa el ejército austrasio. El odio de entrambos pueblos hizo que el combate fuese largo y encarnizado: el uno quiere sostener su dominacion, el otro recobrar su independencia. En fin, despues de una furiosa batalla, en la cual todos procuraban dar la muerte mas bien que evitarla, los austrasios fueron vencidos. La mayor parte de los antiguos compañeros de armas de Pipino pereció en esta jornada. Plectrudis huyó, llevando consigo á su nieto Teodobaldo, que murió poco tiempo despues. Los neustrios habian despertado por algunos instantes el valor de Dagoberto; pero si se escitó su enojo, no se mudó su carácter. Pudo hacerse de él un soldado, mas no un rey. Por costumbre tenia necesidad de un amo; y asi, los señores eligieron á Rainfredo por gobernador de palacio. Este gefe activo, no queriendo dejar á los austrasios tiempo para rehacerse, se unió para oprimirlos con Radebod, duque de los frisones. La Austrasia fue invadida y asolada por ejércitos numerosos. Plectrudis, incapaz de resistirles, dispersó las reliquias del suyo en las fortalezas, y se encerró en Colonia con los tesoros de Pipino, único resto ya y único recurso de su poder. La inminencia del peligro hizo enmudecer la en-

vidia y la intriga : los cortesanos se eclipsaron, y aparecieron los hombres de valor. El jóven Cárlos, cautivo de su madrastra, deseando vengar su ignominia y la muerte de su madre Alpaida, se escapó de su prision con el auxilio de algunos sirvientes intrépidos. Apenas se vió libre acudió á él un gran número de valientes, que cansados del yugo de una muger, y avergonzados de su derrota, pedian á gritos un adalid. El ademan belicoso de Cárlos anima la esperanza y escita el entusiasmo : los austrasios buscan y reconocen en él las facciones de su padre. Esta semejanza les parece presagio seguro del triunfo : antes de pelear se creen vencedores : olvidan la desgracia, creen cierta la gloria, y comparan ya á su jóven príncipe, como dicen los anales de aquel tiempo, á un sol que se muestra mas brillante despues del eclipse.

Chilperico II, rey de Francia. (716.) En la misma época murió Dagoberto, y Rainfredo puso en el trono de Neustria á un príncipe merovingio llamado Daniel. Era el último hijo de Childerico II, y las bóvedas sombrias de un convento le habian libertado de los puñales que acabaron con su padre y familia. Era monge, y á los 45 años de edad salió del claustro para reinar con el nombre de Chilperico II.

El nuevo rey de Neustria, segun algunos historiadores, entre ellos Mezeray, no debe confundirse con los reyes haraganes; pues se

le vió, durante muchos años, en el campo de batalla para defender y ennoblecer su trono. Pero si se presentó en los campamentos fue como pupilo de Rainfredo, que mandaba sus tropas; y en muchos de sus diplomas recuerda que estan dados con el consentimiento del gobernador de palacio, para hacer que se respetasen y cumpliesen. Cárlos, sin título legítimo, sin fortalezas, sin tesoro, sin palacio, perseguido en su misma patria por el aborrecimiento de Plectrudis, y por los frisones y neustrios, solo tenia á favor suyo su nombre, su espada y el celo de una tropa valiente, aunque poco numerosa. El infortunio templó su carácter, los peligros fortificaron su valor, y al principio de su heróica vida sufrió grandes reveses.

Como buscaba y no contaba los enemigos, acometió á Radebod y á Rainfredo reunidos. A pesar de todos los esfuerzos de sus valientes guerreros, hubo de ceder el valor al número. Los austrasios fueron segunda vez vencidos, ahuyentados y dispersados; y Cárlos, derrotado, pero no desalentado, vagó por las selvas, sin tener consigo mas que 500 compañeros. Con este corto número, en lugar de alejarse, volvió, buscó al enemigo, le siguió y observó, dispuesto á aprovechar la primer ocasion favorable de acometerle con ventaja. Radebod y Rainfredo, despues de talar la Austrasia y amenazar la plaza de Colonia, por cuyo rescate dió Plec-

trudis una suma cuantiosa, se retiraron: sus tropas, cargadas de botin, marchaban sin órden, se acampaban sin desconfianza, y se abandonaban á la disolucion. Cárlos avanza con rapidez, pero en silencio: la selva de Ardenas oculta á un mismo tiempo en sus sombras la audacia del general y el corto número de sus tropas. Un soldado intrépido se ofrece á ir solo á asustar los reales enemigos. Cárlos aprueba su atrevido designio. El guerrero sale, penetra en las tiendas de los neustrios y degüella á muchos, haciendo resonar los bosques con los gritos de *Cárlos y Austrasia*. A este clamor que repiten inmediatamente todos los austrasios esparcidos por la selva, se asustan los enemigos, su campamento se llena de confusion: Cárlos se aprovecha de aquel momento, se arroja con sus compañeros, espanta, hiere, persigue á los que buscan las armas para pelear: los mas valientes mueren: otros caen indefensos en poder del contrario: la mayor parte huyen, creyendo ser perseguidos. Los reales, las armas, el botin y el tesoro cayeron en manos de Cárlos. Asi fue como ahuyentó dos ejércitos con solo un escuadron. A la fama de esta victoria se le reunieron muchos batallones, cuya fuerza triplicaba el talento del general. Puesto al frente de ellos vuelve á tomar la ofensiva para vengar la memoria de su padre, las injurias de Austrasia, y su propia derrota; atraviesa la selva Carbonaria, penetra en Neustria, la tala, y

aguarda cerca de Cambray el ejército de Chilperico.

Batalla de Vincy. (717.) Su anterior victoria no le habia ensoberbecido, y sus derrotas le habian enseñado. Antes de pelear entabló negociaciones, y propuso á Chilperico que se terminasen con la paz las desgracias de Francia, y se reuniesen bajo su cetro los tres reinos, con tal que se le diese el empleo de gobernador de palacio que habia tenido su padre. Chilperico, ó mas bien Rainfredo, recibió sus ofertas con desprecio, le echó en cara la ilegitimidad de su nacimiento, y le amenazó con un castigo riguroso. Cárlos no dió mas réplica que sacar la espada y dar la señal de la batalla.

Esta se trabó en Vincy, pueblo cercano á Cambray. Todas las pasiones que pueden animar á los hombres, se reunieron para hacer ostinada la lucha. La matanza fue tan terrible, que se conoció durante un siglo en la disminucion del número de habitantes. La fortuna y el valor de Cárlos triunfaron: Chilperico y Rainfredo huyeron, y fueron perseguidos hasta París. Esta victoria quitó á la regenta Plectrudis el poder y el partido que le quedaba. Los austrasios entregaron á Cárlos la ciudad de Colonia y el tesoso de Pipino, y le reconocieron solemnemente por su duque. Plectrudis, harto feliz en deber la vida á quien habia tenido prisionero, se retiró á un convento. Cárlos no se deslumbró con la prosperidad: tuvo la habilidad de limitar en

apariencias su poder para afirmarlo, y conformó su diestra política á las costumbres del tiempo, conoció su siglo, y por eso pudo dominarlo.

Clotario, rey de Austrasia. (719.) Cárlos no ignoraba que los francos, aunque despreciaban á sus reyes, veneraban todavía el trono: los pueblos no querian mas que una corona, un simulacro, un nombre merovingio, y una *larga cabellera*. Estaban habituados á rendirles los mismos homenages que á Clodoveo. Cárlos sacó de los claustros á un príncipe merovingio, y le proclamó rey de Austrasia, con el nombre de Clotario IV. Se ignora quién fue su padre, y su vida es tan poco conocida como su nacimiento. Este fantasma de príncipe, indiferente á los austrasios, bastó para imponer respeto á los duques y señores de Frisia y Germania, harto dispuestos ya á aprovecharse de los alborotos de Francia, y á hacerse independientes de una potencia dividida, y que ya no daba temores.

Cárlos, creyendo conveniente despertar en estos pueblos el miedo que les infundió por tanto tiempo la sombra de Clodoveo, no se dejó halagar por el vano placer de gozar, encerrado en un palacio, de su nueva fortuna. Semejante á los antiguos francos, amaba los peligros, y se fastidiaba del reposo: marchó contra los sajones, que eran los enemigos mas temibles y ostinados de Francia; y que se habian apoderado recientemente del pais de los ataurios y bructeros.

Rechazólos y persiguiólos, logró de ellos una brillante victoria en las orillas de Weser y volvió con prontitud á Francia, donde le llamaban nuevos peligros. Rainfredo, menos hábil, pero tan activo como él, para acometer de nuevo á Austrasia se habia coligado con el duque de Aquitania, en lugar del de los frisones, desalentado con las anteriores derrotas. Compró esta alianza, obligando al débil Chilperico á reconocer la independencia de Aquitania. Esta parte considerable de Galia, que se estendia entonces desde los Pirineos hasta el Loira, habia conservado, á pesar de la conquista, ó mas bien, por los escesos que fueron consecuencia de ella, mucha aversion á los francos. Los conquistadores, esparcidos en cortó número por un vasto territorio, no pudieron mudar las costumbres; y habiéndolo solicitado, solo consiguieron irritar los ánimos. Los visigodos, menos bárbaros, se habian sometido á las leyes y costumbres romanas. Los galos de las provincias meridionales eran muy adictos á los usos, legislacion, trage é idioma de los romanos; y los vencidos impusieron la ley en cierto modo á los vencedores. Y asi, toda esta parte de Francia, y aun la Provenza, era todavía romana en la época de Cárlos Martel, y en ella se miraban á los francos como enemigos y bárbaros. En estos paises nació el *romance*, especie de latin macarrónico y corrompido. Cárlos no esperó á ser acometido por sus contrarios;

antes bien se anticipó á ellos con su celeridad ordinaria, y dió batalla cerca de Soissons á Chilperico, Eudes y Rainfredo. Aunque les era inferior en número, la victoria no estuvo largo tiempo dudosa: su nombre, glorioso ya por tantos triunfos, inspiró confianza á los suyos, y terror á los contrarios. Cárlos derrotó y dispersó á los coligados, sin que estos pudiesen volver á rehacer sus ejércitos. Chilperico, perdida la esperanza de defender á Neustria, huyó con su tesoro, y se refugió al otro lado del Loira, en los estados del duque de Aquitania.

Rainfredo, perseguido y sitiado en la fortaleza de Angers, dejó de luchar contra la fortuna del vencedor: capituló y renunció á la dignidad de gobernador de palacio. Carlos, en premio de su sumision, le nombró duque de Anjou.

Muerte de Clotario. (720.) A este tiempo desapareció Clotario del mundo y del trono, en que vivió y reinó sin ser conocido. Cárlos, preparado á invadir á Aquitania, propuso la paz al duque Eudes, si le entregaba á Chilperico. El duque, temeroso, no vaciló: prefirió un tratado ignominioso á una guerra arriesgada; y por salvar sus señoríos, sacrificó á su aliado. Cárlos recibió con respeto en su campamento al cautivo real, y creyendo que su nombre seria una bandera útil, le proclamó monarca de los tres reinos, resuelto á no dejar que gobernase ninguno; y así bajo el nombre de

Chilperico, fue, como su padre, único y verdadero rey de toda Francia. Los sajones, tan belicosos como los francos, habian vuelto á tomar las armas y devastaban á Turingia. Cárlos marchó contra ellos, los venció cuatro veces sin poder subyugarlos, y volvió precipitadamente á defender á Francia, amenazada de improviso por un enemigo formidable, conquistador de Asia, Africa y España, y que se lisongeaba de someter en breve toda Europa al yugo del alcoran. Ya los sarracenos, persiguiendo á los visigodos, habian pasado los Pirineos y apoderádose de Narbona. Poco tiempo despues Zama, su general, puso sitio á Tolosa; mas fue acometido y derrotado por el duque de Aquitania.

Eudes le probó que Francia, menos fácil de ser aterrada que el resto del mundo, les costaria mas sangre. En otras partes solo encontraron monumentos y vestigios, borrados ya, de la grandeza romana; pero en Galia hallaron el valor de los señores de la tierra. Zama pereció en el combate: los moros, inflamados por el fanatismo y favorecidos por la gloria en aquella época, aumentaban á cada paso sus fuerzas con las de innumerables pueblos, á los cuales su culto seductor prometia riqueza y dominacion en el mundo, y deleites eternos en el cielo. Sus numerosos escuadrones se renovaban sin cesar; y semejantes á las olas del mar, parecia que rodaban unos sobre otros, y que redo-

blaban su furia derramándose sobre la tierra asolada. En breve penetró en Francia un ejército sarraceno mas numeroso que el que acababa de ser vencido, á las órdenes del Emir Ambisa, y se apoderó de Carcasona y Nimes; y aunque no pudo tomar á Arles, mas furioso que desalentado, llevó el espanto y la desolacion al Perigord y al Quercy. Otros muchos cuerpos, no menos numerosos, de estos asoladores de la tierra, se esparcieron por el mediodia y centro de Francia, derribando las iglesias, robando las mugeres, saqueando los castillos y talando los campos. La marcha de su innumerable caballería era tan rápida, que ni podian preverse sus ataques ni alcanzarla cuando se retiraba. Así los sarracenos atravesaron sin ostáculo el Leonesado y llegaron hasta las murallas de Autun, cuya fuerte posicion las libertó de su denuedo.

Entretanto Cárlos, que habia de ser el dique inespugnable de estos nuevos dominadores del mundo, trataba de reunir las reliquias esparcidas del ejército. Nuevo señor de Francia, conoció que era imposible darle seguridad interior y fuerza esterior sin establecer un gobierno militar vigoroso: remedio funesto para la civilizacion, pero el único capaz de restituir la vida á un pueblo despedazado por la anarquía. Carlos habia nacido para su siglo: jamas conoció otra pasion que la de la gloria: sus juegos fueron los combates, sus palacios los campamentos,

sus cortesanos los soldados. Solo respiraba el amor de la guerra; y así, á pesar de la influencia del clero, dispuso de sus bienes para afirmar su poder y triunfar de los enemigos. Haciendo ceder la política á las circunstancias, respetó la fe, protegió al sumo pontífice, triunfó de los mahometanos, peleó contra los idólatras, y defendió la Iglesia, bien que á costa de las riquezas del clero. Honrando á la nobleza, y sosteniendo al pueblo contra ella, no trataba á los grandes como á compañeros de armas, sino cuando se mostraban valientes, fieles y generosos. La cobardía ó la rebelion les hacia perder bienes y dignidades. El hombre libre, por oscuro que fuese su orígen, estaba cierto de ascender á la clase de los leudes, haciéndose famoso en la guerra. Así fue como Cárlos fortificó los nervios del estado; mas para dominar una nacion tan turbulenta era necesario un hombre firme y absoluto. Cárlos lo fue, y acaso demasiado: pronto á premiar como á castigar, dió muchas veces y sin medida obispados á sus generales, abadías á sus capitanes, y curatos á sus soldados. Roma le bendijo, Europa le respetó, Francia inmortalizó su nombre; pero la Iglesia censuró muchas veces su conducta. La historia imparcial, dejándole gran parte de la fama debida á su valor, á su constancia, á su actividad, dirá que Cárlos fue un héroe, pero un héroe bárbaro, quizá necesario en su siglo. Elevó la Francia con sus hazañas; pero hizo

retrogradar la civilizacion con su despotismo. Bajo su gobierno dejaron de reunirse las juntas nacionales: la independencia de los francos se olvidó, y las pocas luces que quedaban se estinguieron. Así, de aquella época de tinieblas, en que solo brillaban algunas centellas, que producia el choque de las espadas musulmanas, sajonas y francas, nada se ha conservado que pueda hacernos conocer con alguna distincion el carácter, las costumbres y aun los nombres de los personages que aparecieron entonces en la escena del mundo. En las crónicas de aquel tiempo solo se encuentran fábulas escritas en un estilo seco y sin gracia. Indican sumariamente algunos sucesos memorables y algunas batallas con sus fechas sin esplicar las causas ni los resultados. De todos los héroes que participaron de la gloria de Cárlos, no conocemos mas que al conde Childebrando, su hermano. Hasta el siglo siguiente y bajo la dominacion de los monarcas y emperadores de su familia, no se publicaron crónicas mas estensas de los sucesos de su reinado; pero en ellas se alteró la verdad por la adulacion de los partidarios de su familia victoriosa.

Carlos, peleando siempre y venciendo, acostumbró á los franceses á obedecer sin deliberar: la admiracion no les dejaba tiempo para la reflexion: solo veian á sus generales, y olvidaban sus leyes y sus monarcas. El débil Chilperico murió sin que Francia

se acordase de él. Fue enterrado en Noyon. Cárlos, reuniendo á los grandes no mas que por formalidad, proclamó rey á Tierry de Chelles, hijo de Dagoberto II.



CAPITULO XII.

Tierry segundo. Interregno. Childerico tercero.

Tierry II, rey de Francia. Espedicion de Abderraman á Francia. Batalla de Tours ó Poitiers. Nueva guerra con los frisones. Sumision de Aquitania. Interregno. Negociacion de la santa Sede con Cárlos Martel. Muerte de Cárlos Martel. Rebelion de Grifon. Childerico III el insensato, rey de Neustria y Borgoña. Victorias y abdicacion de Carlomagno. Guerra entre Pipino y Grifon. Muerte de Grifon. Preparativos de Pipino para subir al trono. Fin de la dinastía Merovingia. Pipino el breve, rey de Francia.

TIERRY *II, rey de Francia.* (721.) El duque de Aquitania se hallaba entonces en una de aquellas circunstancias críticas de que solo pueden triunfar el valor y la buena fe, y en que perecen siempre la perfidia y la debilidad. Eudes envidiaba la fortuna, el poder y el talento de Carlos: esta pasion le estravió; y esperando neciamente aprove-

charse del pérfido auxilio de los sarracenos para reinar en Francia, se entregó con ignominia al enemigo de su fe y de su patria con el designio de humillar á su rival, y firmó un tratado de alianza con Munuza (llamado Otman ben Abi Neza por los historiadores árabes), al cual dió tambien en casamiento su hija Lampagia. Poderoso con esta union, atravesó el Loira su ejército, y se apoderó de muchas plazas de Neustria.

Al mismo tiempo Cárlos se habia visto en la precision de pasar con tropas á Germania para reprimir una nueva sublevacion de los sajones, alemanes y bávaros. Los venció: obligó á la sumision á Huberto, duque de Baviera, y le quitó su sobrina Senechilde, á la cual tomó por muger ó por concubina. Volvió á Francia, arrojó á Eudes de Neustria, entró en Aquitania y la saqueó.

Espedicion de Abderraman á Francia. (731.) Era llegado el momento en que el duque de Aquitania recibiese el premio de su traicion. Cuando huia de Cárlos, supo que el valeroso Abderraman, nuevo lugarteniente del califa en España, entraba en sus estados al frente de un numeroso ejército, habiendo dado muerte á su yerno Munuza, y tomado y saqueado á Burdeos. En vano procuró Eudes oponer alguna resistencia: dió batalla en las orillas del Dordoña, y fue vencido con pérdida de la mayor parte de sus tropas. Reuniendo las miserables reliquias de su ejército, buscó en los reales de Cár-

los ó un asilo ó una nueva servidumbre.

Cárlos, lastimado de su desgracia, olvidó sus yerros; solo atendió á la voz de la piedad y del honor, que le mandaba reunirse á los vencidos para pelear contra los musulmanes. Abderraman, impaciente de coger los frutos de su victoria, marchaba rápidamente á Tours con la esperanza de tomar las riquezas de la iglesia de san Martin; pero encontró en la llanura entre esta ciudad y Poitiers al ejército de Cárlos; y allí se dió la célebre batalla en que la cimitarra de los moros y la segur de los francos iban á fijar el destino de Europa.

Batalla de Tours ó Poitiers. (732.) Durante algunos dias solo hubo movimientos y escaramuzas, sin que ninguno de los dos generales se atreviese á dar la terrible señal del combate. Parecia que caudillos y ejércitos vacilaban en señalar la hora que iba á decidir tan grandes intereses, á dar ó quitar tanta gloria, y á destruir tantos hombres. Mirábanse unos á otros con igual sorpresa: los franceses contemplaban con admiracion y aun con temor aquella numerosa y brillante caballería oriental, orgullosa con tantas victorias, y rica con los despojos de Asia y Africa.

La tierra gemia bajo los pies veloces de los caballos árabes: el esplendor de las vestiduras ondeantes de los sarracenos y la riqueza de sus turbantes deslumbraba los ojos; parecia que los rayos del sol sacaban fuego

de sus petos y cimitarras. El ejército de los francos presentaba á los moros espectáculo no menos desconocido y terrible. Los caballos mas ligeros no superaban en velocidad á aquellos guerreros hábiles, cubiertos de vestidos cortos y estrechos, y que parecian volar, no marchar contra el enemigo. Los escuadrones sarracenos sentian desmayada su impetuosidad al ver aquella infantería formidable, aquellas picas largas y agabilladas que rechazaban y herian á sus caballos, aquellas pesadas franciscas que rompian los petos mas duros, aquellas densas falanges cuyos agudos gritos amenazaban muerte, juntando á la antigua táctica de las legiones de Roma, la aterradora ferocidad de los germanos. En fin, despues de haber hecho preludio á la batalla general cien combates particulares, se dió la señal. Duró la accion desde el nacimiento hasta el ocaso del sol: lo mas increible de ella es que ningun historiador frances de aquel siglo escribió los sucesos de jornada tan célebre. El obispo español Isidoro, y el arzobispo don Rodrigo en su *Historia de los árabes* son los únicos que la han descrito circunstanciadamente: Isidoro formó de ella un cuadro mas bien que una narracion. Los numerosos escuadrones de los africanos acometieron muchas veces desordenadamente al ejército de Cárlos; pero su ímpetu se estrellaba contra los batallones francos, que Isidoro, mas poeta que historiador, compara «á una muralla de ye-

lo, en la cual se derretian las nubes de los árabes sin hacer mella alguna.» Sin cesar rechazados, volvian sin cesar al ataque: mientras los francos en cerrado escuadron avanzaban intrépidamente enmedio de la inmensa caballería de los árabes, y acometia sin poder romperlos, la terrible francisca derribaba á cuantos se empeñaban en desbaratar las falanges francesas. El campo de batalla estaba cubierto de cadáveres, y la fortuna indecisa. En fin, el duque de Aquitania, que habia penetrado en los reales sarracenos con un cuerpo de caballería escogida, volvió á la batalla, acometió por el flanco á los escuadrones africanos, y los sorprendió y amedrentó. Cárlos se aprovecha del desórden, y se arroja enmedio de los enemigos: síguele el ejército franco: su terrible segur derriba á cuantos le resisten: el mismo Abderraman perece á sus manos. La caida del adalid desalienta á los sarracenos: huyen y se retiran á sus tiendas, que hallaron desiertas y saqueadas. Ya las sombras de la noche cubrian la tierra: el cansancio y la oscuridad impiden á los francos perseguir á los árabes. El mismo Cárlos, receloso de las sorpresas y emboscadas, permitió á sus guerreros que descansasen y durmiesen. En la aurora del siguiente dia toman los franceses las armas, y al ver las tiendas de los musulmanes, dan gritos de ardor y de alegría. Deseosos de consumar la ruina de los enemigos, se arrojan al campamento africano, y le en-

cuentran vacío: los moros habian huido.

Cárlos, creyendo que la celeridad de sus caballos habria hecho imposible alcanzarlos, no quiso fatigar su ejército en perseguirlos inútilmente, y volvió á Neustria colmado de gloria y de botin. Sus tropas, admiradas de los terribles golpes que dió en la batalla, le dieron el sobrenombre de *Martel*, y llamaron á su gloriosa francisca *martillo* de los sarracenos. La historia de aquel siglo nada contó de esta brillante victoria, que en los siglos siguientes dió orígen á las novelas de caballería, y á crónicas igualmente fabulosas. La de Paulo Diácono dice que murieron en la accion 375.000 sarracenos y 1.500 franceses; ignorando que la exageracion disminuye lo mismo que quiere engrandecer. Pero lo que es cierto y probado por los hechos, es que la victoria de Poitiers quitó á los musulmanes la esperanza de conquistar á Francia y el norte de Europa, y los obligó tambien á evacuar la Aquitania, limitando sus pretensiones á conservar el Languedoc, y estenderse en Provenza, donde los favorecia la ambicion de algunos señores, que sacrificaban á su efímero engrandecimiento la fe, la patria y la independencia. Algunos historiadores han escrito que Cárlos Martel instituyó en memoria del triunfo de Poitiers la órden de la *Genette* (especie de retama), para condecorar á sus valerosos soldados. Pero esta es una fábula: aquella órden no se fundó sino en los tiempos de la tercer dinas-

tía. Su divisa era *exaltat humiles*, y no convenia al carácter de Cárlos Martel. Era una institucion mas bien cristiana y humilde que militar. Si este grande hombre fue mirado despues como un modelo de caballeros, no por eso dió orígen á la caballería, que es mucho mas moderna, pues nació de los escesos del sistema feudal, á los cuales puso límite; y que aun no se habia organizado cuando floreció Cárlos Martel. El libertador de Francia merecia la gratitud pública; pero las pasiones de los grandes solo pagaron su gloria con el desagradecimiento, que es hijo de la envidia.

Nueva guerra con los frisones. (734.) Arnaldo, su sobrino, y muchos señores sublevaron contra él la Borgoña: marchó á los rebeldes, los venció y sometió. Euquerio, obispo de Orleans, incitaba al clero á resistirle y negarle los impuestos que destinaba á mantener el ejército: Cárlos mandó desterrarle.

La fama, publicando sus afanes y triunfos, exageró probablemente sus pérdidas: los frisones creyeron la ocasion favorable para recobrar su independencia. Esperaban que los franceses, agitados por turbulencias interiores y enflaquecidos por su continua guerra con aquitanos y sarracenos, no tendrian fuerzas bastantes para quitarles la libertad; pero se engañaron juzgando por sus mezquinos talentos el gran genio de Cárlos, que hacia infatigables á sus soldados, porque poseia el arte de animarlos. Los frisones

vieron muy pronto en sus llanuras al ejército de los francos, que creian acampado todavía en las orillas del Loira. Cárlos les dió batalla, los derrotó, y mató por su mano á Popon, duque de Frisia. Despues de vencidos los dispersó, los persiguió hasta sus islas, y los sometió.

Sumision de Aquitania. (736.) Su generosidad no pudo vencer la ostinacion del duque de Aquitania, cuya envidia se exasperaba con los beneficios que humillaban su orgullo. Mientras Cárlos destruia el ejército de los frisones, derribaba sus ídolos, demolia sus templos, cortaba sus bosques sagrados, desmantelaba sus castillos, y sometia el pais á la corona de Francia. Eudes sublevó los aquitanos contra él, y amenazó á Neustria con sus armas. Cárlos vuela desde las playas del mar del norte á las márgenes del Loira; pasa este rio, se arroja como un rayo sobre los aquitanos, y los derrota. Eudes vencido no pudo sobrevivir á su desastre, y la vergüenza y el pesar terminaron sus dias. Sus hijos Hunon y Haton, duques de Aquitania y Poitou, procuraron en vano vengarle. Cárlos se apoderó de Blois y Burdeos; los obligó á someterse, y no les restituyó sus estados hasta haberlos obligado á prestar juramento de vasallage, no al rey Tierry, sino al mismo Martel, como duque de Austrasia.

La vida de Cárlos fue un viage perpetuo; pudo contar tantas guerras como años, y

tantos combates como dias. Los señores de Provenza y Borgoña, envidiosos de su autoridad, y despreciando la del rey, se coligaron, tomaron las armas, y proclamaron su independencia. Cárlos acudió, tomó á Leon, entró en Provenza, se hizo dueño de Arles y Marsella, les quitó bienes y dignidades á los leudes infieles, dió los beneficios de los sacerdotes rebeldes á sus soldados, creó en todas partes duques y gobernadores de su confianza, y con esta severidad reprimió la sublevacion. De allí pasó á Sajonia, cuyos pueblos indomables se preparaban á guerrear contra él. Espantados al verle cerca, le enviaron rehenes, y consintieron en pagarle un tributo anual.

La pluma, menos rápida que su acero, puede apenas seguirle. Una traicion le hizo volver con celeridad á Francia. Mauronte, gobernador de Marsella, prefiriendo ciegamente la dominacion de un enemigo á la de un igual, coligado con muchos señores descontentos, imitó la perfidia del conde Julian, que entregó su patria á los moros, é hizo alianza con estos bárbaros, llamándolos á su provincia. Los sarracenos acudieron con grandes fuerzas: asolaron la Provenza y el Leonesado, y sorprendieron á Aviñon. Childebrando los acometió y derrotó, y recobró por asalto aquella plaza, pasando á cuchillo los moros que la defendian, y poniendo fuego á la ciudad. Cárlos se reune con su hermano, pasa el Ródano, arroja á los afri-

canos de Provenza, los persigue en Septimania, y sitia á Narbona, capital de la potencia sarracena en el mediodia de Francia: Los moros, determinados á socorrerla, acudieron de España con grande ejército á las órdenes del emir Amoros. Cárlos le sale al encuentro en el valle de Corbiere á las orillas del rio Bere, le da batalla, le vence, le arroja de la llanura, que quedó cubierta de cadáveres, y le persiguió hasta el mar, donde se ahogaron los que habian escapado de su acero. Átimo, gobernador de Narbona, la rindió á Childebrando despues de ostinada resistencia; y con esta batalla quedó toda Galia bajo la dominacion de los francos. Cárlos, tan activo para coger los frutos de la victoria como para vencer, tomó á Beziers, Agde, Magalona y Nimes, y las desmanteló; porque jamás dejó fortaleza en los paises que sus armas conquistaban. Una nueva rebelion de los sajones le causó nuevos afanes, y le dió nuevos triunfos. Esta guerra fue el último suceso del reinado de Tierry II: su nombre habia reinado 7 años en las actas públicas. Cárlos, asegurado por la victoria, no creyó que necesitaba de una sombra de rey: dejó vacante el trono, y no se dignó de ocuparle. Su espada le sirvió de cetro, y su gloria de corona.

Interregno. (738.) No parecia que los franceses notasen la vacante del trono, y vieron sin sorpresa las actas públicas con la fecha del primero, segundo y tercer año de

la muerte de Tierry. Esta indiferencia anunciaba evidentemente la caida de los merovingios. La familia de Clodoveo se estinguió sin aquella efímera claridad que suele esparcir la llama antes de apagarse.

Cárlos, dueño del estado sin dividirlo con nadie, hubo de tomar otra vez las armas para reprimir una rebelion de Marsella, y una invasion de los sarracenos, que se apoderaron de Arles. Si ánimos turbulentos y enemigos vencidos se atrevieron al héroe de Francia cuando estaba lejos, desmayaban apenas le veian acercarse. Todos se sosegaron con su presencia. Luitprando, rey de los lombardos, hizo alianza con él contra los musulmanes, y unieron sus tropas para arrojarlos de Provenza. El lombardo, en señal de amistad, adoptó á Pipino, hijo de Cárlos; porque entonces, segun las antiguas costumbres germánicas, habia paternidad y fraternidad de armas. Desde esta época los moros no volvieron á pasar el Pirineo, y aun vieron muchas veces á los batallones franceses favorecer contra ellos en España los generosos esfuerzos de los descendientes de Pelayo y García Jimenez. La Francia recobró su tranquilidad, y las naciones tributarias volvieron á la dependencia. El feliz caudillo de los franceses, respetado en el interior, temido de los demas pueblos, amado de los soldados, formidable á los grandes, y venerado de la nacion, gozó pacíficamente de su gloria. Su fama le grangeó los

homenages de los monarcas estrangeros, que todos solicitaron su amistad.

Negociacion de la santa Sede con Cárlos Martel. (740.) Una revolucion se preparaba entonces en Italia. Roma no queria ya depender de Bizancio, ni obedecer á los emperadores de oriente que la oprimian sin protegerla. Esta ciudad, terror en otro tiempo del mundo, devastada por los vándalos, sometida á los godos, libertada por Belisario, vendida por Nárses, y amenazada á cada instante por los lombardos, no habia debido su independencia en los últimos tiempos sino al valor de los papas, y al respeto que el sacerdocio y la virtud inspiraban. Los romanos miraban al gefe de la Iglesia como su único protector y verdadero príncipe. Esta disposicion de los ánimos obligó al papa Gregorio III á unir la autoridad temporal con la espiritual, y hacer que Roma fuese la capital de la Europa cristiana, como lo habia sido del gentilismo. Leon, emperador de oriente, abolió por un edicto la veneracion de las imágenes, y mandó quitarlas todas de las iglesias, y entregarlas al fuego como si fuesen idolos. El papa escomulgó al emperador, y aunque el nombre de este príncipe se ponia en las actas públicas, Roma dejó de reconocer su autoridad, y estableció una especie de gobierno republicano, cuyo gefe era el sumo pontífice. Gran parte de Italia, imitando este ejemplo, se sublevó; pero los lombardos, en vez de dejar á los romanos su

independencia, se aprovecharon de las turbulencias, se apoderaron del exarcado de Ravena, y amenazaron á Roma.

En este peligro, Gregorio III, que ocupaba entonces la silla de san Pedro, desplegando tanto valor como firmeza, resolvió sacudir á un mismo tiempo el yugo de los griegos y el de los lombardos; pues Leon y Luitprando no eran para Roma sino tiranos. El genio de Gregorio le inspiró el designio de buscarle á su ciudad un apoyo mas firme y menos peligroso. Volvió los ojos á Francia, y vió en ella un hombre bastante poderoso para defender, y muy lejano para dominar. Rompiendo, pues, todas las relaciones con el imperio de oriente, ejerció la autoridad soberana que los romanos le habian dado, y envió embajadores al duque de los franceses, solicitando su auxilio, ofreciéndole el consulado, y poniendo bajo su custodia las llaves del sepulcro de san Pedro. Asi Gregorio fue el primer pontífice romano que echó los cimientos del poder temporal de los papas; poder que en los siglos de la edad media conservó el principio de la civilizacion contra los ataques de la barbárie. Esta fue la primer negociacion entre Francia y Roma; y sus consecuencias no tardaron en dar al occidente nuevo imperio y nuevos césares. Esta es una época harto importante de la historia moderna, para omitir su monumento mas antiguo, que es la primer carta de Gregorio III á Cárlos Martel, que ha conserva-

do la historia, y es como sigue: «*Gregorio III* á su hijo escelentísimo el señor Cárlos, virey (subrégulo) de Francia. Las tribulaciones nos oprimen. No cesamos de llorar viendo la Iglesia abandonada por aquellos hijos que debian consagrarse á defenderla. ¿Y cómo podriamos escusar el sentimiento, al ver el pequeño territorio de Ravena, que nos quedaba para subvenir al socorro de los pobres y á las luces de las iglesias, saqueado y destruido por Luitprando é Hildeberto, reyes de los lombardos, los cuales llegan con sus correrías hasta las puertas de Roma, y sus ejércitos roban y destruyen las casas dadas á san Pedro? Hasta ahora, hijo escelentísimo, enmedio de tantos pesares no hemos recibido de vos ningun socorro ni consuelo. En vez de reprimir estos desórdenes, dais oidos á los príncipes que los causan: creeis las mentiras que publican, y dudais de las verdades que os decimos. Pedimos á Dios que no os castigue por este pecado. Pero ¡ojalá fuese posible que oyeseis los insultos de estos príncipes orgullosos, y las espresiones injuriosas con que hablan de vos: ¿*Dónde está*, nos dicen, *ese famoso Cárlos, cuya proteccion habeis implorado? ¿Dónde estan esos terribles ejércitos de los franceses? Preséntense: vengan si pueden á libertaros de nuestro poder*. ¡Cuán triste es, hijo mio, ver al que lo es de la Iglesia tan poco celoso en defenderla! El príncipe de los Apóstoles, revestido del poder de Dios, es bastante

fuerte para defender su casa y su pueblo; pero quiere conocer en estos tiempos de peligro, cuáles son sus hijos fieles. No deis crédito alguno á los falsos informes de los reyes de los lombardos; quéjanse perpétuamente de los duques de Espoleto y Benevento. Estas acusaciones son mentiras. El único delito de estos príncipes es haber resistido la injusticia. Los llaman infieles porque no han querido obedecer á órdenes inhumanas; porque se han negado á talar los campos de Roma, y á devastar las tierras de los santos Apóstoles; porque han rehusado declarar guerra á la iglesia de Dios, que es su madre, y al pueblo romano, que es su aliado. Sin embargo, quieren deponerlos y desterrarlos para subyugar la Iglesia sin ostáculo, y encadenar el pueblo. Enviadnos á alguno de vuestros confidentes, y que sea, sobre todo, hombre incorruptible é inaccesible á los dones, á las amenazas y promesas. Vea por sus mismos ojos nuestras tribulaciones, la humillacion de la Iglesia, las lágrimas de los peregrinos y la ruina de nuestro pueblo; y que despues os dé cuenta de todo. En presencia del Señor y en la esperanza de su terrible juicio, por su amor, por la salvacion de vuestra alma, os exhortamos á socorrer con la mayor presteza posible la Iglesia y el pueblo de san Pedro, y á alejar de nosotros estos reyes inicuos. Os suplico, pues, por Dios viviente, y por las llaves sagradas de san Pedro que os envio,

que prefirais el amor que le debeis, á la pérfida amistad del rey de los lombardos. Apresuraos á socorrernos y consolarnos, á dar testimonio de vuestra fe, y aumentar con él vuestra fama en todos los paises del mundo, para que podamos deciros con el profeta: *El Señor os escucha en el dia de la afliccion, y el nombre del Dios de Jacob os protege*. Ancardo, vasallo vuestro, dador de esta carta, os dirá lo que ha visto, y os esplicará nuestros designios. ¡Ojalá vuestra pronta respuesta dulcifique nuestras penas, para que podamos con alegria, de dia y noche, rogar á Dios por vos y vuestro pueblo, ante los sepulcros de los apóstoles san Pedro y san Pablo.»

Cárlos, que procuraba entonces calmar las quejas del clero frances, recibió favorablemente al enviado romano; pero como no le importaba menos evitar un rompimiento con el rey de los lombardos, su aliado, prometió buenos oficios y no socorros, y en lugar de tropas envió al papa magnificos presentes. El rey lombardo, por respeto á él, dejó de amenazar á Roma, y aparentó renunciar al proyecto de conquistarla; pero como no restituyó á la Iglesia las ciudades y tierras de que se habia apoderado, Gregorio, inquieto y descontento, resolvió mover el ánimo de Cárlos de otra manera. Una embajada solemne, en nombre del papa, del senado y del pueblo romano, trajo al duque de los franceses las insignias de patricio y

las cadenas de san Pedro; y Gregorio, en una carta mas persuasiva que la primera, prometia á Carlos, si le libertaba de los lombardos, borrar de las actas públicas el nombre del emperador de oriente, y restablecer el imperio de occidente bajo los auspicios del caudillo de Francia. Parece que el esplendor de esta nueva gloria conmovió el alma heróica de Cárlos, y que ya se preparaba á atravesar los Alpes; pero esta grande revolucion estaba reservada á sus hijos; y la muerte que se burla de los designios de los hombres, hizo bajar al sepulcro en un mismo año á Cárlos, al emperador de los griegos y al papa.

Muerte de Cárlos Martel. (741.) Aunque la naturaleza habia dotado de gran vigor al héroe de los franceses, su cuerpo habia envejecido con los afanes, y solo su alma era todavía jóven. Acometido de hidropesía, y previendo su próxima muerte, repartió sin ostáculos la Francia entre sus hijos; porque su autoridad se habia legitimado con los triunfos de su vida entera. Sin embargo, para hacer mas legal á los ojos de la nacion la autoridad de sus hijos, reunió en Verberie á los principales señores, y arregló, de concierto con ellos, el repartimiento de su herencia entre los dos hijos que habia tenido de su esposa Rotrúdis. A Carlomano, que era el mayor, dió la Austrasia, Suavia y Turingia; y á Pipino la Neustria, Borgoña y Provenza. Grifon, el último de sus hijos,

no tuvo al principio parte alguna en la sucesion, porque su madre Sonnechilde estuvo implicada en las conjuraciones que tramaron contra la autoridad de Cárlos los señores de Borgoña y el conde de París. Pero las súplicas de la madre y el hijo le vencieron, y le concedió un estado pequeño. Dejaba otros hijos: de su primera muger una princesa, llamada Hildetrudis, que casó despues con el duque de Baviera; y ademas tres hijos naturales: Remí, que fue obispo de Ruan; Gerónimo, padre de Fulrado, el fundador de la abadía de san Quintin; Bernardo que fue casado, tuvo tres hijos, enviudó y tomó el hábito de monge en Corbie; y en fin, dos hijas, Gontrudis y Teodrada, que ambas fueron religiosas, y la última abadesa del monasterio de nuestra Señora de Soissons.

Cárlos visitó el sepulcro del apóstol de Francia, volvió á Crecy, villa cercana á Noyon, donde terminó su vida gloriosa con una muerte sosegada. No habia querido subir al trono de los reyes; pero se enterró en su panteon, en san Dionisio. Bajo su mando la esclavitud de los merovingios fue tan completa como antes, pero no tan dura. En lugar de tenerlos encerrados en la casa de placer, ó por mejor decir de prision, de Momagne, les permitió pasearse indolentemente, con fausto, pero sin autoridad, por los palacios de Coblenza, Heristal, Metz, Kiersy, Valencienas y Soissons. Como esta-

ban rodeados de esclavos que los sirviesen y de cortesanos que los adulasen, y no les faltaban perros para cazar ni carros para viajar; pensaban que todavía eran reyes. Cárlos fue el mas grande héroe de aquellos siglos: su nombre ha atravesado con gloria la edad de las tinieblas. Fue celebrado por los historiadores, cantado por los poetas y novelistas, aplaudido por los guerreros de todos tiempos, y colocado al frente de los protectores de la Iglesia, á la cual sostuvo contra los lombardos y libertó de los musulmanes, y cuyo poder estendió sobre las ruinas de los ídolos de Germania. Gregorio decia que la espada de Cárlos habia convertido á la fe cristiana mas de 100.000 paganos. Sin embargo, el clero frances, cuyos privilegios quebrantó, quizá por necesidad, pero con demasiada violencia, no le quiso bien; y esta aversion en aquellos siglos de ignorancia dió motivo á la fábula que se esparció muchos años despues, de haberse encontrado en su sepulcro una culebra, en prueba de que se habia condenado.

Francia pagará siempre el homenage de su gratitud al hombre estraordinario que apenas salió de una prision oscura para elevarse al poder supremo, rodeado incesantemente de numerosos enemigos, suplió siempre la desigualdad de las fuerzas con el valor, la prevision y la actividad. Proclamado gefe de un pueblo entregado á la anarquía y de un reino dividido entre las facciones de

los grandes y las invasiones estrangeras, supo reunir á todos los franceses, les enseñó á obedecer, los acostumbró al dominio de un dictador, resucitó su gloria militar, llevó sus armas victoriosas desde el Mosa á los Alpes y Pirineos, y desde el Océano hasta el Danubio, y supo completar esta inmensa carrera de triunfos y de poderío, sin cometer ninguno de los crímenes y homicidios que mancharon los cetros sangrientos de los sucesores de Clodoveo. Germania le nombró virey: Italia cónsul y patricio: Francia príncipe y duque; pero de todos los títulos que daba la adulacion ó usurpaba el orgullo, Cárlos solo tomó el de varon ilustre *(vir illustris)*. Era digno de él, y la posteridad lo ha confirmado.

Rebelion de Grifon. (742.) Los dos hijos de Cárlos Martel heredaron su nombre, su poder y su gloria, muy difíciles de sostener. El clero deseaba recobrar sus bienes usurpados: los leudes, orgullosos y turbulentos, su independencia. Grifon, último hijo de Cárlos, envidioso de sus hermanos y descontento de su porcion, escitaba á la rebelion los grandes, que agradecian tener el pretesto y el apoyo de su nombre para comenzar la guerra civil. Carlomano y Pipino, informados de las intrigas de Grifon, se anticiparon, le acometieron y persiguieron, tomaron por asalto la ciudad de Laon, donde se habia refugiado, desterraron á su madre á la abadía de Chelles, y á él le encer-

raron en una prision. Los príncipes temian ademas la ambicion de Teodoaldo, su pariente, hijo de Grimoaldo, el que fue gobernador de palacio, y le dieron muerte. Asi la costumbre, contraria á la buena política, de dividir el poder supremo entre los hijos del que le egerció, obligaba á sacrificar todas las virtudes; y entre los francos, donde tenia vigor dicha costumbre, nadie estaba mas cerca del cadalso que los que nacian junto al trono.

Pipino y Carlomano, despues de haber restablecido con providencias crueles cierto órden efímero en el estado, llevaron sus armas á las fronteras para reprimir la insurreccion de las naciones tributarias. Godofre, duque de los alemanes, y Hunon, duque de Aquitania, se resignaban á obedecer al cetro de un rey; mas no podian sufrir la autoridad de los duques de Austrasia y Neustria, á quienes miraban como iguales suyos, y no como soberanos; pero los hijos de Cárlos Martel les probaron que habian heredado el valor, la celeridad y la fortuna de su padre. Entraron en Aquitania, y se apoderaron de Poitiers y del castillo de Loches, y obligaron á Hunon á someterse. Carlomano pasó despues el Rhin, peleó con los alemanes, los venció, y los obligó á darle rehenes. Enmedio del estruendo de estas victorias nació en el palacio de Ingelheine, ciudad situada sobre el Rhin, el famoso Carlomagno, hijo de Pipino, destinado por el

cielo á inmortalizar su nombre, su familia, su espada, su siglo y su patria. Habia ya mucho tiempo que la familia de Pipino aspiraba al trono. Grimoaldo habia procurado en vano colocar en él á su hijo. Cárlos Martel creyó haber acostumbrado á los franceses á que estuviese vacante; mas todavía eran necesarios algunos triunfos para habituar los pueblos á la caida de la dinastía. La revolucion se adelantaba rápidamente; pero aun no era llegada la hora de proclamarla. Pipino, tan prudente como atrevido, lo conoció; y para calmar la fermentacion de los ánimos, dió la corona á un príncipe merovingio, hijo, segun unos, de Tierry de Chelles, y segun otros, de Clotario III. Tomó el nombre de Childerico. Poco tiempo despues se rompió el cetro de Clodoveo en las manos de este príncipe incapaz. Su caracter ó su desgracia hizo que se le diese el sobrenombre de *insensato*.

Childerico III, el insensato, rey de Neustria y Borgoña. (743.) En Neustria y Borgoña se conservaba con mas tenacidad el amor á la familia de los merovingios. Los pueblos de estos dos reinos se creian esclusivamente francos, y miraban á los austrasios como germanos. Habia entre unos y otros oposicion inconciliable de intereses, costumbres é idiomas. En Neustria se echaba menos la antigua independencia de los hombres libres, que algunos príncipes merovingios habian protegido; y á pesar de la habilidad de

los dos Pipinos y de Cárlos Martel, no se borraba la memoria de la batalla de Testry en la cual quedaron sometidos los ingénuos á los leudes, Neustria á Austrasia, y los reyes á los gobernadores de su palacio. Asi los neustrios y borgoñones supieron con mucha alegría la elevacion de Childerico al trono, cuando este suceso no producia en Austrasia ningun efecto ni alteracion. Carlomano continuó gobernándola con autoridad soberana, como lo prueba un acta del concilio de Leptina, convocado por este príncipe. En ella declara, que «despues de consultada su nobleza, habia reunido los obispos de sus estados.» Este concilio es muy notable tambien por algunos reglamentos que se hicieron para la reforma de las costumbres, y porque entonces se comenzaron á contar los años desde la Encarnacion del Hijo de Dios: antes se ponia la fecha de los años del monarca reinante. Si la aparicion del endeble Childerico en el trono sosegó los ánimos en Francia, esta sombra de rey no causó ilusion alguna á los estrangeros, que no deseaban mas que un pretesto para sacudir el yugo de los duques de Francia.

Hildetrudis, hija de Cárlos Martel, descontenta de la severidad de sus hermanos, se escapó de palacio, y buscó en Baviera trono, marido y protector: dió con su mano á Odilon, duque de los bávaros, el deseo y la esperanza de suceder en el poder de su suegro, y de gobernar el imperio de los fran-

cos como Cárlos Martel. Escitado por su ambicion, que inflamaba contínuamente la de su muger, unió sus armas á las de los sajones y alemanes, dispuestos siempre á la guerra y á la venganza. Al mismo tiempo se coligó con el duque de Aquitania, que animado con este auxilio, invadió á Neustria de improviso, llegó hasta Chartres y saqueó esta ciudad.

Victorias y abdicacion de Carlomano. (745.) Los príncipes franceses acudieron primero á Germania para contener á los báVaros; pero encontraron á Odilon atrincherado en las orillas del Lech en una posicion tan fuerte, que no se atrevieron á atacarle, y le observaron durante 15 dias. Los francos, mas temerarios que sus gefes, no pudieron sufrir mas tiempo las provocaciones é insultos que les prodigaban los bávaros burlándose de su cobardía. Enagenados de la cólera, no miraron peligro alguno: atravesaron el rio á nado, y derrotaron al enemigo, que perdió sus soldados mas valientes, su campamento y sus bagages. La Baviera fue saqueada durante dos meses. Habiendo castigado la rebelion del duque Odilon, Carlomano marchó contra los sajones, los venció y dispersó, persiguió á su duque Teodorico hasta el castillo de Hochsburg, y le obligó á jurar paces que quebrantó poco despues. Los dos hermanos, asegurados por la parte de Germania, volvieron á Francia, y entraron casi sin ostáculos en los estados

del duque Hunon que no pudo hacer resistencia. Talaron la Aquitania, y obligaron al infiel duque á implorar clemencia por la tercera vez. Poco tiempo antes, este príncipe, ambicioso sin talento y cruel sin valor, habia asesinado á su hermano Hatou, porque le exhortaba á la paz. En fin, avergonzado de su derrota, desengañado de sus ilusiones, arrepentido de su fratricidio, abandonó el mundo, tomó el hábito de monge en un convento de la isla de Ré, y dejó sus estados á su hijo Gaiferos, que hizo homenage de ellos, no al rey Childerico, sino al duque de Austrasia. Los sajones y alemanes, mas embravecidos que desmayados por sus derrotas, eran vencidos muchas veces, pero nunca subyugados. Su altivez no les permitia reconocer la dominacion de Francia, y tomaron de nuevo las armas. Carlomano marchó contra ellos, y si se ha de creer á las crónicas fabulosas de aquel tiempo, «el ejército germano cayó milagrosamente sin combatir en poder de los franceses.» Pero lo probable es que Carlomano los atrajo con movimientos hábiles á un sitio desventajoso, donde fueron sorprendidos, rodeados y destrozados.

Esta victoria, ó por mejor decir, esta carnicería, terminó la carrera política de Carlomano. Fastidiado de la grandeza, y temeroso de los juicios de Dios por tanta sangre derramada, cedió sus estados á Pipino, le confió su hijo Drogon, fue á Roma á

venerar las reliquias de san Pedro, se cortó el cabello, tomó el hábito de san Benito; y fatigado de las frecuentes visitas que le hacian á causa de su nombre y de su antiguo poder, se encerró en la abadía de Monte Casino.

La tranquilidad del claustro, único asilo entonces contra las tempestades terrenas y los crímenes del siglo, el espíritu religioso y la veneracion de los guerreros mas feroces hácia el clero, hacian general el amor á la vida monástica. En ninguna parte habia paz sino al pie de los altares; y así en esta época se vió á dos reyes de Inglaterra, á dos duques de Aquitania y á un duque de Francia, consagrarse á la profesion del claustro. Los monges, enemigos del lujo y de la ociosidad, cultivaban la tierra y dirigian sus súplicas al cielo. Esta vida retirada y austera les atrajo la veneracion de las naciones, y tuvieron que abandonar la soledad, con gran riesgo de sus virtudes pacíficas, cuando las exigencias del siglo los pusieron al frente de los estados para que los dirigiesen y gobernasen, muchas veces con su autoridad, y casi siempre con sus consejos.

Guerra entre Pipino y Grifon. (747.) Pipino tomó posesion de la herencia de Carlomano; pero la voz de la ambicion fue mas poderosa que la de la naturaleza. En lugar de repartir los bienes de su hermano con Drogon y demas hijos de su colega, hizo cortarles el cabello y encerrarlos en un monaste-

rio. Al mismo tiempo, por una inconsecuencia difícil de esplicar, dió libertad á su propio hermano Grifon, tanto mas temible, cuanto estaba irritado por una larga proscripcion. Le llamó á su palacio: le recibió con cariño, y le dió doce condados en las provincias de Maine y Anjou.

Grifon mostró en breve que olvidaba los beneficios, y solo se acordaba de los agravios. Pasó á Germania á sublevar los sajones, esperando con su auxilio despojar á su hermano, de quien se creia igual y no súbdito. Pipino marchó inmediatamente contra él, aumentado su ejército con 30.000 esclavones auxiliares. Los sajones no pudieron resistir á fuerzas tan numerosas: los que quisieron sostener lid tan desigual, fueron vencidos y obligados á bautizarse; los demas huyeron sin pelear. Grifon, abandonado, se refugió á Baviera. El duque Odilon habia muerto, y era sucesor suyo su hijo Tasilon, niño de seis años. Sus tutores, arrostrando el enojo de los franceses, concedieron á Grifon hospitalidad imprudente. Este príncipe, tan ingrato como ambicioso, castigó su indiscrecion, sublevando contra ellos los bávaros, que le proclamaron duque, y depusieron á Tasilon. Los alemanes hicieron alianza con él; y el papa medió con Pipino para que no hiciese guerra á su hermano. Pipino, irritado, no dió oidos á los consejos de Roma, y llevó sus armas á Baviera. La fortuna siguió al nombre que la fama aplau-

dia: apenas Pipino se presentó, los bávaros y alemanes, despues de corta resistencia, se sometieron y devolvieron al niño Tasilon su autoridad. Sergio, enviado por el papa á Baviera, habia insistido en que los franceses no hiciesen guerra á los alemanes. Pipino, despues de vencer, le dijo: «bien veis que la voluntad de Dios, manifestada por la victoria, es que los bávaros queden sometidos á la Francia.» Así se iban introduciendo, casi sin conocerlo, dos principios del islamismo, sumamente perniciosos: uno, que debe propagarse la religion con las armas: otro, que la victoria, esto es, la fuerza, es la que decide del derecho, apreciando los sucesos físicos y materiales que Dios permite muchas veces contra la virtud para probarla, como decisiones marciales de la justicia eterna.

Muerte de Grifon. (749.) Grifon, sin aliados, apoyo ni recursos, hubo de implorar la clemencia de su hermano. Pipino le perdonó la rebelion, y aun le devolvió el Maine y el Anjou; pero solo el cetro podia satisfacer á aquel ánimo inquieto y alborotado. Escitado á la rebelion por algunos señores descontentos, formó nuevas conjuraciones. Temeroso de la venganza de Pipino, que las descubrió, huyó á los estados del duque de Aquitania, donde enamorado locamente de la duquesa, y huyendo del resentimiento de su marido, fue alcanzado en las montañas por algunos sirvien-

tes de Gaiferos, y pereció á sus manos.

Pipino, libre de todos sus rivales y vencedor de todos sus enemigos, se presentó en fin á los franceses como otro Cárlos Martel. Dueño de los tesoros y fuerzas del estado, venerado de un pueblo idólatra de la gloria, solo el trono faltaba á su grandeza. El profundo olvido en que yacian los descendientes de Clodoveo, consecuencia del desprecio con que se les miraba, convencieron á Pipino que era llegada la ocasion favorable para arrojar del palacio la última sombra que lo ocupaba.

Preparativos de Pipino para subir al trono. (750.) Todo estaba dispuesto para esta gran mudanza que se verificó sin convulsiones, pues no era mas que el término de una revolucion comenzada cien años antes. Ademas, Pipino, siguiendo las huellas de su padre en el camino de la victoria, tomó para lograr su designio politico diferentes sendas. Cárlos, siempre en medio de los campamentos, y resucitando el espíritu militar de los francos, les habia enseñado á triunfar y obedecer: habia ganado á los leudes, prodigándoles señoríos, títulos y riquezas, y hasta los hombres libres le miraron como su bienhechor; pues los sacó de una especie de servidumbre, permitiéndoles que se *recomendasen para beneficios*, y concediéndoles *feudos ficticios*, esto es, el derecho de ser leudes, dando al rey sus *alodios* ó bienes libres, y recibiéndolos despues como

beneficios. Pero al mismo tiempo se grangeó Cárlos un enemigo muy poderoso, despojando al clero de sus bienes para enriquecer el ejército. Pipino se reconcilió con los obispos, restituyéndoles gran parte de las riquezas usurpadas; y así adquirió en las juntas nacionales un fuerte apoyo para balancear la turbulenta independencia de los leudes. Resuelto á apoderarse de la corona, no tenia ostáculo que temer sino la religion del juramento, mas fuerte en los pueblos todavía bárbaros que en las naciones corrompidas; y así empleó todas sus artes en legalizar la revolucion con el consentimiento nacional y con la intervencion de la santa Sede, que en los dos siglos anteriores habia egercido grande autoridad en Francia.

El papa, proscrito en oriente, y mal seguro en Italia, era á la sazon muy poderoso en occidente, donde se veneraban sus órdenes como oráculos, al mismo tiempo que los griegos y lombardos las despreciaban. Pipino mostró en su conducta atrevida tanta prudencia, que los franceses de su tiempo, para elogiar á un hombre hábil, decian: *es discreto como Pipino*. Zacarías ocupaba á la sazon la silla de san Pedro. Amenazado de su próxima ruina por el emperador de oriente y el rey de los lombardos, queria salvar su independencia y consolidar el poder temporal de la santa Sede. Pipino aspiraba al trono. Uniéronse, pues, y se

dieron (1) reciprocamente lo que ninguno de ellos tenia derecho de dar: Zacarías concedió al duque de Francia la corona de los merovingios, y Pipino dió al papa las ciudades, tierras y el exarcado que pertenecian al emperador de los griegos. Sin embargo, esta negociacion duró casi un año: muchos leudes, por fidelidad ó por envidia, resistian á las insinuaciones de Pipino, y Roma estaba aun indecisa. San Bonifacio, obispo de Maguncia, célebre por la conversion de los sajones y alemanes, habiendo sido favorecido por Pipino para esta santa obra, le era muy adicto; y la veneracion que le tenian los pueblos de Francia é Italia, allanó todas las dificultades.

Fin de la dinastía merovingia: Pipino el Breve, rey de Francia. (752.) En el mes de mayo de 752 se reunieron en Soissons los grandes, los obispos y el pueblo; y nada prueba mejor el esceso de la ignorancia en aquel siglo de tinieblas, que el silencio guardado por sus historiadores acerca de este suceso memorable que arrojó del trono á los sucesores de Clodoveo. Ningun escritor ha

---

(1) *El papa no dió á Pipino sino el título de la autoridad soberana de oriente, que ya poseia. Pipino no hizo mas que asegurar las tierras de la Iglesia, que el emperador no podia defender contra la rapiña de los lombardos, y ciertamente tenia derecho para hacer esto.* (*N. del T.*)

conservado las circunstancias del hecho; y las crónicas del tiempo se limitan á decir concisa é indiferentemente, que los francos reunidos en Soissons depusieron á Childerico con permiso ó con órden del papa, y dieron la corona á Pipino. El padre Daniel es el único historiador que refiere, con mas probabilidad que certidumbre, lo que pasó en aquella célebre asamblea. Segun él, los señores mas adictos al duque de Francia, ponderando las hazañas de la familia de Pipino, la gloria de Cárlos Martel y la derrota de los sarracenos, representaron con energía al pueblo los peligros que le amenazaban por el fanatismo de los musulmanes, por el espíritu turbulento de las naciones tributarias y por la ambicion de sus gefes orgullosos. La esperiencia habia probado cuán dificil era exigir de ánimos tan belicosos sincero respeto y sumision durable á reyes despreciados é incapaces de gobernar. El único remedio de los males que afligian á Francia, era reunir el poder al mérito, y la autoridad á la gloria. «Es necesario, en fin, decian, suplicar al duque de los franceses que asegure la felicidad pública, uniendo á su poder la dignidad real; y todos debemos reunir nuestros esfuerzos para vencer su modestia, virtud tan hereditaria en su familia como el valor.» «Esta grande cuestion, añadian los partidarios de la revolucion proyectada, se ha examinado maduramente bajo el aspecto moral como bajo el aspecto po-

lítico; y el consentimiento del papa á una mudanza, tan útil para Francia, basta para disipar todos los escrúpulos.» El sacerdote Lulio, Burchardo, obispo de Wurtzburg, y Fulrado, abad de san Dionisio, enviados antes á Roma, publicaron en la asamblea la respuesta del papa Zacarías. La decision de la santa Sede fue, que «era justo y conveniente dar la dignidad real al que egercia ya el poder en toda su plenitud.» Así el papa aconsejó, y segun Eginardo, mandó la deposicion de Childerico y la exaltacion de Pipino. Este dictámen, sostenido por el arzobispo de Maguncia, fue aprobado por los leudes, los obispos y el pueblo. Eligieron á Pipino y le elevaron sobre el escudo; y el santo arzobispo Bonifacio puso la corona sobre la frente del nuevo rey. El indolente é insensato Childerico fue degradado: un decreto de la junta de los franceses le obligó á cortarse el cabello y tomar el hábito de monge en el convento de Sethien ó de san Bertin en Omer, ciudad de Artois. Allí murió dos años despues. Se cree que tuvo un hijo llamado Teodorico ó Tierry: este príncipe, absolutamente olvidado despues, perdió el cabello, y fue encerrado en el convento de Fontenelle. En Tierry se estinguió la familia merovingia que habia reinado 334 años, desde 418 hasta 752. El advenimiento de Pipino al trono fue una violacion manifiesta de las leyes de la monarquía; pero la ley de la necesidad, superior á todas

las otras, hizo inevitable esta revolucion.

Desde el momento que los francos se establecieron en Galia, el gobierno del reino, bajo la primera dinastía, tuvo siempre el funesto sello de la violencia y la conquista. Los vencedores, para vivir seguros en medio de los vencidos, no conocieron otro sistema que el militar. El pueblo franco presentaba siempre el espectáculo de un ejército, cuyos reales se habian estendido á toda Galia: cada gefe de tribu fue su general en la guerra y su juez en la paz. La fuerza de los caudillos, la obediencia de los soldados y la fidelidad de los leudes dieron por algun tiempo á la nacion subyugada cierta tranquilidad que suavizaba la servidumbre. Llevóse la guerra á Germania, y sus tribus temblaron y se sometieron á las armas de Francia. Pero en breve las querellas domésticas de los reyes, su crueldad, y sobre todo su debilidad, volvieron á sumergir las Galias en todas las calamidades de la anarquía y del despotismo. Todos temian: ni hubo asilo seguro, ni hombre cierto de conservar su vida, sus bienes ni su libertad: la fuerza era el único recurso contra la injusticia. Así cada montaña, cada peñasco se coronó de una fortaleza, construida para defenderse de las invasiones estrangeras y de las hostilidades interiores. Allí desde lo alto de las almenas se burlaban los señores de la autoridad de las leyes, y de los monarcas: semejantes á las aves de rapiña, no bajaban

á la llanura sino para cometer espantosos latrocinios. Todos los derechos se violaban: los desórdenes de la barbarie sucedian á los goces de la vida social. La parte mas numerosa y útil del pueblo gemia en esclavitud; y la suerte de los pobres, aunque fuesen libres, se diferenciaba muy poco de la de los siervos. El inocente desvalido solicitaba en vano la proteccion de las leyes, y ningun juez se atrevia á castigar al criminal armado. Los reyes, despojados de su poder, no podian hacer respetar la justicia; y el mismo gobernador de palacio, que usurpó la autoridad real, si reunia bajo sus banderas á los nobles sus iguales, era con la triste condicion de autorizar sus usurpaciones y violencias, y de repartir con ellos los despojos de la corona destrozada. Asi las ciencias y letras, asustadas, vieron estinguirse enteramente su antorcha. «En cuatro siglos, dice Robertson, no produjo toda Europa un solo escritor que merezca ser leido ó por la elegancia del estilo, ó por la exactitud ó novedad de las ideas; y apenas se citará una sola invencion útil ó agradable á la sociedad, que honre aquellos tiempos.» Los pueblos, sumamente desgraciados, huian de la luz, que solo podia servirles para hacerles ver el inmenso abismo en que habian caido. «El estado peor de la sociedad humana, añade Robertson, es aquel en que los pueblos han perdido su independencia y la sencillez de sus costumbres primitivas, sin

haber llegado á cierto grado de civilizacion, en que el sentimiento de la justicia y del honor sirva de freno á las pasiones crueles y feroces. Y asi es, que en la historia de los tiempos que acabamos de pintar, se encuentra mayor número de acciones atroces capaces de sorprender y horrorizar la imaginacion, que en ninguna otra época de los anales europeos (1).»

Solamente el cristianismo oponia un ostáculo poderoso á la ferocidad de las costumbres bárbaras, esperando la época de subyugarla. Consolaba y protegia eficazmente á los débiles; aterraba á los malvados poderosos; daba asilos á las reliquias de la sabiduría griega y romana; cultivaba las artes útiles, y oponia el influjo de la inteligencia y la moral á la fuerza brutal de las armas. Los filósofos del siglo XVIII han acusado al clero de estos siglos de haber adquirido poder y riquezas: como si aquel y estas no fuesen consecuencias necesarias de la superioridad de sus luces y virtudes. Los bienes del clero eran el único tesoro de los desgraciados é infelices que gemian bajo el yugo de

(1) *Robertson exagera visiblemente. Las guerras civiles de la república romana, los reinados de los emperadores perversos, la historia de los sucesos de Alejandro son mil veces mas horribles que las violencias de los francos, visigodos y lombardos. (N. del T.)*

los poderosos: los tribunales eclesiásticos administraban justicia con ilustracion é integridad: los obispos eran los que sabian la verdadera política, que es la que se enlaza con la virtud, y aborrece la fuerza. La ley del universo moral es que los menos instruidos obedezcan á los que saben mas. Los prelados, con muy pocas escepciones, solo empleaban sus bienes en socorrer á los indigentes, sus luces en reformar los males del estado y de la Iglesia, su influjo en disminuir las calamidades públicas, y su celo en conservar intacto el espíritu religioso, que habia de sacar á los pueblos del abismo en que los sumergió la conquista. No es estraño, pues, que adquiriesen tanta autoridad; pues era necesaria á las naciones para conservar su existencia social, comprometida por la ferocidad de los monarcas y la ambicion de los grandes. El genio de Cárlos Martel brilló como un relámpago enmedio del caos universal. Pero si dió alguna vida á Francia con el vigor de su gobierno y el esplendor de sus victorias, acabó quizá de completar la desorganizacion del estado. Los reyes, prodigando sus dominios en beneficios, habian perdido la autoridad. Cárlos, para recobrarla, confiscó los bienes de sus enemigos, y se apoderó de los de la Iglesia: violencia que produjo los mayores desórdenes. Las sillas de Reims, Leon y otras muchas ciudades quedaron sin obispos. Como para Cárlos el ejército era toda la nacion, y no conocia

mas ciudadanos que los soldados, muchos sacerdotes, por no ser despojados, se dedicaron al servicio militar. Cubríanse del yelmo, asi como muchos oficiales recibieron de Cárlos la mitra: los beneficios eclesiásticos vinieron á ser hereditarios en cierto modo: entraban en el comercio: se repartian como los demas bienes de familia: en algunos inventarios se vendieron iglesias, altares, campanas, cálices, cruces y reliquias; en fin, se daba algunas veces en dote á una doncella un curato, cuya renta y obvenciones daba en arriendo. Asi todo se confundió en el estado. En Francia no se veian mas que reyes cautivos y sin poder, un gobernador soberano sin derechos, señores sin freno, sacerdotes despojados y espuestos á perder sus costumbres, y un pueblo sin protector. O el reino habia de perecer, ó una autoridad nueva le habia de sacar de esta confusion, organizando la anarquía feudal.

Pipino se atrevió á esta empresa, y la logró. Pero receloso aun despues del triunfo, y poco satisfecho de ser elegido por los grandes que se sometian con disgusto á un igual suyo, el pavés de sus predecesores no le pareció suficiente apoyo. Conociendo la influencia del clero sobre la nacion, determinó que fuese el altar cimiento de su trono. Los obispos le aconsejaron renovar la antigua costumbre de los hebreos; y san Bonifacio, nuevo Samuel, ungió la frente del nuevo David. Pipino esperó que con esta

sancion religiosa, sustituyéndose la fuerza moral á la de las armas, seria mas respetado el ungido del Señor que el leude elegido y el soldado coronado. Montesquieu se engaña cuando dice que la consagracion de Pipino solo fue una ceremonia de mas. Esta ceremonia indicaba dos cosas esenciales: una, la intervencion de la religion en el estado, como principio político: otra, la ruina del imperio de la fuerza, único fundamento de la primer dinastía y el reinado del derecho, comenzado bajo los auspicios de la moral y de la religion.

CAPITULO ADICIONAL.

Historia de España hasta la ruina del imperio de los visigodos.

Habiendo descrito en este tomo la conquista de Galia por los francos, y la fundacion de la monarquía francesa, parece natural añadir á él la historia de los visigodos, que fue la nacion mas poderosa de todas las que desposeyeron de Galia Clodoveo y sus descendientes, desde sus principios hasta su ruina por los árabes: época en que empezó para los cristianos de España una nueva era, ó por mejor decir, una nueva sociedad, y otra historia que merecerá un lugar distinguido en los anales del universo, y que escribiremos aparte. Pero antes de hablar de los visigodos, será necesario, aunque con la concision que exige la naturaleza de nuestra obra, dar noticia de los principales sucesos ocurridos en España desde los tiempos mas remotos hasta el establecimiento del imperio de los visigodos. Este capitulo se dividirá en cuatro secciones. La primera comprenderá la historia de la España primitiva hasta el principio de la conquista de los

romanos por la espulsion de los cartagineses: la segunda desde los tiempos de Escipion, el primer africano, hasta Ataulfo, intervalo que comprende la conquista y dominacion de los romanos: la tercera desde Ataulfo hasta Recaredo, en cuyo tiempo abjuraron el arrianismo los visigodos; y la cuarta desde Recaredo hasta la conquista de la península por los árabes.

Seccion Primera.

Historia de España hasta la espulsion de los cartagineses.

Origen de los españoles. Espedicion de los sicanos á Sicilia. Espedicion de los celtas. Colonias de los griegos en España. Venida de los fenicios á España: fundacion de Cádiz. Conquista de Ibiza por los cartagineses. Guerra entre los fenicios y los tartesios. Principios del imperio cartagines en España. Toma de Cádiz por los cartagineses. Espedicion desgraciada de los cartagineses contra las Islas Baleares. Guerra entre mauritanos y cartagineses. Espediciones de Himilcon y Hannon. Fundacion de Ampurias por los marselleses. Amilcar Barca, gobernador de España por los cartagineses. Asdrúbal, gobernador de España. Annibal, gobernador de España. Ruina de Sagunto. Espedicion de Annibal á Italia. Victorias de Gneyo y Publio Escipion en España. Batalla de Ilorcis: muerte de los Escipiones en España. Conquista de Cartago nova por Escipion.

ORÍGEN *de los españoles*. Atribúyese generalmente á Tubal, hijo de Jafet, y nieto de Noé, la poblacion de España. Como los fenicios, griegos, cartagineses y romanos no arribaron á las playas de esta península hasta muchos siglos despues de su poblacion, sus historiadores no pudieron dar noticias exactas acerca de los sucesos que antecedieron á su llegada; pero un hecho solo basta para demostrar cuál fue la situacion de los españoles en aquellos tiempos primitivos. Los fenicios, que fueron el primer pueblo conocido de la antigüedad que empezó á comerciar con la península, halló á los españoles en el primer grado de la civilizacion; es decir, cultivaban la tierra, tenian gefes, ó se gobernaban republicanamente; pero se hallaban divididos en un gran número de naciones ó tribus, y no conocian aun ni los deleites refinados de la sociedad civil, ni los tormentos de la ambicion y la avaricia. Esto prueba invenciblemente contra la fundacion de una primitiva monarquía en España, cuyos reyes fabulosos nombran algunos historiadores, y citan sus hechos con tal seguridad, como si hubiesen asistido á sus palacios. En nuestro dictámen Gerion, Híspalo, Héspero, Atlante, Síeulo, Abides y Argantonio, si reinaron en España, fueron régulos de algunas tribus cercanas á las playas, ó aventureros de otras naciones que fundaron ciudades en las costas, y se llama-

ron reyes. No quitemos su autoridad á los escritores griegos y latinos, que citan aquellos nombres y algunos hechos aislados; mas no creamos que hubo en la España primitiva el grado de civilizacion necesario para fundar grandes monarquías, cuando en tiempos posteriores los fenicios, griegos, cartagineses y romanos la encontraron todavía bárbara y dividida. La grande seca que, segun dicen, asoló á España, despues del reinado de Abides, y que acabó con gran parte de la poblacion y con la monarquía, nos parece una fábula muy semejante á la que se cuenta de aquel rey prodigioso.

Añádase á esto el diferente grado de civilizacion en que los fenicios y griegos hallaron á los españoles: en las costas, humanos, sencillos, tratables, fáciles de incitar al comercio con los estrangeros, y aun de someterse á su autoridad. Homero pone los campos Eliseos y el siglo de oro en los hermosos llanos que riega el Guadalete. Pero los pueblos del interior de las tierras eran ásperos, feroces, intolerantes de yugo, pertinaces defensores de su independencia. Asi los hallaron Amílcar y Annibal: asi mucho tiempo despues Escipion Emiliano y los cónsules vencidos por Viriato: asi Augusto, que á pesar de una guerra cruel en Cantabria, hubo de contentarse con un simulacro de subyugacion. Los idiomas que se hablaban en España eran diversos; varias las terminaciones de sus pueblos y ciudades: no es

posible, pues, concederles una civilizacion antigua y uniforme, y por consiguiente ni un imperio vasto y estendido. España estuvo dividida en sus principios en un gran número de tribus sometidas, primero al gobierno patriarcal, despues á gefes ó caciques, y en algunas partes á un régimen republicano. Esta es la suerte de todos los pueblos primitivos en el primer periodo de su civilizacion; mas no se halla vestigio en ningun autor de algun pueblo, héroe ó monarca de España, que en aquella época hubiese emprendido conquistar á sus vecinos ni fundar una estensa monarquía.

El carácter político de los españoles fue y ha sido siempre en lo interior, *el amor de la independencia*; en lo esterior, *el desprecio de las conquistas*. Acaso no haya habido una nacion menos aficionada á acometer la libertad agena; pero tampoco ha habido ninguna que haya defendido mejor la suya propia. Este es un hecho histórico: atribúyase, si se quiere, á un instinto de justicia, propio de la nobleza del carácter español; ó á las dificultades que ofrece para hacer y conservar conquistas lejanas un pais, terminado naturalmente por los dos mares y el Pirineo; ó á la fertilidad y riqueza del suelo y apacible temple del clima, que ofreciendo satisfaccion á todas las necesidades y placeres de la vida, destruye uno de los grandes incentivos que tienen las naciones para acometer la independencia de las otras; ó en fin,

al orgullo nacional, apreciador de sus cosas, y que se cura poco de las agenas. El hecho es, que los españoles han defendido siempre valerosísimamente su territorio, y solo una vez, en la época de Fernando el católico y Cárlos V, emprendieron ser conquistadores. Es verdad que entonces obtuvieron y conservaron por dos siglos un gran dominio sobre la política europea, se hicieron señores de un nuevo mundo, y cortaron al águila otomana una de las dos garras con que amenazaba destrozar la Europa.

Espedicion de los sicanos á Sicilia. (A. M. 2740. A. J. 1264.) La única espedicion estrangera, que consta con alguna probabilidad, hecha por los españoles á paises lejanos, es la de los sicoros y sicanos, pueblos habitadores de las orillas del Sícoris, hoy Segre, en Cataluña, á Sicilia é Italia. El gefe de esta espedicion fue Sículo, á quien los defensores de una primitiva monarquía española suponen hijo y sucesor de Atlante, rey de España; y dicen que pasó á Italia, donde ya Atlante habia ido con un ejército para tomar posesion de aquel pais. Arrojado por la tempestad á la isla de Trinacria, venció á los lestrigones, primitivos habitantes de ella, y la dió el nombre de Sicilia, Sicania ó Sicoria, ó por su nombre, ó por el de los pueblos que mandaba. Pasó despues á Italia, donde auxilió á su hermana Roma para la fundacion de la gran ciudad de este nombre, de la cual, segun estos his-

toriadores, Rómulo no fue mas que reedificador. Ultimamente venció y arrojó de Toscana á Dardano, que huyó, segun las tradiciones poéticas, á las playas del Helesponto, donde fue uno de los fundadores de la soberbia Troya. De esta narracion lo único que nos parece verosimil es una emigracion de los sicanos á Trinacria; y este suceso, segun todas las probabilidades, pertenece á la época de la fundacion de Atenas por Teseo.

Espedicion de los celtas. Es indudable la existencia de un pueblo antiguo que ocupó todo el occidente europeo, no tanto por medio de la conquista, como poblándolo. Este pueblo fueron los celtas, padres de los galos, bretones, españoles y germanos. Es desconocido su origen primitivo, el órden y las épocas de sus emigraciones: solo se sabe que se encuentran vestigios de su idioma hasta en el griego y el latin. Ignórase tambien la época de su venida á España, y aun se disputa si fueron oriundos de ella, y atravesaron el Pirineo para conquistar ó poblar la Galia. Si atendida la escasez de noticias exactas, y enmedio de las tinieblas que cubren los orígenes de los pueblos, puede fiarse algo de las congeturas probables, parece que siendo la direccion natural de la poblacion de Europa de oriente á occidente, debió poblarse Galia antes que España; y por consiguiente, que los celtas vinieron de aquel pais á la península. La época de esta

emigracion podria fijarse, no sin verosimilitud, poco antes ó poco despues de la emigracion de los sicanos.

Sea como fuere, nosotros encontramos vestigios del pueblo celta en el último confin del Algarbe de Portugal, en las estremidades occidentales de Galicia, y en las orillas del Ebro. El cabo de Finisterre, entre otros muchos nombres, tuvo el de promontorio céltico. Un pueblo, llamado celta, recorrió todo el occidente de España; y los habitantes de lo que hoy es el reino de Aragon, conservaron por muchos siglos el nombre de celtíberos, que quiere decir *celtas del Ebro*.

Puede creerse que en esta época la poblacion de España constaba de dos especies de habitantes: los aborígenes ó primitivos pobladores de la península, y los pueblos de origen céltico. Entre los aborígenes merecen el primer lugar los cántabros ó habitantes de las playas del Océano cantábrico y de las vertientes occidentales del Pirineo, pueblo que ha conservado hasta nuestros dias sus antiquísimas costumbres, régimen é idioma, sin haberse mezclado con ninguna nacion, como prueban los nombres vascongados de casi todos los pueblos, ni haber sido subyugados por romanos, godos ni árabes. Su lengua tiene todos los caracteres de primitiva, sonidos correspondientes al genio é índole de los que la hablaban, y á la posicion montuosa y marítima del pais: for-

mas regulares y sencillas en la etimología y sintaxis; y sobre todo, significacion en las voces compuestas, de tal modo, que basta pronunciar un apellido vascuence para que el inteligente en esta lengua adivine al momento todos los accidentes del sitio donde está el solar de aquella familia. Algunos escritores, fundados en la significacion que tienen en vascongado muchos nombres antiguos de rios, montañas y provincias de España, han sostenido que este idioma fue el primitivo y general de toda la península. Pero aunque adoptemos esta opinion, es fuerza confesar que la venida de los celtas alteró mucho el lenguage, introduciendo nuevas voces y construcciones.

Mayor fue probablemente la alteracion que sufrió entonces la religion primitiva de los españoles, de la cual no queda otro vestigio que el nombre con que se designa el Ser supremo en el idioma vascongado, y que significa *el Señor de arriba ó del cielo*: prueba clara de haberse alterado poco entre los aborígenes la religion natural de los patriarcas. Pero esta sencillez debió dar lugar á la idolatría y supersticiones crueles de los celtas, aunque han quedado muy pocos vestigios de ellas en España, en cuya historia no se hace mencion de druidas, ni de sacerdotisas ni de bosques sagrados. Es probable que la venida de las colonias griegas y fenicias, y el comercio contínuo de los españoles con estos estrangeros, no dió tiempo á la

religion druídica para arraigarse en la península, cuyos habitantes gustaron mas de las fábulas agradables y de la pompa festiva de la religion griega, que de los dogmas tristes y sanguinarios de los pueblos septentrionales. Refieren los antiguos historiadores, que era costumbre antiquísima de los españoles disparar flechas al cielo cuando tronaba, para libertar á su Dios del enemigo que le acometia, segun pensaban, con aquel estruendo. Esta costumbre sola pinta el carácter religioso y guerrero de la nacion: eran al mismo tiempo buenos amigos, fieles á sus promesas y constantes en sus determinaciones hasta la pertinacia.

Colonias de los griegos en España. (A. M. 2.900. A. J. 1.104.) Despues de la ruina de Troya y la segunda guerra de los heraclidas en el Peloponeso, comenzó entre los griegos, muy desgraciados en su pais, la costumbre de emigrar á las demas regiones situadas en el Mediterráneo. Las costas del Asia menor, de Tracia y Macedonia, las de Sicilia é Italia, y últimamente las de España, se llenaron de colonias helénicas, compuestas de emigrados y caudillos, á quienes las guerras y revoluciones de Grecia obligaban á abandonar su patria y á llevar á paises lejanos su culto y su civilizacion todavía muy imperfecta. Estas colonias, aunque emancipadas de sus metrópolis, conservaban sin embargo hácia ellas respeto filial y relaciones íntimas de hospitalidad y comercio. Su

llegada á las costas de España, y sus diversos establecimientos contribuyeron notablemente á aumentar la civilizacion é industria de las tribus vecinas con los progresos rápidos que hacian los pueblos griegos, y que el trato no interrumpido comunicaba á sus colonias, y estas á los españoles.

Es muy dificil señalar la época de la fundacion de las colonias griegas en España, y aun cuáles fuesen; porque se han inventado sobre sus orígenes muchas fábulas, ya por la semejanza del nombre, ya por otras razones igualmente débiles. Se ha escrito, por ejemplo, que Olissipo, hoy Lisboa, fúe edificada por Ulises: Tide, hoy Tuy, por Diomedes, hijo de Tideo; y el puerto de Mnesteo, hoy de Santa María, por Mnesteo, caudillo de los atenienses en el sitio de Troya.

Con mas certidumbre se asegura, que Sagunto, tan célebre por su fidelidad y su infortunio, fúe fundacion de los griegos de Zacinto, los cuales edificaron tambien algunos años despues á Dianio, hoy Denia, colocada mas al sur en la costa de Edetania. Esta ciudad tomó su nombre del famoso templo de Diana que construyeron los colonos griegos. Nebrisa, hoy Nebrija; Abdera, hoy Almería, y Heraclea, hoy Gibraltar, fueron tambien colonias griegas, cuyo establecimiento atribuyen á Baco y á los argonautas ciertos escritores empeñados en que todos los hombres famosos de la Mitología y de la historia antigua hayan venido á España; lle-

gando á tal punto esta manía, que á pesar del silencio de los historiadores sagrados y contra todas las probabilidades históricas, quieren y sostienen que Nabucodonosor vino á España y edificó á Toledo.

Mas auténtica es la llegada de los de Rodas á la costa de Laletania, en la cual fundaron la ciudad de Rhodas, hoy Rosas, y fueron los que mas contribuyeron á la civilizacion de los pueblos septentrionales de la España oriental, enseñándoles las artes del comercio y navegacion.

Estas son las principales colonias que los griegos edificaron en España. A esta region, que hasta entonces no tuvo nombre general, le pusieron dos, que fueron Hesperia é Iberia. El primero quiere decir *pais occidental*, y los mismos griegos lo habian dado ya á Italia antes de que conociesen nuestra península. Dispútase acerca del orígen del segundo nombre. Unos lo deducen del rio Ibero, palabra vascongada, y este orígen nos parece mas probable: otros de Iberia, hoy Georgia, provincia colocada al pie del Cáucaso, desconocida de los griegos hasta la guerra con los persas, y cuyas relaciones con España son difíciles de asignar, y mas difíciles de demostrar.

Venida de los fenicios á España: fundacion de Cádiz. (A. M. 2.981. A. J. 1.023.) Los fenicios, que desde la mas remota antigüedad habian cultivado el comercio y la navegacion, á que los convidaba la estre-

chez y posicion de su pais, comenzaron á estender sus viages y especulaciones á proporcion que los griegos, civilizando las costas del Mediterráneo con sus colonias, enseñaban á producir riquezas que trocar. Parece que su primer espedicion en España fue á las costas de Cataluña, cercanas á los Pirineos. La riqueza de la península en metales preciosos era tanta, que en un incendio de estas montañas corrieron el oro y la plata liquidados como si fuesen arroyos, y los fenicios, cuando volvian á Tiro, llevaban anclas de estos metales; así á lo menos lo refieren autores antiguos; y aunque estos hechos sean falsos, prueban no obstante la opinion que de las riquezas de España se tenia, bastante justificada con las sumas inmensas que de ella sacaron, durante tantos siglos, fenicios, cartagineses y romanos.

Pero la escala principal del comercio de los fenicios era el mediodia de España, como mas próximo á las costas de Africa, por cuyo mar pasaba el derrotero directo desde Tiro, y en cuyos golfos habian edificado los fenicios colonias muy importantes y opulentas, entre ellas Túnez, Utica y Cartago, á la cual engrandeció despues la célebre Dido. El emporio principal que edificaron en las playas de Andalucía, fue Cádiz. Construyéronla en una isla, llamada antes Eritrea, que á semejanza de Tiro estaba casi unida al continente, formando uno de los puertos mas capaces y seguros del mundo.

Edificaron tambien en la misma isla un templo á Hércules, que fue de los mas famosos de la tierra; y estendieron el culto de los dioses de oriente entre los pueblos turdetanos, que ocupaban lo que hoy se llama reino de Sevilla, y á quienes se atribuye desde la mas remota antigüedad poesía y literatura conservada por medio de ciertos signos hechos con cuerdas anudadas. El orígen fenicio de los nombres ha movido á atribuir á los comerciantes de Tiro la fundacion de Malaca (hoy Málaga), de Tarteso, hoy Tarifa, y que dió su nombre á toda la provincia, llamada entonces Tartesia, y de Híspalis, hoy Sevilla. Creese tambien, con bastante fundamento, que el nombre de Hispania, de donde se deriva el actual de España, fue impuesto por los fenicios, de quienes lo tomaron cartagineses y romanos, derivándolo de una voz fenicia, que significa *conejo*, por ser este animal sumamente comun en España, sobre todo en Andalucía. Se confirma esta opinion con muchas medallas antiguas en las cuales se representa esta region en figura de una matrona, cuya mano despide influjos y esplendores sobre un gran número de conejos que pacen á sus pies.

Dueños los fenicios de puestos tan ventajosos para el comercio y la navegacion, hicieron grandes espediciones en el Océano occidental, hácia el norte hasta las islas Británicas, hácia el sur siguiendo las costas de

Africa, segun dicen algunos, hasta dar vuelta á toda ella; y reconocidas las Indias, volver por el mar Rojo á Palestina, cuyos reyes David y Salomon fueron aliados y amigos de Tiro. Pero no nos parece verosímil esta navegacion al rededor del Africa; pues no era posible que los cartagineses, herederos de los fenicios en la habilidad náutica, y superiores en fuerzas marítimas, hubiesen dejado perder la única carrera de Indias que para ellos habia, si hubiese sido conocida. Es mucho mas probable que las flotas de Salomon, dirigidas por los fenicios, salian para el *Ofir* ó Quersoneso de oro, situado en la India oriental, del puerto de Asiongaber, situado en la cabeza del mar Rojo, y volvian á él al cabo de tres años, á causa de los grandes continentes que les era preciso costear para llegar al término de su viage. Pero de cualquier manera es cierto que los fenicios, abrazando en sus especulaciones mercantiles desde España hasta los mares del Ganges, adquirieron riquezas inmensas, y fueron uno de los pueblos mas opulentos de la antigüedad.

Conquista de Ibiza por los cartagineses. (A. M. 3.384. A. J. 620.) Mientras los fenicios eran dueños del comercio del mundo, Cartago, colonia de Tiro, empezaba á aspirar al dominio del Mediterráneo. Tiro, mas comerciante que belicoso, enriquecia y civilizaba los pueblos. Cartago, que empezó á engrandecerse conquistando las tribus de

Africa, convecinas suyas, aspiraba á subyugar, sin renunciar á las ventajas que le ofrecian las riquezas adquiridas por el comercio. Sus guerras ostinadas en Córcega, Cerdeña y Sicilia, hasta que se hicieron señores de estas islas, de donde despues los echaron los romanos, se han contado ya en el tomo III de esta obra.

Pero antes emprendieron la conquista de las Baleares, cuyos habitantes eran estimados como los mejores honderos del Mediterráneo. Lograron apoderarse de Ebuso, hoy Ibiza; pero fueron rechazados de la Balear mayor, hoy Mallorca, por la valerosa resistencia que les opusieron los mallorquines, avisados á tiempo de la invasion y auxiliados por los saguntinos, que comerciaban con ellos, y que ni querian perder las ventajas que este comercio les producia cediéndolas á los cartagineses, ni tener cerca de su casa enemigos tan poderosos.

Guerra entre los fenicios y los tartesios. (A. M. 3.423. A. J. 581.) Los fenicios de Cádiz, no contentos con las riquezas que el comercio de Bética les proporcionaba, aspiraban á estender su señorío en los pueblos circunvecinos. Era á la sazon gefe de los tartesios Argantonio, que si se ha de creer al poeta Silio Itálico, llegó hasta la edad de 300 años. Su valor y prudencia no solo libertaron á los tartesios del yugo de los comerciantes estrangeros, sino quitó tambien á los fenicios casi todo lo que poseian, y los

dejó reducidos á la ciudad de Cádiz. No les fue posible ni vengar la derrota, ni continuar por entonces sus proyectos de dominacion, á causa de que se vieron obligados á enviar gran parte de sus fuerzas al Asia en socorro de Tiro, estrechada entonces por Nabucodonosor II, rey de los asirios.

Cerca de medio siglo despues, muerto Argantonio, y aumentadas las fuerzas y riquezas de los fenicios de Cádiz, renovaron la empresa de estender su dominio por las llanuras de Andalucía. Valieronse para ello del pretesto de la religion, y pidieron licencia á los turdetanos para edificar un templo á Hércules en obedecimiento de un oráculo recibido en sueños. Alcanzado fácilmente el permiso de aquella gente candorosa y sin doblez, construyeron el templo, y junto á él la ciudad de Sidon, hoy Medina Sidonia, cuyo nombre los recordaba la antigua Sidon de Fenicia, metrópoli de su nacion. Fortificados en ella, empezaron á hacer guerra á las poblaciones comarcanas, llevándolas á sangre y fuego, y recibiendo bajo su señorío á las que rescataban su ruina con la sumision. Baucio Capeto, gefe de los turdetanos, viéndolos reducidos á tanta calamidad, los incita á la defensa de su libertad, los apellida á las armas, marcha contra los fenicios, los arroja de los territorios usurpados, los sitia en Sidon, se apodera de esta plaza sin dejar vivo á uno solo de los que se habian refugiado á ella, y la reduce á ce-

nizas juntamente con el templo. Este héroe fue el primer capitan español cuyo nombre conste de la historia: dejó á sus descendientes el ejemplo, nunca olvidado, de pelear por la independencia de su patria.

Principios del imperio cartagines en España. (A. M. 3.488. A. J. 516.) Los fenicios, encerrados en la isla de Cádiz por el valor de los turdetanos, no hallaron otro medio de salvacion que implorar el socorro de Cartago, ciudad tiria tambien, constantemente aliada de la colonia española, y dominadora entonces en la parte occidental del Mediterráneo. El senado de Cartago envió el socorro pedido: Maharbal, con gruesa armada y poderoso ejército de desembarco, se presentó en los mares del estrecho de Hércules, apresó muchas naves españolas, desembarcó en Cádiz, y construyendo un fuerte en la parte oriental de la isla para que sirviese de cuartel á las tropas auxiliares, pasó al continente, taló las campiñas y edificó fortalezas en los lugares oportunos para dominar el territorio.

Baucio volvió á ponerse al frente de los suyos, y con él la victoria. Sorprendió de noche una de las fortalezas de los enemigos, cercana á Turdeto, capital de la nacion, que estaba situada en la llanura que baña el Guadalete, entre los sitios que hoy ocupan Arcos y Jerez. Apoderóse del castillo, y pasó á cuchillo toda su guarnicion, escapándose solamente el general Maharbal y algunos po-

cos. Los cartagineses, conociendo el temple de los enemigos con quienes tenian que pelear, acudieron á sus artes acostumbradas, y lograron por la astucia lo que no les fue posible por la fuerza. Enviaron embajadores á Turdeto, que pidiesen treguas, prometiéndoles amistad y buena vecindad, y asegurándoles que su venida era solo á vengar el desacato cometido contra la religion en el incendio del templo de Sidon, del cual sabian no tener culpa alguna los de Turdeto. Hiciéronse las treguas; mas los cartagineses no dejaron de pelear contra los otros pueblos, de talar sus campos, de subyugarlos. Muchas veces los españoles tomaron las armas para vengar las injurias. Cuando su ejército era numeroso, los cartagineses echaban la culpa de los insultos pasados á la licencia de la soldadesca, prometian satisfaccion, y continuaban sin embargo la guerra enmedio de una paz aparente. Baucio murió, y en él el defensor mas enérgico de la patria: los diversos pueblos de Bética, dejando destruir á los convecinos, y no tomando las armas hàsta que eran acometidos, fueron sucesivamente subyugados. Asi la astucia y perseverancia por una parte, y por otra el descuido, la confianza y la desunion, dieron origen al imperio cartagines en España.

Toma de Cádiz por los cartagineses. (A. M. 3.504. A. J. 500.) Pero este imperio no tenia aun capital. Necesitaban ser dueños de Cádiz, y para lograrlo empezaron á sem-

brar discordias entre los fenicios y los habitantes españoles de la isla. Los fenicios, indignados, acometieron improvisamente á sus nuevos enemigos, y los obligaron á encerrarse en el fuerte que tenian en la isla. Desde él, habiendo recibido refuerzos de las guarniciones del continente y de los españoles aliados, que militaban ya á su sueldo, pasaron á poner sitio á Cádiz; y como eran dueños del mar y de la tierra, dentro de pocos meses la obligaron á capitular.

Cartago sostenia entonces guerras continuas en África, Cerdeña y Sicilia; y asi los cartagineses de España, reducidos á sus solas fuerzas, y advirtiendo la indignacion que habia causado en los ánimos de los españoles su conducta pérfida con los fenicios, procuraron borrar la memoria de su alevosía, tratando con suma dulzura á los aliados, y facilitándoles por medio del comercio los goces y ventajas de la civilizacion. Asi, no solo conservaron lo que ya tenian, sino estendieron en gran manera su señorío.

Espedicion desgraciada de los cartagineses contra las Islas Baleares. (A. M. 3523. A. J. 481.) La posesion de las dos Baleares mayor y menor era muy importante para Cartago, tanto por quitar á los saguntinos un mercado lucrativo, como por ligar sus posesiones de España con las de Cerdeña y Sicilia; y asi, apenas la guerra que Darío, rey de Persia, declaró á los griegos, permitió á los cartagineses, empeñados con las co-

lonias griegas de esta última isla, alguna libertad para atender á las cosas de España, enviaron una armada á las Baleares con el intento de subyugarlas; mas fueron rechazados por los valientes honderos de dichas islas, y pasaron á Cádiz á reforzar con aquellas tropas el ejército cartagines de España.

Guerra entre mauritanos y cartagineses. (A. M. 3535. A. J. 469.) Safon, enviado por gobernabor á Cádiz, hizo guerra á los mauritanos, enemigos entonces de Cartago, y desembarcó en las cercanías de Tingi, hoy Tanger, con su ejército, en el cual militaban 3.000 españoles auxiliares. Los mauritanos, aliados antiguos de los pueblos béticos, enviaron embajadores á España á quejarse de esta infraccion de la buena correspondencia, y las tropas españolas abandonaron los reales de Safon, hecho antes el concierto de que los mauritanos no auxiliasen á los enemigos de Cartago en el continente de Africa. Mas como no cumpliesen este tratado, Safon volvió al Africa con nuevas tropas de españoles, los cuales le prometieron auxiliarle, no contra los mauritanos de Tingi, sus aliados, sino contra los demas pueblos que peleaban contra Cartago. Safon se internó, pues, en Africa, venció á los enemigos de su república, cogidos entre dos ejércitos, el de Safon, y otro que salió de la misma ciudad, y dió fin á la guerra. Este suceso prueba que los españoles en aquella época no eran súbditos, sino aliados

de Cartago. Es verdad que la alianza de un pueblo bárbaro y débil con otro civilizado y poderoso no tardó mucho en convertirse en sujecion.

Espediciones de Himilcon y Hannon. (A. M. 3559. A. J. 445.) Sucedieron á Safon en el gobierno de Cádiz tres hermanos, parientes suyos, llamado Himilcon, Hannon y Giscon. En su travesía á España consiguieron por la astucia lo que tanto deseaban los cartagineses, que era poner el pie en las Baleares. Alcanzaron de los naturales permiso para construir factorías en la costa. Las factorías se convirtieron en castillos, y los castillos en plazas fortificadas que subyugaron el pais: una de ellas fue Magon, llamada hoy Mahon, en la isla de Menorca. Esta conquista les fue muy útil, no solo para su comercio y fuerza marítima, sino tambien para reforzar sus ejércitos con los honderos valientes y habilísimos que reclutaban de aquellas islas.

Habiendo llegado á Cádiz emprendieron una espedicion digna de un pueblo atrevido y navegante. Dejando á Giscon el gobierno de la provincia, recorrió Himilcon toda la costa de España desde el estrecho hasta el cabo de Ortegal, y aun, segun algunos, hasta las islas británicas y Escandinavia, y Hannon las de Africa, hasta el golfo de Guinea. Estos dos viages de descubrimientos son los primeros de su especie que ha conservado la historia; pues del de Scilax, griego de na-

cion, y almirante de Darío I, rey de Persia, desde el Indo hasta el golfo Pérsico, no poseemos descripcion alguna, aunque sabemos que se verificó. La fundacion de Braccara, hoy Braga, en el reino de Portugal, se atribuye generalmente á los cartagineses de algunos buques de la espedicion de Himilcon, que naufragaron entre las bocas del Duero y del Miño. El viage de Himilcon duró dos años, el de Hannon cinco.

Annibal, hermano de Safon, sucedió á Giscon en el gobierno de Cádiz. Fundó en una punta, llamada hoy de Arca, en el Algarbe, á dos leguas de Silves, una ciudad llamada Puerto de Annibal, cuyas ruinas dejó descubiertas la mar despues del terrible terremoto de 1755. Al mismo tiempo los turdetanos fundaron á Lucífero, hoy San Lucar, en la boca del Guadalquivir. Es probable que en esta época diese la civilizacion pasos agigantados en España, y que á ejemplo de los fenicios y cartagineses construyesen los españoles el gran número de ciudades que encontraron despues los romanos cuando se internaron en el pais; algunas de las cuales opusieron larga y terrible resistencia á sus legiones vencedoras del mundo. Pero nunca acertaron á reunirse y confederarse entre sí contra sus enemigos: antes bien estaban en perpétuas guerras unos con otros. En la época de que vamos hablando, menciona la historia dos: una de los túrdulos contra los sarrios, pueblos entrambos de

Lusitania; otra entre los lusitanos y turdetanos. Los cartagineses se aprovecharon de estas desavenencias, haciendo alianza con una de las partes beligerantes, asegurando la victoria con la superioridad de su táctica y de su política, y dominando definitivamente á unos y á otros. Este estado de guerra entre los pueblos españoles, y de observacion de los cartagineses para sacar utilidad de sus discordias, duró cerca de dos siglos, es decir, hasta el fin de la primera guerra púnica.

Dos eran los grandes beneficios que sacaban los cartagineses de España. El primero, las inmensas riquezas que el comercio con la península les producia: el segundo, el gran número de tropas españolas de infantería que alistaban á su sueldo, y que era sumamente apreciada, no solo por su valor y constancia, sino tambien por su sobriedad y disciplina. Valióse Cartago de esta milicia, reclutando cuerpos numerosos de españoles en la guerra que sostuvo en Sicilia contra los dos Dionisios, Timoleon, Agatócles, Pirro y los romanos. Para tener contentos á los españoles, y que les acudiesen con hombres, sin olvidar las ventajas del comercio, primer objeto de una república mercantil, declararon libres las ciudades de España, inclusa la misma Cádiz, y aun solicitaron la alianza y amistad de los saguntinos, bien que estos la rechazaron siempre como perjudicial á su comercio; y ominosa

á su libertad. En todo este periodo no se halla memoria mas que de un gobernador cartagines de Cádiz, que oprimiese á los pueblos y los vejase con tributos y exacciones; lo que dió motivo á los españoles á moverle guerra. Pero apenas se tuvo noticia en Cartago de aquel tumulto, se le dió sucesor, y se volvió á la buena armonía habitual. Este gobernador tiránico fue el célebre Hannon, que despues, aspirando á la tiranía en Cartago, y descubierta su conjuracion, sufrió el suplicio de cruz. Estos sucesos se verificaron un poco antes de la venida de Timoleon á Siracusa, y de las victorias que consiguió contra los cartagineses en Sicilia.

Fundacion de Ampurias por los marselleses. (A. M. 3671. A. J. 333.) La ciudad de Marsella, fundada por los foccos en la costa de Francia, no lejos de las bocas del Ródano, habiendo aumentado su poblacion y riquezas por el comercio, envió una colonia á las costas inmediatas de Cataluña, y se le dió el nombre de Emporio, hoy Ampurias, por ser escala del comercio entre España y la playa marítima de Galia sobre el Mediterráneo. Esta colonia produjo un efecto muy importante en lo sucesivo; porque adoptando, como su metrópoli, la alianza de Roma, que era entonces la potencia dominante de Italia, fue el primer conducto que hizo conocer en España á los conquistadores del mundo.

En esta misma época llenaba el oriente

Alejandro el grande con la fama de su nombre. Sabido es, que despues de conquistado el imperio de Persia, recibió en Babilonia embajadores de los pueblos occidentales de Europa, cuya amistad buscaba para volver sus armas contra Cartago, como lo hubiera hecho á no atajarle la muerte. Las colonias griegas de Roda, Sagunto, Emporio y Dianio le reconocieron como aliado suyo, y solicitaron su auxilio contra Cartago, cuyo poder temian. Los pueblos españoles, aliados de estas colonias, le enviaron embajadores en compañía de los griegos. Esta especie de movimiento diplomático, que cesó con la muerte de Alejandro el grande, se renovó despues con mas fuerza, cuando vencida Cartago en su primer lid contra Roma, y habiendo cedido las islas de Cerdeña y Sicilia, buscó en España las fuerzas de que necesitaba para restaurar la pelea, é hizo de la península uno de los teatros mas sangrientos de la segunda guerra púnica.

Amílcar Barca, gobernador de España por los cartagineses. (A. M. 3768. A. J. 236.) Amílcar era el primer general de Cartago. Habia adquirido suma gloria á fines de la primer guerra púnica, sosteniendo valientemente contra los romanos los pueblos de Panormo y Erix, en Sicilia. Despues de la victoria naval del cónsul Lutacio, junto á las islas Egates, fue plenipotenciario de los cartagineses para hacer la paz con Roma. Vuelto á Cartago, la libertó del riesgo inminen-

te en que la puso la sublevacion de las tropas mercenarias que reclamaban sus sueldos. En fin, concluida esta lid doméstica y peligrosa, le encargó su patria la fundacion del imperio cartagines en España, y pasó á Cádiz con el título de gobernador.

Ya no se trataba de continuar las relaciones mercantiles con los españoles, ni de adquirir con el dinero y la política los medios de alistarlos en sus banderas; sino de conquistarlos y subyugarlos, y convertir á España en provincia de Cartago. Amílcar, hábil político y escelente capitan, emprendió y llevó muy adelante empresa tan árdua. En nueve años que duró su gobierno, sometió los pueblos de Bética, desembarcó dos veces en Laletania, y fundó en sus playas las ciudades llamadas por los romanos Cartago vetus, hoy Cantavecha; y Barcino, hoy Barcelona: penetró con sus armas hasta el Pirineo, hizo alianza con los galos que habitaban entre estos montes y el Ródano, creyéndolos muy útiles para la guerra que pensaba hacer en Italia concluida la de España; sujetó al imperio de Cartago á los bastitanos y contestanos, que moraban en los paises que hoy se llaman reinos de Granada y Murcia; y no pudiendo persuadir á los saguntinos que entrasen en su alianza, fundó, no lejos de aquella ciudad, otra llamada Turdeto, y la pobló de turdetanos de Bética, que estaban á su devocion.

Este héroe, que habria sido el mas gran-

de de Cartago á no haber tenido por hijo á Annibal, murió peleando en una batalla contra los edetanos, que moraban en lo que ahora es el reino de Valencia, junto á un pueblo llamado Castroalto. La lid fue tan sangrienta, que perecieron en ella las dos terceras partes del ejército cartagines. Muerto el general huyeron los que quedaron, dejando la victoria á los edetanos.

Asdrúbal, gobernador de España. (A. M. 3776. A. J. 228.) Habia entonces en Cartago dos facciones muy poderosas: una era la de los barcas, cuyo gefe era Amílcar; y otra la de los hedos. La primera queria que sucediese al gobernador de España difunto su yerno Asdrúbal; y los hedos, por quebrantar el partido opuesto, designaban otro general. Decidió la cuestion la llegada de Anníbal, hijo de Amílcar, jóven á la sazon de 18 años, y que le habia acompañado en todas las guerras que hizo en la península desde su niñez. Este, muerto su padre, pasó á Cartago, y presentó en el senado cartas de los gefes del ejército y de los magistrados de los pueblos españoles, aliados de los cartagineses, en las cuales pedian por gobernador á Asdrúbal, cuya pericia y valor les era conocido, por haber servido en toda la guerra de España como lugarteniente de su suegro. Ganó, pues, la votadura el partido de los barcinos, y Asdrúbal partió á España llevando por lugarteniente á su cuñado Annibal.

El nuevo gobernador de España conservó

con su valor y actividad las conquistas hechas por Amílcar, y aun añadió otras nuevas; pero lo que mas gloria le adquirió fue la fundacion de Cartago (hoy Cartagena), en la costa de los contestanos. A esta ciudad llamaron *nova* los romanos, para distinguirla de Cartago *vetus*, edificada poco antes por Amílcar en las marinas de Laletania. La nueva ciudad, defendida por su situacion, y teniendo uno de los mejores puertos del Mediterráneo, vino á ser la capital del imperio de los cartagineses en España. Su proximidad á Cartago, á la costa oriental de España, y al teatro de la guerra que se esperaba con los romanos, la hacian mas á propósito que Cádiz para ser plaza de armas terrestre y marítima.

Los soberbios republicanos del Tíber veian con indignacion, y aun con recelo, los progresos de los cartagineses en la parte oriental de la península; mucho mas cuando los habitantes de Ampurias, Sagunto y Dianio pidieron su alianza, como creyéndose muy flacos para defenderse por sí solos contra los africanos. Estaba entonces Roma ocupada en varias guerras: la de los istrios é ilirios no le daba tanto cuidado como la de los galos cisalpinos, pueblo siempre temible para ella. Asi, pues, se contentó con enviar embajadores á Asdrúbal, proponiendo que fuese el Ebro término de los dos imperios, y se incluyese á Sagunto entre los aliados de Roma. El cartagines, aunque llevó muy á

mal que los romanos quisiesen dar leyes en su provincia, disimuló por entonces, á causa de haber sido vencidos los galos por el cónsul Flaminio en una gran batalla dada junto al Adda, y convino en aquel tratado de límites. Preparábase, no obstante, á hacer guerra á los romanos, cuando fue asesinado por un esclavo español, en venganza de la muerte que habia mandado dar á su dueño Tago. El homicida quedó tan contento de la venganza, que los mayores tormentos y martirios empleados en su suplicio, no pudieron perturbar la alegría que mostró hasta morir en su semblante y ademanes.

Annibal, gobernador de España. (A. M. 3784. A. J. 220.) Muerto Asdrúbal, le sucedió en el gobierno de España su cuñado Aníbal por el consentimiento de las tropas y capitanes, al cual se conformó el senado de Cartago, á pesar de la oposicion de los hecdos. Semejante á Amílcar, su padre, en facciones y ademan, igual en la grandeza de alma, y en el odio á la dominacion romana, superior en prendas y conocimientos militares, disputó atrevidamente el imperio del mundo con la república del Tíber, tomando por base de su fortuna la subyugacion de España, de donde pensaba sacar dos elementos de los mas esenciales para la guerra, que son dinero y buena infantería. Su primer cuidado fue apoderarse de Sagunto, única plaza independiente de los cartagineses en Edetania, y pretesto para la segunda

lid púnica, que preparaba contra los romanos. Pero como no habia entonces motivo alguno de rompimiento, emprendió domar á los olcades, habitantes de lo que hoy es la Mancha, por ver si de los sucesos de esta guerra resultaba alguna centella contra los saguntinos que no caian lejos.

Esta espedicion le llevó mas adelante de lo que él pensaba en lo interior de España; pues domados los olcades, pasó al territorio de los vaceos, habitantes del Duero, donde tomó dos ciudades, una de las cuales, llamada Helmandica por Tito Livio, se cree que es Salamanca. Cuando volvia victorioso de esta espedicion, al pasar el Tajo, le acometieron los carpetanos, reforzados con los vaceos y olcades, fugitivos de su patria, en número de 100.000 hombres, valientes y deseosos de pelear; pero con el ansia de acometer al cartagines, emprendieron desordenadamente el paso del rio, y sorprendidos por Annibal en esta operacion peligrosa, fueron derrotados con gran pérdida. Esta victoria redujo al poder de los cartagineses casi toda la España central.

Entretanto no descuidaba Annibal á Sagunto, objeto principal de su ambicion. Tenia dentro de la ciudad partidarios y amigos que procuraban romper la alianza con Roma y hacerla con Cartago; pero habiendo venido á Sagunto embajadores romanos, y descubiertos los intentos de los novadores, fueron estos condenados á muerte, y la ciu-

dad quedó mas firme en la alianza de Roma. Annibal se valió entonces de otro medio: hizo que los habitantes de Turdeto, colonia amiga y cercana á Sagunto, le moviesen disputa, que degeneró en guerra, acerca de los límites. Annibal, como aliado de los turdetanos, tomó parte en la querella, y se puso con poderoso ejército sobre Sagunto.

Ruina de Sagunto. (A. M. 3785. A. J. 219.) Era Sagunto una de las ciudades mas opulentas de España por el estendido comercio que le procuraba la alianza de Roma; y su caida gloriosa ante fuerzas tan superiores la hizo célebre en todo el mundo por la intrepidez y constancia con que se defendió, por la determinacion de no dejar al enemigo mas que ruinas, y por la terrible lid en que su destruccion dejó empeñados á los romanos. Todos los pueblos tenian fijos los ojos en una ciudad que se defendió durante ocho meses de todas las fuerzas de Cartago, con sola su poblacion; pues Roma, tan belicosa y magnánima, tan pronta en defender á sus aliados en todas ocasiones, se mostró en esta sumamente tarda é indecisa, ya por tener sus mejores tropas ocupadas en la guerra de Istria y en la Galia cisalpina, cuya sumision era todavía dudosa, ya por el temor de pelear contra los cartagineses en un pais lejano y desconocido de los romanos, como era España. Y asi, mientras Annibal sitiaba y estrechaba á Sagunto, el senado de Roma no dió mas auxilios á su aliada que embajadores,

enviados primero á Annibal, y no recibidos, y despues á Cartago, que solo les dió respuestas indecisas. Mientras se disputaba diplomáticamente sobre el tenor de los tratados, cayó Sagunto. Pero su defensa fue de las mas pertinaces que se refieren en la historia. En uno de los ataques fue herido Annibal. En otro fueron rechazados los cartagineses; y saliendo los saguntinos de la plaza, los obligaron á encerrarse medrosos en sus reales con gran pérdida. Destruida la muralla con los arietes de Annibal, construyeron otra que defendia la plaza, uniéndola con la fortaleza. En fin, en el último asalto, que fue muy sangriento, lograron los cartagineses hacerse dueños de una parte del castillo, y quitaron á los cercados toda esperanza de defensa y socorro.

Alorco, soldado español, que militaba en el ejército cartagines, pero unido á los saguntinos con el derecho de hospitalidad, tan sagrado en los pueblos antiguos, entró en la plaza por ver si podia salvarla de la ruina inminente, y declaró á los principales que Annibal les concedia la vida, los campos y sitio donde edificasen otra ciudad: «Condiciones duras, les dijo, como impuestas por enemigo vencedor; pero mejores que la esclavitud y la muerte.» La respuesta de los saguntinos fue hacer una grande hoguera en la plaza, donde arrojaron sus riquezas, sus familias y á sí mismos; de modo, que cuando Annibal, oido el tumulto, en-

tró en la ciudad con los suyos, encontró muy pocos vivos que cautivar, y un cortísimo botin que enviar á Cartago.

Sagunto, despues de su ruina, no recobró nunca su antiguo esplendor. Sin embargo, en tiempo de los romanos tuvo un magnífico anfiteatro, cuyas reliquias se ven aun. La ciudad tomó el nombre de Murviedro en tiempo de los godos, y lo conserva todavía.

La caida de Sagunto puso en manos de los cartagineses toda la España oriental. Sus pueblos solicitaban á porfia la alianza de Anníbal; y cuando se presentaban en ellos embajadores romanos á proponer la amistad de Roma, les respondian: «Buscad aliados en aquellas tierras donde se ignore la catástrofe de Sagunto.»

Espedicion de Anníbal á Italia. (A. M. 3786. A. J. 218.) Persuadióse, en fin, el senado de Roma á que era inevitable la guerra con Cartago, y se preparó á hacerla con su actividad ordinaria. Pero tenia por enemigo al mas grande capitan de la antigüedad, al mas atrevido en los planes, al mas exacto en la ejecucion, al mas seguro de si mismo y de sus tropas en el momento del peligro, á quien solo faltó para triunfar definitivamente la cooperacion de su patria. Anníbal, despues de alistar tropas auxiliares de España, de las cuales remitió muchas al Africa para que la guarneciesen, recibiendo en cambio tropas africanas para su ejército, marchó de Cartagena la vuelta del Ebro, a-

travesó este rio, dejó á Hannon en defensa de los Pirineos, y resuelto á llevar la guerra al corazon de Italia, pasó á las Galias. En el tomo III de esta obra, en la historia de los cartagineses, describimos con prolijidad el tránsito del Ródano y de los Alpes, las batallas del Ticino y del Trebia, la conquista de la Galia cisalpina, el paso del Apenino, las victorias de Trasimeno y Cánnas, el terror de Roma, las admirables campañas de Annibal en Italia, la derrota y muerte de su hermano Asdrúbal junto al Metauro; y en fin, la necesidad que tuvo de abandonar aquel pais, teatro de su gloria, para volar al socorro de Cartago, acometida por Escipion el primer africano, á cuyo ascendiente hubo de ceder en la batalla de Zama, que terminó aquella sangrienta lid, y decidió el dominio de Roma sobre el universo.

Mientras sucedian tantos y tan grandes acontecimientos en Italia y Africa, se representaron en España muchos episodios de aquel terrible drama; porque el senado de Roma no ignoraba cuan importante era quebrantar las fuerzas de Cartago, sustrayendo á su dominacion un pais que tanto dinero y soldados tan valientes le producia. Y asi, antes que se conociese en Roma la intencion de Annibal de hacer la guerra en Italia, fue enviado á la peninsula el cónsul Publio Cornelio Escipion con ejército y armada; pero habiendo sabido al llegar á Marsella que el ejército cartagines, pasado el Ródano, se

dirigia á los Alpes, y que no le era posible alcanzarle marchando desde aquella ciudad, embarcó su ejército, dió la vela para Génova, donde tomó tierra, y marchó hácia el Pó á esperar á Annibal cuando descendiese de los Alpes. Vencido en la batalla del Ticino, se unió con su colega Sempronio, y entrambos ejércitos fueron vencidos por Annibal junto al Trebia. Entretanto Gneyo Escipion, hermano y lugarteniente de Publio, y enviado por él á España con la armada desde Génova, desembarcó en Emporio, adquirió aliados porque era fuerte, venció á Hannon en las faldas del Pirineo, obligó á Asdrúbal, hermano de Annibal, que venia á juntarse con Hannon, á abandonar toda la provincia que estaba al norte del Ebro, puso guarnicion en Tarragona, que fue por muchos siglos la capital del imperio romano en España, y parte por voluntad, parte por la fuerza de las armas, hizo aliados de Roma á los lacetanos, ilergetes, ausetanos y demas pueblos que habitaban lo que hoy se llama Cataluña. La tribu de los ilergetes era muy poderosa: habitaba entre los rios Segre y Cinca, é Ilerda, hoy Lérida, era su capital.

Victorias de Gneyo y Publio Escipion en España. (A. M. 3787. A. J. 217.) En la campaña siguiente se preparó Asdrúbal á recobrar lo perdido, enviando á Himilcon con la armada hácia las bocas del Ebro, y acudiendo él en persona con un ejército de

20.000 hombres por tierra. Gneyo Escipion sorprendió con su escuadra, que estaba en Tarragona, á la cartaginesa, y se apoderó de toda ella por haber desembarcado la mayor parte de sus tripulaciones, que ignoraban cúan próximos estaban los romanos. Despues recorrió la armada vencedora toda la costa, talándola hasta Cádiz.

Esta victoria naval de los romanos hizo grande impresion sobre los pueblos de España, que no juzgaban ser posible vencer á los cartagineses por la mar, y un gran número de tribus españolas se pasaron á la alianza de Roma, entre ellos los celtíberos, nacion muy poderosa y estendida. Gneyo formó de ellas un grande ejército con el intento de penetrar en Bética por Castulon; pero Mandonio, hombre muy poderoso entre los ilergetes, y que habia sido caudillo de esta tribu, movió guerra contra los romanos, ganado por Asdrúbal, y fue forzoso á Escipion volver al norte del Ebro. Allí venció muchos cuerpos de Mandonio. Asdrúbal, que acudió en su socorro, fue vencido en dos batallas por los celtíberos con pérdida de 15.000 hombres, y se retiró á Andalucía.

Mientras las cosas de España tomaban un aspecto tan contrario á los cartagineses, Aníbal aterró á Roma con el estrago del Trasimeno, y la obligó á elegir por dictador á Fabio Máximo, cuya contemporizacion dió esperanzas de salud á la república. Con ellas,

y con la fortuna favorable que se presentaba en España, envió el senado al año siguiente á Publio Espicion, hermano de Gneyo, en calidad de procónsul á esta península. Reunidos los dos hermanos, marcharon hácia Sagunto con el deseo de recobrar esta plaza, origen de la guerra. Acedux, ciudadano de Sagunto, y amigo secreto de los romanos, les hizo un señalado servicio, persuadiendo á Bostar, gobernador de la fortaleza, que enviase los rehenes que en ella se guardaban, de los pueblos de España, aliados de Cartago. «De este modo, le dijo, ganarás con el beneficio á favor de tu patria á los que hoy estan mal seguros en la alianza hecha por la fuerza de las armas.» Bostar cayó en el lazo, encargó al mismo Acedux llevar los rehenes, y este los condujo á los reales de los romanos, dándoles en ellos los medios de tener á su devocion gran número de ciudades españolas.

Casi al mismo tiempo ganó Annibal la célebre batalla de Cánnas, en cuyos campos se creyó que habia perecido la república romana. El senado de Cartago envió grandes refuerzos á Asdrúbal con órden de pasar á Italia, para que reunido con su hermano se diese fin á la guerra. Obedeció Asdrúbal, y se puso en marcha; pero vencido por los Escipiones junto al Ebro en una gran batalla, se retiró con las cortas reliquias de su ejército á Cartago-nova. Magon, su hermano, desembarcó con tropas de refresco, venidas de

Cartago, y acometieron á Iliturgi, ciudad puesta en los confines de la Bética y de la Oretania, y que era aliada de los romanos. Los Escipiones acudieron en su defensa, y dieron una nueva y terrible rota á los cartagineses. En fin, alentados con nuevos refuerzos atacaron á Incibile, ciudad del territorio de Tortosa, y fueron vencidos por tercera vez. En casi todos los encuentros llevaron los cartagineses lo peor durante cuatro años. La plaza de Castulon se rebeló contra los cartagineses, y se pasó á la alianza de los romanos. Los generales de Cartago fueron vencidos en dos grandes batallas dadas en el centro de Andalucía: los Escipiones recobraron á Sagunto, tomaron á Turdeto, causa de la guerra, la asolaron, vendieron como esclavos á sus habitantes, y entregaron sus campos á los saguntinos. Entretanto Annibal, no recibiendo socorros ni de Cartago ni de España, sostenia la guerra en Italia solo con su habilidad y con el terror que su nombre inspiraba; pero los romanos, peleando en su pais, y reforzándose contínuamente, adquirian de dia en dia sobre su formidable enemigo superioridad declarada. Muchos españoles de los que militaban en el ejército de Annibal, se pasaron á los romanos; asi como las ciudades de España abandonaban la alianza de Cartago, cansadas del yugo tiránico que les imponia.

Batalla de Ilórcis: muerte de los Escipiones en España. (A. M. 3794. A. J. 214.)

Parecia inevitable la ruina del poder cartagines en España, cuando la imprudencia de los Escipiones proporcionó á sus enemigos un triunfo inesperado. Siendo estensísimo el territorio de España, deseando ocuparlo todo, y confiados en las victorias anteriores y en la superioridad que tenian sobre los cartagineses, dividieron sus fuerzas, y quedó cada uno sumamente débil contra las del enemigo.

Publio marchó á los confines de Bética y Oretania, donde mandaban Asdrúbal, hijo de Giscon, Masinisa, su yerno, y Magon; y Gneyo con la tercera parte de las tropas romanas y un cuerpo de 30.000 celtíberos auxiliares penetró en Contestania para destruir el ejército de Asdrúbal Barca, hermano de Annibal. Antes de llegar á las manos con él, por industria del cartagines, se esparció entre los celtíberos la noticia, ó falsa ó exagerada, de que los aliados de los cartagineses habian entrado en Celtiberia, y talaban los campos de los pueblos amigos de los romanos. Esta voz alborotó á sus auxiliares, de modo que abandonaron el ejército, y se volvieron á su patria. Gneyo, viendo tan disminuidas sus fuerzas, levantó el campo y se retiró hácia los paises que ocupaba su hermano. Pero ya no era tiempo. Publio habia perecido en un terrible combate que le habian dado los cartagineses, sorprendiéndole separado de sus reales, cuando con parte de sus tropas habia salido al

encuentro á Indibil, hermano de Mandonio el ilergete, y régulo de Suessa, hoy Sangüesa, ciudad de Navarra, que con un cuerpo de suevitanos venia á reunirse con el ejército de Asdrúbal Giscon.

Gneyo, viendo reunirse las tropas de este con las de Asdrúbal Barca, tuvo por infalible la perdicion de su hermano; y con este agüero peleó, y fue vencido y muerto contra todo el ejército cartagines, en Ilórcis, hoy Lorquin, en el reino de Murcia. Los romanos que escaparon de estos dos combates calamitosos, marcharon hácia el Ebro, y pasaron este rio, perseguidos siempre por los cartagineses, desmayados y amenazados de su próxima perdicion. Lucio Marcio, caballero romano, y tribuno de una legion en el ejército de Gneyo Escipion, encargándose del mando, que solo pretenden en los momentos de peligro los hombres de valor y osadía, animó de tal manera á los suyos, que cayeron sobre los cartagineses, descuidados con la victoria, los obligaron á pasar al otro lado del Ebro, y conservaron las reliquias de la dominacion romana en España.

Al año siguiente vino á tomar el mando del ejército Claudio Neron, en calidad de propretor; y los refuerzos que trajo salieron de Roma precisamente en el momento que Annibal estaba á las puertas de esta ciudad con el objeto de hacer levantar á los romanos el sitio de Cápua. Pero esta plaza cayó en poder de los cónsules, y Annibal tuvo

que retirarse de Roma, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos contra una república que enviaba tropas á España, aun en el momento de ser amenazada por un enemigo tan terrible. Neron cerró el paso de Andalucía al ejército cartagines, ocupando el desfiladero de Mentisa, en los montes Marianos, hoy Sierra-Morena; pero Asdrúbal, fingiendo entablar negociaciones de paz, se aprovechó de la buena fe y el descuido de Neron, y durante la noche pasó con sus tropas la montaña por senderos desconocidos, y dejó burlados á los romanos.

Conquista de Cartago-nova por Escipion. (A. M. 3796. A. J. 208.) En Roma nadie se atrevió á solicitar la dignidad de pretor de España y el cargo de una guerra tan peligrosa, sino Publio Escipion, hijo del héroe del mismo nombre, que acababa de morir por su patria en la guerra de la península. Era á la sazon jóven de 24 años; pero habia dado ya muestras de valor y prudencia muy superiores á su edad, salvando la vida á su padre en la batalla del Ticino, é impidiendo que emigrasen de Italia, despues del desastre de Cánnas, muchos jóvenes nobles que desconfiaban de la salvacion de la república.

Nombrado pretor de España, apenas llegó á la península, acometió una empresa, que solo fue fácil por su dificultad misma. Los cartagineses tenian muy poca guarnicion en Cartago-nova, y sus ejércitos estaban di-

seminados en las diferentes partes de la península, no creyendo que los romanos se atreverian á atacar el centro de las posesiones de Cartago en España. Escipion marchó con rapidez por la costa de Edetania, siguiendo sus movimientos con la armada Cayo Lelio: llegó en siete dias á vista de Cartago-nova, la asaltó por la parte de un estero, que cuando bajaba el mar quedaba seco, y se apoderó de la plaza y la ciudadela al dia siguiente de haber llegado. El botin de una ciudad tan opulenta fue inmenso, tanto en riquezas como en pertrechos militares.

Si su genio y osadía le dió la victoria, sus virtudes le conservaron los frutos de ella. Casi toda España se adhirió al partido romano, cuando le vió entregar los rehenes españoles que tenian los cartagineses en aquella plaza á los embajadores de las ciudades, entre ellos la muger de Mandonio y los hijos de Indibil; y mucho mas cuando se supo, que ni quiso ver ni hablar á una doncella muy hermosa y noble que le presentaron los soldados, sino la restituyó á un caballero celtíbero llamado Luceyo, con quien estaba desposada, dándole en dote todas las riquezas que el padre de la jóven le ofrecia por su rescate. Esta continencia pareció milagrosa, atendida su juventud y su victoria, é inclinó en gran manera á los españoles á amar el dominio de una república que producia ánimos tan grandes y generosos.

Escipion en las campañas siguientes,

siempre hábil, siempre feliz, completó la ruina del imperio cartagines en España. Venció á Asdrúbal Barca en Andalucía, á Magon y Hannon en Celtiberia, á Asdrúbal Giscon en Silpia, pueblo de la provincia de Cádiz. Asdrúbal Barca pasó á Italia, donde fue vencido y muerto en la batalla del Metauro por aquel mismo Claudio Neron, de cuyas manos había escapado en los desfiladeros de Bética. Con su muerte perdió Aníbal la esperanza de poder sostenerse en Italia; mientras Escipion, tomadas las plazas de Oringe, Castulon, Iliturgi, Astapa, cuya fidelidad á los cartagineses no fue menos gloriosa que la de Sagunto para los romanos, atrajo á la alianza de su república á Masinisa, rey de Numidia, y á los baleares; fundó á Itálica, cerca de Hispalis, sobre el Betis, y echó los cimientos de la dominacion romana en España. Pasó despues á Roma á solicitar el consulado; y obtenido, acometió á Cartago, obligó á Annibal á salir de Italia para defender su patria, le venció en la batalla decisiva de Zama, y terminando la segunda guerra púnica, dictó las condiciones de paz que aniquilaron para siempre el poder de Cartago.

Seccion Segunda.

Dominacion de los romanos en España.

Guerra de los ilergetes. Batalla de Emporio ganada por Caton el antiguo. Primera guerra de Numancia. Guerra de Viriato. Alianza de Viriato con los celtiberos y arévacos. Sumision de los celtiberos. Muerte de Viriato: fin de la guerra de Lusitania. Capitulacion del cónsul Mancino. Ruina de Numancia. Guerra de Sertorio. Pretura de Julio César en España. Guerra de Cantabria. Predicacion del cristianismo en España. Primera invasion de Alárico, rey de los visigodos en Italia. Invasion de los vándalos, alanos, suevos y borgoñones en Galia. Entrada de los bárbaros en España. Establecimiento de los visigodos en la Galia Narbonense.

GUERRA *de los ilergetes*. (A. M. 3803. A. J. 201.) Mandonio é Indibil, régulos de los ilergetes y suesitanos, aunque entraron en

la alianza de Roma, movidos de la generosidad con que Escipion les envió los rehenes que tenian en Cartago, amaban mucho su independencia para estar contentos con haber trocado el yugo cartagines por el romano. Valiéndose, pues, de la grande influencia que tenian en los pueblos septentrionales de la España oriental, sublevaron contra Roma, no solo las tribus que mandaban, sino tambien á los auretanos (territorio de Vique), á los ceretanos (Cerdania), y juntaron un ejército de 30.000 hombres de infantería y 4.000 caballos. Los procónsules Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino, sucesores de Escipion en el gobierno de España, los vencieron en una gran batalla con pérdida de 13.000 hombres: Indíbil murió en la pelea, á Mandonio entregaron sus mismas tropas por ser perdonadas, y la provincia quedó quieta.

Algunos años despues volvieron á rebelarse los ceretanos, y fueron subyugados por Cayo Cornelio Cetego, que los venció en una batalla en que perecieron 15.000 hombres de aquella gente. El senado, el año siguiente á esta guerra, considerando la vasta estension de la peninsula, aun no bien conocida de los romanos, la dividieron en dos gobiernos, el de España ulterior que comprendia la Bética y Lusitania, y el de España citerior que abrazaba lo restante. Estas dos provincias eran ordinariamente pretorias, es decir, gobernadas por pretores, bien

que por las necesidades de la guerra se enviaban á ellas frecuentemente cónsules y procónsules.

Batalla de Emporio, ganada por Caton el antiguo. (A. M. 3811, A. J. 193.) El odio de los españoles á los romanos se aumentaba á proporcion que la república hacia mas pesado el yugo, segun su costumbre, sobre los pueblos altivos é independientes. Siendo pretores de la España citerior Gneyo Sempronio Tuditano, y Marco Helvio de la ulterior, se levantaron casi todos los pueblos de España, y eligieron por caudillos á Colca y Luscinon. Favoreciales haberse dado entonces licencia á los soldados romanos que habian cumplido su tiempo de servicio militar; por cuyo motivo eran flacas las fuerzas de la república en España. Sin embargo, Tuditano peleó valerosamente contra los enemigos, aunque sin fortuna, pues fue vencido, y murió de las heridas recibidas en el combate.

El senado, solícito por esta primer victoria que los españoles, abandonados á solas sus fuerzas, ganaron contra los romanos, envió refuerzos y nuevos pretores que no lograron grandes ventajas, por lo cual sortearon la península como provincia consular, y tocó al cónsul Marco Porcio Caton, por sobrenombre el *censor* ó el *antiguo*, varon celebrado en la historia romana por su saber y por la austeridad de sus virtudes, que por grandes que fuesen no escluian, ni la cruel-

dad con los enemigos de Roma, ni la envidia á la gloria de Escipion. Pasó á España con grande ejército, y con él dos pretores que debian mandar en las dos divisiones de la provincia bajo las órdenes del cónsul.

Caton se dirigió á Emporio. Los foceos de Marsella, que moraban en la mitad de esta ciudad, eran aliados de los romanos; pero los españoles que moraban en la otra mitad, separada de la primera con una muralla, hacian causa comun con el ejército de los celtíberos sublevados, que estaba cerca. Caton fingió separarse de Emporio para marchar al socorro de los ilergetes, que en esta guerra se conservaron fieles á Roma, y por eso eran acometidos de los rebeldes; pero volviendo de improviso atacó el grueso del ejército español, y consiguió una señalada victoria. Los españoles la disputaron con ardor; mas engañados por un movimiento falso de retirada que mandó hacer Caton, persiguieron sin órden ni concierto á los romanos, aunque con tanto valor, que desbarataron la caballería, y perturbaron las legiones. Caton hizo entrar la reserva en el campo de batalla, y la táctica y disciplina romana triunfaron del denuedo feroz de los bárbaros. Cuarenta mil celtíberos quedaron en el campo de batalla. Fruto de esta victoria fue la sumision de todos los pueblos celtiberos desde los Lacetanos (territorio de Jaca), hasta los pelendones que habitaban hácia las fuentes del Duero. Al mismo tiem-

po fueron sometidos por los pretores los turdetanos, que habian hecho alianza con los celtíberos. Caton despojó de sus armas á los pueblos vencidos, cosa que sintieron hasta tal punto, que muchos se dieron muerte por no sobrevivir á esta afrenta; vendió como esclavos á los bergistanos (habitadores de Huesca), por haberse vuelto á rebelar despues de sometidos; sacó de España un inmenso botin; estableció órden en el beneficio de las minas, que aumentaron hasta un grado increible las rentas de la república, y volvió á Roma á gozar los honores del triunfo. Sin duda el oro mejor se sacaba entonces de las minas de Huesca ó Huescar; pues se le daba el nombre de *Oscense*, derivado de *Osca*, que era el antiguo de estas ciudades. Caton fue el primero de los generales romanos que penetró hasta el centro de España; mas no pudo tomar ni á Segoncia, hoy Sigüenza, ni á Numancia, capital de los pelendones.

Primera guerra de Numancia. (A. M. 3853. A. J. 151.) Cerca de medio siglo fueron superiores las armas de los romanos en España, asi como en Grecia y Asia menor. Pocas veces los pueblos españoles se atrevian á defender su independencia contra los señores del mundo; y asi, en este intervalo hubo pocos sucesos de consideracion. Los principales fueron estos: Marco Fulvio Nobilior, pretor de la España citerior, sometió á los carpetanos, y tomó á Toleto, capital de aquella gente. Cayo Catinio, go-

bernador de la ulterior, pereció en una batalla contra los lusitanos el año 568 de la fundacion de Roma. Tres años despues, Quinto Fulvio Flaco, pretor de la citerior, venció junto á Ebura (hoy Talavera), cerca del Tajo, un ejército numeroso de celtíberos que se habian levantado. Su sucesor Tiberio Sempronio Graco, padre de los famosos tribunos del mismo nombre, acabó de someter, por su valor y virtudes, á los celtíberos, firmó el primer tratado de alianza que hubo entre Numancia y Roma, y fundó á Gracuris (hoy Agreda), ciudad de Celtiberia. Lucio Canuleyo, que por una innovacion, que duró poco, fue nombrado pretor único de toda España el año 583 de Roma, fundó en Tarifa, que es la antigua Tarteso, la primer colonia romana que hubo en la península: componiase de *híbridas*: así llamaban á los hijos de soldados romanos y madres españolas. Dos años despues, Marco Marcelo, sucesor de Canuleyo, reedificó á Córdoba, ciudad que ya existia en los tiempos de Annibal, diruida quizá en la segunda guerra púnica, y le dió titulo y derechos de municipio romano.

Las guerras que en este intervalo hubo en España, ni fueron considerables ni interesantes. Todas se redujeron á la perpétua disposicion de los celtíberos á levantarse contra Roma, siempre que podian, y á la pertinaz resistencia de los lusitanos contra las agresiones de los pretores; mas no ofre-

cen á la historia, ni hazañas notables, ni grandes combinaciones políticas; porque los españoles ignoraban todavía el arte de confederarse y unirse entre sí para oponer un muro invencible contra la ambicion estrangera. Despues lo hicieron, aunque infelizmente, porque jamas renunciaron á la independencia de sus ciudades, ni quisieron sufrir el yugo de una autoridad nacional, que los habria libertado de la prepotencia de Roma. Así, peleando aisladamente cada pueblo, nunca presentaron fuerzas bastantes contra sus opresores. La política de los bárbaros, versátil y sometida al imperio de las circunstancias, no podia luchar ventajosamente contra una república hábil, tenaz en sus empresas, y que contaba ya con las fuerzas y riquezas de la España oriental y meridional para subyugar el resto de la península.

Acaso hubiera sido fácil consumar la conquista que Escipion y Caton comenzaron con tanta felicidad, si despues de la victoria de Magnesia contra Antíoco, rey de Siria, no hubieran empezado á eclipsarse las antiguas virtudes de los romanos, y no hubiesen sucedido al amor de la patria y de la gloria el deseo desenfrenado del poder, de las riquezas y del deleite. Los romanos en el intervalo que actualmente describimos, perdieron la probidad y la justicia, dos virtudes que les habian hecho triunfar de los galos y cartagineses, sus mas temibles enemigos, y

que consolaban á los pueblos subyugados de la pérdida de su independencia. Pero las riquezas y placeres de Asia, introducidos en Roma, destruyeron las buenas costumbres. Despreciòse la religion del juramento; hiciéronse venales los sufragios en las elecciones; solicitóse el poder, no para aumentar la gloria de la república, sino para resarcirse de los gastos que se hacian por adquirir las magistraturas, allegar nuevas riquezas, despojando los pueblos vencidos ó aliados, vengarse de los enemigos personales y tiranizar la república.

Ningun pais de la tierra sufrió en mayor grado que España los efectos funestos de esta depravacion; porque en oriente, los griegos, aunque débiles y degenerados, eran sabios é instruidos, y tenian historiadores capaces de transmitir á la posteridad las malas acciones de los romanos; y asi en aquellos paises procuraban los pretores y cónsules conservar la opinion de las antiguas virtudes; y tenian por lo menos la apariencia de la probidad. Pero España era bárbara, muy distante por su situacion del centro del mundo civilizado: ningun pueblo se interesaba en su suerte, sino Roma que queria subyugarla: de la historia de los sucesos de la península no podia saberse mas de lo que los romanos publicasen. Por estos motivos los pretores y cónsules que mandaron en España, cometieron crueldades y perfidias horrendas con que no osaban mancharse los go-

bernadores de Grecia, Macedonia y Asia, contando con la connivencia del senado, compuesto en gran parte de sus cómplices, y con la oscuridad en que yacian los sucesos de aquel ángulo poco conocido.

De aquí nació que los infortunios, llegando al esceso de la desesperacion, pusieron á los españoles las armas en la mano, que aprendiesen á confederarse para resistir, que moviesen contra Roma una lid de cerca de dos siglos, durante los cuales sostuvieron intrépidamente su independencia, y comprometieron, no solo la dominacion romana en la peninsula, sino tambien la suerte de todo el imperio. Los episodios principales de este largo, contínuo y sangriento drama fueron las guerras de Numancia y Lusitania, la guerra de Sertorio y la de Cantabria.

La primer guerra de Numancia tuvo este orígen: los belos y ticios, tribus arevacas, habitadoras como los pelendones de las orillas del Duero, se confederaron entre sí, hostigadas de las injurias que recibian de los romanos; negaron los tributos, y fortificaron sus ciudades contra el tenor del tratado que habia hecho con ellas el pretor Tiberio Sempronio Graco. La principal ciudad de estos pueblos era Segeda, capital de los belos; y Numancia, aliada suya, se halló envuelta en esta guerra. Al mismo tiempo peleaban los lusitanos, bajo las órdenes de su caudillo Cesaron, contra los romanos. El se-

nado envió á Lusitania al pretor Lucio Mummio, y á Celtiberia al cónsul Quinto Fulvio Nobilior. Los segedanos enviaron sus mugeres, hijos y riquezas á las ciudades interiores de los arevacos, y eligieron un general llamado Caro, bastante hábil para sorprender con una emboscada el ejército del cónsul y matarle 6.000 hombres, y bastante imprudente para perseguir sin órden á los romanos, que revolvieron sobre él, y le quitaron la victoria y la vida. Los arevacos nombraron por generales, en lugar de Caro, á Haraco y á Leucon, y los numantinos á Lintevon. El cónsul se puso sobre Numancia: los españoles salieron contra él; pero amedrentados de los elefantes, que Masinisa, rey de Numidia, habia enviado con sus tropas auxiliares al ejército romano, huyeron á la ciudad: los romanos los persiguieron, queriendo entrar con ellos en la plaza; pero uno de aquellos animales, herido de una piedra que le tiraron desde lo alto de la fortaleza, se embraveció, perturbó á todos los demas, y se volvieron contra sus mismos conductores. Los numantinos salieron entonces y ahuyentaron al enemigo á sus reales, matándoles 4.000 hombres. El cónsul se apartó de Numancia, y puso sitio á Axenia, ciudad de mucho comercio, en los confines de Celtiberia; mas fue rechazado de ella con grande ignominia. Ocile, plaza de armas de los romanos, donde tenian sus bagages y almacenes, al favor de estas re-

vueltas se pasó á los celtíberos, y Fulvio, muy disminuido su ejército, y falto de todo lo necesario á la guerra, tomó cuarteles de invierno, y los fortificó cuidadosamente. El pretor Lucio Mummio fue mas dichoso contra los lusitanos; pues aunque vencido por Cesaron en la primer batalla con pérdida de 10.000 hombres, logró despues cogerle descuidado y derrotarle. Cesaron murió en el combate, y tuvo por sucesor á Canteno, el cual, despues de talada la parte occidental de Bética, pasó á Mauritania, no se sabe si huyendo de los romanos, ó buscando mayor botin al otro lado del estrecho. Mummio, al fin de la campaña, destrozó en varios reencuentros parciales las tropas que quedaban de los lusitanos, y pacificó la provincia.

En la campaña siguiente el cónsul Marco Claudio Marcelo, sucesor de Fulvio, tomó á Ocile, sitió á Nertobriga, ciudad puesta no lejos de donde está Calatayud, y entabló negociaciones de paz con los habitantes: estos no se negaban á aceptarla; pero querian que se estipulase segun las condiciones del tratado de Sempronio Graco. Marcelo consultó al senado; y Fulvio Nobilior, que ya habia vuelto á Roma, tan duro en el consejo, como inhábil para la guerra, persuadió á los padres que impusiesen á los celtíberos condiciones mas graves, exagerando la deslealtad y turbulencia de esta nacion. Continuó, pues, la guerra; y fue necesario sacar á la suerte los soldados para el ejército de Es-

paña, porque la juventud romana se negaba á servir en un pais donde la lid era tan cruel y encarnizada. Pero Publio Cornelio Escipion, nieto adoptivo del africano, y jóven entonces de grandes esperanzas, disipó el terror, ofreciéndose á servir en la peninsula con el grado que se le quisiese dar; y vino de lugarteniente del cónsul Lucio Licinio Lúculo. Pero antes de la llegada de este, Marcelo concluyó la paz con los numantinos y sus aliados, y entregó á su sucesor la provincia pacificada. Asi terminó la primer guerra de Numancia. A esta ciudad no se exigió mas condicion que la de separarse de la confederacion arévaca.

Lúculo, hombre dominado por el orgullo y la avaricia, no habiendo ya males que hacer en Celtiberia y en el pais de los arévacos, pasó al de los vacceos, que habitaban la parte occidental de Castilla la vieja, y la oriental y meridional del reino de Leon: puso sitio á Caucia, hoy Coca, socolor de vengar á los carpetanos, aliados de Roma, por las injurias, que segun decia, habian recibido de aquella ciudad. Los caucios, vencidos en una salida, capitularon; y asegurados con el concierto, dejaron entrar en la plaza á las tropas romanas. Lúculo, sin respeto á la fe jurada, mandó matar á todos los habitantes sin escepcion de sexo ni edad, y arrasar la poblacion enteramente. Esta barbárie obligó á todos los vacceos á retirarse á las montañas, llevando consigo sus fami-

lias y lo mas precioso de sus bienes. Despues de tan infame espedicion puso sitio Lúculo á Intercacia, plaza situada en el camino de Valladolid á Astorga: los ciudadanos se defendieron con intrepidez, y le obligaron á levantar el cerco, á pesar de las grandes hazañas que en él obró Publio Escipion. Una de ellas fue haber vencido en desafio á un vacceo principal, con el cual no se atrevia á pelear singularmente ninguno de los romanos. Solo por salvar la gloria de la república se estipuló que diesen algunos sayos militares, bagages para el servicio, y rehenes; y esto por mediacion de Escipion, de quien se fiaban los vacceos mas que del cónsul. Este acometió despues á Palencia, y no pudo tomarla. Asi concluyó su vergonzosa campaña.

Guerra de Viriato. (A. M. 3856. A. J. 148.) No menos infame fue la de Sergio Galba contra los lusitanos. Habiendo perdido una batalla que dió á estos pueblos valerosos, y en ella 7.000 soldados de sus mejores tropas, se retiró á Carmona, plaza muy fuerte entonces, á esperar refuerzos; y habiéndolos recibido entró en Lusitania, llevándolo todo á sangre y fuego. Como los lusitanos, afligidos por aquellas calamidades, le enviasen embajadores pidiéndole la paz, se mostró deseoso de ella, y prometió darles campos en que viviesen sin sufrir la necesidad, causa ó pretesto de sus continuas rebeliones. A este fin les señaló dia en que viniesen adonde él estaba para designarles

las tierras; y conforme iban llegando, la tropa romana los despojaba de sus armas, y les daba muerte. Lusitania, privada de sus defensores, fue presa de la avaricia de Galba, que adquirió inmensas riquezas con su alevosía. Pero tambien comprometió á Roma en una guerra cruelísima en que pudo haber naufragado su dominacion en España.

Viriato, lusitano de baja estraccion, abrazó la profesion de bandido, tan comun en los tiempos bárbaros y en los paises devastados por la guerra. Su valor y osadía le hicieron caudillo de una tropa considerable, que se aumentó con la perfidia de Galba; y gefe ya de un cuerpo numeroso, acometió á los pueblos aliados de los romanos, que vivian cerca de la desembocadura del Guadiana. Perseguido por el pretor Marco Vetilio, sucesor de Galba, huyó á las montañas y asperezas que hay cerca del estrecho de Cádiz, donde se defendió valerosamente, favorecido por el sitio. Cercóle el pretor. Los soldados de Viriato, acosados del hambre, pensaban ya en capitular; pero su caudillo les recordó la crueldad y mala fe de los romanos, y con la elocuencia natural de los grandes hombres les persuadió á no soltar las armas de la mano hasta libertar su patria. Para escapar del presente peligro puso su caballería enfrente de los romanos, dando muestras de querer pelear, y se retiró con la infantería á Tríbola, donde se hizo fuerte. En una celada que puso á los romanos

mató á 4.000 de ellos y al mismo pretor, y ahuyentó los demas á Carteya; y como habiendo recibido refuerzos de los aliados españoles, volviesen á probar la suerte de las armas, fueron casi todos esterminados en esta segunda batalla.

Estas dos victorias, y las que consiguió en los tres años siguientes contra tres pretores sucesivos, le hicieron dueño, no solo de Lusitania, sino tambien de Bética y parte de la provincia citerior, sin atreverse los romanos á salir de sus fortalezas. A Cayo Plaucio, sucesor de Vetilio, venció dos veces con gran matanza, una en el pais de los carpetanos, otra al sur del Tajo, junto á una montaña llamada Venus. Destrozó el ejército del pretor Claudio Unimano en el campo que hoy se llama de Ourique; y el mismo año en que Corinto y Cartago fueron destruidas por las armas romanas, el héroe lusitano vengaba el universo oprimido, esterminando junto á Viseo las tropas de Cayo Nigidio, pretor de la España ulterior.

Cayo Lelio fue el primero, que aunque no venció á Viriato, se sostuvo por lo menos contra él, y tuvo la gloria de no ser vencido.

Alianza de Viriato con los celtíberos y arévacos. (A. M. 3861. A. J. 143.) El senado consideró como muy seria la guerra de Viriato, y la encargó á uno de los cónsules, que fue Quinto Fabio Máximo Emiliano. Como los ejércitos consulares eran mas nu-

merosos que los pretorios, este aumento de fuerzas enemigas, aunque no desalentó á Viriato, por lo menos detuvo el curso de sus victorias. Fabio no se atrevió á pelear inmediatamente con él en la Bética, donde puso sus reales, hasta que las tropas de nuevo alistamiento conociesen el pais y el enemigo. Viriato, muy hábil en la guerra de latrocinio, le mató mucha gente de la que salia á forragear y hacer leña; pero habiéndose atrevido á medirse con el cónsul en batalla campal, fue vencido y puesto en huida. Entonces fue cuando convencido de la imposibilidad de resistir por sí solo á los romanos, formó planes mas vastos, y procuró atraer á su alianza los pueblos arévacos y de Celtiberia: estos le prometieron auxilio; pero no pelearon con la debida constancia, y asi causaron su ruina y la de Viriato. Parece que este año comenzó la guerra de los romanos contra los calaicos, hoy gallegos.

Al año siguiente continuó la guerra contra Viriato el pretor Popilio, el cual no hizo mas que tomar algunas plazas de las que poseian los lusitanos. Iba cundiendo la sublevacion de los celtíberos; y el senado, volviendo á su primer dictámen, envió á España citerior al cónsul Cecilio Metelo el macedonio, llamado asi por haber subyugado á los macedonios rebeldes. Este, entretenido en la guerra de los celtíberos, envió á su lugarteniente Quincio contra Viriato. Venciole junto al mismo monte de Venus,

que habia sido teatro de su triunfo contra el pretor Cayo Plaucio; pero el lusitano, reuniendo con presteza nuevas tropas, revolvió contra los romanos vencedores con tal denuedo, que los persiguió hasta Córdoba, y los obligó á encerrarse y fortificarse en esta plaza.

Sumision de los celtíberos. (A. M. 3864. A. J. 140.) Conocióse cuanto era el cuidado que daba al senado la guerra de España, en la distribucion que se hizo este año de las provincias; pues Metelo continuó mandando en la España citerior en calidad de procónsul, y se envió al cónsul Quinto Fabio Serviliano á la ulterior para sujetar á Viriato; de modo que hubo á un mismo tiempo en la península dos ejércitos consulares.

Quinto Metelo sometió á los celtíberos, tomando tres de sus plazas principales, llamadas Contrebia, Versobriga y Centobriga; pero perdió la gloria adquirida, y se le negó el triunfo, porque indignado de que se le diese por sucesor á su enemigo personal Quinto Pompeyo, hizo todos los esfuerzos posibles para desorganizar el ejército, licenciando los soldados, y quitando el alimento á los caballos y elefantes: hecho que prueba hasta qué punto habian degenerado ya los romanos.

Favio Serviliano no consigió grandes ventajas contra Viriato, porque este hábil capitan, viendo imposible pelear con fuerzas inferiores en campo abierto, se redujo

á la guerra de sorpresa y puestos, en la que hizo grande daño á los enemigos sin recibirlo. El cónsul fue mas feliz contra los pueblos del Cuneo : asi se llamaba por su figura el Algarbe actual ; pues venció á Curion y á Apuleyo , caudillos de salteadores , se apoderó de muchas plazas, é hizo un inmenso botin, en el cual se contaban 10.000 lusitanos que vendió por esclavos.

Pero al año siguiente , habiendo sitiado los romanos la plaza de Erisana , Viriato halló medio de entrar en ella con un socorro de soldados valientes , y en una salida desbarató el ejército sitiador. Esta victoria le hizo creer que era la ocasion favorable para concertarse ventajosamente con el enemigo; y entabló negociaciones, cuyo resultado fue que se le declarase amigo y aliado del pueblo romano. Este tratado tan afrentoso para Roma , como glorioso para Viriato , no fue aprobado por el pueblo ; y Quinto Servilio Cepion , hermano de Serviliano, que se opuso á la alianza con sumo ardor , fue elegido cónsul , y se le dió la Lusitania por provincia.

Muerte de Viriato : fin de la guerra de Lusitania. (A. M. 3866. A. J. 138.) Cepion persiguió á Viriato desde Bética hasta Carpetania , y despues desde Carpetania hasta el pais de los vetones, que era parte de la Estremadura actual , sin que pudiese nunca ni obligarle á pelear ni haberle á las manos. Pero el héroe de Lusitania estaba cansado

de tan larga lucha: veia claramente que él solo no bastaba á contrarestar el poder de Roma, y observaba en los demas pueblos de España desmayo ó timidez. Recelaba ademas de muchos de los suyos, que manifestaban, ó deseo de sucederle, ó fastidio de la guerra. Tomó, pues, la resolucion de tratar con el cónsul, le envió embajadores para la paz, y se perdió por el mismo medio que habia adoptado para salvarse. Cepion ganó á los embajadores con halagos, dones y promesas; les persuadió que asesinasen á Viriato, y los despidió con palabras de paz para este caudillo. Los traidores aprovecharon la primera ocasion de cogerle descuidado, y le mataron á puñaladas. Asi pereció este varon insigne, que borró la infamia de su primera profesion con 10 años de guerra contínua contra el poder de Roma, y que mejor socorrido por los españoles, habria libertado su patria del yugo estrangero. Fue llorado de los lusitanos, mas no le vengaron; pues muerto él, se sometieron, dejando las armas, y recibiendo tierras que cultivar en provecho de sus vencedores. Los asesinos pidieron premio al senado de Roma: respondióseles que los romanos no gustaban de que los soldados asesinasen á sus caudillos.

El mismo año que fue subyugada Lusitania por la muerte de Viriato, estalló la segunda guerra de Numancia; ejemplo notable de la habilidad de los romanos en no mover á un mismo tiempo dos guerras peli-

grosas. Si los numantinos hubiesen auxiliado con vigor á los lusitanos, si dos pueblos tan valientes y poderosos hubiesen incitado con su ejemplo á los demas para la restauracion de la pública libertad, la victoria de los romanos hubiera sido muy dudosa. Pero cuando cada tribu esperaba á ser injustamente acometida para defenderse, era cierta la subyugacion universal.

El procónsul Quinto Pompeyo, que gobernaba en la España citerior, provincia sosegada, quiso quitar la libertad á las ciudades de Numancia y Termancia, pretestando haber estos pueblos dado acogida á los segedanos que huian de la indignacion de Roma por el socorro que dieron á los lusitanos en la guerra de Viriato. Numancia, para aplacar al procónsul, hizo salir de la ciudad á los segedanos; pero nada logró. Quinto Pompeyo le puso sitio, y fue necesario defenderse con las armas. El ejército de los numantinos constaba solo de 8.000 hombres de infantería y 2.000 de caballería. La plaza carecia de murallas, aunque tenia fortaleza; y causa admiracion ver á este puñado de valientes vencer muchos ejércitos consulares, formar á los romanos otras horcas caudinas, y obligar á aquella soberbia república á enviar á su mejor general, al destructor de Cartago, al segundo africano, con ejército poderoso contra una sola ciudad y una poblacion tan poco numerosa.

Megára, general de los numántinos, a-

doptó el único plan de campaña, que era posible contra la táctica superior de los romanos, y fue evitar las acciones generales, y valerse para atacar á los enemigos con ventaja de los accidentes del terreno. El procónsul que habia movido la guerra tan injustamente, la hizo sin plan, y arruinó su ejército. Levantó el sitio de Numancia, viendo que nada adelantaba en él; atacó á los termestinos, y fue rechazado con mucha pérdida; tomó á Manlia, pequeña plaza que tenia guarnicion numantina, volvió sobre Termancia, y logró apoderarse de esta ciudad; ó porque la cógió descuidada, ó porque trajo mayores fuerzas contra ella: deshizo á Tangino, capitan de salteadores, que infestaba las orillas del Ebro, cerca de donde hoy está Zaragoza: puso sitio segunda vez á Numancia; y disminuido su ejército con las salidas y rebatos de los numantinos, firmó un tratado de paz con ellos, vergonzoso para Roma, que el senado no ratificó.

El cónsul Marco Popilio Lenate, su sucesor, fue vencido por los lusones, pueblo cercano á Numancia; y aliado de esta ciudad, y despues por los numantinos. Entretanto gobernaba la España ulterior el cónsul Décimo Bruto, que despues tomó el título de *Caliaco*, por haber vencido y sujetado los pueblos de este nombre, que habitaban al norte del Duero hasta el Océano.

Capitulacion del cónsul Mancino. (A. M. 3869. A. J. 135.) Cayo Hostilio Mancino,

sucesor de Popilio en el mando de España citerior, llevó al estremo la ignominia de Roma. Puso sus reales junto á Numancia, fue vencido en muchos combates; y sabiendo que acudian en socorro de la plaza los vacceos y los cántabros, levantó de noche el campamento, y huyó. En Numancia no se supo este movimiento hasta dos dias despues, por estar la ciudad entretenida en fiestas y regocijos públicos, cuyo motivo se ignora; pero dos jóvenes que solicitaban la mano de una doncella, y que convinieron por evitar disputas, en que fuese su marido el primero de los dos que trajese por arras la mano cortada de un enemigo, pasaron secretamente á los reales romanos, y los hallaron vacíos. Dan el aviso á la ciudad: ármanse los numantinos, y salen en perseguimiento del cónsul, le alcanzan antes de estar atrincherado, y le rodean de modo que no podia escapar. Mancino entra en conciertos, y por medio de su cuestor Tiberio Graco, hijo de Sempronio, que tan amado fue de los españoles, logró una capitulacion necesaria, aunque afrentosa, por la cual los numantinos adquirian el título de amigos y aliados del pueblo romano, y el ejército del cónsul salió libre del peligro en que estaba.

Esta situacion era la misma que la antigua de los cónsules Postumio y Veturio en las horcas caudinas; y el senado de Roma resolvió el problema de la misma manera. Mandó al otro cónsul Emilio Lépido pasar á

España á hacer guerra á los numantinos, y á entregarles desnudo al cónsul Mancino, autor del tratado que no habia de cumplirse; y aun quisiera entregarles tambien á Tiberio Graco, que tanta parte tuvo en la capitulacion; pero el amor del pueblo le salvó de esta ignominia. Desde entonces empezó el odio de los Gracos contra los nobles y poderosos: este odio preparó sus famosos tribunados, que acabaron con la libertad romana, y dieron principio á las guerras civiles, en que se sepultó la república, teñida con la sangre de todos los pueblos del mundo. Asi la guerra de Numancia produjo á Roma una larga serie de calamidades.

Lépido atacó á los vacceos contra las órdenes del senado, que le habia mandado no irritar mas á los españoles, puso cerco á Palencia, fue vencido, y huyó. Por esta causa se le condenó á multa cuando volvió á Roma. Su sucesor el cónsul Publio Furio Filon entregó á los numantinos la persona del cónsul Cayo Hostilio; pero los numantinos, semejantes á los samnites, ni quisieron recibirle ni castigarle, y se contentaron con vencer al cónsul Quinto Calpurnio Pison, sucesor de Publio Furio.

Ruina de Numancia. (A. M. 3873. A. J. 131.) El valor de los numantinos no era ciego y feroz, como suele ser el de los pueblos bárbaros, ni acometian sin precaucion y temerariamente. Habian aprendido de sus mismos enemigos la táctica militar, y el arte

de aniquilar las fuerzas superiores de los romanos con ataques osados é imprevistos. Cuatro ejércitos consulares vencidos, la capitulacion vergonzosa de uno de ellos, y tantas pérdidas en una guerra contra enemigos, cuyo ejército no pasó nunca de 10.000 hombres, obligaron al senado á tomar en fin una resolucion enérgica, y á confiar la provincia citerior al mayor capitan de Roma, para que destruyese de una vez aquel padrastro de su gloria. Publio Escipion, célebre ya por la ruina de Cartago, fue nombrado cónsul, y pasó á España. Lo primero que hizo fue restablecer la disciplina en el ejército romano, perdida, ó por la inhabilidad ó por la negligencia de los cónsules anteriores, mas ocupados en allegar riquezas que en cuidar de las cosas necesarias para vencer. Acometió á los vacceos, y les taló los campos para impedirles que socorriesen á Numancia; y aunque era su intencion por entonces no dar batalla al enemigo hasta acostumbrar su ejército á la disciplina, hubo de pelear con los palentinos por la temeridad de su lugarteniente Rutilio Rufo, que cayó en una emboscada: Escipion le libertó de ella. En esta espedicion reedificó y pobló á Caucia, destruida por la avaricia y la perfidia de Lúculo. Despues de estas operaciones puso sus reales sobre Numancia, objeto principal de la guerra. Los numantinos, siguiendo su táctica, que tan bien les habia salido con los caudillos romanos ante-

riores, empezaron á poner emboscadas á los cuerpos enemigos que se estendian por el pais para forragear; pero hallaron en Escipion un general vigilante, que acudiendo con gran número de tropas adonde era mayor el peligro, los obligaba á retirarse.

Al año siguiente, determinado á acabar con Numancia, estrechó el sitio de manera que empezó la ciudad á sentir el azote del hambre. Procuraron con barcas ligeras ó con buzos entrar algunos víveres por el Duero: Escipion unió ambas riberas con maderos, sobre los cuales construyó dos torres y las guarneció de soldados, y con estacas puntiagudas que imposibilitaban el tránsito. Los numantinos hacian frecuentes salidas; pero eran rechazados por el superior número de los romanos, que ascendian á 50.000 hombres, y que peleaban solo para rechazar al enemigo, teniendo cuidado de no matarlos para que consumiesen mas pronto los víveres. Numancia imploró el socorro de los arévacos; mas estos no se atrevieron á romper la paz que tenian con Roma, y solo la plaza de Lucia, distante una legua, envió alguna gente que fue desbaratada por los romanos. Escipion mandó cortar las manos derechas á 400 lucienses que quedaron prisioneros para aterrar y escarmentar á los demas pueblos que quisiesen seguir su ejemplo. Los numantinos, perdida toda esperanza de auxilio y de victoria, pidieron paz honrosa á Escipion: el cónsul no les propuso otro arbitrio que

rendirse á discrecion. Emprenden una última salida contra los reales enemigos, y son rechazados. Entonces resuelven dar un ejemplo feroz de constancia, de amor al honor y á la independencia: queman la ciudad, se arrojan á la hoguera con sus familias y bienes, y solo dejaron cenizas al enemigo.

La catástrofe de Numancia fue el último esfuerzo de la libertad española. Desde entonces empezaron á unirse las familias del pais con las romanas, á construirse colonias, á dar sus derechos á las ciudades antiguas, á gozarse, en fin, los beneficios y á sentirse los inconvenientes de la civilizacion, sin ocurrir sucesos militares de importancia hasta el tiempo de la guerra civil entre Mario y Sila, escepto los siguientes.

Diez años despues de la destruccion de Numancia, el cónsul Quinto Cecilio Metelo sujetó á los mallorquines que infestaban con sus piraterías las playas de Italia y España, por lo cual se le dió el título de Baleárico. Al mismo tiempo el célebre Cayo Mario, que se habia distinguido en el sitio de Numancia, donde fue legado de Escipion, libertó la provincia ulterior, siendo pretor de ella, de un gran número de ladrones, resto de la guerra de Viriato.

Quince años mas adelante, los cimbros, despues de taladas las Galias, acometieron á España; mas fueron vencidos y rechazados por los naturales del pais, reunidos con los romanos, cuyas costumbres habian adopta-

do ya, y obligados á volver á pasar á Galia, donde fueron esterminados por Cayo Mario en su cuarto consulado.

El año 650 de la fundacion de Roma volvieron los cimbros, reliquias sin duda de la batalla de Acuas Sextias, que erraron mucho tiempo par Galia, á pasar el Pirineo, y fueron vencidos de nuevo por los celtíberos. Al mismo tiempo el procónsul Lucio Cornelio Dolabela sosegó á los lusitanos que se habian levantado cinco años antes, y sostenido la guerra con vario suceso.

Al año siguiente se sublevaron los celtíberos. El cónsul Tito Didio les dió una batalla sangrienta, con igual pérdida de ambas partes; pero enterrando sus muertos secretamente y de noche, persuadió á aquella nacion sencilla que los romanos habian quedado con sus fuerzas enteras, y se sometieron. En esta guerra se distinguió Quinto Sertorio, tribuno de legion, y que fue despues uno de los mas grandes capitanes de aquel siglo, tan fecundo en héroes. Los de Castulon, unidos con los de Girisa, aliados secretos unos y otros de los celtíberos, formaron el designio de degollar la guarnicion romana de aquella ciudad. Sertorio acudió con prontitud al peligro, salvó á los suyos, esterminó á los castulonenses, mandó á los romanos que se pusiesen los vestidos de los enemigos muertos, y salió á recibir á los girisenos, que venian á unirse con sus cómplices. Engañados estos con la mu-

danza del trage, cayeron en manos de los romanos, y fueron todos pasados á cuchillo ó vendidos por esclavos. La antigua ciudad de Termancia pagó, diruida por Tito Didio, su amor á la independencia. El cónsul, despues de este ejemplo de crueldad, dió otro de perfidia, degollando á una partida de bandidos con sus hijos y mugeres, que se rindió bajo promesa de conservar la vida.

Despues de esta guerra quedó España tan pacífica, que el cónsul Publio Licinio Craso construyó seis años despues el gran camino militar que iba desde Salamanca á Mérida; y ya se sabe que las obras de esta especie no se emprenden en los paises donde arde el incendio de la guerra.

Tres años despues estalló la guerra civil de Cinna, en la cual fueron proscritos todos los amigos de Sila, que peleaba entonces en oriente contra Mitridates, rey del Ponto. España, como las demas provincias, siguió la suerte del vencedor; pero fue célebre la fidelidad de un español llamado Vibio Pacieco, amigo de Marco Craso, hijo de Publio. Este romano, célebre despues por sus victorias, por haber sido individuo del primer triunvirado, y por su desastre en Carras, era del partido de Sila. Huyendo de Cinna y Mario, vencedores, que le buscaban para matarle, se refugió en España, en una quinta de su amigo Pacieco, que estaba cercana al mar, donde la prudencia y fidelidad del español le tuvo guardado y

seguro, hasta que vuelto Sila del oriente, y quebrantado el partido mariano, salió de su escondrijo, ganó muchas ciudades de España, y entre ellas á Málaga, pasó al Africa, y despues á Italia, donde contribuyó mucho á la victoria definitiva de su general. Aun se muestra hoy la cueva en que estuvo oculto, en Gimena, entre Ronda y Gibraltar.

Guerra de Sertorio. (A. M. 3925. A. J. 79.) Uno de los episodios mas sangrientos de la primer guerra civil de los romanos fue la que movió Sertorio, partidario de Cinna, contra Sila y sus secuaces. Arruinada la causa de Mario, y apoderado el vencedor Sila de la autoridad suprema con el título de dictador, Sertorio, que obtuvo uno de los primeros lugares en la lista de proscripcion de aquel déspota sanguinario, huyó á España con algunas reliquias de su partido, resuelto á hacerse fuerte en ella contra el tirano de Roma, confiado en la fama y el gran número de amigos que en otro tiempo habia adquirido militando en este pais bajo Tito Didio. Al principio no le fue favorable la fortuna. Arrojado de la península por Annio, lugarteniente de Sila, se apoderó de Ibiza con el favor de una escuadra que habia construido. Tambien fue echado de esta isla; y cuando ya pensaba en retirarse á la parte occidental de Africa á buscar un asilo remoto en que morir, los lusitanos, siempre amantes de su independencia, le enviaron embajadores para que se pusiese á su frente, es-

perando tener en él un Viriato mas feliz. Sertorio aceptó, y en breve vió acudir á sus banderas todos los pueblos de la España ulterior, y muchos de la citerior. La guerra que movió contra Sila, y muerto este, contra la república, fue mas bien romana que española; pues se trataba, no de la independencia de España, sino del partido que debia mandar el mundo desde las orillas del Tiber. Sin embargo, trató con tanta bondad á los españoles, y les inspiró tanta confianza en su valor y probidad, que mientras duró la guerra, á pesar de sus variados sucesos, ninguno de los pueblos le abandonó; y despues que fue asesinado por los romanos mismos, muchas ciudades de España perecieron por conservarse fieles á su memoria.

Sila envió contra él á Quinto Metelo Pio, que hizo la guerra con vario suceso. Gneyo Pompeyo el grande, célebre ya por las victorias que habia conseguido en Italia, Africa y Galia contra el partido de Mario, fue enviado á España como colega de Metelo dos años despues; creyendo el senado (ya habia muerto Sila) útil esta resolucion, por cuanto veia que las fuerzas de Metelo eran para terminar la guerra. La mútua envidia de los dos generales y su perpétua desavenencia dió grandes ventajas á Sertorio. En la primer campaña, á vista de los dos ejércitos reunidos, despues de haberles destrozado un cuerpo destacado de 10.000

hombres, tomó á Laurona (Loira), y la entregó á las llamas; pero en la segunda no fue tan feliz. Pompeyo tomó á Segeda en los arevacos, é invadió la Edetania: Metelo derrotó á Hirtuleyo, lugarteniente de Sertorio, junto á Itálica: desgracia que enflaqueció en gran manera las fuerzas de este general. Deseando vengarse en Pompeyo de la victoria de Metelo, marchó á Edetania, encontró á su adversario cerca de Sucro, plaza situada á las orillas del rio del mismo nombre (hoy Júcar), y le dió batalla; pero cuando llevaba lo mejor del combate, Metelo, que llegó inesperadamente, le arrebató la victoria de las manos, y hubo de retirarse á Lusitania. Entonces fue cuando dijo: «Yo enviaria á Roma bien azotado á ese niño (Pompeyo, muy jóven entonces), á no haber acudido esa vieja (Metelo).»

Poco despues perdió Sertorio una gran batalla, dada junto al Turia, en que peleó de poder á poder contra Pompeyo; y desde entonces la guerra fue solo de puestos, sorpresas y movimientos. En una ocasion obligó á Metelo á pasar el Pirineo; en otra á Pompeyo á levantar el sitio de Palencia; pero generalmente llevaba lo peor por la facilidad que tenian de reforzarse los dos generales del senado. Sin embargo, no se veia próximo el fin de la lucha: los españoles le eran fieles; habia formado alianza con Mitrídates, rey del Ponto, que declaró de nuevo la guerra á los señores de Roma: tenia

un senado compuesto de los proscritos fugitivos de las crueldades de Sila; y su genio militar, bien para aprovecharse de la victoria, bien para restaurar una derrota, tenia suspensas las esperanzas y los temores del mundo entre él y sus enemigos, cuando la traicion terminó en un momento esta terrible lid de ocho años.

Perpenna, partidario de Mario, y muerto Sila, de Lépido, que quiso resucitar aquella causa vencida, fue derrotado con su gefe en la Galia cisalpina por Pompeyo, antes que este pasase á España á pelear con Sertorio. Lépido murió. Perpenna anduvo errante algun tiempo por la Transalpina, reunió tropas, y entró en la península cuando ya Sertorio, dominando en ella, luchaba contra Metelo y Pompeyo. Perpenna queria sostener la guerra contra estos dos generales con total independencia de Sertorio; pero sus soldados, que no confiaban mucho en su talento, le obligaron á unirse á aquel gran caudillo. Esta fue la perdicion de ambos. Perpenna, agitado por la envidia y la ambicion, hizo asesinar á Sertorio: con este héroe cayó la fuerza de su partido, y poco despues el alevoso homicida fue vencido y muerto por Pompeyo, que ya mandaba solo en España, habiéndose vuelto á Roma su colega.

Con la ruina del partido de Sertorio se allanó toda España, escepto la parte septentrional. Uxama, hoy Osma, que se mantuvo mas tiempo fiel á la memoria de aquel

general, fue arrasada por órden de Pompeyo. Peor fue la suerte de Calagurris (Calahorra), que cercada por Afranio, sufrió en un largo sitio tan grande falta de mantenimiento, que los habitantes se alimentaron de sus hijos y mugeres, y quedó en proverbio *el hambre calagurritana*. En fin, el lugarteniente de Pompeyo la entró por fuerza, pasó á cuchillo á los habitantes, y asoló todos los edificios y murallas. Algunos dicen que Pamplona, capital hoy de Navarra, fue fundada en esta época por Pompeyo, y que por eso se le dió el nombre de Pompelo ó Pompeyópolis. El primero es mas comun en los geógrafos de la antigüedad. Nosotros creemos que el segundo fue dado por algunos escritores que se engañaron con la semejanza del sonido, y con la alianza que Pompeyo asentó con los vascones, pueblo de origen cántabro, que habitaba desde los Pirineos hasta el Ebro, siguiendo las orillas del Vidasoa, Arga y Aragon. Es cierto que Pompeyo hizo alianza con esta tribu; mas nunca estuvieron sometidos á Roma, ni su territorio ni ella, como lo prueba no haber en él ningun pueblo de orígen latino, escepto dos ó tres edificados en tiempos muy posteriores.

Pretura de Julio César en España. (A. M. 3945. A. J. 59.) Julio César, cuyo destino fue dar el último golpe á la libertad de su patria, llenar el mundo con la fama de su nombre, y recorrerlo, dejando señales

sangrientas de su paso en todas las regiones, tuvo el primer mando, que le sirvió de escalon para la autoridad suprema en la España ulterior, adonde vino en calidad de pretor. Las montañas que hay entre el Duero y el Miño, llamadas entonces Herminias, eran habitadas por un pueblo feroz é independiente, que tenia la costumbre de bajar de ellas á las llanuras de Lusitania y Bética para robarlas. César les quitó estas guaridas, y los obligó á trasladar sus viviendas á los lugares llanos. Rebeláronse de nuevo, fueron vencidos, y se refugiaron á las islas Cincias, hoy de Bayona, adonde los persiguió y esterminó, con notable resistencia de esta gente, que costó bastantes vidas á los romanos. Su última espedicion fue apoderarse del puerto Brigantino, hoy la Coruña, que empezó desde entonces á ser un punto marítimo muy importante para los romanos. César sacó de España en el año de su pretura grandes riquezas, con las cuales pagó las enormes deudas que habia contraido para ganar partidarios, y adquirió otros muchos. El oro de las provincias vencidas las vengaba, sirviendo para alimentar en Roma las discordias civiles.

Despues de su pretura fue elevado César al consulado; y concluido su año se le dieron las Galias por provincias, y las sujetó en la célebre guerra de diez años, en que triunfó de los galos, germanos y britannos. Su lugarteniente Craso hizo la guerra en Aqui-

tania, adonde pasaron 50.000 cántabros en socorro de los galos al mando de oficiales y caudillos españoles amaestrados en la escuela de Sertorio; pero la fortuna de César fue superior al denuedo de estas tropas: los cántabros perdieron 38.000 hombres, y la Aquitania fue sometida.

Mas felices fueron los vacceos que se rebelaron entonces contra el procónsul Quinto Cecilio, á quien vencieron en una gran batalla; por lo cual se dió esta provincia á Pompeyo, y su nombre bastó á sosegarla. No vino á España, sino gobernó el pais y el ejército por medio de sus lugartenientes Afranio, Petreyo y Varron. El se quedó en Roma á cuidar de los negocios del triunvirado, compuesto de él, César y Craso. Sucedia esto el año 51 antes de Jesucristo.

Cuatro años despues estalló la guerra civil entre César y Pompeyo, habiéndose deshecho el vínculo del triunvirado por la desastrada muerte de Craso en su espedicion contra los partos. César arrojó de Italia á su rival, que cometió la imprudencia de pasar al oriente, abandonando en España á los lugartenientes sus verdaderas fuerzas y verdadero campo de batalla. César, cuyo tino militar fue superior al de todos los generales de la antigüedad, apenas se hizo dueño de Roma y puso algun órden en los negocios de Italia, pasó á España con su acostumbrada y admirable prontitud, arrojó del campamento de Ilerda (hoy Lérida), á

Afranio y á Petreyo, los obligó á capitular junto á Octogesa (hoy Mequinenza), ganó el ejército de Varron, que gobernaba en Bética, y cuya conducta indecisa anunciaba bastantemente su incapacidad, se hizo dueño de toda España, pasó á Grecia, donde venció á Pompeyo; al Egipto, donde vengó su muerte; al Ásia menor, donde destronó á Farnaces, hijo de Mitrídates, rey del Ponto; al Africa, donde acabó con las reliquias del partido pompeyano, y volvió en fin á Roma coronado de la mayor gloria militar que conocieron los siglos antiguos. El año 43 antes de Jesucristo vino por la tercera vez á España á destruir el partido que los hijos de Pompeyo Sexto y Gneyo habian formado contra él: derrotólos en la sangrienta jornada de Munda, en la cual peleó, como él dice, para salvar su vida, asi como en las otras batallas para adquirir gloria. Gneyo pereció: Sexto, que se habia apoderado de las Baleares, continuó haciendo la guerra como pirata; y César volvió á Roma, donde los gefes del partido republicano le asesinaron en la misma curia, cuando se preparaba á marchar contra los partos en venganza de la muerte de Craso.

Guerra de Cantabria. (A. M. 3979. A. J. 25.) Las crueles guerras que se movieron entre los romanos despues de la muerte de César, alteraron poco la tranquilidad de España, por estar tan remota de Italia y de Grecia, que fueron teatros de crueles bata-

llas, en que pereció la sombra de la república, y que dieron á Augusto, sobrino y heredero de César, el imperio del mundo. Sin embargo, en este intervalo hubo dos guerras de los pueblos de España, dirigidas á recobrar su libertad, la de los ceretanos, que fueron domados por Domicio Calvino, y la de los vacceos, cántabros y astures, vencidos por Estatilio Tauro.

Semilla fue esta última guerra de la que Augusto movió contra los pueblos septentrionales de España, cuando hubo pacificado el imperio. Es notorio que repartió con el senado el gobierno de las provincias, dejando á aquella corporacion, ya tan dócil y humilde, el gobierno de las tranquilas, y reservándose aquellas, en que por la ferocidad de los habitantes, ó por el temor de la guerra, era necesario que se mantuviesen ejércitos. Por esta razon fueron provincias de Augusto en España la citerior, llamada ya en esta época Tarraconense, y la Lusitania; y la Bética, pacífica y que no temia enemigos, del senado. Deseoso Augusto de someter toda España al dominio de Roma, vino á esta provincia, y pasó el Ebro con poderoso ejército, resuelto á terminar la conquista de los calaicos y astures, y á emprender la de los cántabros, pueblo entonces el mas independiente y belicoso de toda España.

Los cántabros se retiraron á la aspereza de los montes con sus familias y sus pobres

haberes. Augusto, acometido de una enfermedad, hubo de volverse á Tarragona, y dejó el cargo de la guerra á sus lugartenientes Cayo Antistio, Publio Firmio y Publio Carisio, bajo las órdenes de Marco Agripa, el mejor general que entonces tenia el imperio; el cual, no solo acometió á los cántabros por la parte de tierra, sino tambien les cerró el camino del mar, bloqueándolos con una escuadra que mandó venir de las costas de Galia. Los cántabros vencidos junto á Velica, que parece estaba en la actual provincia de Álava, se refugiaron al monte Vindio, que era un desgage del Idúbeda, hácia el mar; y sitiados en él por los romanos, quisieron mejor perecer de hambre ó darse la muerte con sus manos, que rendirse al enemigo. Igual suerte tuvieron los calaicos y astures, venidos al socorro de los cántabros, en el monte Medulia, que parece haber estado en la cordillera que separa de Alava á Guipúzcoa y Vizcaya. Carisio venció á los astures, tomó á Lancia, su capital, puesta en un sitio cercano de adonde hoy está Oviedo, y sometió aquel territorio.

Despues de cinco campañas laboriosas y estériles, en que aun la ambicion y avaricia de los romanos estimaba en mas la sangre perdida de los soldados, que la posesion de un pais infructífero y pobre, de donde ni aun esclavos podian sacar, pues los cántabros se daban muerte antes que entregar-

se, dió Agripa por concluida la guerra, y por sometida la provincia, porque no encontraba enemigos en ella. Dijose en Roma que toda España quedaba subyugada, y se cerró por la cuarta vez el templo de Jano. A la verdad Galicia, Asturias, los cántabros de la montaña, y los que habitaban las orillas del Ebro, fueron subyugados; pero los de Vizcaya, Guipúzcoa, y gran parte de Alava, quedaron independientes; porque nosotros jamas creeremos que fue vasallo de Roma un pais, en cuyos nombres de pueblos, en cuyas costumbres, en cuya legislacion no encontramos vestigio alguno de la nacion dominadora. Puede creerse que desde la época de Augusto, temerosos los cántabros del gran poder de los romanos, se contentaron con poseer en sus montañas su selvática independencia; y que los romanos los dejaron en ella, porque la pobreza del pais no escitaba su codicia.

La guerra de Cantabria fue el último conato de los españoles para defender su libertad; y desde entonces aspiraron á la gloria de la fidelidad, habiendo ya adquirido la de pelear por su independencia mas de dos siglos. Es verdad que desde que se estendió el derecho de ciudadanía romana á casi todo el imperio, comenzaron los españoles á mirar á Roma como su patria comun, de la cual recibieron leyes, costumbres, idioma y civilizacion. Ya en tiempo de Sertorio habia en Córdoba poetas que escribian en latin, y

que se distinguian por cierto sonido de versificacion, que no se acomodaba mucho con los delicados oidos de los romanos; y no tardó aquella ciudad en producir sus Lucanos y Sénecas. Horacio llama doctos á los españoles; y antes de la guerra de Cantabria fue cónsul Lucio Cornelio Balbo, natural de Cádiz, y triunfó de los garamantas, pueblo de Africa, habiendo sido el primer estrangero y el último particular que triunfó en Roma. Mas tarde produjo Itálica, colonia romana, situada sobre el Bétis, tres de los mas grandes emperadores que tuvo Roma: Trajano, Adriano y Teodosio. De todas las provincias del imperio, la mas tranquila, la que cultivó mas las letras, la que se conservó mas unida con la capital del imperio, fue España; ya deba atribuirse esto al caracter noble y constante de sus habitadores en el propósito que forman, ya á la lejanía en que esta region se hallaba del teatro de la ambicion y de las guerras civiles de los romanos. Es verdad que los emperadores embellecieron á España con monumentos ya gloriosos, ya útiles: díganlo tantas ciudades reedificadas ó construidas por César y Augusto, como lo muestran los apellidos que adquirieron de estos emperadores: díganlo los templos, anfiteatros, caminos, puentes, y otras obras magníficas que han dejado en la peninsula tan profundos vestigios de la civilizacion romana.

Predicacion del cristianismo en España.

Es tradicion constante de la iglesia española, que en el reinado del emperador Claudio predicó el Evangelio en España el apóstol Santiago el mayor, que fundó el templo del Pilar en Zaragoza, y que habiendo vuelto á Jerusalen, sufrió el martirio, y sus discípulos trajeron su cuerpo por el mar á Iria Flavia, puerto de Galicia, de donde en tiempos posteriores fue trasladado á Compostela, que de él tomó el nombre de Santiago, y en cuya catedral se venera. Sus primeros discípulos y colectores de la ámplia mies que le ofreció la península, fueron Pedro, obispo de Evora: Cecilio, de Iliberis, ciudad puesta cerca de la sierra llamada hoy de Elvira, en las inmediaciones de Granade: Eufrasio, de Iliturgo: Secundo de Abula, hoy Avila: Indalecio, de Urci: Torcuato, de Acci, hoy Guadix, y otros muchos, por cuyo ministerio se propagó rápidamente el cristianismo en toda la península. En el reinado de Neron predicó el Evangelio en Navarra, Honesto, enviado por san Saturnino, obispo de Tolosa de Francia, y fue maestro de Firmino ó Fermin, apóstol, no solo de los vascones, sino tambien de muchos pueblos de la Galia septentrional, donde sufrió el martirio.

En las persecuciones que los emperadores romanos movieron contra la Iglesia hasta la paz dada por Constantino, manifestaron los españoles en defensa de la fe aquella constancia intrépida que les es

genial; y todas las edades y sexos dieron testimonio, sellado con su sangre, de la doctrina de Jesucristo. Sacerdotes venerables, mugeres, niños, varones, ya en la flor de la edad, ya ancianos, sufrieron el martirio en las diversas persecuciones que el poder de la fuerza que desde Roma dominaba el mundo, levantó contra el poder de la fe y de la conviccion. En la persecucion de Diocleciano se inundaron todas las provincias de España con sangre de cristianos, escepto las cantábricas; y como ya en esta época habian abrazado la religion del Evangelio, como prueba haberse predicado en Navarra desde el primer siglo de la Iglesia, debe creerse que dichas provincias no estaban sometidas al imperio romano, y que no alcanzaban á ellas los bárbaros edictos de los emperadores.

La Iglesia española conservó intacto y puro el depósito de la religion, sin profanarlo con ninguna de tantas heregías como afligieron al cristianismo en sus primeros tiempos; y asi floreció en santidad y doctrina, tuvo prelados llenos de sabiduría y virtudes, dignos herederos de los primeros apóstoles de la península, y produjo al grande Osio, obispo de Córdoba, defensor de la divinidad del Verbo contra la heregía de Arrio, el cual, segun muchos historiadores, presidió, como legado del papa, el primer concilio general de la Iglesia, celebrado en Nicéa en tiempo de Constantino el grande. La

única impiedad que echó algunas raices de España, aunque por breve tiempo, fue la de Prisciliano, calaico de nacion, que en tiempo del emperador Graciano renovó los errores de los gnósticos, y que fue condenado en un concilio que se celebró en Zaragoza.

La España continuó bajo los emperadores dividida en las tres provincias, Bética, Lusitania y Tarraconense, gobernada cada una por un pretor hasta el reinado de Adriano; el cual, contemplando la desigualdad de la tercera con las otras dos, dividió la península en cinco provincias, que fueron Lusitania, Bética, Cartaginense, Galicia y Tarraconense, dividiendo en tres la antigua de este nombre, y agregó al gobierno militar de España la Mauritania Tingitana, porque de Cádiz y Cartagena se sacaban las fuerzas necesarias para tener sometida esta parte de Africa. Cada provincia estaba dividida en *conventos* ó distritos que celebraban anualmente sus juntas, ya para la eleccion de magistrados civiles, ya para arreglar el repartimiento de las contribuciones, ya en fin para los demas objetos gubernativos que dejaron los romanos á su arbitrio; pues estos hábiles conquistadores no quitaban á los pueblos mas libertad que la que era indispensable para tenerlos sumisos, y querian que las naciones avasalladas por Roma pareciesen y se creyesen libres. Es verdad que en tiempo de los emperadores,

por las conexiones de los vencedores con los vencidos, y por la estension del derecho de ciudadanía, todas las provincias eran iguales, y daban al imperio magistrados, cónsules, generales y emperadores.

Primera invasion de Alárico, rey de los visigodos, en Italia. (402.) En la historia romana se esplicaron con suma estension las causas de la decadencia progresiva del imperio romano. El emperador Teodosio fue el último grande hombre capaz de abarcar y sostener con su robusta mano el cetro del mundo. Cuando murió dejó el imperio dividido entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, el oriente al primero, y el occidente al segundo.

Hallábanse entonces establecidos los godos en las orillas del Danubio, desde Iliria hasta el mar Negro. Esta nacion, escandinava de orígen, salió de su primera cuna al mismo tiempo que los cimbros y teutones, es decir, siglo y medio antes de la era cristiana. Ocuparon los paises que hoy se llaman Polonia, Rusia, Moldavia y Valaquia. Estrechados por los hunnos, que saliendo de las fronteras de China, pasaron el Tanais en el reinado de Valente, pidieron á este emperador tierras donde morar al sur del Danubio, y tratados con perfidia las adquirieron á fuerza de armas. El gran Teodosio los venció; mas no pudiendo echarlos del imperio, los admitió por auxiliares ó vasallos: aumento peligroso de fuerza, cuan-

do ya los romanos no sabian manejar las armas.

Este pueblo estaba dividido en dos grandes tribus, llamadas visigodos y ostrogodos. Se ignora si estos nombres los traian ya de Escandinavia, donde la Gocia está dividida aun en nuestros dias en Ostrogocia y Vestrogocia; esto es, Gocia oriental y occidental; y si lo recibieron de la situacion respectiva de los paises que ocuparon en el Danubio, ó de las monarquías que fundaron en España al occidente, y en Italia al oriente. Sus reyes ó caudillos, necesarios á todo pueblo guerrero, mucho mas si es errante, eran electivos; pero por costumbre antigua los elegian de las familias de los baltos entre los visigodos, y de los ámalos entre los ostrogodos. El primer nombre quiere decir *atrevido* en el idioma de esta gente: el segundo procede de Amalo, rey antiguo, y capitan esforzado de los ostrogodos. Su religion era la misma que la de los pueblos escandinavos; pero en tiempo del emperador Valente abrazaron el cristianismo, bien que oscurecido con los errores de los arrianos, que les enseñó el obispo Ulfilas, que pertenecia á esta secta, al mismo tiempo que la escritura que hoy se llama gótica.

Alárico, de la familia de los baltos, nómbrado rey de los visigodos, acometió primero al imperio de oriente. La corte de Constantinopla quiso mas bien hacer con él una paz vergonzosa, que deber la victoria y la

libertad á Estilicon, que gobernaba el occidente en nombre del imbécil Honorio. Alárico, pues, se dirigió á Italia con la esperanza de conquistarla, ó por lo menos de enriquecerse con sus despojos, al mismo tiempo que Radagasio, gefe de los godos que habitaban en Polonia, pasó el Danubio y los Alpes, y llegó hasta Etruria casi sin dificultad.

Estilicon, resuelto á hacer frente á la tempestad, reunió toda la gente que pudo en Italia; mas no bastándole para resistir á tantos enemigos, llamó las tropas romanas que guarnecian el Rhin y defendian las Galias contra los bárbaros de Germania, dejando encargada á los francos, establecidos en Bélgica, bárbaros tambien, pero aliados entonces de Roma, la defensa de aquel rio. Reunidas asi casi todas las fuerzas del occidente, esterminó el ejército de Radagasio en la batalla de Fésulas, venció á Alárico en las de Polencia y Verona, salvó la Italia de los godos, y dejó entregadas á las tribus germánicas las Galias y la España.

Invasion de los vándalos, alanos, suevos y borgoñones en Galia. (406.) En efecto, las naciones germánicas apenas vieron que el Rhin estaba defendido solamente por los francos, le pasaron en gran número. Cinco fueron las naciones principales que componian este diluvio de bárbaros que iba á caer sobre el mundo civilizado. Los vándalos, los silingos, los borgoñones, los ala-

nos y los suevos: los alanos procedian del Asia, los suevos de Germania, los otros tres pueblos eran oriundos de Escandinavia.

Los alanos se cree que arrojados de las orillas de Jaik y Volga, y de las playas septentrionales del mar Caspio por los hunnos, pasaron á Europa atravesando el Tanais y el Borístenes, é hicieron su primera mansion en Dacia, de donde siguiendo el curso del Danubio pasaron á las orillas del Rhin á ponerse en línea con las demas tribus enemigas del nombre romano. El rey ó caudillo, bajo cuyas órdenes entraron en Galia y en España, se llamó Atace.

Los suevos, que en tiempo de César acometieron á Galia y fueron arrojados por este héroe, eran una nacion germánica que moraba desde las orillas del Danubio hasta las de Elba y Weser: su capitan era Hermenerico.

Los vándalos, bajo cuya dominacion se comprendian tambien los silingos y borgoñones, escandinavos de orígen, se habian establecido en la primera transmigracion de este pueblo en tiempo de Mario, en las orillas meridionales del Báltico, desde el Trava hasta el Vístula; los burgundiones en las del Oder; los silingos en las del Sala, despues que los francos se estendieron por el occidente de Germania. Era rey de los vándalos Gunderico.

Estas naciones reunidas forzaron el paso del Rhin. Los francos, vencedores de los

vándalos, fueron vencidos por los alanos, y las Galias se vieron inundadas por este torrente devastador que las asoló cuatro años.

Entrada de los bárbaros en España.

(411.) La division de los romanos, y las frecuentes usurpaciones de los generales, eran mas calamitosas para el imperio que las invasiones de los bárbaros. Las legiones de la Gran Bretaña se sublevaron, y despues de haber elegido y depuesto dos emperadores, nombraron á Constantino, soldado gregario, solo porque tenia este nombre. Y á la verdad no fue indigno de él: pasó á Galia, donde atrajo á su partido muchas ciudades, cuyo ejemplo siguieron gran parte de las de España, donde Dídimo y Veriniano, parientes del emperador Honorio, sostenian el partido de Roma contra Constantino. Este usurpador ganó á los bárbaros que entonces desolaban las Galias, y formó un ejército compuesto de vándalos, suevos, silingos y alanos (porque los borgoñones se habian fijado ya en la parte oriental de Galia), y lo dió á su hijo Constante, á quien nombró césar para que conquistase á España. Constante pasó los Pirineos, venció y dió muerte á los generales de Honorio, permitió á los bárbaros estenderse asolando el pais hasta Palencia, y les confió la defensa del Pirineo.

Entretanto Honorio habia mandado asesinar á Estilicon, hecho paces con Alárico, y vuelto á la guerra con él. El visigodo sitió

á Roma dos veces: la señora del mundo capituló en el primer sitio; y habiendo faltado Honorio á la capitulacion, fue saqueada en el segundo. El vencedor murió poco tiempo despues, habiendo sido el primer guerrero que vengó al universo de la tiranía de Roma. Muchos historiadores le ponen el primero en la lista de los reyes visigodos de España; porque sus hazañas y conquistas hicieron á su nacion dominante en el occidente europeo, y fueron los cimientos de la monarquía. Sucedióle en el mando del pueblo visigodo su cuñado Ataulfo.

Los bárbaros que habian entrado en España, desconfiados de Constantino, poderoso en Galia; de Honorio, que mudaba á cada instante de amigos y enemigos, y de los godos, cuyo poder amenazaba á todos, llamaron á sus compatriotas que erraban por las orillas del Garona y del Ródano sin establecimientos fijos, para hacerse señores de la peninsula. Renovaron en ella todos los horrores que habian cometido en Galia. Los suevos se establecieron en la provincia de Galicia, que llegaba entonces hasta el Duero y el Pisuerga: los vándalos y silingos en Bética, á la cual dicen algunos que dieron el nombre de Vandalia, del cual quieren deducir el actual de Andalucía; y los alanos en Lusitania y en la Cartaginense, escepto la Carpetania y la Celtiberia, que juntamente con la Tarraconense quedaron en poder de los romanos. Honorio, no pudiendo

impedir estas usurpaciones, y teniendo guerra á un mismo tiempo contra los visigodos en Italia, y en Galia contra Constantino, se concertó con los bárbaros, y cesó la devastacion. Los españoles y romanos de España quedaron libres de los enormes tributos que pagaban antes al fisco imperial, pero sometidos á guerreros feroces que los despojaban de sus propiedades, que los obligaban á labrar las tierras, y que ofendian su religion; porque todos profesaban el paganismo de los pueblos del norte. Lo mas notable es, que enmedio de la ruina general hubo un ambicioso bastante ridículo para aspirar al imperio enmedio de la España asolada. Máximo, favorecido por el conde Geroncio, enemigo personal de Constantino, tomó la púrpura en Tarragona; pero fue muerto por los españoles fieles á Honorio. La misma suerte tuvo Constantino, vencido por el patricio Constancio en Arles, y con su muerte volvieron las Galias á reconocer el dominio de Roma.

Establecimiento de los visigodos en la Galia narbonense. (415.) No quedaba á Honorio mas enemigo temible que Ataulfo y los visigodos que dominaban en Italia; pero el amor de Placidia, hermana del emperador, hecha prisionera en el saco de Roma, convirtió en defensor del imperio al que debia ser su ruina. Asentó paces con Honorio, cuyas condiciones fueron su matrimonio con Placidia, que se celebró inmediatamente, y

el establecimiento de los visigodos en la Galia narbonense, que desde entonces empezó á llamarse Galia gótica. La primer capital de los visigodos fue Narbona.

Ataulfo fue declarado amigo y aliado del pueblo romano; y la provincia que se le dió al pie de los Pirineos, y cerca del Ródano y de los Alpes, barreras de Italia, era una posicion muy importante para que defendiese á Roma contra los bárbaros de Galia, y recobrase de los de España las provincias que habian usurpado al imperio.

Seccion Tercera.

Monarquía de los visigodos hasta la abjuracion del arrianismo.

Ataulfo, primer rey de los visigodos en España. Sigerico, rey de los visigodos. Valia, rey de los visigodos. Teodoredo, rey de los visigodos. Los romanos vencidos por los vándalos en España. Espedicion de los vándalos en Africa. Victorias de los suevos en España. Introduccion del cristianismo entre los suevos. Batalla de los campos cataláunicos. Turismundo, rey de los visigodos. Teodorico, rey de los visigodos. Guerra con los suevos: batalla de Urbico. Restablecimiento del reino de los suevos. Sorpresa de Lugo. Toma de Narbona por los visigodos. Introduccion del arrianismo entre los suevos. Eurico, rey de los visigodos. Espulsion definitiva de los romanos de la España interior. Conquista de la Auvernia por los visigodos. Conquista de la Provenza por los visigodos. Alárico, rey de los visigodos. Muerte de Siagrio. Batalla de Vouglé. Gesalico, rey de los vi-

sigodos. Batalla de Arles. Amalarico, rey de los visigodos. Batalla de Narbona: muerte de Amalarico. Teudis, rey de los visigodos. Sitio de Zaragoza. Teudiselo, rey de los visigodos. Ágila, rey de los visigodos. Ocupacion de la costa de España por los romanos. Atanagildo, rey de los visigodos. Liuva I, rey de los visigodos. Leovigildo, asociado al trono. Batalla de Baza. Leovigildo reina con sus hijos. Guerra entre Leovigildo y Hermenegildo. Martirio de Hermenegildo. Guerra con los franceses. Ruina de la monarquía sueva.

Ataulfo, *primer rey de los visigodos en España.* (416.) La situacion del occidente era entonces sumamente complicada. El imperio habia recobrado la Galia; pero los francos en el norte de esta provincia, los borgoñones en el oriente, y los visigodos en el mediodia, con el título modesto de aliados del pueblo romano, eran verdaderos y formidables enemigos que sitiaban la parte central, dispuestos siempre á apoderarse de ella á la primer ocasion, y á disputar despues entre sí los despojos de la victoria. España no estaba mas tranquila. Gunderico, rey de los vándalos, dominaba en el mediodia; Atace, rey de los alanos, en el centro; y Hermenerico, rey de los suevos, en el norte; pero la parte oriental obedecia aun á los emperadores de Roma.

La versatilidad y perfidia de Honorio rompió en breve los lazos que le unian con Ataulfo. Este rey, temiendo siempre un rompimiento con el emperador, llevaba siempre consigo á todas partes á Atalo, á quien Alárico, cuando hacia la guerra á Honorio, habia nombrado augusto. Receloso de que Constancio, lugarteniente de Honorio, y uno de los pocos héroes que tuvo Roma en su agonía, le hiciese guerra, trató de anticiparse, y al frente de sus visigodos invadió la Aquitania y quemó á Burdeos. Constancio le sitió en Narbona; y no teniendo esperanzas de que la guarnicion resistiese, pasó á España, se apoderó de Barcelona, y movido de las lágrimas y ruegos de su muger Placidia, se reconcilió con Honorio, abandonando á Atalo, que cayó en poder de los romanos, y fue condenado á muerte.

En este tiempo Gunderico, rey de los vándalos, hizo tambien paces con Honorio, para gozar tranquilamente de la posesion de Bética. Los alanos, indignados y temerosos de esta alianza, le declararon guerra; pero unidos los vándalos y los suevos rechazaron á los alanos, y les quitaron parte de la Lusitania; bien que ellos se resarcieron de esta pérdida, quitando á los romanos las provincias de Carpetania y Celtiberia.

Los visigodos, naturalmente enemigos de los romanos, con los cuales habia tantos años que peleaban, y mas enemigos todavia del reposo y la paz á que los condenaba

el último tratado con Honorio, conspiraron contra Ataulfo. Era gefe de la conjuracion un compañero y amigo de Saro, capitan godo, que habia sido homicida de Estilicon en Italia. Ambos eran enemigos jurados de la familia de los baltos. Ataulfo fue asesinado mientras se entretenia en ver sus caballos, por un truan llamado Bernulfo. Fueron tambien degollados todos los hijos de Ataulfo de su primer matrimonio.

Sigerico, rey de los visigodos. (417.) Muerto Ataulfo cesó entre los visigodos la costumbre de elegir sus reyes en una sola familia. Nunca tuvo entre ellos lugar la division, que fue tan funesta á los merovingios; pero cada nueva eleccion costaba ordinariamente una guerra civil. La usurpacion de Sigerico sirvió sin duda de antecedente para no sujetarse en el nombramiento de los reyes á determinada estirpe.

Sigerico, hermano de Saro, fue elegido rey de los visigodos despues del asesinato de Ataulfo. Aunque de valor esperimentado, ó temiendo la felicidad de Constancio, ó esperando conseguir de Honorio por medio de la paz establecimientos para los muchos hijos que tenia, siguió la política de su antecesor, é indignó á su pueblo ansioso de pelear. Otros atribuyen su ruina á su crueldad y orgullo; y cuentan de él que hizo andar á pie á la reina Placidia, encadenada, el espacio de doce millas, ante el caballo que él montaba. Lo cierto es que pereció en

una conspiracion de los grandes á pocos dias de haber recibido la corona.

Valia, rey de los visigodos. Este héroe, elegido despues de la muerte de Sigerico por rey de los visigodos, fue el verdadero fundador de su monarquía. Conociendo la inquietud de su pueblo, resolvió tenerle ocupado en perpétuas guerras. Su primer espedicion contra Mauritania no fue dichosa. Acometida la armada que mandaba en persona en el estrecho, pereció gran parte de los buques, y hubo de volverse á Barcelona, de donde habia salido. Constancio entró en Cataluña con poderoso ejército para despojarle de sus estados; pero Valia tenia en su poder una prenda de paz. Honorio habia prometido á Constancio la mano de Placidia, viuda de Ataulfo, que estaba todavía en la corte de los visigodos. Fue fácil renovar la primer alianza con Ataulfo, entregando á aquella princesa, que fue esposa de Constancio y madre del emperador Valentiniano III; pero temiendo Valia la suerte de sus dos antecesores, puso por condicion en el tratado, que se le encomendase la guerra contra los alanos, vándalos y suevos, y el cuidado de reducir al dominio de Roma las provincias que ocupaban.

El primer enemigo, contra el cual marchó al frente de sus valientes visigodos, fueron los alanos: los arrojó de la provincia cartaginense, entró en Lusitania, y encontró junto á Mérida al ejército de aquel pueblo,

mandado por su rey Atace en persona. Trabóse la batalla de poder á poder, y fue la primera de esta especie que los visigodos dieron en España. Atace murió en el combate, y Valia quedó victorioso. El imperio y nombre de los alanos se arruinó, y los que sobrevivieron á la derrota se incorporaron con los suevos.

Acometió despues á los vándalos y silingos, y los venció en otra batalla junto á Tarifa, de cuyas resultas se vieron obligados á someterse, ejemplo que siguieron los suevos sin esponerse á los trances de las batallas. En esta guerra con los godos recibieron los vándalos la heregía arriana, que era la religion de los vencedores.

Valia, aliado tan fiel, como enemigo temible y gran capitan, entregó á los romanos la España sometida, sin conservar en ella mas que la Cataluña, que poseian los visigodos desde el reinado de Altaulfo; y Honorio, en premio de su lealtad, le cedió la Aquitania, provincia entonces muy dilatada, que se estendia desde los Pirineos hasta mas allá del Garona. Sus metrópolis eran Tolosa y Burdeos: á esta última trasladó Valia la corte de los visigodos. Despues de tres años de un reinado glorioso murió. Dejó solo una hija que casó con èl célebre Ricimero, aquel suevo atrevido, que ponia y quitaba emperadores á su arbitrio en los últimos dias del imperio de occidente.

Teodoredo, rey de los visigodos. (420.) Teodoredo fue nombrado sucesor de Valia, de quien era pariente. Se ignoran los sucesos de los 17 primeros años de su reinado. Parece que trasladó á Tolosa desde Burdeos la residencia real. Era prudente y valeroso; y asi se debe creer que empleó este tiempo en consolidar su reino y en fortificarlo contra la ambicion de Roma. La Aquitania era entonces la provincia mas estimada de los visigodos, y en la cual se afirmaba mas su poderío.

La muerte de Valia quitó á las naciones bárbaras de España el freno que las sujetaba, mucho mas habiendo fallecido al año siguiente el general Constancio. Gunderico, rey de los vándalos, creyendo la ocasion oportuna para estender su poderío á toda España, acometió á los suevos, los echó de los paises llanos que ocupaban, y los obligó á encerrarse en los montes Ervasos, que segun parece, eran los que separan á Asturias de Leon. No pudiendo forzarlos en aquella formidable posicion, se volvió á Bética, juntó una armada, pasó en ella á las islas Baleares, y las saqueó, arrasando sus poblaciones. De vuelta á sus estados desembarcó en la costa de Cartagena, y tomó y destruyó esta ciudad. Entonces pasó la dignidad de metropolitano de la provincia cartaginense al obispo de Toledo. Despues acometió á los silingos que se habian establecido en Hispalis, les hizo cruel guerra en castigo de

que se conservasen fieles á la alianza con Roma, entró por fuerza la ciudad, la puso á saco, y fue muerto en la misma puerta del templo de san Vicente, cuando se disponia á robarlo.

Los romanos vencidos por los vándalos en España. (423.) Genserico, hermano bastardo de Gunderico, le sucedió en el trono, en el instinto de destruccion, y en la animosidad contra los romanos y contra la religion católica. Al mismo tiempo que preparaba sus armas contra las tropas de Honorio en España, dos usurpadores, llamados Jovino y Máximo, se proclamaron emperadores en la península: tan necio era todavía el orgullo de los romanos, que se arriesgaban á todo por adquirir un título, que ya no representaba poder alguno.

Honorio envió á España al patricio Castino, escelente capitan, para hacer guerra á los dos rebeldes, y resistir á los vándalos. Los usurpadores fueron presos y muertos; pero Genserico era tan poderoso, que ni con sus fuerzas, ni auxiliado por Bonifacio, gobernador de Africa, pudo defenderse contra ellos, y hubo de retirarse á Italia, dejando la península á merced de los bárbaros.

Espedicion de los vándalos en Africa. (427.) El emperador Honorio habia muerto, dejando el imperio próximo á su ruina: sucedióle Valentiniano, hijo de Constancio y Placidia, en menor edad, bajo la tutela de

su madre. La enemistad de Aecio y Bonifacio, que eran entonces los dos capitanes mas estimados del imperio, causó la pérdida del Africa.

Bonifacio, que gobernaba esta provincia, indignado de las intrigas de Aecio, que le habia indispuesto con Placidia, convidó á Genserico á pasar á Cartago, creyendo con su apoyo hacerse respetable en el imperio. Los vándalos, ó por la movilidad, que es tan comun en los pueblos bárbaros y nómades, ó por el temor de que los godos, que se conservaban aliados de Roma, volviesen á España, determinaron pasar en Africa. Su ejército constaba de 80.000 hombres: Genserico se apoderó en breve de toda la provincia, y fundó en ella una monarquía que duró hasta los tiempos de Justiniano.

Victorias de los suevos en España. (440.) Con la partida de los vándalos quedaron los silingos dueños de toda Bética; pero los suevos, superiores en número y gloria militar, eran entonces la nacion dominante en España. Muerto Hermenerico, que era el gefe bajo cuyos auspicios penetraron en la península, le sucedió su hijo Rechila, jóven denodado y ambicioso, que se propuso hacerse dueño de toda España. Púsose al frente de su ejército: venció en las orillas del Genil á Ardeboto, lugarteniente del emperador, que quedó muerto en la batalla; sometió á los silingos, que desde entonces perdieron nombre é independencia; tomó á Se-

villa y á Mérida; subyugó la Bética, la Lusitania, la Carpetania y la Cartaginense; bien que, hechas paces con los romanos, les cedió estas dos últimas provincias. Estaba, pues, dividida la península entre los godos, que solo poseian á Cataluña, los romanos, dueños de la Cartaginense, y los suevos, señores de Galicia, Lusitania y Bética, y por tanto los mas poderosos en España.

Teodoredo entretanto habia roto la alianza con Roma, y procuraba estender su dominio en Galia. No fue dichoso en esta guerra, en la cual tuvo contra sí el valor y la habilidad de Aecio, que le hizo levantar el sitia de Arles, le venció en batalla campal, y le obligó á pedir la paz.

Pero esta solo fue una corta tregua. Apenas Aecio se volvió á Italia, Teodoredo se puso con su ejército sobre Narbona, primera corte de los visigodos en Galia, que volvió al poder de los romanos, cuando Ataulfo pasó á Barcelona. Litorio, que mandaba el ejército romano enviado á socorrer la plaza, no pudo conseguirlo sino por la mediacion de Avito, patricio romano, y grande amigo de Teodoredo, el cual logró que se firmasen treguas.

Litorio, libre de la guerra de los godos, quiso internarse en Galia con el pretesto de castigar á los armóricos que se habian hecho independientes de Roma. El rey de los visigodos, ó movido de la alianza que tenia con estos pueblos, ó receloso de que el e-

jército romano, si llegaba á ser dueño del Loira, acometiese sus estados por la parte del Norte, entró en Auvernia con poderoso ejército. Litorio, no creyéndose con bastantes fuerzas para resistirle, llamó en su socorro una tribu de hunnos, que algunos años antes se habian establecido en Pannonia con permiso del emperador Honorio; y reforzado con estas tropas bárbaras, marchó contra Teodoredo, le obligó á levantar el sitio de Clermont, le persiguió hasta Tolosa, y le sitió en esta ciudad. Los visigodos salen de la plaza con su rey al frente, dan batalla al romano, y le derrotan completamente. Litorio quedó prisionero, y murió poco despues.

Teodoredo estendió sus dominios á favor de esta victoria, hasta las orillas del Ródano. Aecio, muerto Litorio, volvió á Galia, tomó el mando del ejército, é hizo la paz, siendo medianero Avito, cuya amistad con el rey de los godos no se desmintió nunca.

La victoria de Tolosa hizo á Teodoredo el monarca mas poderoso de occidente, y su corte la mas brillante de esta parte de Europa. Empezó á florecer en ella la literatura romana, que el mismo rey cultivaba, y su reinado es la época en que empezaron á civilizarse los visigodos. Los reyes de los suevos y de los vándalos solicitaron su amistad, y pidieron en casamiento para sus príncipes dos hijas de Teodoredo. Recciario, hijo de Rechila, casó con una de ellas; y Huneri-

co, hijo de Genserico, con la otra. Rechila, viendo establecida la paz entre visigodos y romanos, temiendo que cayesen sobre él todas las fuerzas del imperio, reprimió prudentemente su ambicion, y asentó paces con Valentiniano, cediéndole, como ya dijimos, la Carpetania y la provincia cartaginense.

Introduccion del cristianismo entre los suevos. (448.) Rechila murió despues de un reinado glorioso de ocho años, y le sucedió su hijo Recciario, en cuyo tiempo abrazaron los suevos el cristianismo, que era la religion de toda España.

El occidente gozó breve tregua despues de 40 años de guerras y devastaciones, cuando una terrible tempestad le amenazó por la parte de Germania. Atila, el terrible Atila, caudillo de los hunnos, despues de haber humillado á Teodosio el jóven, emperador de Constantinopla, y reverenciado la firmeza de su sucesor Marciano, volvió sus armas contra el occidente, siendo uno de los motivos que le inspiraron esta resolucion las exhortaciones de Genserico, su aliado, rey de los vándalos, que deseaba tener ocupados á los visigodos en otras guerras, teniendo el resentimiento de Teodoredo. Habíale ofendido cruelmente en la persona de su hija, esposa de Hunerico, príncipe de los vándalos, á la cual, por sospecha mal fundada de que le queria dar veneno, mandó cortar las narices, y enviarla asi mutilada á su padre.

Batalla de los campos cataláunicos. (451.)

En el primer tomo de la historia del imperio de oriente, y en el primero de la de Francia, hemos descrito con bastante estension la espedicion de Atila á las Galias, y su completa derrota en la batalla de Chalons, en la cual pelearon contra él Aecio al frente de las tropas romanas; Meroveo, rey de los francos, que entonces solo poseian la parte septentrional de Bélgica, y los visigodos, mandados por su rey Teodoredo y los príncipes Turismundo y Teodorico. Esta nacion era la fuerza principal del ejército coligado.

Atila, mas hábil político de lo que podia esperarse de un guerrero tan feroz, y de un pueblo tan bárbaro, habia procurado engañar á las tres potencias para dividirlas: á los francos, llevándoles otro príncipe que disputaba la corona con Meroveo: á Aecio, diciéndole que su intencion era libertar el imperio del padrastro de los visigodos; y á Teodoredo, proponiéndole su alianza para destruir y repartir el imperio romano. Pero todas estas artes fueron inútiles, porque el terror que inspiraban sus fuerzas, y la ferocidad de su gente, no daba lugar á otra combinacion política que la de pelear contra él para la libertad del occidente. Teodoredo, mas que todos, le temia porque era el primer potentado de Galia; y asi fue el que mas ardor mostró en aquella guerra que salvó por entonces, no solo la civilizacion, sino tambien la humanidad; porque los hun-

nos no conocian otro modo de usar de la victoria que el esterminio de los vencidos.

Llegado el trance de la batalla, Teodoredo entró en ella con todo el brio que era propio de su grande alma; y en el primer choque pereció, caido del caballo y hollado por los combatientes. Los visigodos pelearon con mas ardor por vengar á su rey que el que hubieran tenido por darle la victoria; y los hunnos fueron derrotados con horrible mortandad. Turismundo, su hijo, queria que se persiguiese á Atila, fugitivo ya hácia el Rhin; pero Aecio, receloso del poder y gloria que los visigodos habian adquirido en aquella jornada, y temiendo que se hiciesen dueños de toda Galia, le persuadió que volviese á su capital Tolosa, para afirmar su trono, y no dar lugar con su ausencia á que sus hermanos intentasen novedades. Esta política mezquina y desleal del general romano, política que anuncia siempre la caida de los imperios donde se pone en práctica, dió á Atila tiempo de respirar, y preparó la invasion que al año siguiente hizo en Italia.

Turismundo, rey de los visigodos. Teodoredo dejó seis hijos, á saber: Turismundo y Teodorico, que le acompañaron en la guerra contra Atila, y Eurico, Federico, Riccimero é Himerico, que habian quedado en la corte. Turismundo, el mayor de todos, marchó á Tolosa con su ejército y el cadáver de su padre; y despues de haberle hecho mag-

níficas exequias á usanza de su gente, en las cuales él mismo pronunció el elogio fúnebre del difunto, fue coronado rey de los visigodos.

Era Turismundo valiente, atrevido y ambicioso como su padre. En la batalla contra Atila peleó con el mayor denuedo: derribado del caballo recibió una herida en la cabeza; pero fue socorrido por los suyos, y tuvo en la victoria la parte principal. En el segundo año de su reinado acometió á una tribu de alanos que se habia establecido cuando la invasion de los bárbaros en Galia, en las orillas del Loira, y no habia seguido á España á las demas tropas de su nacion: venció á Sanguibano, su rey, en batalla campal; se apoderó de Orleans, que era entonces la capital de esta gente, y reunió aquella provincia al imperio de los visigodos.

Atila volvió sus armas contra Italia, y devastó su parte septentrional; pero movido de una veneracion, desusada en él, al santo pontífice Leon, que pasó á sus reales á aconsejarle la paz, se concertó con el emperador Valentiniano, y entró segunda vez en Galia con el intento de hacer guerra á los visigodos. Turismundo le salió al encuentro, le venció junto al Loira, le arrojó al otro lado del Rhin, donde murió poco tiempo despues. Con él acabó la potencia de los hunos, y el terror que inspiraba su nombre y ferocidad.

Turismundo, ofendido de que los roma-

nos no le hubiesen auxiliado en esta segunda guerra contra Atila, volvió sus armas contra ellos, y puso sitio á Arles. Aecio acudió al socorro de la plaza, y fue vencido; pero habiendo mediado Ferreolo, prefecto de Galia, y grande amigo de Turismundo, se restableció la buena armonía entre romanos y visigodos.

Turismundo volvió á su corte á gozar de una paz gloriosa; pero en lugar de entender en el gobierno de su reino, se dejó llevar del orgullo que le habian infundido sus hazañas y su felicidad en la guerra; afectó un despotismo, desconocido de los visigodos hasta entonces, y enagenó los ánimos de sus vasallos. El odio general dió osadía á sus hermanos Teodorico y Federico para conspirar contra él. Un dia que estaba enfermo y sangrado se introdujeron asesinos en su aposento, y sacaron de él las armas, temiendo el valor del rey; pero con un pequeño hierro que halló casualmente á la mano, dió muerte á algunos de los conjurados. En fin, Ascalerno, privado suyo, y cómplice de sus hermanos, le atravesó con su espada. Así pereció Turismundo despues de haber reinado tres años.

Teodorico, rey de los visigodos. (454.) Teodorico, aunque logró el cetro por una maldad, fue el héroe mas grande que ocupó el trono de los visigodos, mientras esta nacion dominó en Francia. Sóbrio y moderado, soldado valiente y gran capitan, juez

recto y hábil político, estendió su imperio desde las columnas de Hércules hasta las orillas del Loira y del Ródano: magnitud que conservó el reino de los visigodos hasta las conquistas de Clodoveo en las Galias.

El imperio romano tocaba visiblemente á su fin. Valentiniano III, despues de haber premiado los servicios de Aecio con darle la muerte, fue asesinado por Máximo, cuya muger habia seducido. Máximo se mostró indigno de la púrpura que usurpó: dejó saquear á Roma por los vándalos, y fue asesinado. Hallábase á la sazon en Galia el cónsul Avito con un ejército, enviado por el usurpador para renovar las confederaciones de los visigodos con el imperio. Habiéndose hecho grande amigo de Teodorico en las conferencias que tuvo con él, este le persuadió, apenas se supo en Tolosa la muerte de Máximo, á ceñirse la corona imperial, para lo cual le auxiliaria con todas sus fuerzas. Avito lo hizo asi, y fue proclamado emperador en Roma. Esta hábil combinacion de la política del rey de los visigodos, que dió el cetro á su amigo, fue la causa principal de estenderse la dominacion de Teodorico á casi toda la peninsula.

Guerra con los suevos: batalla del Urbico. (456.) Recciario, hijo de Rechila, siguió el ejemplo de su padre, vejando con guerras continuas á los romanos, y engrandeciendo el imperio de los suevos en España. Teodorico, de acuerdo con el empera-

dor, su amigo, le escribió que se abstuviese de pelear contra sus aliados, á los cuales, en caso de continuar la guerra, tenia obligacion de socorrer. El suevo replicó que en breve iria al frente de su ejército á llevarle la respuesta á Tolosa. Asi se encendió la guerra entre los dos cuñados. Avito concedió á su amigo que hiciese suyas y agregase al reino de los visigodos todas las provincias interiores que quitase á sus enemigos los suevos.

Teodorico entró en España con poderoso ejército, en el cual militaban muchos cuerpos de francos y borgoñones, amigos y aliados de los visigodos. Halló el ejército de los suevos, mandado por Recciario, apostado en las orillas del rio Urbico, hoy Orbigo, no lejos de Astorga, y alli se dió de poder á poder una batalla que quebrantó para siempre la potencia del reino suevo. Recciario, derrotado y mal herido, huyó, se embarcó para Africa con el designio de implorar el auxilio del rey de los vándalos; pero arrojado por una tempestad á Portuscale, ciudad colocada en la embocadura del Duero, y llamada hoy Oporto, fue preso por los soldados de Teodorico, que ya habian ocupado el reino, llevado á la presencia del vencedor, y muerto por su órden; crueldad inútil, y tanto mas de estrañar en el rey de los visigodos, cuanto fue mayor la benignidad con que trató á la nacion vencida.

En efecto, ocupada la provincia de Ga-

licia, se apoderó de Braga, capital del reino de los suevos; y aunque la saqueó, fue sin sangre de los ciudadanos. Sometida Galicia pasó á la parte interior de Lusitania (pues la marítima estaba en poder de los romanos), y se apoderó de toda ella, escepto Mérida, de cuya plaza levantó el sitio por respeto á santa Eulalia, patrona de la ciudad.

Ya en este tiempo habia concluido Avito su efímero reinado; y por la influencia del célebre suevo Ricimero, general de la milicia de Roma, se le dió por sucesor á Mayoriano. Llegó esta noticia á Teodorico al mismo tiempo que la de la rebelion de Acliulfo, á quien habia dejado por gobernador en Galicia. Viéndose obligado á volver á Tolosa para atender á las alteraciones que podia producir en Galia el nombramiento de un nuevo emperador, dividió su ejército en tres partes, y les dió por caudillos á Ceurila, Nerico y Nepociano. Ceurila penetró en Bética, y se apoderó de toda ella sin resistencia alguna, estando aquellos pueblos mas deseosos de tener un protector que los defendiese que de oponerse con la fuerza de las armas á los visigodos. Esta provincia quedó sometida á Teodorico, porque habiendo cesado, por la deposicion de Avito, su tratado con Roma, no creyó tener obligacion de devolverla al imperio, como se habia convenido en dicho tratado. Nerico y Nepociano marcharon á Galicia, derrotaron

junto á Lugo al rebelde Acliulfo, que habia tomado el título de rey, y que quedando prisionero en la batalla, pagó su traicion con la cabeza. Seria muy difícil señalar en esta época los límites de lo que poseian en España romanos y visigodos; pero la sumision á estos de la Bética prueba que para estar en comunicacion con su nueva conquista, era preciso que poseyesen una zona de territorio en la península que uniese á Andalucía con Cataluña. Es probable, pues, que en la guerra contra los suevos se apoderaron ademas de Galicia, que comprendia entonces hasta el Duero y las fuentes del Ebro, de todo lo que hoy son las dos Castillas, la Estremadura y el reino de Aragon, á lo menos en gran parte; quedando solo á los romanos las marinas de Portugal, Murcia y Valencia. Muévenos á creer esto no haber perdido Roma todavía su potencia naval, con la cual podia defender las playas, y no haber formado aun la suya los visigodos, que por tanto no podrian defender la Bética sin tener comunicacion terrestre con ella.

Teodorico, mientras sus generales triunfaban en España, invadió los paises ocupados por los romanos en Galia, y llegó con sus armas victoriosas hasta Leon, ciudad que tomó, y entregó al saqueo y á las llamas.

Restablecimiento del reino de los suevos. (458.) A pesar de las victorias de Teodorico, los suevos de Galicia eran muy altivos é in-

dependientes para perder el nombre de nacion. El rey de los visigodos, por no empeñarse en una guerra de esterminio, como son todas las de independencia, cuando sus armas estaban ocupadas contra el nuevo emperador Mayoriano en una línea vastísima que se estendia desde el Saona hasta el estrecho de Hércules, quiso mas bien tener en los suevos aliados útiles y sumisos, que enemigos irreconciliables; y así recibió con benignidad la peticion de este pueblo, que solicitaba su permiso para nombrar un rey.

Desgraciadamente se dividieron en facciones los suevos, y eñ lugar de un rey nombraron dos, que fueron Maldras y Fronton. El primero, como aliado, y en cierto modo vasallo de Teodorico, declaró la guerra á los romanos, entró en Lusitania y sorprendió á Lisboa, mientras Fronton procuraba traer á su partido á los españoles de Galicia, siempre adictos á los romanos. Habiendo muerto este rey, los de su faccion nombraron para sucederle á Remismundo, que se indispuso con los gallegos, los acometió, y fue rechazado.

Sorpresa de Lugo. (460.) Maldras fue asesinado por los suyos, á pesar de sus victorias contra los romanos de Lusitania, y le sucedió Frumario. Maldras era cruel y feroz hasta tal punto, que dió muerte á un hermano suyo, por cuyo crimen se grangeó el odio de los de su partido. Remismundo no era mas humano. En aquella época se ce-

lebraba con suma devocion la festividad de la Pascua, que era un tiempo de treguas, establecido por la costumbre entre los que peleaban. El rey de Galicia se aprovechó del respeto con que se miraban aquellos dias sagrados, acometió y sorprendió á Lugo, degolló la guarnicion y los habitantes, y saqueó la ciudad.

Los dos reyes Frumario y Remismundo se dieron una cruel batalla, que quedó indecisa, y que costó muchísima gente á entrambos partidos. Ceurila, lugarteniente de Teodorico, consiguió con mucha dificultad que eligiesen al rey de los visigodos por árbitro de su querella; pero mientras venia la decision de Tolosa, murió Frumario; y los de su partido, conociendo el daño y las funestas consecuencias de la guerra civil, convinieron en unirse con sus adversarios y en reconocer por rey á Remismundo.

Entretanto el emperador Mayoriano preparaba en Cartagena una grande espedicion contra los vándalos de Africa; pero destruida una parte de ella por los enemigos, volvió á Italia, donde fue asesinado por órden de Ricimero, y se proclamó emperador á Vibio Severo.

Toma de Narbona por los visigodos. (461.) Teodorico, enemigo de este, asi como lo habia sido de su antecesor, movió sus armas contra Narbona, ciudad que le entregó el conde Agripino, por la enemistad que profesaba al célebre Egidio, que sostenia

entonces en Galia los últimos restos del moribundo poder de los romanos.

Remismundo, reunida ya la nacion sueva bajo su cetro, acometió la Lusitania romana, tomó á Coimbra, y recobró á Lisboa, que habia vuelto al poder de los romanos, por traicion del conde Lucidio que se la entregó. La frecuencia de semejantes maldades manifiesta hasta qué grado llegaba en esta época la inmoralidad y el envilecimiento de los señores del mundo.

Introduccion del arrianismo entre los suevos. (463.) Remismundo, temeroso de las armas de Teodorico, que no llevaba á bien su escesivo engrandecimiento, hizo estrecha alianza con él, y le pidió una hija en casamiento, á lo que el rey godo accedió de buena gana. Vino con la princesa á Galicia un obispo galo, llamado Ayax, que era celoso arriano, el cual infestó de su heregía el palacio, el rey y la nacion. Pervirtióse la religion católica entre los suevos, y triunfó el arrianismo mas de ochenta años, en cuyo intervalo no hay noticia alguna de la historia de este pueblo ni aun de los nombres de sus reyes. El cronicon de Idacio, obispo de Lamego, al cual se deben las noticias anteriores, acaba en el reinado de Remismundo; y ademas, la potencia de los suevos quedó muy quebrantada por el poder que adquirieron en España los visigodos bajo Teodorico y Eurico.

Cuatro años despues del casamiento de

Remismundo, murió Teodorico asesinado por su hermano Eurico, que castigó con otro fratricidio el de Turismundo.

Eurico, rey de los visigodos. (467.) Eurico fue semejante á Teodorico en conservar y engrandecer con las armas y la prudencia el reino adquirido por una maldad, y le fue superior en el cuidado de las leyes y de la justicia. Apenas se encargó de las riendas del gobierno, formó el designio de afirmar en España el poderío de los visigodos; y para no tener enemigos poderosos que le contrariasen en este intento, hizo alianza con Leon I, emperador de oriente, y con Genserico, rey de los vándalos, que aunque envidioso del poder de los godos, veia entonces quebrantadas sus fuerzas en la batalla marítima que ganó contra él Basilisco, comandante de la armada de Leon. Del imperio de occidente no se hacia caso en aquella época, y sus provincias eran presa del primer pueblo bárbaro que se atrevia á invadirlas. Antemio, cliente de Leon, reinaba en Roma despues de la muerte de Severo, y entró en la alianza que Eurico habia hecho con el emperador de oriente.

El rey de los visigodos pasó, pues, á España, asegurado con la amistad de los romanos y los vándalos; penetró en Lusitania, ocupada por Remismundo, y se apoderó de toda ella, dejando al suevo solo la Galicia. Es muy probable que Remismundo, atendida la desigualdad de las fuerzas, prefirió la

pérdida de la provincia que habia conquistado, á la ruina total de su trono.

Espulsion de los romanos de España. (472.) Movióse en tanto en Roma una guerra civil entre los partidarios de Antemio y Ricimero. Antemio pereció, y fue coronado Olibrio. Eurico, viendo á los romanos de España incapaces de defenderse, les quitó las plazas que todavía sostenian en la provincia, entre las cuales se cuentan Toledo, Cartagena, Zaragoza, Tarragona, que se atrevió á resistirle y fue destruida, y Pamplona, llamada entonces Pampilona. Esta es la vez primera que habla la historia de la sumision de los vascones á un poder estrangero; pero la sumision no duró mucho, pues en los reinados siguientes se les ve con frecuencia hacer guerra á los visigodos.

De este modo perdieron los romanos el dominio de España casi 700 años despues que entraron en ella la vez primera en tiempo de los dos Escipiones. Eurico tuvo la gloria de haber concluido la conquista que comenzó su hermano, y por eso algunos historiadores le llaman fundador de la monarquía de los visigodos en España. Pero es evidente que las grandes dificultades fueron allanadas por Teodorico; pues su sucesor no tuvo mas que hacer que pasearse por las provincias para ser reconocido dueño de ellas, y solo en Tarragona encontró resistencia.

Sosegadas las cosas de España, pasó á

Galia: ocupó las provincias de Rodez, Cahors, Limoges y Mende; venció á Siagrio, sucesor de Egidio en el gobierno de la Galia romana, y á su aliado Childerico, rey de los francos, que pretendian oponerse á sus empresas, y se apoderó de Tours.

Conquista de la Auvernia por los visigodos. (475.) Eurico hizo paz y alianza con Julio Nepote, uno de los fantasmas imperiales que aparecieron en aquel tiempo sobre el solio de Augusto y de Trajano, siendo medianero del tratado Epifanio, obispo de Pavía. Pero esta paz solo fue una tregua. Eurico penetró en Auvernia con su ejército, puso sitio á Clermont, y despues de ostinada resistencia se apoderó de esta plaza.

El emperador Julio Nepote envió al socorro de los arvernos á Orestes, comandante de la milicia romana, godo de nacion. Este se valió de las tropas que se pusieron á sus órdenes, para volver á Roma á destronar al emperador, y á coronar á su hijo Mamilio Augústulo, que fue el último suspiro del imperio romano, destruido al año siguiente por los hérulos, pueblo el menos considerable de cuantos invadieron la herencia de los césares. La muerte del leon enfermo se debió á la coz del asno: á pocos años fueron vencidos los hérulos por los ostrogodos, y acabó el nombre efímero de la nacion que tuvo la gloria de derribar el coloso, minado ya y carcomido. Esta gloria la debió á Odoacre, su rey, político atrevido

y valeroso capitan, que sucumbió con gloria, atacado por una nacion tan poderosa como los ostrogodos, y por un héroe como Teodorico el grande.

Conquista de la Provenza por los visigodos. (477.) Odoacre, deseando consolidar la nueva monarquia que habia creado en Italia, solicitó la amistad de Eurico, ofreciéndole todas las plazas y territorios que aun se tenian por los romanos en Galia. Eurico aceptó su alianza, pasó el Ródano con su ejército, se apoderó de Arlés y de Marsella, y sujetó bajo su dominacion la Provenza. Los borgoñones, que temian ver cercano un monarca tan poderoso, trataron de arrojarle de su nueva conquista, é invadieron sus estados con numeroso ejército. Eurico los acometió con sus tropas tan enseñadas á vencer, y los derrotó completamente en una sangrienta batalla, que debilitó en sumo grado las fuerzas de aquella nacion.

Esta fúe la postrer hazaña de Eurico. Resolvió acabar sus dias en un descanso glorioso, y puso su corte en Arlés. Dedicado á los afanes del gobierno y de la paz, resolvió dar una forma regular á la legislacion visigoda, reuniendo en un código todas las leyes promulgadas por sus antepasados, ó adoptadas como costumbres inmemoriales por su pueblo. Fue redactor de esta coleccion, la primera que se hizo de las leyes de los visigodos, Leon, primer ministro de Eurico, romano y descendiente, segun Sidonio Apo-

linar, de Cornelio Fronton, preceptor del emperador Marco Aurelio, y el hombre mas elocuente de su siglo. Leon era estimado por sus luces é integridad, y por su profundo conocimiento en la jurisprudencia. Aunque ministro de un monarca arriano, era católico; y este hecho, y la paz de que gozó la iglesia de España en tiempo de Eurico, desmienten lo que algunos historiadores han dicho acerca de las persecuciones de este rey contra los católicos de Galia.

Alarico, rey de los visigodos. (484.) Eurico, próximo á la muerte, recomendó á los grandes del reino su hijo Alarico, le dió escelentes consejos para reinar, y falleció. Los grandes nombraron por rey al jóven príncipe, que heredó el trono mas poderoso de occidente: cuyo esplendor habria podido sostener, si á su valor personal se hubiese igualado su prudencia, y si no hubiese heredado casi al mismo tiempo el trono de los francos un jóven que poseia en sumo grado las prendas y vicios necesarios para formar un gran conquistador.

Estaba Galia dividida entre cuatro naciones: los francos, los borgoñones, los visigodos y los romanos. Los francos, divididos en varias tribus, ocupaban lo que hoy se llama Bélgica, y las orillas del Rhin. Siagrio, hijo de Egidio, y caudillo de los romanos, que solo poseian ya las orillas del Sena y las cercanías de Paris, habia formado un pequeño señorío en Soissons, sostenido por

la alianza de los armóricos, fieles siempre á la memoria del imperio. Los borgoñones poseian lo que hoy es Lorena, Borgoña y Saboya; y los visigodos el resto del pais, mas poderosos que los demas, tanto por la mayor estension de sus dominios en Galia, como por ser dueños de España, y por la gloria militar que habian adquirido en tantas batallas y espediciones, de las cuales las mas ilustres eran haber sido los primeros que tomaron la capital del mundo, y los que tuvieron mayor parte en la ruina del ejército de Atila.

Tal era el estado de las cosas en el occidente, cuando Clodoveo, hijo de Childerico y caudillo de una tribu de francos, cuya capital era Tournay, formó el designio de conquistar y fundar un grande imperio.

Muerte de Siagrio. (486.) El primer enemigo á quien acometió Clodoveo, fue Siagrio, ya porque era el mas próximo, ya porque le parecia el mas dificil de vencer: tal era el respeto que tenian los bárbaros al nombre romano, aun despues de la caida del imperio. Venciole en la batalla de Soissons, tomó todas las plazas que aun quedaban á los romanos en Galia, y puso en el Loira las fronteras de su imperio naciente.

El rey de los visigodos cometió un yerro muy grave, permaneciendo indiferente en esta guerra, cuyo resultado necesario era el engrandecimiento de una de las dos partes beligerantes, entrambas enemigas suyas

y rivales de su imperio. A este primer yerro añadió otro segundo mucho mas grave, porque fue al mismo tiempo una gran maldad y un gran deshonor para su nacion y su trono. Siagrio, destruido su ejército en la batalla de Soissons, y no teniendo medios de reunir otro, arrojado de todas sus posesiones, buscó asilo en los estados de los visigodos. Clodoveo, persuadido á que en la persona de este gefe consistia la guerra, pidió con altanería que se le entregase: Alarico lo entregó, violando á un mismo tiempo el derecho de hospitalidad, de asilo y de gentes, y las máximas de la sana política; y el último de los romanos de Galia pereció de órden del rey de los francos. Es imposible atribuir esta resolucion del rey de los visigodos á otro motivo que á la perfidia y traicion de sus consejeros; porque no es probable que temiese á Clodoveo, cuyo ejército no pasaba en los principios de 6.000 hombres, un rey que disponia de todos los recursos de España y gran parte de Galia. Es verdad que el rey de los francos, aunque idólatra todavía, se habia ganado el afecto de los habitantes de Galia, que eran católicos, mandando á sus soldados en la guerra contra Siagrio, que respetasen los templos, los sacerdotes y los monasterios; al mismo tiempo que la poblacion gala aborrecia el dominio de los visigodos, que eran arrianos, y que no dejaban de suscitar de tiempo en tiempo algunas persecuciones contra

los católicos, á quienes creian adictos á Roma y á todo lo que se pareciese al dominio romano. Acaso esta preocupacion, ya sin objeto, pues el imperio estaba destruido, fue la causa de la entrega del conde Siagrio.

Clodoveo venció á los alemanes que ocupaban á Tóngres, y se apoderó de su territorio en 490; tomó á Paris en 494; venció á los alemanes en la terrible batalla de Tolpiac, que le hizo dueño de casi todos los paises que yacen entre el Escalda y el Rhin, en 496; se apoderó de la Armórica, é incorporó en su ejército los restos de la milicia romana, que se habia retirado á esta provincia, en 497; sin que la corte de los visigodos diese mas señal de vida, que manifestar el descontento que le causaban las victorias y engrandecimiento de Clodoveo con palabras inútiles, muy á propósito para irritar los ánimos y manifestar la mala voluntad, pero incapaces de conjurar la tempestad que crecia y amenazaba. Clodoveo habia ya abrazado la religion católica despues de la batalla de Tolpiac, con lo que se aumentaba el afecto de los galos hácia él y el peligro de los visigodos.

En 493, año 17 del reinado de Odoacre, cambió la faz de Italia. Los ostrogodos, bajo el mando de Teodorico, su rey, invadieron aquella península, y vencido y muerto el rey de los érulos, fundaron en ella la monarquía ostrogoda, que duró hasta los tiempos de Justiniano. Teodorico, para con-

solidar su poder, hizo alianza con las grandes potencias del occidente, á cuyo efecto recibió por esposa á la hermana de Clodoveo, y dió una de sus hijas á Alarico, rey de los visigodos.

Clodoveo, segun la costumbre de los conquistadores, hallándose ya con bastantes fuerzas para acometer á Alarico, empezó á formar contra él capítulos de acusacion. Ya se quejaba de que daba acogida en sus estados á los rebeldes y fugitivos de los francos; ya de que le habia puesto asechanzas en una conferencia que tuvieron en una isla del Loira; ya en fin, de que perseguia á los católicos, cuyo protector se declaraba él. Alarico estaba espuesto á sufrir una guerra desventajosa por no haberla querido hacer cuando la superioridad era evidente de su parte; pero Teodorico conjuró por entonces la tempestad. Exhortó á la paz á los dos reyes, sus parientes, y amenazó al que la rompiese que le hallaria al lado del acometido. Clodoveo renunció á sus proyectos contra los visigodos, y volvió sus armas á la Borgoña.

Gundicario, rey de este pais, habia dividido sus estados entre sus cuatro hijos Gundebaldo, Godegisilo, Gundemaro y Chilperico. Estos dos últimos hicieron guerra á los dos primeros, y fueron vencidos y muertos. Gundebaldo y Godegisilo se desavinieron despues por el repartimiento de los despojos: Godegisilo imploró el auxilio de Clodoveo, ofreciéndole un tributo anual si le

favorecia contra su hermano. Clodoveo tenia ademas que vengar la muerte de Chilperico, padre de su esposa Clotilde, y que reclamar la dote de esta princesa. No eran necesarios tantos incentivos para un ambicioso. El año de 500 penetró en Borgoña, venció á Gundebaldo en la batalla de Dijon, le sitió en Aviñon, le obligó á firmar la paz, haciendo un repartimiento mas igual del reino con Godegisilo, y pagando á los francos un tributo anual. Clodoveo volvió á sus estados, rico con el inmenso botin que habia hecho, y dejando tributarios á los dos reyes de Borgoña. Alarico permaneció tranquilo, á pesar de una guerra tan cercana contra un aliado suyo; pero su inaccion no era la de Aquiles.

Apenas el ejército de Clodoveo salió de Borgoña, Gundebaldo sorprendió á su hermano en Viena, se apoderó de la plaza, sacó á Godegisilo de un templo adonde se habia retirado, y le quitó la vida. Clodoveo se coligó con Teodorico para hacer la guerra á Gundebaldo y repartir su reino. Los francos volvieron á Borgoña, vencieron á los borgoñones, y obligaron á su rey á pagar á Clodoveo un tributo anual, y á cederle las provincias septentrionales de su reino. Teodorico adquirió por su parte la Provenza, que los borgoñones habian quitado á los visigodos, despues de la muerte de Eurico: no se sabe en qué época ni de qué manera. Parece que Gundebaldo logró esta paz por

la mediacion de Teodorico, que dió su hija en casamiento á Segismundo, hijo del rey de Borgoña. Alarico no tuvo mas parte en esta segunda campaña, verificada en 501, que la de una mediacion inútil y desatendida.

Batalla de Vouglé. (507.) Llegó en fin la ocasion tan preparada, tan deseada de Clodoveo, de medir sus fuerzas contra Alarico. Este, obligado á pelear, manifestó el valor propio de su familia y de su nacion; pero tambien la imprudencia, ó por mejor decir, el mal consejo, que dirigió perpétuamente su política. En lugar de esperar en las orillas del Vienna, donde ocupaba una posicion ventajosa, los numerosos auxilios que le enviaba su suegro Teodorico desde Italia por el camino de Provenza, se dejó mover de las murmuraciones de los suyos, que se quejaban de los estragos hechos por Clodoveo y los francos en los paises llanos del mediodia del Loira. El objeto de Clodoveo era incitar á los visigodos á la batalla antes que se les uniesen los ostrogodos. Alarico, con aquella ceguedad inesplicable que anuncia la caida de los imperios, y que por su desgracia le dirigió siempre, cede á los gritos de sus soldados, marcha al enemigo, y lo encuentra en la funesta llanura de Vouglé, á cinco leguas de Poitiers. Nada le faltó de lo que puede exigirse á un héroe, en aquel combate. Peleó con Clodoveo en persona, y se sostuvo por mucho

tiempo contra él; pero recibió un golpe terrible que le derribó del caballo, y un peon franco le cortó la cabeza. Dos caballeros godos emprendieron vengarle, é hirieron á Clodoveo, que hubo de salir del combate, debiendo la vida á la finura de sus armas y á la ligereza de su caballo: acudieron los francos en su defensa, y derribaron muertos á aquellos guerreros generosos junto al cadáver de su rey.

La muerte de Alarico decidió la victoria en favor de los francos, que solo encontraron resistencia en un valeroso escuadron de arvernos que no quisò rendirse, y fue esterminado.

Aunque la política de Alarico fue deslumbrada en no haber hecho esfuerzos para reprimir con tiempo el vuelo altivo de los francos, que aspiraban conocidamente al dominio de toda Galia, no pueden negársele las virtudes propias de un buen príncipe y sabio gobernador. Aunque arriano, dió acogida benignamente en sus estados, por recomendacion del papa Simmaco, á los obispos católicos que emigraron de Africa por la persecucion de Trasimundo, rey de los vándalos, y permitió la celebracion del concilio de Agda, en el cual se hicieron decretos muy saludables para la reforma de la disciplina eclesiástica. En fin, á él se le debe el Breviario de las leyes romanas, hecho por Goyarico, conde de su palacio, en favor de los súbditos, romanos de orígen, de

España y Galia, que llevaban muy á mal someterse á las leyes groseras de los visigodos, redactadas de órden de Eurico. Este Breviario se llama vulgarmente de Aniano, porque este ministro lo refrendó. Por él conservaron los galos y españoles el derecho de gobernarse por sus leyes antiguas, y se introdujo insensiblemente en la legislacion visigoda la cultura griega y romana, que la distinguió de los demas códigos bárbaros de aquellos siglos.

Gesalico, rey de los visigodos. Alarico dejó dos hijos: Gesalico, ya jóven, habido en una muger soltera; y Amalarico, niño de cinco años, de su muger legítima Teudicoda, la hija del rey de los ostrogodos. Los visigodos, creyendo con razon tener necesidad de un hombre ya formado para restablecer el reino en circunstancias tan calamitosas, proclamaron á Gesalico; pero este no correspondió ni á lo que debia á su sangre, ni á las esperanzas de su nacion. Era de suyo cobarde y cruel, y en breve fue aborrecido. Por otra parte, Teodorico que enviaba un ejército de 80.000 hombres al socorro de los visigodos, mandados por su lugarteniente Ilba, llevaba muy á mal que se hubiese dado el cetro á Gesalico, pospuesto su nieto Amalarico. Como la esperanza de los visigodos se fundaba entonces en los socorros del rey de Italia, Gesalico, incapaz de hacer la guerra, odiado del pueblo y de los grandes, y amenazado igualmente del enemigo y del

protector de su reino, huyó á España, y estableció su corte en Barcelona.

Entretanto Clodoveo recogia con su actividad ordinaria los frutos de la victoria. Dividió su ejército en dos partes despues de la batalla de Vouglé. El se puso al frente de la una, y dió á su hijo Tierry el mando de la otra. Este se apoderó de Auvernia y de las provincias de Rodez y Alby, y puso sitio á Carcasona; pero tuvo que levantarlo por la llegada de los ostrogodos, que ya habian recobrado á Narbona, sorprendida por los borgoñones aliados de Clodoveo. El rey de los francos por su parte se apoderó de las provincias de Turena, Poitou, Limosin, Perigord, Saintonge y de la ciudad de Burdeos, dejando la conquista de Angulema, plaza entonces muy fuerte, para la siguiente campaña. En ella fue tan feliz, que preparándose á atacar esta plaza con un vigor igual á la resistencia que temia de sus valientes defensores, cayó desmoronado un lienzo de la muralla, por haber sacado imprudentemente tierra de sus cimientos, y el soldado franco penetró por las ruinas en lo interior de la ciudad. Cayó tambien en su poder Tolosa, capital de los reyes godos desde Teodoredo, y centro de su dominacion en Galia, la cual ofreció á los vencedores un magnífico botin. Despues encargó á uno de sus generales el sitio de Arlés, que á pesar de todas las vicisitudes de la Provenza, habia permanecido en poder

de los visigodos desde que Eurico la conquistó.

Batalla de Arles. (509.) Era esta ciudad una de las mas fuertes de Francia; pero gran parte de su poblacion consistia en judíos por la comodidad de su posicion para el comercio entre Francia é Italia. Estos, incomodados por las pérdidas que les causaba la guerra, trataron de entregar á Arles á los francos, y dispararon una flecha hácia el campamento enemigo con una carta en que indicaban los medios de entenderse con ellos para lograr su designio. La flecha no se tiró con la debida fuerza, y la carta vino á poder del gobernador visigodo, que quitó á los judíos todos los puestos en que los habia colocado, y redobló con vigor las salidas y demas medios de defensa. Entretanto llegó Ilba con el ejército ostrogodo en socorro de la plaza, dió batalla á los francos, los venció, y los obligó á levantar el sitio con pérdida de 30.000 hombres.

Entretanto Gesalico daba muestras de su perversidad en Barcelona, matando en su mismo palacio y con sus propias manos á Goerico, hombre principal. Aborrecido en España como lo habia sido en Francia, pasó á Cartago á solicitar el auxilio de Trasimundo, rey de los vándalos, que envidiaba y temia el poder de Teodorico. Gesalico, con el socorro pecuniario que recibió del vándalo, volvió á España, juntó un cuerpo de tropas, fue vencido por Ilba cerca de Bar-

celona , y falleció poco tiempo despues.

Amalarico , rey de los visigodos. (510.) Muerto Gesalico , su hermano Amalarico, protegido por su abuelo , quedó reconocido sin dificultad por rey de los visigodos ; pero bajo la tutela de Teodorico. Este hizo paces con Clodoveo , dejando á los visigodos la Septimania , es decir, la zona de territorio que corre desde el Pirineo de Cataluña hasta el Gard y las fuentes del Loira , en la cual se comprendian las plazas de Narbona, Carcasona y Nimes, guardando para sí la Provenza , y cediendo á Clodoveo las inmensas posesiones de los visigodos en Galia. Asi se perdió para siempre el fruto de las victorias de Valia en España, y de la sangre de Teodoredo vertida en la batalla de los campos cataláunicos, y las conquistas de Eurico al otro lado de los Pirineos.

Sin embargo , todavía era respetable el poder de los visigodos, porque eran dueños de casi toda la España ; pero arrojados de la escena de la ambicion y del imperio, cuyo centro era en aquellos siglos la Galia, se redujeron en los dos siglos siguientes á la política interior de la península , perdieron la influencia en los negocios de Europa , y no por eso dejaron de ser ricos y felices. Su monarquía hubiera durado muchos siglos, si para desgracia de la humanidad no hubiera atravesado los arenales de Africa un pueblo bárbaro , fanático y conquistador , al cual no pudieron resistir los godos , afeminados

ya con la constante opulencia y larga paz de que gozaban.

Teodorico envió á España á Teudis, uno de sus generales, para que la gobernase en nombre de su nieto Amalarico, y á Gomelo con la misma comision á la Galia gótica: asi se llamaba el corto territorio que quedó á los visigodos de todas sus adquisiciones al norte de los Pirineos. Sus comisiones duraron hasta el año de 526, en que murió el rey de los ostrogodos. Amalarico se encargó entonces del gobierno de sus estados, puso la corte en Sevilla, y casó con Clotilde, hija de Clodoveo; el cual ya habia muerto, dejando repartida la Francia entre sus cuatro hijos Childeberto, Tierry, Clotario y Clodomiro, dándosele en dote á la princesa la ciudad y provincia de Tolosa, que de este modo volvió al poder de los visigodos.

Batalla de Narbona: muerte de Amalarico. (531.) Este matrimonio que parecia favorable á los visigodos, porque les daba, ademas de la alianza de una nacion tan poderosa, una de sus antiguas capitales, fue pernicioso á la monarquía y al rey. Clotilde se quejó á su hermano Childeberto del mal trato que le daba su marido, y á su imitacion el pueblo visigodo que la insultaba siempre que iba al templo ó volvia á palacio; y aun le remitió un pañuelo teñido en la sangre de las heridas que su bárbaro esposo le habia hecho. Atribuia tantas injurias á su firmeza en la fe católica, aborrecida de los arrianos.

Parece muy improbable que el mismo rey, que permitia reunirse el concilio segundo de Toledo, y dictar cánones para el gobierno de la Iglesia católica en España, persiguiese tan feroz y groseramente en su muger lo mismo que permitia en los pueblos sometidos.

Childeberto, ó movido de esta injuria, ó tomándola por pretesto de la ambicion que causó las desgracias, los crímenes, y en fin, el abatimiento de la familia de los merovingios, acometió la Galia gótica. Amalarico le salió al encuentro, y junto á Narbona se dió una gran batalla, en que fueron vencidos los visigodos. Amalarico huyó á la escuadra que habia seguido costeando el Mediterráneo los movimientos del ejército de tierra; pero deseando sacar el tesoro que tenia en Narbona, volvió á la ciudad por la puerta del már al mismo tiempo que los francos la asaltaban por todas partes. Viendo imposible huir del peligro en que voluntariamente se habia metido, se refugió á una iglesia, y antes de llegar á ella le atravesó un soldado enemigo de una lanzada. En esta guerra perdieron los visigodos todo lo que poseian al norte de los Pirineos.

Teudis, rey de los visigodos. Se estinguió en Amalarico la descendencia real de Teodoredo, familia en la cual los visigodos se habian acostumbrado á elegir sus reyes. Asi que, hallándose en entera libertad para el nombramiento, proclamaron rey á un es-

trangero connaturalizado en su nacion. Este era Teudis, ostrogodo, y enviado por Teodorico, rey de Italia, para gobernar á España en la menor edad de Amalarico. Grangeóse el afecto de toda la nacion por el valor y prudencia con que defendió y conservó en paz la provincia encomendada. Aficionado él al pais, casó con una señora, cuyos estados eran tan grandes, que daban 2.000 combatientes para el ejército. Rico y estimado en su nueva patria, nunca quiso volver á Italia; y muerto Amalarico, con el consentimiento de todos subió al trono.

Parece que su primer cuidado fue recobrar la Galia gótica, que Childeberto, ocupado en otras guerras, evacuó sin duda despues de haberla saqueado; pues pocos años despues se ve á los visigodos dueños segunda vez de esta provincia.

Sitio de Zaragoza. (543.) Después que los hijos de Clodoveo hubieron destruido y repartido entre ellos el reino de Borgoña, despues de varias guerras y paces de unos con otros, originadas de una ambicion tan inquieta como poco sabia, se unieron los dos que aun vivian, que eran Childeberto y Clotario, contra el reino de los visigodos. Pasaron los Pirineos, se estendieron por la provincia Tarraconense, y pusieron sitio á Zaragoza. Estaban entonces tan quebrantadas las fuerzas de la monarquía, que Teudis no encontró mas medio de defensa que cerrar al enemigo los desfiladeros de los

Pirineos para que no pudiese volver á Francia ni recibir socorros, y asi mandó á Teudiselo, ostrogodo tambien, é hijo de una hermana de Totila, el que fue rey de Italia, que con un cuerpo escogido de tropas coronase las alturas de aquellas montañas, y cortase la comunicacion del enemigo con su pais.

Los reyes franceses, sabida esta noticia, hicieron composicion con los habitantes de Zaragoza, que ya estaba en los últimos apuros, y se dirigieron al Pirineo. El tránsito era imposible, atendidas las posiciones que habian tomado los visigodos, si Teudiselo, por una gran suma de dinero que le entregaron, no lo hubiese dejado libre durante un dia y una noche. Los reyes y gran parte del ejército pasó en este intervalo; pero como el desfiladero era muy estrecho, los heridos y zagueros y algunos cuerpos considerables de tropas fueron esterminados por los visigodos, que cargaron sobre los que aun no habian pasado apenas se cumplió el término concedido.

Al año siguiente vengaron los franceses esta derrota en Septimania, apoderándose de Cette. Los visigodos prepararon una escuadra, desembarcaron en la costa y recobraron la plaza. Pero habiendo depuesto las armas el domingo siguiente, creyendo profanar la santidad del dia con ejercicios militares, fueron sorprendidos por los franceses, y hechos pedazos casi todos. San Isido-

ro, arzobispo de Sevilla, cuenta el mismo hecho; pero no en Cette de Langüedoc, sino en Ceuta, ciudad de Africa, tomada por un destacamento de las tropas de Belisario, despues que este general hubo destruido el imperio de los vándalos en Africa. No se sabe á cuál de las dos naciones debe darse la preferencia. La razon de dudar es que ambas ciudades tenian el nombre de Septa. De cualquiera manera es cierto que los franceses y visigodos hicieron paces en esta época.

Fue notable el suceso de los embajadores vándalos que vinieron á pedir socorro á Teudis de parte de Gilimer, último rey de aquel pueblo, contra la invasion de Belisario. Aun no se habian presentado en la corte, y ya sabia Teudis por unos buques de comercio que llegaron de Africa á los puertos de España, la toma de Cartago, la derrota completa de Gilimer y su prision. Los embajadores, ignorantes de estos sucesos, se presentaron al rey: este les preguntó por las cosas de Africa; y como le respondiesen que iban en muy buen estado, el rey les mandó que volviesen á Cartago y esperasen alli la respuesta de lo que pedian. Retiráronse confusos los embajadores, y atribuyeron las palabras de Teudis, que les parecieron absurdas, al demasiado vino que habia bebido en el banquete de aquel dia; pero cuando presentándose al siguiente en palacio, oyeron el mismo mandato, cayeron en

la cuenta de la desgracia de su reino y nacion.

Teudis, despues de 17 años y 5 meses de reinado, fue muerto á manos de un hombre, que fingiéndose loco consiguió entrar en calidad de truan en el aposento donde estaba el rey, y lo atravesó con su espada. Ignórase la causa del atentado: solo se sabe que Teudis, antes de morir, mandó que no se hiciese daño alguno al homicida.

En tiempo de este rey floreció el célebre emperador Justiniano, que ennobleció el imperio por sus trabajos en la legislacion, al mismo tiempo que sus generales Belisario y Nárses lo engrandecieron reconquistando á Sicilia, Africa é Italia, y destruyendo las monarquías de los vándalos y ostrogodos.

Teudiselo, rey de los visigodos. (548.) Teudiselo, ilustre por su nacimiento y por la victoria que consiguió de los reyes franceses en el Pirineo, fue elegido, de comun acuerdo de los grandes, rey de los visigodos; pero desmintió tan nobles principios con su deshonestidad. Mandaba perseguir en justicia por supuestos delitos capitales, ó cuando la calumnia no era posible, asesinar ocultamente á los maridos de las mugeres, cuya hermosura escitaba su desenfrenada lubricidad. Los grandes visigodos, altivos al mismo tiempo que idólatras de su honor, no toleraron estas crueles demasías: formaron una conspiracion, y mataron á Teudiselo en su palacio de Sevilla cuando estaba entrega-

do á los placeres de un banquete. Reinó 18 meses. Por muerte de Clotario I, que habia reunido toda la Francia bajo su cetro, volvió á dividirse entre sus cuatro hijos: Cariberto fue rey de París, Chilperico de Soissons, Sigeberto de Austrasia, y Gontran de Borgoña.

Agila, rey de los visigodos. (549.) Los conjurados nombraron rey á Agila, godo principal, acabado de cometer el asesinato de Teudiselo; pero como este nombramiento se hizo sin vocacion ni asistencia de todos los señores que tenian derecho de eleccion, la mayor parte de los pueblos y de la nacion no quiso reconocer al nuevo rey. Dividióse el reino en parcialidades. Córdoba fue la primer ciudad que negó la obediencia á Agila: este juntó un ejército, y puso sitio á la plaza; pero en una salida que hicieron los habitantes, derrotaron sus tropas, mataron á un hijo suyo, y le obligaron á huir, perdidos los bagages. Agila se refugió á Mérida, cabeza entonces de Lusitania, ciudad populosa, y que se le conservó fiel.

Ocupacion de la costa de España por los romanos. (552.) Animados los rebeldes con la derrota de Agila junto á Córdoba, nombraron por su gefe y rey á Atanagildo, godo principal. Este, resuelto á continuar la guerra con ardor y decidirla con prontitud, hallando casi iguales las fuerzas de entrambos partidos, solicitó con muy mal consejo la alianza del emperador Justiniano, le

pidió un socorro de tropas, y le prometio en recompensa de su cooperacion las ciudades marítimas de España desde la embocadura del Ebro hasta el cabo de san Vicente. Esta condicion prueba que los godos en este tiempo no tenian marina, ó la que tenian era muy pequeña, pues miraban con tanta indiferencia la posesion de los puertos, que los cedian en premio de un socorro.

El imperio romano parecia entonces renacer de sus ruinas. La reconquista del Africa y de Italia, y la nueva adquisicion de la España marítima renovaban la memoria de aquellos tiempos gloriosos en que las banderas romanas dominaban en todos los paises. Justiniano accedió á la solicitud de Atanagildo, y envió á España un ejército á las órdenes del patricio Liberio, buen general, y discipulo de Belisario.

El patricio llegó á España, ocupó las plazas cedidas, y reunió en Bética sus tropas con el ejército de Atanagildo. Agila, que habia previsto la tempestad, pasó la Sierra-Morena al frente de los suyos, descendió á las llanuras de Bética, donde encontró á los enemigos, les dió batalla junto á los muros de Sevilla, y fue completamente derrotado: volvióse á Mérida, y cuando se preparaba á reunir nuevo ejército, sus mismos parciales, viendo que era el único ostáculo para la pacificacion de España, le dieron muerte. Príncipe desgraciado, pero no digno de las acusaciones de perversidad que le han

prodigado los historiadores. Menos escusable nos parece la conducta de su rival Atanagildo, que por satisfacer su ambicion personal solicitó el socorro de los ejércitos estrangeros, desmembró el reino, é introdujo en España al romano, enemigo tanto mas peligroso para los godos, cuanto la conformidad de religion y de costumbres, y antiquísimas relaciones no olvidadas todavía, lo ligaban mas con la poblacion española. En el reinado de Agila, despues de un largo silencio, vuelve á aparecer en la historia un rey de los suevos de Galicia y Asturias, llamado Cariarico, que abjuró el arrianismo, abrazó la religion católica, y fundó el célebre monasterio de san Martin de Duma.

Atanagildo, rey de los visigodos. (554.) Apenas Atanagildo ascendió al trono, conoció el yerro que habia cometido en llamar los romanos á España, y trató de enmendarlo, haciéndoles guerra contínua durante todo su reinado; pero ninguna de las circunstancias de esta lid es conocida á causa del silencio de los historiadores, los cuales dicen solamente que se peleó con vario suceso.

El reinado de Atanagildo es notable solamente por haberse trasladado en su tiempo á Toledo la corte de los visigodos, y porque este rey fue padre de las princesas Galsuinda y Brunequilde, cuyos casamientos con Chilperico, rey de Soissons, y Sigeberto, rey de Austrasia, sumergieron sus reinos y á ellas mismas en un abismo de calami-

dades, segun queda referido en este segundo tomo de la historia de Francia. Ambas abjuraron el arrianismo para celebrar sus matrimonios con aquellos príncipes; y aun se cree que Atanagildo era católico en secreto, sin atreverse á manifestar su creencia por temor de los visigodos, que eran arrianos ardientes. Sin embargo, la politica les aconsejaba disimular su fanatismo para evitar que la poblacion católica de España se uniese con mas intimidad á los romanos, cuya dominacion preferia siempre á la de un pueblo bárbaro.

Liuva I, rey de los visigodos. (567.) Despues de la muerte de Atanagildo se levantaron entre los grandes del reino terribles desavenencias sobre la eleccion del sucesor, fomentadas por Chilperico, rey de Soissons, que esperaba en aquella revuelta apoderarse de la Galia gótica, y por los romanos, que validos de la discordia, estendieron su poderío en la península. Cinco meses duró el interregno.

Los bien intencionados que deseaban la gloria y prosperidad de su patria, designaban por rey á Liuva, de la estirpe real de los baltos, nombrado por Atanagildo gobernador de la Galia gótica, varon de conocida rectitud, valor y prudencia; pero las ambiciones particulares se oponian á su eleccion: hasta que Fonda, visigodo ilustre, les manifestó en un discurso elocuente los peligros que amenazaban á España de parte de

los francos y romanos si duraba mas tiempo la discordia civil, y Liuva fue proclamado rey.

Leovigildo asociado al trono. (568.) Liuva, cuyo carácter era suave y poco á propósito para dirigir una nacion turbulenta como era la de los visigodos, habituado por otra parte al clima de Narbona, y al pueblo de la Galia gótica, que le adoraba por sus virtudes, resolvió asociar á su hermano Leovigildo, gran capitan, hábil político y hombre de estraordinaria firmeza de carácter, que rayó algunas veces en la inhumanidad. Aprobada por los grandes la resolucion del monarca, Leovigildo ciñó la corona y pasó á Toledo, quedándose Liuva en Narbona, donde en efecto era necesaria su presencia para conservar una provincia, acometida por las armas, y mas veces por las seducciones de los reyes francos.

Batalla de Baza. (570.) Leovigildo, muerta su primer esposa, llamada Teodosia, y hermana de los insignes prelados y santos Leandro é Isidoro, casó con Gasuinda, viuda de Atanagildo y muy amada de los visigodos, con lo que fortaleció su partido, y pudo triunfar de algunos grandes que oponian resistencia á su nombramiento y al de Liuva.

Reunidas bajo su imperio todas las fuerzas de la nacion, resolvió hacer la guerra á los romanos y arrojarlos de España. La ocasion era á propósito. Justiniano habia muer-

to, y le sucedió en el imperio de oriente su sobrino Justino II. Sofía, esposa de este emperador, insultó á Nárses, conquistador y gobernador de Italia; y este gran general, ofendido, llamó los lombardos ó longobardos, que ocupaban entonces las orillas del Danubio, y les abrió las puertas de los Alpes. Ocupado el imperio en la guerra contra este pueblo valeroso, no podia enviar grandes refuerzos á España. Leovigildo encontró el ejército romano junto á Baza, le derrotó completamente, le arrojó de todo el pais comprendido entre el Betis, el Segura y el mar, se apoderó de todas las plazas que ocupaban, señaladamente de Medina-Sidonia, y no les quedó en toda aquella costa mas ciudad que Málaga. Revolvió despues sobre Córdoba, que orgullosa por la victoria que consiguió del rey Agila, no queria ya reconocer el dominio de los visigodos, y la sujetó igualmente que toda la provincia, en la cual hizo grandes estragos para amedrentar con este rigor á cuantos no se sometiesen á sus armas.

Leovigildo reina con sus hijos. (572.) Entretanto murió Liuva en Narbona, despues de un reinado de cinco años mas sosegado que glorioso. Leovigildo, dueño ya de la monarquía, y deseando restringir el derecho de eleccion que tenian los grandes, nombró de su autoridad propia por colegas en el trono á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, que habia tenido en su primera

muger Teodosia. Esta resolucion atrevida y nueva produjo algunas alteraciones entre los grandes. Leovigildo las reprimió con su ordinaria actividad. Apoderóse de Amaya, ciudad de la Cantabria meridional, que se habia sublevado: pasó á la provincia Narbonense, y sosegó la poblacion de los montes Aregemes (cuya situacion se ignora), castigando á Aspidio, hombre principal de aquella gente y caudillo de los amotinados: volvió á España y acometió á Ariamiro, rey de los suevos, hijo de Teodomiro y nieto de Cariarico, contra el cual estaba indignado por haber dado secretos socorros á sus rebeldes. Ariamiro, hallándose demasiado flaco para resistir á un monarca tan poderoso y á un general tan formidable, le dió satisfaccion por medio de sus embajadores, é hizo alianza con él.

Leovigildo atacó á los habitantes del monte Orospeda (asi se llamaba el que separa á Castilla la nueva del reino de Valencia): á pesar de la aspereza de los lugares, consiguió someterlos, mientras su aliado Ariomiro acometia á los rocones (que segun parece, eran los moradores de la Rioja actual) y los sometia.

Guerra entre Leovigildo y Hermenegildo. (580.) Las guerras anteriores, aunque contribuyeron á afirmar el poder de Leovigildo y á sanar los males que habia sufrido la monarquía de los visigodos desde la batalla de Vouglé, se hallan sin embargo descritas con

suma brevedad por los historiadores de aquel tiempo. No asi la guerra de Leovigildo contra su hijo, porque su objeto y su resultado eran de la mayor importancia para el pueblo español y el visigodo, pues se versaba acerca de la religion, que es el asunto de mas interes para las naciones.

Los visigodos, que habian abrazado el arrianismo desde los tiempos del emperador Valente, y vivido en grande intimidad con los romanos, eran el pueblo menos bárbaro de todos los que acometieron el occidente europeo: asi trataron con mucha mas humanidad á los pueblos vencidos de Galia y España, que las demas naciones idólatras y feroces que repartieron entre sí el imperio romano. No se halla en la historia de los primeros reyes visigodos ningun vestigio de intolerancia contra el pueblo ó el clero católico, hasta el reinado de Alarico; el cual, acometido por los francos, y viendo que los católicos de Aquitania favorecian, cuando menos con sus votos, el engrandecimiento de Clodoveo, se creyó obligado á tomar algunas medidas rigorosas de seguridad, pero que no llegaron á merecer el nombre de persecucion. Sin embargo, como recaian sobre los obispos, indignados los católicos de ver comprimida su creencia, recibieron como libertadores á los francos, que despues de la batalla de Vouglé ocuparon la Aquitania; y por eso les fue tan fácil la conquista de casi todos los estados que poseian en Ga-

lia los visigodos; y aun habrian destruido su trono, á no haberlo defendido con sus armas y su influencia Teodorico, rey de los godos de Italia.

Reducidos los visigodos al dominio de la península española, cuyos habitantes conservaron siempre intacta la fe de Nicea, no solo no se atrevieron á perseguir el catolicismo, escarmentados en el mal efecto que el espíritu de desconfianza mútua habia causado en Francia, sino que muchas de las principales familias godas abjuraron el arrianismo; de lo cual tenemos un ejemplo ilustre en la de Severiano, duque de la provincia cartaginense, é hijo del rey Teodorico, que dió cuatro santos á nuestros altares, los tres obispos Leandro, Isidoro y Fulgencio, y la vírgen Florentina, hijos todos de Severiano y hermanos de Teodosia, la primera muger de Leovigildo. En efecto, mientras los godos fueron iliteratos y solo entendieron en la guerra y en la ambicion, conservaron sin exámen la creencia que habian recibido del obispo Ulfilas; pero despues de establecidos en Galia y España, se dedicaron al estudio de las letras, se pusieron en comunicacion con los hombres sabios y con los santos obispos de estas dos provincias, y conocieron mejor el plan del cristianismo, que los arrianos destruian en tres de sus principios esenciales; pues desconociendo la infalibilidad de la Iglesia y de la tradicion en los tres primeros siglos, é

interpretando la Escritura á su arbitrio, aniquilaban la autoridad, cimiento de toda creencia; y destronando al Verbo eterno y negando la divinidad de Jesucristo, hacian ilusorio el dogma fundamental de la redencion, echaban por tierra la mediacion del Salvador, y negaban la union íntima del hombre con Dios, máxima elemental de la moral cristiana.

Estas consideraciones iban ganando los ánimos y estendiendo en la nacion dominadora las semillas de la verdadera religion, cuando la errada política de Atanagildo introdujo segunda vez á los imperiales en España, y obligó á emprender una nueva guerra contra ellos. Esta lid produjo una reaccion contra los católicos españoles, á quienes se creia afectos á los romanos, porque bajo su imperio gozarian la libertad religiosa y civil. Leovigildo, que habia formado el proyecto de reunir toda la peninsula bajo su cetro, y que empezó venciendo á los imperiales y quebrantando sus fuerzas, se mostró enemigo de los católicos, contra la política tolerante de sus antecesores, temiendo que la diferencia de culto entre el pueblo sometido y la nacion dominadora fuese causa de que los visigodos perdiesen la España, como lo habia sido de la pérdida de Galia. Pero esta reaccion solo existia en el ánimo y en la conducta del rey y de los grandes, que tenian parte en el gobierno, y que entregados á la ambicion, atendian

poco á las ideas é intereses religiosos: la masa general de la nacion y los nobles, mejor instruidos, propendian manifiestamente al catolicismo.

En estas circunstancias se verificó el matrimonio de Hermenegildo con Ingúndis, hija de Sigeberto y Brunequilde, reyes de Austrasia. Gasuinda, viuda de Atanagildo, y muger de Leovigildo, arriana celosa, quiso que su nieta y nuera abrazase la religion de los visigodos, pues habia de reinar sobre ellos. Ingúndis se negó á renunciar á la fe católica, y mereció ser maltratada cruelmente por su abuela. Hermenegildo, para evitar estos escándalos, pasó con su esposa á Bética, cuyo gobierno le habia dado su padre, cuando le coronó rey, y puso su corte en Sevilla, donde á la sazon era metropolitano san Leandro, su tio materno. Las exhortaciones de este ilustre prelado y las de su muger arraigaron en su ánimo la fe católica de tal modo, que mereció la palma del martirio. Al mismo tiempo casó su hermano Recaredo con Bada, hija de Fonda, visigodo principal, habiéndose desbaratado su matrimonio con Ringúndis, hija de Chilperico, rey de Soissons, por haber muerto este príncipe, segun se cree, á manos del amante de la impía Fredegunda, su muger. Ringúndis habia llegado ya hasta Tolosa de Francia; y su padre Chilperico habia obligado á la mayor parte de los vecinos de Paris á abandonar sus casas, bienes y familias para que fue-

sen acompañándola, como se ha contado en la historia de este perverso monarca en este mismo tomo.

Leovigildo supo la mudanza de religion de su hijo, tan contraria á sus pasiones y á las miras de su política. Gasuinda, en vez de aplacarle, atizaba su enojo. Sin embargo, antes de llegar á un rompimiento, le escribió reclamando los derechos de padre y rey, y ponderando cuán contraria era la determinacion del príncipe á los intereses de la monarquía. Hermenegildo en su respuesta contrapuso á los argumentòs de su padre los derechos sagrados de la conciencia, y no se olvidó de la política; pues le manifestó que la ruina de los vándalos y ostrogodos procedió, como era verdad, de la tenacidad de estos pueblos en sostener el arrianismo. Leovigildo resolvió hacerle guerra. El príncipe hizo alianza con los romanos, dándoles en rehenes su muger y un hijo que de ella tenia, fortificó á Córdoba y Sevilla, y envió á san Leandro á Constantinopla para solicitar socorros del emperador Tiberio; pero este príncipe, ocupado en la guerra contra los persas y los bárbaros del Danubio, solo pudo auxiliarle con sus buenos deseos.

Leovigildo, conociendo el peligro, procuró neutralizar todos los medios de defensa de su hijo. Ganó las tropas romanas que habia en España y al patricio que los mandaba, con oro: reunió en Toledo un concilio de obispos arrianos, en que se dió una

declaracion ambigua acerca de la divinidad de Jesucristo, en la cual se acercó mucho el lenguage del arrianismo, segun su fraude acostumbrado siempre que era necesario, al de la creencia católica; con lo que se sosegaron los ánimos de la plebe, que era el único objeto del rey en la convocacion del conciliábulo.

Martirio de Hermenegildo. (584.) Leovigildo, asegurado con estas providencias, marcha á Andalucía, sitia á Sevilla, plaza muy fuerte entonces, y apodérase de ella al cabo de un año de sitio, echando el rio por otra madre, y privando á los habitantes de los víveres que por él recibian. En este sitio murió Ariomiro, rey de los suevos, que muy contra su voluntad se vió obligado á auxiliar al rey con un cuerpo de tropas en virtud de la alianza que habian asentado.

Hermenegildo, antes de que la ciudad capitulara, huyó, segun unos á Córdoba, segun otros á Oset, hoy Alcalá del Rio, á dos leguas de Sevilla. Sitiado por el infatigable Leovigildo, y viendo perdidas todas sus esperanzas, se puso en manos de su padre, que le recibió con benevolencia; pero le despojó de las insignias reales, y le tuvo preso primero en un castillo de Sevilla, y despues en Tarragona, segun el Biclarense. El patricio que mandaba en España las tropas romanas, hizo una tentativa contra esta plaza, para salvar al infeliz príncipe. Leovigildo lo supo á tiempo, y mandó transferir á

su hijo á la prision de Sevilla; y cansado de solicitar su constancia con persuasiones, le envió una noche un obispo arriano y un capitan de sus guardias: el primero con órden de convencerle y persuadirle á que volviese al seno del arrianismo; el segundo con órden de degollarle, si la comision del obispo no surtia efecto. La fe de Hermenegildo quedó triunfante de la primer lucha, y el príncipe mártir entregó su cabeza al cuchillo. Ingúndis, su viuda, que estaba en poder de los romanos, pasó con su hijo Atanagildo á Constantinopla, y murió en el camino. El huérfano vivió muchos años en la capital del imperio, pobre y desamparado.

Guerra con los franceses. (585.) Gontran, rey de Borgoña, incitado por Brunequilde, reina de Austrasia, deseaba sostener á Hermenegildo en la lucha contra su padre, y lo hubiera hecho á no temer la guerra que le habria movido Chilperico, aliado constante de Leovigildo. Pero despues de la muerte del rey de Soissons, habiendo crecido su poder en Francia, resolvió pelear contra los visigodos, valiéndose del pretesto de vengar el desastre de la familia de Hermenegildo, para apoderarse de la Galia gótica.

Esta espedicion fue desgraciada é ignominiosa. Los habitantes de Carcasona, primera plaza acometida por el borgoñon, que se habian entregado con la esperanza de libertarse del saqueo, se volvieron contra los

franceses apenas empezaron á robar, los arrojaron de la ciudad con mucha pérdida, dando muerte al general enemigo, que era el conde de Limoges. Otro cuerpo de borgoñones, destinado á sitiar las plazas, fue rechazado de todas, escepto de un pequeño fuerte que capituló y que fue saqueado contra las condiciones de la capitulacion. En fin, el grueso del ejército devastó el pais, se halló sin subsistencias, tuvo que retirarse, y acometido por los habitantes, enfurecidos con tantos estragos, perdió cinco mil hombres.

Ruina de la monarquía sueva. (586.) Entretanto Leovigildo desplegaba el mayor rigor contra el catolicismo. Abrogó los privilegios de sus iglesias, las despojó de sus bienes, asesinó jurídicamente con diversos pretestos á los católicos mas ilustres, desterró los obispos y sacerdotes mas célebres por su piedad y sabiduría, entre ellos á Mausona, obispo de Mérida, á sus cuñados Leandro y Fulgencio, obispos de Sevilla y Ecija, y al célebre Juan de Santaren, hombre muy versado en las lenguas orientales y en las ciencias eclesiásticas, é historiador no despreciable para aquellos tiempos. Fundó en su destierro en las faldas del Pirineo el monasterio de Biclara, hoy Valclara, por el cual se le dió el sobrenombre de Biclarense. Todas las crueldades de Leovigildo produjeron efecto contrario al que él solicitaba: la fe católica se arraigó mas y mas en los áni-

mos, é hizo un gran número de prosélitos, en proporcion de la injusticia con que era perseguida.

En Galicia se habia verificado una revolucion. Muerto Ariamiro, le sucedió en el trono su hijo Evorico. Audeca, suevo principal, que estaba tratado de casar con una hermana suya, le quitó la corona, le desterró á un monasterio, casó con Segoncia, viuda de Ariomiro, y gobernó como un tirano. Leovigildo no desperdició esta ocasion de aumentar su poder. Entró con poderoso ejército en el reino de los suevos, no halló oposicion en ninguna parte, se apoderó de Braga, hizo ordenar de sacerdote á Audeca, y le desterró á Badajoz. Esto sucedió en 585. Al año siguiente un cierto Amalarico juntó un partido en Galicia, y se proclamó rey. Gontran, que peleaba entonces contra los visigodos, envió una escuadra á las costas de aquel reino para sostenerle. Las tropas de Leovigildo desbarataron y prendieron á Amalarico, y la escuadra visigoda apresó toda la francesa, y cuantos se encontraron en ella fueron degollados, escepto muy pocos que se escaparon en las lanchas. Asi acabó la monarquía de los suevos, que dominaron el occidente de España 175 años.

Al año siguiente murió Leovigildo, príncipe al cual dificilmente podria encontrársele igual entre los monarcas visigodos de España, á no haber deslustrado la gloria militar y política que grangeó justamente, la

impiedad contra su hijo y la injusta persecucion contra los católicos. Es indudable que se arrepintió de uno y otro en los últimos dias de su vida; pues alzó el destierro á los obispos, resarció las injusticias que pudo, y aconsejó á su hijo y sucesor Recaredo que abrazase la religion católica, convencido sin duda que ya no era posible en España el triunfo del arrianismo, cuando ni su firmeza en llevar adelante el propósito comenzado, ni la gloria que le coronaba, ni el poder que reunia en sus manos, pudieron someter las conciencias al yugo de la secta dominante. En el lecho de muerte de Leovigildo abjuraron los visigodos el arrianismo. La fe católica no necesitaba ya para dominar los ánimos otra cosa sino que se la dejase libre.

Leovigildo estendió el poder real mucho mas que ninguno de sus antecesores: nombró reyes á sus hijos, tuvo siempre sometidos á los grandes, reconquistó muchas provincias de los romanos, hizo la adquisicion importante del reino de los suevos, y fue el primer rey de los visigodos que usó de manto real y demas insignias del poder, que tanta influencia tienen sobre los ánimos de los pueblos. Antes de él vestian los reyes el mismo trage que los señores de su corte. Reformó el código de Eurico, añadiendo muchas leyes antiguas de los godos, que aquel rey habia omitido en su coleccion. Atento siempre al gobierno, vigi-

lante en su política y guerrero hábil y esforzado, nada le faltó para ser un gran rey sino haber dominado en sí mismo el deseo de mandar en las conciencias: deseo que le costó una guerra civil, un hijo amado, y tres años de remordimientos.

Hizo contínua guerra á los vascones, pueblo entonces el mas independiente y altivo de España. Los sucesos de esta guerra se hallan contados por los historiadores con suma oscuridad. Atribúyese á Leovigildo la fundacion de Vitoria, plaza destinada á contener aquella nacion belicosa y á los cántabros. Si esto es así, la posicion de dicha plaza indica bastantemente hasta dónde se estendian entonces los límites de la monárquía visigoda. En una de sus espediciones penetró tanto en Navarra, que los habitantes por no sufrir el yugo visigodo, emigraron á Francia, donde con el nombre de gascones adquirieron tierras, fundaron ciudades, y aun hicieron guerra muchas veces á los príncipes francos que poseian la Aquitania.

Seccion Cuarta.

Historia de los visigodos desde la abjuracion del arrianismo hasta la ruina de la monarquía.

Recaredo I, rey de los visigodos. Concilio tercero de Toledo. Liuva II, rey de los visigodos. Viterico, rey de los visigodos. Gundemaro, rey de los visigodos. Sisebuto, rey de los visigodos. Conquista de Edetania y Contestania. Conquista de la Mauritania tingitana. Recaredo II, rey de los visigodos. Suintila, rey de los visigodos. Espulsion de los imperiales de España. Ricimero, asociado al trono. Sisenando, rey de los visigodos. Chintila, rey de los visigodos. Tulga, rey de los visigodos. Chindasuindo, rey de los visigodos. Asociacion de Recisuindo al trono. Recisuindo, rey de los visigodos. Concilio octavo de Toledo. Wamba, rey de los visigodos. Conjuracion de Paulo. Ervigio, rey de los visigodos. Egica, rey de los visigodos. Concilio XVI de Toledo. Conspiracion de los judios. Witiza, colega de

Egica. Victoria naval de los godos contra los sarracenos. Witiza reina solo. Don Rodrigo, último rey de los visigodos. Batalla del Guadalete.

RECAREDO I, *rey de los visigodos*. (587.) Recaredo, apenas sucedió á su padre, penetró en Francia con un ejército, tomó muchas plazas, taló las cercanías de Tolosa, y se apoderó despues de algunos dias de sitio de Ugerno, que unos geógrafos dicen que fue Castelnaudary, y otros Beaucaire. Gontran, irritado de estas represalias, envió en dos campañas consecutivas dos ejércitos contra los visigodos. El primero, mandado por Desiderio, despues de haber vencido al enemigo junto á Carcasona, como siguiese el alcance con mas valor que prudencia, fue desbaratado con mucha pérdida y muerte de su general. El segundo, mandado por Boson, ocupó á Carcasona, tomada por Austresvaldo, comandante de la vanguardia: esta anticipacion del capitan subalterno disgustó á Boson, tan presuntuoso como incapaz: hubo desavenencia entre los dos; y Claudio, duque de Lusitania, que mandaba el ejército poco numeroso de los visigodos, se propuso aprovecharse de aquella discordia. Preséntase de repente con una parte de sus tropas delante de los reales de los borgoñones, deshace los primeros cuerpos que se le presentan desordenadamente, finge huir ante

el grueso del ejército enemigo, y lo atrae hácia una emboscada, donde le venció completamente. Los historiadores franceses dicen que la pérdida de los suyos se redujo á 7.000 hombres entre muertos y prisioneros: los españoles la hacen mayor, y exaltan esta tercer batalla de Carcasona como una de las mayores victorias conseguidas por los visigodos, en atencion al corto número de tropas que vencieron el numeroso ejército de de los francos. Gontran, cansado de esta guerra, en que solo habia esperimentado derrotas, hizo la paz con Recaredo.

Este rey, que mereció el sobrenombre de Católico por el triunfo que la religion verdadera consiguió en su reinado, y al cual contribuyó en gran manera, poséia todas las dotes de un escelente príncipe: humanidad, prudencia, rectitud, moderacion, sin carecer ni aun de las prendas esteriores de bella presencia y ademan magestuoso que tanto agradan á los pueblos en sus príncipes. Era católico en el corazon, y deseaba el triunfo de la creencia de Leandro, á quien queria y estimaba mucho; y si no imitó á su hermano en la firmeza de alma para confesar públicamente su fe en medio de la persecucion y los peligros, logró con su dulzura templar muchas veces la ira de su padre, y persuadirle al fin la necesidad de terminar la discordia religiosa. Apenas subió al trono, y se halló desembarazado de la guerra estrangera, puso en práctica todos los medios sua-

ves que estaban á su alcance para asegurar la victoria del catolicismo. Es verdad que la mayor parte de los visigodos estaba dispuesta á ello; y asi, apenas se supo que el rey profesaba la religion de Nicéa, casi toda la nacion se declaró á favor de ella.

Sin embargo, no era posible que tan grande mudanza dejase de alterar á los arrianos, ó fanáticos ó ambiciosos, que esperaban de esta secta su engrandecimiento. Pero todos sus esfuerzos se limitaron á una pequeña guerra civil, y á tres conspiraciones que se descubrieron y castigaron con brevedad. Ataloco, obispo arriano en la Galia gótica (no se sabe de qué ciudad), auxiliado por los condes Granista y Bildigerno, movió á los partidarios de su creencia á hacer guerra contra Recaredo; pero fueron vencidos en una batalla que les dieron las tropas del rey, y Ataloco murió de pesar y enojo. Esta lid religiosa, aunque de poca duracion, incitó á Gontran, rey de Borgoña, á enviar, como ya dijimos, contra los visigodos el ejército mandado por Desiderio, que fue derrotado junto á Carcasona.

Uno de los principales cuidados de Recaredo apenas heredó el reino, fue restituir al virtuoso Mausona á la silla episcopal de Mérida, quitándola á Sunna, obispo arriano, puesto por Leovigildo cuando desterró á aquel santo prelado. Sunna irritado formó una conspiracion contra la vida de su rival; y buscó para gefe de ella á Viterico,

mozo atrevido é inmoral, que servia entonces de doncel en casa de Claudio, duque de Lusitania. Sunna pidió una audiencia á Mausona para conferenciar sobre intereses privados: Mausona, receloso del furor de su enemigo, suplicó á Claudio que se hallase presente á la visita. El obispo arriano vino acompañado de sus parciales con pretesto de obsequio, y Viterico tomó su lugar detras de la silla del duque. El plan de los conjurados era acometer á Claudio y á Mausona apenas Viterico sacase la espada. El jóven intentó tres veces dar la señal durante la conferencia, y otras tantas desmayó su ánimo, y la conjuracion no tuvo efecto. Despues formaron otra para asesinar á Mausona durante la procesion de santa Eulalia, patrona de la ciudad; pero Viterico los delató, y fueron presos y castigados. A Viterico se le perdonó en atencion á la segunda infamia de delatar, con que purgó la primera de conspirar para un asesinato.

La anciana Gasuinda, que vivia en palacio, enfurecida con las mudanzas que se hacian contra la creencia de que era sectaria fanática, no contenta con haber arruinado la familia de Hermenegildo, conspiró contra la vida de Recaredo. Su conjuracion fue descubierta, y sus cómplices castigados. Gasuinda murió de vejez y pesadumbre, y escusó á su entenado la triste y peligrosa obligacion de condenar á una reina que tenia en lugar de madre.

Ultimamente, Argimundo, camarero del rey, formó otra conjuracion, reuniendo los restos de las pasadas, para quitar á Recaredo la vida y la corona: proyecto impío, que descubierto, llevó á su autor al suplicio, despues de sufrida la pena de degradacion entre los godos, que era la *decalvacion*, y consistia, no solo en cortar el cabello, sino en arrancar el cútis de la parte anterior de la cabeza.

Concilio III de Toledo. (589.) La revolucion religiosa se habia hecho casi sin sentirse; pero la política que se siguió á ella produjo inmensos resultados; pues introdujo en el gobierno político una nueva clase, desconocida antes, cual fue la de los obispos: para entender bien esta gran mudanza, es necesario esplicar las formas anteriores del gobierno de los visigodos.

El rey electivo, aunque nombrado siempre hasta Ataulfo de la familia de los baltos, tenia como general un poder inmenso y casi arbitrario; pero en sus atribuciones gubernativas estaba muy limitado por la autoridad de los grandes y por las juntas de la nacion; bien que estas juntas nunca fueron tan comunes ni tuvieron influencia en los pueblos de origen escandinavo, en los cuales dominaba la aristocracia, como en los germánicos. Apenas Valia dió asiento fijo á la nacion en Aquitania y Cataluña, es de creer que cesaron enteramente las asambleas de los visigodos por la misma dificultad de

reunirlas, hallándose esparcida la nacion desde el Ebro hasta el Loira: esta dificultad se aumentó con las conquistas de Teodoredo, Teodorico y Eurico: de modo, que cuando á la muerte de Alarico se redujeron los godos al dominio de la península y de la Galia gótica, su gobierno era puramente aristocrático; es decir, dominaban en él los grandes con el monarca electivo á su frente, cuya autoridad sobrevigilaban y reducian en sus juntas. No se encuentran vestigios de que concurriesen á ellas los obispos del arrianismo, que era entonces la religion dominante de los visigodos; y hay muchas razones para creer que estaban escluidos del poder político. Primera: durante las conquistas de los visigodos, los obispos citados no podian tener influencia en la política de la guerra, que no entendian, mucho mas en paises como Galia y España, en los cuales jamas tuvo raices el arrianismo. Segunda: dichos obispos eran ignorantes, como que pertenecian á una nacion bárbara; y no se cita ninguno de ellos que se distinguiese por su saber y literatura, cuando el episcopado católico en entrambas provincias abundaba en hombres insignes por las letras. Tercera: tampoco tenian influencia en la poblacion sometida que profesaba el catolicismo. Cuarta, mas fuerte que todas: la tolerancia de los visigodos para con el clero católico, fuese política ó voluntaria, demuestra invenciblemente que jamas el arrianismo fue un principio políti-

co en la monarquía, sino una simple creencia universal de aquella nacion, sin atribuciones gubernativas.

Sin embargo, la estraña organizacion social que produjo el estado de conquista, requeria la introduccion en el gobierno de un principio *intelectual* y *moral*, que sancionando lo que la fuerza habia hecho, le quitase á esta toda su aspereza, á los vencidos todo resentimiento, y reuniese los dos pueblos godo y español. Ninguna nacion de las que desmembraron el imperio romano tuvo mayor motivo para conocer la necesidad de este principio que los visigodos; pues la falta de él les hizo perder las Galias bajo Alarico. Los godos fueron mas suaves que los francos, vándalos y suevos con los vencidos; pues les dejaron mayor parte de sus propiedades: los godos permitieron á galos y españoles gobernarse por sus leyes, seguir su culto y su religion: los godos hicieron sentir su superioridad á los subyugados menos que los demas vencedores: los godos, en fin, sobrepujaban en fuerzas y en gloria militar á los francos. ¿Por qué, pues, bastó una sola derrota para que perdiesen, sin poderlo volver á recobrar, cuanto poseian desde el Loira hasta los Pirineos? Porque la diferencia de religion impedia que hubiese un vínculo comun entre ellos y los galos, entre los que se jactaban de ser vencedores, y los que gemian sumisos; porque nada habia que consolase á los vencidos y templase

á los subyugadores. Los visigodos solo dominaron en Galia por fuerza: Clodoveo, triunfante en Vouglé, asistió con sus francos á los mismos templos á que concurria la poblacion gala; y el dia que recibió el bautismo, afirmó sobre sus sienes la corona de Francia.

Fácilmente previeron los visigodos, que siendo sus relaciones con los habitantes de España las mismas que habian sido con los galos, el resultado seria el mismo si no se mudaban las circunstancias. Recaredo, tan piadoso como buen político, quiso destruir de una vez la muralla de bronce que separaba á su nacion de los españoles, y convocó el tercer concilio toledano, no solo para hacer, como hizo, en nombre del pueblo visigodo pública abjuracion del arrianismo, y dar testimonio manifiesto de su adhesion á la fe de Nicéa, sino tambien para introducir en el gobierno á los obispos españoles, representantes, por decirlo asi, de la poblacion católica, que habia encontrado en ellos consuelo, socorro, juzgado, y aun gobierno, enmedio de los horrores de la conquista, de la persecucion arriana y de la anarquía, que tan frecuente era en el pueblo dominador. Desde entonces se agregó la aristocracia sacerdotal á la militar para la deliberacion de las leyes, y la primera tuvo mas influencia que la segunda, porque era mas sabia y virtuosa. Desde entonces empezaron á desaparecer gradualmente las dife-

rencias sociales entre los dos pueblos, de modo que en tiempo de Chindasuindo eran iguales en derechos civiles, y en el de Ervigio formaron una sola nacion, admitidos los españoles al servicio militar. Entonces, en fin, empezó una nueva era de reposo y felicidad para España, solamente turbados por la ambicion de los particulares que aspiraban al trono: mal irremediable en las monarquías electivas.

En el concilio III de Toledo presidió Mausona: asistieron los reyes y algunos grandes de palacio, y se instaló al sacerdocio en sus atribuciones civiles, concediendo á los obispos, reunidos en concilio, el derecho de inspeccion sobre los magistrados de los lugares y oficiales de las rentas reales. En los siguientes concilios nacionales celebrados en la misma ciudad, que era la corte del reino, concurrieron grandes y obispos, y se ventilaban á un mismo tiempo los cánones de disciplina y las leyes civiles y políticas, concurriendo entrambos poderes, el secular y el espiritual, á sancionar en comun las resoluciones tomadas de comun acuerdo.

Esta fue la gran revolucion que se verificó en el reinado de Recaredo. Este príncipe, muerta su primera esposa Bada, casó con Clodosinda, hermana de Childeberto, rey de Austrasia, é hija de Sigeberto y de Brunequilde; matrimonio que afianzó la paz y buena armonía entre visigodos y francos. Gobernó sus pueblos en paz y justicia. Solo

tuvo dos guerras: una contra los vascones que de Aquitania volvieron á su antigua patria, é infestaron las fronteras españolas, de donde fueron rechazados; y otra contra los imperiales, que saliendo de sus límites, ocuparon algunas plazas pertenecientes á los visigodos. Recaredo los venció y obligó á volver á sus posesiones; mas nada les quitó de ellas, aunque superior en fuerzas: tan amigo era de la justicia. Murió este príncipe, benemérito del estado y de la religion, en 601, dejando tres hijos: Liuva, que le sucedió, y que segun su edad capaz para el gobierno, era hijo de Bada; y Suintila y Geila, hijos de Clodosinda, de pocos años. Recaredo habia tomado el nombre de Flavio, que tuvieron muchos emperadores romanos.

Liuva II, rey de los visigodos. (601.) Liuva, jóven de 20 años, de hermosa presencia, religioso, y que daba grandes esperanzas á la nacion, pereció á los dos años de reinado, á manos de Viterico, que habia ya hecho el aprendizage de traicion y de infamia en la conspiracion contra la vida de Mausona. Tenia á la sazon la dignidad de conde: persuadió al rey que hiciese la guerra á los imperiales y le confiase el mando del ejército. El incauto Liuva cayó en el lazo. Viterico, dueño de las fuerzas del imperio, marchó á palacio, y de un tajo cortó la mano derecha al infeliz príncipe. La nacion le lloró; pero permitió que su homicida

ocupase el trono, engañado con la fama de sus talentos militares.

Viterico, rey de los visigodos. (603.)*
Viterico no fue del corto número de príncipes cuyas costumbres mejora la exaltacion al poder. Favoreció la heregía de los arrianos, y quiso, aunque en vano, destruir las instituciones de Recaredo: fue deshonesto, y por consiguiente cruel é injusto. Quedábale la fama de buen guerrero: esta la perdió siendo vencido por los imperiales en todos los encuentros que tuvo con ellos; y para que no hubiese duda que su incapacidad é imprudencia era la causa de la derrota, un general suyo venció junto á Sigüenza un ejército romano que habia penetrado desde la provincia de Valencia en Celtiberia.

Igual desgracia le persiguió en sus transaciones políticas. Habiendo heredado Tierry y Teodoberto los dos reinos de Borgoña y Austrasia, despues de la muerte de Gontran y de Childeberto, padre de aquellos príncipes, Viterico para estrechar su alianza con los reyes francos, dió en matrimonio su hija Hermemberga al jóven rey de Borgoña; pero este la devolvió á su padre, ya fuese porque destruido su temperamento por la disolucion no pudiese consumar el matrimonio, ó ya, lo que es mas cierto, por las sugestiones de su abuela Brunequilde, que ambiciosa del poder, no queria ver al lado de su nieto una esposa jóven y bella que le disputase la influencia. Viterico, indignado

del desaire, se coligó contra Tierry con el rey de Austrasia, con Agilulfo, rey de los lombardos, y con Clotario II, rey de Neustria, é hijo de Chilperico y Fredegunda. Mientras estos príncipes se preparaban á empezar una guerra, que tan funesta fue á la familia de Brunequilde y al poder de los reyes en Francia, Viterico, que la habia promovido, yacia indolente en Toledo en el seno de los placeres. Los grandes de su reino, que le aborrecian y despreciaban, se conjuraron contra él, penetraron en el palacio á la hora que estaba comiendo, y le dieron muerte despues de un reinado ignominioso de siete años. Fue semejante á Teudiselo en las costumbres y en el fin desastrado. El pueblo le detestaba tan de corazon, que arrastró su cadáver por las calles, y despues de cubierto de lodo le enterraron en un albañal.

Gundemaro, rey de los visigodos. (610.) Gundemaro, noble visigodo, muy estimado por su prudencia y valor, subió al trono, despues de muerto Viterico, con el consentimiento general de los grandes y aplauso del pueblo. En su corto reinado de un año y algunos meses rechazó á los vascones que hicieron una nueva irrupcion en las fronteras del reino, y venció á los imperiales, asaltando su campamento y apoderándose de él.

Sisebuto, rey de los visigodos. (612.) Sisebuto, escelente gobernador y capitan es-

clarecido, fue nombrado sucesor de Gundemaro. Su reinado fue de los mas felices. Al principio de él venció á los asturianos y á los rucones, que fiados en la aspereza de sus montañas, no le quisieron reconocer por rey, é invadieron las tierras llanas. Rechila fue comandante del ejército enviado contra los primeros, y Suintila, hijo de Recaredo el católico, subyugó á los segundos.

Conquista de Edetania y Contestania. (614.) El rey determinó arrojar á los imperiales de las plazas que ocupaban todavía en la península, á cuyo efecto reforzó el ejército de Suintila, se puso á su frente, y marchó contra el patricio Cesario, á quien el emperador Heraclio habia confiado el mando de las tropas romanas en España. Dióse la batalla de poder á poder. Sisebuto quedó vencedor, y se aprovechó de la victoria para recobrar muchas de las plazas que poseian los imperiales de la costa oriental de España.

En la campaña siguiente volvió Cesario á tentar la suerte de las armas con la misma infelicidad. Vencido su ejército, hacian en él los visigodos horrible matanza. Entonces Sisebuto esclamó: «¡Cuán desgraciado soy en que por mi causa perezcan tantos hombres!» y mandó cesar la pelea no sin peligro, pues todavía era grande el número de los romanos: ordenó tambien que quedasen libres los prisioneros, y rescató de su mismo tesoro á los que eran cautivos de los par-

ticulares. Esta humanidad le fue muy útil: los romanos miraron con disgusto la guerra contra un vencedor tan piadoso; y Heraclio, acometido entonces de las fuerzas de Cosdroas, rey de Persia, no podia enviar socorros á España. Hízose, pues, un tratado entre visigodos é imperiales, en virtud del cual la Edetania y Contestania, la importante plaza de Málaga, y en general todos los territorios que aun conservaban los romanos en la costa del Mediterráneo, se entregaron á Sisebuto, quedando solamente en poder del imperio algunas plazas situadas en lo que hoy se llama el Algarbe. Para impedir que pudiesen salir de ellas é invadir á Lusitania, Sisebuto mandó fortificar cuidadosamente la ciudad de Evora, como plaza fronteriza de las posesiones imperiales.

Conquista de la Mauritania Tingitana. (616.) Los habitantes de la costa africana del estrecho hacian mucho daño con sus piraterías en las marinas españolas. Sisebuto resolvió agregar al reino de España la Mauritania Tingitana, separada del gobierno de la península desde la invasion de los vándalos, y contra la cual el esforzado Valia hizo en vano una espedicion. Reunida grande armada en los puertos del mediodia de la península, se embarcó el rey con las mejores tropas del ejército que habia triunfado de los imperiales, é invadió las playas de Africa. Apoderóse de las dos plazas importantes

de Tanger y Ceuta, llaves del estrecho por la parte del sur, tomó por capitulacion las demas plazas de aquella provincia, las guarneció de buenas tropas, y dió el gobierno del pais á uno de los condes en que mas fiaba.

Este rey persiguió á los judíos, y á la verdad, con celo demasiado y no segun la ciencia; pues los obligó por fuerza á bautizarse: determinacion contraria á los principios del cristianismo, y de la cual resultaron gravísimos perjuicios en los reinados siguientes, y nuevas leyes para castigar la apostasía en los que recibieron el bautismo contra su voluntad. Este espíritu de persecucion contra el pueblo hebráico, que se levantó repentinamente en el imperio de Heraclio, en Francia, en Italia, en España, en fin en todos los paises cristianos, no tuvo su orígen, como muchos creen, en la intolerancia que empezaba á cundir en esta época. Los judíos habian sido tolerados y continuaban siéndolo en todo el orbe cristiano: estaban privados á la verdad de los derechos políticos desde la dispersion que Adriano, emperador gentil, mandó hacer de esta nacion; pero sus vidas, sus propiedades, sus familias y su creencia se consideraban ilesas bajo la salvaguardia de las leyes y de los gobiernos.

Pero este pueblo no podia sufrir el ilotismo político á que se hallaba condenado. Miraba con el mas profundo aborrecimien-

to á los cristianos, en cuyos dominios estaba esparcida, y dieron una horrible muestra de su inestinguible rencor en la invasion que Cosdroas, rey de Persia, hizo en Mesopotamia, Siria, Judea y Armenia, á principios del reinado de Heraclio. Aquel monarca idólatra aborrecia á los cristianos no menos que los judíos; y así les vendió, á solicitud de ellos, 80.000 cautivos que habia hecho en su espedicion, y que fueron cruelmente degollados por sus impíos señores. Esta matanza causó profunda sensacion en todos los paises cristianos; y ademas de la indignacion general, se escitaron justas sospechas contra un pueblo que vivia enmedio de todas las naciones comerciando y tratando con ellas, pero dispuesto á esterminarlas siempre que tuviese oportunidad. De aquí nació el deseo de acabar con él ó con su religion, y las persecuciones que sufrieron por tantos siglos.

Sisebuto murió despues de un reinado glorioso de ocho años, envenenado segun unos, ó por haber tomado un purgante en demasiada cantidad, segun otros.

Recaredo II, rey de los visigodos. (621.) Recaredo II, su hijo, le sucedió. Era muy jóven; pero no hizo mas que presentarse en el trono. Al cabo de tres meses murió de enfermedad, llorado del pueblo, que reconocia en él las facciones y las virtudes de su padre.

Suintila, rey de los visigodos. Entonces

fue nombrado rey Suintila, hijo de Recaredo I, y célebre ya por sus hazañas, triunfos y virtudes. Al principio de su reinado sostuvo terrible guerra contra los vascones, que invadieron las vegas del Ebro. Suintila mandó á los gobernadores de las provincias vecinas que ocupasen los desfiladeros de las montañas de Navarra, á fin de cortarles la retirada, y él mismo los acometió por el frente con su ejército. Los vascones se retiraron; pero viéndose cogidos entre las tropas del rey y las de los generales que estaban apoderados de las gargantas, enviaron diputados á Suintila, implorando clemencia. El rey les concedió el permiso de retirarse, pero á condicion de que abandonasen el botin, y edificasen ellos mismos una fortaleza que sirviese de ostáculo á sus correrías. Á esta nueva ciudad se dió el nombre de Oligito; y se cree, no sin fundamento, que es la misma que hoy se llama Olite en el reino de Navarra, y que fue la capital del territorio que los godos poseyeron en aquel pais. Desde entonces cesaron las correrías de los vascones en las tierras de los visigodos, y aun parece verosimil que reconocieron la supremacía de los reyes de Toledo; pero mas bien como aliados que como vasallos; pues no se conserva vestigio alguno del dominio de los godos en los valles cercanos al Pirineo, y sí muchos de que el pueblo vascon, fiero é independiente, conservó su primitiva y agreste libertad.

Espulsion de los imperiales de España.

(624.) Suintila volvió sus armas contra los romanos, resuelto á quedar dueño de toda la península. El patricio que mandaba los presidios que tenian los imperiales en el Algarbe, fue derrotado y muerto en la primer batalla. Su sucesor, hallándose con pocas tropas y esas desalentadas; sin esperanzas de socorros de oriente, porque Heraclio estaba ocupado en la guerra contra los persas, enemigos que le aguijaban mas por mas cercanos; sin medios de comunicacion con los romanos de Africa, porque los visigodos, conquistada Mauritania, eran señores del estrecho, dió oidos á las proposiciones de Suintila, que le permitia salir libre con sus tropas y bienes particulares, si entregaba las plazas sin guerra: evacuó la provincia, y abandonó el último y miserable resto de la potencia romana en España.

Con esto quedaron los visigodos dueños de toda la península. A la verdad, su poderío era menos estenso que el que tuvieron en los reinados de Eurico y Alarico, pero mas compacto y defensible; pues estaba ceñido de límites naturales, y las provincias de Galia gótica y Mauritania eran solo centinelas avanzadas contra los francos y romanos. Estaba tambien mas seguro, porque alejados del centro de Europa, nada obligaba á los godos á tomar parte en las desavenencias de francos, lombardos y germanos; y así ni eran blanco de la ambicion agena, ni tenian

irritamentos que estimulasen la propia. Sin embargo, no duró un siglo aquella monarquía que parecia inconquistable: tan cierto es que las mas sábias combinaciones políticas no alcanzan á salvar á un estado, si las costumbres no lo defienden.

Las victorias de Leovigildo, Sisebuto y Suintila habian dado á la monarquía límites verdaderos, gloria militar, marina y una paz constante con las potencias estrangeras. Recaredo sancionó las operaciones de las armas con el principio moral introducido en el gobierno, y empezó la fusion de las dos naciones conquistadora y conquistada, con tantas ventajas por esta última, que dió su nombre al reino, al contrario de lo que sucedió en Francia, donde predominó el nombre de los vencedores. La literatura, propia de aquellos siglos, florecia, como prueban los Leandros, los Isidoros, los Braulios y los Ildefonsos. Los españoles tenian bastante comercio marítimo, sin el cual no hubieran podido formar las armadas que opusieron á los romanos y despues á los árabes. Todos los gérmenes de prosperidad fecundaban entonces la península. Pero acaso esta misma felicidad constante y no interrumpida, combinada con la ambicion del trono, fue causa de la corrupcion de las costumbres, y de la ruina del estado.

Ricimero asociado al trono. (626.) Suintila fue viva imágen de su nacion; y su suerte pudo anunciar la que esperaba á la mo-

narquía. Despues de arrojados los romanos, propuso á los grandes, como premio de sus victorias y servicios, que se asociase al poder real su hijo Ricimero. Los grandes lo aprobaron, y el jóven príncipe recibió la corona.

Apenas Suintila llegó al colmo de sus deseos, y vió asegurado el trono en su familia, perdió todas las virtudes que tanta gloria le habian adquirido, se entregó á los vicios y deleites, abandonó el cuidado del gobierno en manos de su muger Teodora y de su hermano Geila, les dejó abusar de la autoridad, y se grangeó el odio público. Sisenando, gobernador de la Galia gótica, se aprovechó de la ocasion para usurpar el trono: se coligó con Dagoberto, rey de Francia, prometiéndole un rico aguamanil de oro, que habia en el tesoro de los reyes visigodos, recibió socorros de tropas francesas, las incorporó con las de sus parciales, y marchó á Toledo. Suintila le salió al encuentro, rebeláronse sus tropas, y proclamaron á su rival, siendo Geila uno de los gefes de esta conspiracion contra su hermano. Suintila y su hijo fueron recluidos, y Sisenando marchó á Toledo á recibir la corona.

Sisenando, rey de los visigodos. (632.) Sisenando, despues de haber satisfecho con dinero los auxilios de Dagoberto, porque el aguamanil de oro fue robado en el camino á los embajadores de este príncipe, trató de afirmar su autoridad, que muchos partida-

rios de la familia de Suintila querian destruir, y aun el mismo Geila, tan fácil en seguir un partido como en hacerle traicion. Para lograr su intento, convocó en 634 el cuarto concilio nacional de Toledo, que presidió san Isidoro, hermano de san Leandro y su sucesor en el arzobispado de Sevilla. En este concilio, despues de varios cánones establecidos para la reforma de la disciplina, y otros que abrogaron la ley absurda de Sisebuto, que forzaba los judíos á bautizarse, se proclamó solemne escomunion contra la muger, hijos y hermano de Suintila, y en general contra todos los que se atreviesen á conspirar contra el rey.

Sisenando murió dos años despues, sin que su reinado fuese notable por otra cosa sino por el escesivo miedo que manifestó de perder una corona que la muerte le habia de robar tan presto.

Chintila, rey de los visigodos. (636.) Este príncipe, elegido por los grandes despues de la muerte de Sisenando, reunió los concilios V y VI de Toledo, en los cuales, ademas de los cánones relativos á la disciplina, se hicieron leyes muy severas contra los ambiciosos que solicitasen la corona por medios ilícitos en tiempo de elecciones, y contra los conspiradores y enemigos del rey y de su familia. El espíritu de estas leyes prueba cuáles eran en aquel tiempo los delitos mas comunes y peligrosos, y los males que aquejaban mas fuertemente la monar-

quia. Este príncipe espelió de España en 638 á los judíos, por lo cual se le dieron públicamente las gracias en el concilio VI de Toledo. Ignórase la causa de esta violenta resolucion. Pero despues de la ley de Sisebuto, no debia mirarse como posible que viviesen en paz enmedio de una poblacion que los detestaba.

Chintila murió despues de haber reinado poco mas de tres años.

Tulga, rey de los visigodos. (640.) El amor de los godos al difunto rey elevó al trono á su hijo Tulga, príncipe, aunque jóven, lleno de virtudes, dulzura y moderacion. Su reinado fue demasiado corto; pues solo duró dos años. Los historiadores estrangeros dicen que este príncipe, despues de haber dado por su levedad é indolencia motivo á una guerra civil, fue depuesto, tomando esta noticia de la *Crónica* de Fredegario, que escribió á fines del siglo VII. Pero los historiadores de nuestra nacion solo dicen que muerto Tulga, Chindasuindo se apoderó del trono con las armas: lo que prueba que el reinado de Tulga fue sosegado, que la eleccion para nombrarle sucesor fue tumultuosa, y que Chindasuindo, como suele suceder en semejantes casos, recurrió á la violencia para hacerse rey.

Chindasuindo, rey de los visigodos. (642.) Este ambicioso octogenario se ganó á fuerza de armas la corona, la llevó con dignidad y prudencia. Sosegados, no sin seve-

ridad, los movimientos que produce siempre en las monarquías electivas el nombramiento de nuevo rey, mantuvo paz y órden en sus estados, no menos por su firmeza que por su dulzura, y se hizo amar de sus vasallos. Fue muy afecto á letras, é hizo venir de Roma *los Morales* de san Gregorio Magno, libro justamente apreciado como clásico en materia de filosofía cristiana.

El sesto año de su reinado convocó el concilio VII de Toledo, en el cual se notó, mas que en ninguno de los anteriores, la union de los poderes espiritual y temporal. Sus cánones se versaban sobre materias pertenecientes á una y otra legislacion. Al mismo tiempo que se establecia la manera con que los obispos debian hacer las visitas de sus diócesis sin notable gravámen de las iglesias, se agravaban las penas á los que desertaban al enemigo.

Este rey fue autor de la cuarta compilacion del código de los visigodos; pero hizo una alteracion notable, ó por mejor decir, una revolucion política. Corregidos los códigos de Eurico y Leovigildo, y acomodados al estado presente de la monarquía, quitó la fuerza legal al Breviario de Alarico, y mandó que las leyes civiles fuesen las mismas para todos sus súbditos, y que cesase la division entre romanos y visigodos. Esto era dar á los españoles los mismos derechos civiles y políticos de que gozaba la nacion dominadora. Sin embargo, los primeros no

fueron admitidos al servicio militar hasta el reinado de Ervigio.

Asociacion de Recisuindo al trono. (648.) Chindasuindo habia ganado de tal manera el amor de los pueblos, que los mismos grandes, á propuesta de san Braulio, obispo de Zaragoza, solicitaron que asociase á la corona á su hijo Recisuindo, lo que equivalia á designarle por sucesor suyo, y privar la nobleza del derecho de eleccion. Recisuindo subió al trono, se encargó del gobierno, y su padre se retiró á gozar del descanso que su edad pedia. Chindasuindo murió, habiendo reinado 10 años. Ya entonces eran dueños los discípulos de Mahoma de Arabia, Siria, Persia y Egipto, y amenazaban el Africa.

Recisuindo, rey de los visigodos. (652.) Los reinados de este príncipe, de su padre y de su sucesor pueden llamarse el siglo de oro de la monarquía visigoda. La paz esterior no alterada, la interior, que solo sufrió un quebrantamiento momentáneo por la sublevacion del conde Paulo en la Galia gótica, los pueblos gobernados en paz y justicia por reyes virtuosos y magnánimos, dieron á España un grado de prosperidad y opulencia, que fue quizá el motivo de su ruina.

Antes de que muriese su padre, tuvo que rechazar á los navarros, que habian pasado las fronteras, estimulados por el conde Troya, visigodo ilustre y mal contento con la elevacion de Recisuindo. Muchas ciuda-

des del reino se hallaban ademas dispuestas á la rebelion, no tanto por desafecto al rey, como por deseo de ver disminuidas las cargas y contribuciones con que desde tiempo inmemorial estaban gravadas. Recisuindo ocurrió á todos estos males con estraordinaria bondad.

Concilio VIII de Toledo. (653.) Era costumbre desde los tiempos de Recaredo que los reyes, convocado un concilio nacional, le presentasen la materia sobre que habian de deliberar en un escrito llamado *Memorial ó Tomo regio*; lo que parece indicar que residia en el rey la iniciativa de las leyes.

El tomo regio del concilio VIII de Toledo fue uno de los mas dignos de atencion en cuanto al gobierno. Hé aquí los asuntos principales que el rey propuso á la deliberacion de los obispos y de los grandes reunidos en este concilio: Primero, que se mitigasen las leyes penales contra los que se pasaban al enemigo, sin duda para usar de indulgencia con los que habian seguido la faccion de Troya, su enemigo declarado. Segundo, que se disminuyesen los tributos, para lo cual propuso una resolucion muy notable, y es que los hijos de los reyes heredasen solo sus bienes patrimoniales; mas no lo que dichos reyes adquiriesen en calidad de tales, lo cual debia pasar al que se eligiese por sucesor en el trono. Asi se cortó de raiz un abuso que aniquilaba la mo-

narquia ; pues cada rey , por enriquecer su familia , mucho mas cuando no estaba seguro de que sus hijos le sucediesen en la corona , gravaba los infelices pueblos con tributos intolerables. Tercero , que se estableciesen las formalidades necesarias para la eleccion de rey. Mandóse á propuesta de Recisuindo , que el nombramiento se hiciese, ó en la capital ó en la ciudad donde hubiese muerto el antecesor , en junta de *obispos* y *grandes de palacio* , ó por el *asentimiento universal del pueblo* ; mas no por conspiracion de hombres malos, ni por el tumulto sedicioso de la plebe rústica. Este *asentimiento universal* no podia ser sino de los habitantes de la ciudad donde se hacia la eleccion; pues era imposible reunir todo el pueblo de la monarquía. Cuarto , que se abrogasen las leyes antiguas que prohibian los matrimonios entre godos y españoles , con el objeto de unir mas íntimamente los dos pueblos , y someterlos mas fácilmente á una ley comun. Quinto , que se enmendase y ampliase la coleccion de leyes hecha por su padre Chindasuindo : asi Recisuindo hizo la quinta coleccion de leyes visigodas.

Este cuidado por el bien público, esta abnegacion de sus intereses privados , esta beniguidad con sus enemigos y los de su familia , hicieron á Recisuindo delicia de sus pueblos , tranquilizaron la nacion , feliz en obedecer á un príncipe , imágen de la bondad divina , y dieron á su reinado pacífico

gloria muy superior á la de los mas ilustres conquistadores.

Recisuindo convocó en Toledo otros dos concilios en que confirmó y amplió los beneficios hechos en el VII. Cercano ya á la muerte, despues de un reinado feliz de 21 años, empezando á contar desde la muerte de su padre, fiel al principio del bien público, que habia dirigido constantemente su política, no quiso asociar al trono ni designar por sucesor á ninguno de sus hermanos, á pesar de sus solicitudes; sin duda porque no los creia capaces de sostener tan grave peso.

La tempestad, nacida de Arabia, rugia ya en la frontera de España. El valiente y fanático Ocba llevó las banderas musulmanas desde el Nilo hasta la costa del mar Atlántico; mas no hizo la guerra á los visigodos que poseian la Mauritania Tingitana desde el reinado de Sisebuto. Solo recorrió la region llamada Sus, donde despues se edificó á Marruecos, que está al mediodia de los dominios ocupados entonces por los visigodos.

En tiempo de este rey floreció en letras y santidad san Ildefonso, arzobispo de Toledo. El celo con que defendió en sus obras la virginidad de la madre de Dios contra los hereges Teudio y Helvidio, fue premiado con la casulla que nuestra Señora le regaló, y con la aparicion, en presencia del rey y de todo el pueblo, de santa Leocadia, virgen y mártir, cuyo cuerpo se venera en la

basílica de Toledo, y que dijo al santo estas palabras: *Por ti vive mi Señora.* Estos dos prodigios son de tradicion constante en la santa iglesia de aquella ciudad, y los refieren todos los historiadores.

Wamba, rey de los visigodos. (672.) Despues de la muerte de Recisuindo, los obispos y grandes de palacio reunidos dieron de comun acuerdo la corona á Wamba, anciano venerable, y generalmente estimado por sus buenas costumbres, su valor y su benignidad.

Al principio de su reinado tuvo que marchar á las orillas del Ebro para contener á los navarros, que comenzaron sus acostumbradas correrías en aquella frontera. Solo pensaba en vencerlos y rechazarlos, cuando repentinamente se suscitó otra guerra de mas importancia, y que exigia toda la actividad del nuevo rey.

Conjuracion de Paulo. (673.) Hilderico, conde de Nimes, ciudad que pertenecia á la Galia gótica, auxiliado de Gumildo, obispo de Magalona, arrojó de su silla á Aregio, obispo de Nimes, que se oponia á sus proyectos de sublevacion, puso en ella á un abad llamado Remigio, y se declaró abiertamente contra la eleccion de Wamba. Sabedor el rey de esta rebelion, envió para apaciguarla al conde Paulo, ilustre visigodo, y de los que se habian declarado mas adictos al rey en la eleccion: hombre mas atrevido que valiente, mas astuto que cuer-

do, y escesivamente ambicioso.

Apenas penetró en Cataluña al frente de las tropas que se le habian confiado, con el auxilio de Ranosindo, duque de Tarragona, é Ildigiso, gardingo (ó magistrado superior de la provincia), se hizo dueño de las plazas fuertes, pasó á Narbona, y aterrando á su arzobispo, fue proclamado rey enmedio de las aclamaciones de su partido, al cual se reunieron Hilderico y los demas descontentos de la Galia gótica.

Puso en cuidado á Wamba la súbita defeccion de dos provincias tan importantes, no solo por su riqueza y estension, sino por ser fronterizas de Francia y capaces de llamar con sus alteraciones las armas de los francos y austrasios. Paulo, que no carecia de astucia política, habia echado la voz de que el rey de Francia vendria en su socorro con grandes fuerzas; pero entonces estaban los franceses demasiado ocupados en las guerras que se hacian los gobernadores de palacio, para atender á las turbulencias de los visigodos.

El rey de España, concluida en siete dias felizmente la guerra de los navarros, á quienes venció y concedió la paz, se dirigió por Calahorra y Huesca á Cataluña, y recobró las plazas de esta provincia. Paulo habia escrito á Amador, obispo de Gerona, que «entregase esta ciudad al ejército que se presentase primero,» confiado en anticiparse á su rival, y llegar á Cataluña antes

que el rey. Wamba, sabida esta órden, dijo: «En nuestro favor se escribió esto como profecía de nuestra llegada;» y se apoderó de la plaza. Sosegada la provincia de Cataluña, reunió toda su gente para atravesar el Pirineo: derrotó al duque Ranosindo, que le disputaba el paso de Clausura en los desfiladeros de aquellas montañas, haciendo prisioneros en la accion al duque y al gardingo Hildigiso; tomó por asalto á Narbona despues de una resistencia desesperada; se apoderó de Agde, Beziers y Magalona, y envió á sitiar á Nimes, donde Paulo se habia encerrado, un cuerpo de 30.000 hombres, que fue rechazado en el primer asalto; pero habiendo recibido un refuerzo de 10.000 soldados, renovaron el ataque, penetraron en la ciudad, y se hicieron dueños de ella con gran matanza de ambas partes. Paulo con pocos de los suyos se retiró al anfiteatro que servia de ciudadela, y envió al arzobispo de Narbona que se habia retirado con él, para que implorase la clemència del rey. Wamba concedió la vida á todos los rebeldes; pero exigió que se le entregasen, para ser castigados, los gefes de la rebelion. Hízose asi, y quedó concluida aquella guerra peligrosa.

Wamba volvió triunfante á Toledo, llevando ante sí á los caudillos de la sublevacion, cortados el cabello y la barba: Paulo ademas llevaba en la cabeza una corona de cuero negro. Sin embargo, contento con es-

ta irrision , capaz de hacer grande efecto en una nacion pundonorosa, se abstuvo de derramar sangre; y aunque habian sido condenados á muerte ó á perdicion de la vista, su castigo se limitó al oprobio pasado y á cárcel perpétua.

Lo restante de este reinado, que duró ocho años, fue próspero y tranquilo. Wamba convocó el concilio XI de Toledo, en que se trataron asuntos de disciplina eclesiástica, é hizo una nueva division de los obispados de España.

Entretanto los árabes habian edificado á Cairvan, y empezaban á consolidar su dominio en las playas de Berbería. Sus galeras infestaban las costas de Italia, y aparecian tal vez en las de España; pero Wamba dispuso tan bien las fuerzas navales de su reino, que no fue posible á los musulmanes desembarcar en ningun punto de la costa. Irritados los bárbaros reunieron una grande escuadra de 170 velas, y vinieron sobre la península. Esta poderosa armada fue completamente vencida por la de los godos, que tomaron ó echaron á pique á todos los bajeles enemigos: combate, en que por la primera vez midieron sus fuerzas dos naciones tan célebres, y que dió á los españoles un presagio feliz, aunque desmentido algunos años despues por la fortuna.

Era conde en palacio y valido del rey Ervigio, hijo, segun se cree, de Ardebasto, nieto de san Hermenegildo. Ya hemos

contado que Atanagildo, hijo de este santo príncipe, se refugió, despues de la muerte de sus padres, á Constantinopla; allí casó y tuvo un hijo llamado Ardebasto. Este vino á España en el reinado de Chindasuindo, fue muy adicto á este rey y á su hijo Recisuindo, y por sus buenas prendas adquirió el aprecio general y la clase debida á su alto nacimiento. Ervigio, su hijo, ambicioso de reinar, dió al rey una bebida que quitaba el sentido. Wamba adoleció y cayó en una especie de delirio, muy semejante á la muerte. Cortáronle cabello y barba, y vistieronle el hábito de monge, que entonces era costumbre poner á todos los moribundos. Ervigio y sus cómplices forjaron un testamento en que se supuso que el rey declaraba renunciar al trono, y nombraba por sucesor al bisnieto de Hermenegildo.

Wamba volvió de su desmayo; pero segun las leyes de los godos, perdidos cabello y barba, y admitido el hábito de monge, no podia recobrar el cetro. Renunció á él con tanta mas facilidad, cuanta habia sido su repugnancia á empuñarle; pues hecha en él la eleccion, se resistió á admitir la corona, y fue necesario que un guerrero, poco sufrido, y feroz en su misma lealtad, sacase la espada y le amenazase con la muerte para que aceptase el reino. Wamba se retiró al monasterio de Pampliega, donde consagró á la práctica de las virtudes religiosas los siete años que sobrevivió á la pérdida del

trono. Fue escelente hombre y último rey estimable que tuvieron los visigodos.

Ervigio, rey de los visigodos. (680.) Ervigio entró sin ostáculos en posesion del reino por la cesion de Wamba, que aunque falsa y fingida fue despues ratificada por el mismo enfermo, apenas recobró sus sentidos; mas nunca pudo el nuevo rey ganar el afecto de la nacion, que le aborrecia por haberla privado del monarca que ella adoraba.

Ervigio, ni carecia de talento ni de prendas reales: gobernó tranquilamente, pero temblando. Fue el único rey, que receloso siempre de conspiraciones, no tuviese ninguna que castigar, y este es el único elogio que puede hacerse de su conducta. En su corto reinado convocó tres concilios en Toledo, el XII, XIII y XIV, todos dirigidos á asegurar, despues de sus dias, la suerte de su esposa y de sus hijos: tanto era el miedo que tenia al odio público, y con tan poco rebozo lo declaraba.

En el primero de estos tres concilios, despues de haber probado con testigos la legitimidad de la renuncia de Wamba, y de su designacion al reino, presentó una nueva coleccion de leyes, que fue la sesta, modificando la de Recisuindo, y corrigiendo la escesiva severidad de algunos decretos de Wamba, relativos al servicio militar. Atribúyesele la ley que hacia iguales para este servicio á los españoles y á los visigodos; de

manera que no quedó mas privilegio á la nacion dominadora, sino que el rey hubiese de ser individuo de ella.

El año antes de su muerte, ó movido de remordimientos ó del temor que no le dejaba sosegar, casó á su hija Cigilona con Egica, príncipe de la familia de Wamba, solicitando asi reparar en parte el daño que la habia hecho, y complacer al pueblo. Esto era en cierto modo designar á Egica por sucesor; y en efecto, un dia antes de morir renunció en él la corona. El virtuoso Wamba supo en su retiro los tormentos interiores del suplantador, y la reparacion que se vió obligado á hacer á su familia.

Egica, rey de los visigodos. (687.) Egica al año siguiente de haber recibido el cetro, reunió el concilio XV de Toledo, en el cual consultó qué juramento debia observar: el que habia hecho á Ervigio de amparar á sus hijos y á su viuda, ó el de su exaltacion al trono, de castigar á los malos, y gobernar segun las leyes. Decidido en el concilio que ningun juramento podia obligar contra la justicia, castigó á muchos que habian tenido parte en la deposicion de Wamba, y restituyó los bienes usurpados por la familia de Ervigio á sus legítimos poseedores.

Concilio XVI de Toledo. (693.) Despues de algunos años de tranquilidad, Sisberto, obispo de Toledo, visigodo de nacion, hombre arrebatado y ambicioso, conspiró contra el rey á favor de un partido que

habia juntado y con el auxilio de algunos gobernadores franceses de la frontera del Pirineo. Egica, despues de tres combates indecisos con las tropas francas, asentó paces con sus reyes, y pudo mas fácilmente triunfar de los rebeldes del interior. Convocó el concilio XVI de Toledo para que oyese sentencia en la causa del obispo sublevado. El concilio pronunció contra él la pena de deposicion, y el rey, usando de misericordia, le condenó á perpétuo destierro.

En este concilio propuso Egica que se formase una nueva coleccion de leyes, que fue la séptima y última; y segun todas las probabilidades, la que hoy poseemos con el título de *Forum judicum*, traducida con el de *Fuero juzgo* en el reinado de Fernando el Santo: código célebre, que estuvo vigente en las monarquías españolas despues de la restauracion y durante la conquista contra los moros, y hoy mismo conserva fuerza de ley, con preferencia á las Partidas, en lo que no haya sido derogado por determinaciones posteriores. Se cree que esta coleccion se publicó en los últimos años del reinado de Egica, cuando ya tenia por colega en el reino á su hijo Witiza; pues se encuentran en ella varias leyes de Egica, y algunas promulgadas por este y su hijo juntos, cuando no se encuentra ninguna de Witiza solo ni de Rodrigo.

En las leyes de los visigodos debe distinguirse cuidadosamente lo que tomaron de

los códigos romanos, de lo que era propio y esclusivo de su antigua legislacion. A la primera clase pertenecen las leyes relativas á los juicios y á la propiedad: á la segunda las composiciones por los delitos, sistema comun á todas las naciones bárbaras; pero mas mitigado y justo entre los visigodos que entre los francos; pues en las leyes de las últimas colecciones de aquellos no se halla diferencia entre las multas por delitos cometidos contra un romano y contra un godo; bien que es muy creible que existiese esta diferencia en los principios de la conquista.

Consta de las mismas leyes que habia siervos del terruño, lo mismo que entre los godos y borgoñones; pero acompañaban á sus señores á la guerra, y hacian el servicio militar en la infantería, de modo que mas bien eran vasallos que siervos. No se encuentran vestigios de feudalismo en la monarquía de los visigodos; pues no se ven magistraturas ni civiles ni militares hereditarias; y aun las propiedades estaban espuestas á la rapacidad del fisco; pues los reyes, no estando seguros de que les sucediesen sus hijos, procuraban darles en riqueza la garantía que no podian darles en poder: así los príncipes visigodos, en lugar de repartir sus dominios entre los grandes para tenerlos adictos, solian quitárselos para engrandecer sus familias: abuso que corrigieron las leyes, y que procedia del sistema electivo. Sin em-

bargo, la nobleza era poderosa é independiente; pero la prerogativa real era muy grande; pues no solo tenia el príncipe la iniciativa de las leyes en las juntas de los grandes y en los concilios, sino tambien la facultad de hacer leyes por sí mismo, como consta de Recisuindo y otros monarcas. De estas causas procedió que la autoridad del trono se conservase entera y no fuese, como entre los francos, vilipendiada. La causa de la ruina de la monarquía no fue defecto de la fuerza real.

Cuando se dió entrada á los obispos en las juntas de los grandes, egercian ya en la poblacion española, que era católica, una autoridad temporal, tanto mas estensa, cuanto era voluntariamente cedida por los mismos pueblos; y así, despues de la abjuracion del arrianismo, hecha en tiempo de Recaredo, propendiendo el gobierno á la concordia y fusion de entrambas naciones, unidas ya por el vínculo religioso, vinieron á ser los obispos gefes de la española, asi como los grandes lo eran de la visigoda. Si se ha de juzgar por el hecho de Amador, obispo de Girona, que entregó esta ciudad á Wamba, y por el de Argebaudo, arzobispo de Narbona, que queria impedir al rebelde Paulo la entrada en dicha plaza, parece que los prelados egercian cierta jurisdiccion temporal en las ciudades, mas bien, segun nuestra opinion, por el influjo moral que tenian sobre el pueblo, que por alguna determina-

cion legislativa. La única facultad concedida por las leyes era la de reprimir á los jueces inicuos y á los oficiales del fisco real que vejaban los pueblos.

En muchas ocasiones, en que la falta de mala intencion podia esceptuar de la pena, bastaba para librarse de ella el juramento del reo: prueba de lo inviolable que era entre los visigodos la interposicion del nombre de Dios. Las pruebas admitidas en los juicios, eran los instrumentos fehacientes y los testigos. Dos leyes de Recisuindo prohiben sentenciar causas sobre materias en que la ley calla, y suscitar de nuevo el juicio de las causas ya sentenciadas.

El poder civil y gubernativo estaba en manos de los condes, los cuales tambien administraban justicia. Los duques eran los generales de ejército y los comandantes militares de las provincias. Ninguno de estos títulos ni de estas atribuciones fue hereditario, á lo menos segun el derecho. No se encuentra en los códigos de los visigodos vestigio alguno del régimen municipal. Es de creer que se conservaban vigentes en esta parte las antiguas disposiciones del gobierno de los romanos, y que la política urbana, el manejo de los caudales propios de los pueblos y la autoridad de sus magistrados interiores continuó como antes. Este régimen peculiar que aseguraba el órden en la nacion subyugada, era útil á los conquistadores, y ningun recelo debia inspirarles.

Muévenos á pensar asi la facultad estensa que siempre conservaron los obispos, cuyas atribuciones, en todo lo que no pertenecia al gobierno eclesiástico, eran verdaderamente municipales.

Conspiracion de los judíos. (674.) Reprimida la conspiracion de Sisberto, se descubrió otra, mas estendida y peligrosa, que los judíos habian tramado para abrir á los árabes, que ya dominaban toda la costa de Africa hasta Ceuta, las puertas de la península. Su proyecto era sublevarse, y hacerse fuertes en algun punto marítimo, por el cual diesen entrada á los sarracenos.

Egica convocó el concilio XVII de Toledo, que fue el último nacional, celebrado durante el imperio de los visigodos en España. En él se tomaron precauciones muy severas contra los judíos, confiscando sus bienes y reduciéndolos á la clase de esclavos.

Witiza, colega de Egica. (695.) Egica, siguiendo el ejemplo de muchos de sus predecesores, asoció al trono á su hijo Witiza, jóven de escelentes cualidades, entre las cuales sobresalia la bondad de alma, y le encomendó el gobierno de Galicia. Witiza estableció su residencia en Tuy (1).

Victoria naval de los godos contra los sarracenos. (696.) El último suceso notable

(1) *Hemos puesto en* 695 *la asociacion de Wi-*

del reinado de Egica, fue la espedicion naval de los sarracenos contra la península. Teodomiro, yerno del rey y marido de su hija Tecla, mandaba la armada visigoda. Los sarracenos le acometieron con su acostumbrada impetuosidad; mas fueron completamente derrotados.

Egica murió cinco años despues, dejando la monarquía tranquila y en estado de defensa y prosperidad.

Witiza reina solo. (700.) Casi todos los historiadores han comparado á Witiza con Neron, y han dicho que habiendo sido en los primeros años de su reinado modelo de dulzura y bondad, fue despues un mónstruo de lujuria, crueldad é insensatez, y causador por sus desórdenes de la ruina de la monarquía. Sin embargo, Isidoro Pacense, escritor coetáneo, dice de él que reinó 15 años *clementísimamente*. Este testimonio destruye la acusacion de crueldad, aunque no la de disolucion, vicio muy comun en los reyes godos, ni la de insensatez, si es cierto que mandó desmantelar las fortalezas de España, escepto las de Toledo, Leon y Astorga, y descuidó las cosas de la milicia, para quitar á los grandes la ocasion de mover

---

tiza al trono, porque Isidoro Pacense, escritor coetáneo, le da 15 años de reinado, y la batalla de Guadalete en 711 se dió al segundo año del reinado de Rodrigo. (N. del T.)

guerras civiles, quitándoles tropas que pudiesen sobornar, y plazas en que se sublevasen contra él. Añádese que quiso disminuir la autoridad del clero, permitiéndole el matrimonio y aun el concubinage, con el fin de arruinar el influjo que habia adquirido sobre los pueblos por la santidad de sus costumbres.

Lo que parece verosímil es que Witiza, benigno de corazon, entregado á los deleites, de poca firmeza de ánimo, sin la instruccion ni las prendas que son necesarias á un rey, no era capaz de gobernar el reino, amenazado en lo esterior por los árabes, y en lo interior por la ambicion de la familia de Recisuindo. Teodofredo y Favila, hermanos de este rey, veian con despecho que el cetro se escapaba á su familia, y empezaron á conspirar: Witiza desterró á Córdoba al primero, y aun se dice que le mandó sacar los ojos: Rodrigo, hijo de Teodofredo, se sublevó contra el rey; la mayor parte de los grandes siguió su causa por el amor y respeto que todos tenian á la memoria de Recisuindo, y Witiza fue vencido, prisionero, condenado á perder la vista, y desterrado á Córdoba, donde murió de resultas de la herida.

Don Rodrigo, último rey de los visigodos. (710.) El nuevo rey omitió el prenombre *Flavio* que habian tomado sus antecesores, y tomó el de *Dominus*, que abreviado en *Don* le ha conservado la historia, y que

pasó primero á los reyes, se estendió despues á los grandes, luego á los nobles, y últimamente á toda la sociedad culta.

Rodrigo no fue mas feliz que Witiza en el gobierno. En vano han buscado los historiadores en los vicios de estos dos reyes la causa de la ruina de la monarquía de los visigodos. España cayó porque la larga paz y la opulencia habian afeminado los ánimos y pervertido las costumbres; porque el principio electivo traia casi siempre una guerra civil en cada principio de reinado; y en fin, porque la ambicion de los particulares, mas fuerte que el amor del bien público cuando las naciones se pervierten, hacia que las familias separadas ó lanzadas del trono se hiciesen enemigas de la reinante. Cuando un gobierno llega á esta situacion, no necesita para caer sino tener por vecino á un pueblo conquistador y hábil en el arte de la guerra.

El partido de Rodrigo habia triunfado del de Witiza. La familia de este se puso en guerra mal disimulada con la del rey. Sisebuto y Ebas, hijos de Witiza, y Opas, arzobispo de Sevilla y hermano de este rey, se conjuraron para la ruina de Rodrigo. Julian, conde de Mauritania Tingitana, se agregó á ellos, ó por ambicion ó por vengar la injuria de su hija, violada, segun los historiadores árabes, por el rey.

Batalla de Guadalete. (711.) Este partido, tan insensato como alevoso, despues de entregar á Muza, gobernador de Africa por

el califa Valid I, las plazas de Mauritania, le incitaron á que pasase á España con un ejército en favor de los hijos de Witiza, renovando la perversa política de Atanagildo. Pero los árabes de entonces no eran como los imperiales de la época de Justiniano: pueblo juvenil, ardiente de conquistas para su monarquía y religion, y poseedor de las virtudes que sacrifican la ambicion individual á la gloria y engrandecimiento nacional, ni aun cubrieron su invasion con el pretesto de ser auxiliares, teniendo á menos engañar á los que podian vencer. Despues de un reconocimiento que el célebre Taric, lugarteniente de Muza, hizo con pocas tropas en las marinas de Andalucía, volvió con ejército mas poderoso á desembarcar en Gibraltar, á la cual y á Tarifa dió su nombre, venció al valiente Teodomiro, cuya victoria naval contamos arriba, y llegó á las orillas del Guadalete, donde Rodrigo le salió al opósito con tropas mas numerosas que aguerridas.

La batalla duró tres dias, y en ella sostuvieron los visigodos y españoles la antigua fama de su valor personal: mas no acostumbrados á las maniobras rápidas de la caballería árabe, ardiente en acometer y herir, veloz en retirarse y en evitar al enemigo cuando era mas fuerte, casi siempre llevaron lo peor. Sin embargo, al principio del tercer dia hicieron el último esfuerzo, y pusieron en grande aprieto al enemigo: decidió la

victoria, segun los historiadores españoles, la infame traicion de los hijos de Witiza, que abandonaron sus puestos, y la desercion del obispo Opas, que se pasó á los contrarios con el escuadron que mandaba. El rey pereció en la batalla, segun los escritores árabes, que atribuyen el triunfo al valor intrépido con que Taric se arrojó enmedio de los visigodos, ya casi victoriosos. No fue posible á los españoles en tres años que tardaron los sarracenos en recorrer y señorear la peninsula, hallar en ninguna parte centro ni medios de resistencia: señal cierta del estado de disolucion en que se hallaba la monarquía aun antes de la batalla. Pelayo, hijo de Favila y nieto de Chindasuindo, se retiró á las montañas de Asturias, donde logró hacerse fuerte á favor de la aspereza de los lugares, y por la cercanía de Cantabria, que nunca habia sufrido el yugo. Las montañas de Jaca fueron otro segundo refugio para la independencia española, donde aragoneses y navarros crearon mas tarde otra monarquía. Lo demas fue ocupado, saqueado, ó diruido por el vencedor, sin hallar resistencia notable sino en Córdoba, Mérida y Murcia. Teodomiro, que se habia encerrado en esta plaza, la defendió valerosamente, logró una capitulacion ventajosa por el ardid con que hizo creer que el número de sus tropas era muy grande, haciendo que las mugeres se presentasen en la muralla vestidas de soldados, y formó un

pequeño estado feudatario de los árabes que no llegó á sus nietos. Los monumentos de la grandeza visigoda, las inmensas riquezas de su tesoro, la gloria y esplendor del pueblo que conquistó á Roma y venció á Atila, todo fue presa de los discípulos de Mahoma.

Podia esperarse que los franceses, atemorizados por el peligro comun que amenazaba á toda la cristiandad, socorriesen á los españoles en su afliccion. Pipino de Heristal, que entonces gobernaba la Francia, como príncipe de Austrasia y gobernador del palacio de Neustria y Borgoña, en vez de oponerse á los bárbaros, solo pensó en usurpar las reliquias de la miserable monarquía de los godos y en apoderarse de la Galia narbonense, con errada y perversa política, que sin el valor de Cárlos Martel hubiera costado muy cara á la Francia. Los árabes establecieron en España el mismo régimen que en las demas partes donde habian entrado. Dejaron vivir á los habitantes segun sus leyes y su religion, pero pagando tributos, condenados á la nulidad política y civil, y espuestos á los insultos arbitrarios de los sarracenos, si no abrazaban el islamismo. Pero los españoles, perdido todo, reino, gloria, independencia y bienes, se adhirieron con tal tenacidad al único tesoro que les quedaba, que era la fe, que en ocho siglos de dominacion no pudieron desarraigarla los moros; y los cristianos de Asturias,

Navarra y Aragon hallaron en todas las ciudades que conquistaban de los musulmanes, una poblacion numerosa de su misma creencia.

Esta fue la terrible catástrofe que afligió é hizo temblar á la cristiandad á principios del siglo VIII. Los visigodos, errantes en sus principios como una tribu bárbara, triunfadores de Roma é Italia bajo Alarico, sin tener todavía una patria en que gozar de su triunfo, obtuvieron en el reinado de Ataulfo un pequeño territorio junto á los Pirineos, en el cual se fijaron. Valia, por su alianza con Roma, consolidó y estendió su primitivo establecimiento. Teodoredo se hizo benemérito del mundo civilizado, triunfando de Atila: sus hijos elevaron al mas alto grado el poder de la monarquía, estendiéndola desde el estrecho de Hércules hasta el Loira. Alarico perdió la Galia por no haber abrazado la religion del pais: Atanagildo se espuso á perder la España, volviendo á introducir en ella á los romanos. Leovigildo detuvo el golpe con su valor; y Recaredo afirmó la monarquía, sustituyendo al principio de la fuerza, el vínculo de la religion. Fruto de su piedad y de su ilustrada política fue un siglo de prosperidad, solo interrumpido por las discordias civiles que son forzosas en la monarquía electiva. Aquella prosperidad pacífica afeminó los ánimos, estas discordias los corrompieron: cuatro reinados de príncipes débiles, poco capaces

y viciosos, disolvieron la fuerza social: solo faltaba un conquistador para derribar nacion y trono; y este conquistador apareció en las costas de Africa. ¡Egemplo memorable de los pueblos que se dejan afeminar en el ocio, y padron eterno de las monarquías electivas, al cual en nuestros tiempos se ha añadido otro no menos famoso!

La nacion goda española no pereció en esta catástrofe. Animada del principio religioso que Recaredo introdujo en su gobierno, á él debió la firmeza con que sostuvo todos sus infortunios en los asilos que buscó en las fragosas montañas de Asturias, Navarra y Aragon: á él el denuedo invencible con que se lanzó desde sus rocas á reconquistar el territorio de la patria: á él la renovacion de las buenas costumbres, favorecidas por la pobreza y las necesidades de una lid perpétua: á él la formacion de gobiernos mas compactos, en los cuales los derechos de los vasallos no pugnasen con el órden público; á él en fin aquella fuerza invencible que fundó una monarquía respetada y temida en toda Europa, y señora del Asia oriental y del nuevo mundo: siendo esta la única ocasion en que los españoles salieron de su casa para conquistar reinos y provincias estrangeras. El principio religioso que hizo crecer los débiles estados de Asturias y Navarra, no fue solo *defensor*, sino tambien *organizador*: no se redujo, como el ciego instinto de independencia de los cántabros

y vascones, á defender sus peñascos contra los estrangeros, sino creó fuerzas y gobierno con que estenderse y afirmarse á incorporar otros pueblos en la gran monarquía. En Pelayo comienza la verdadera historia de los *españoles*: la que hemos descrito en este capítulo, es la de los *fenicios*, cartagineses, romanos y godos en España.

Reyes godos anteriores á Ataulfo.

Boroista, contemporáneo de Sila: vivió hasta los principios del reinado de Augusto: ocupaban entonces los godos toda la orilla septentrional del Danubio desde Baviera hasta el mar Negro.

Commositon, su sucesor.

Corilo: reinaba en la época del nacimiento del Salvador.

Dorpaneo: venció dos veces á los romanos, y recibió tributo del emperador Domiciano.

Ostrogota: venció á los vándalos que ocupaban el nordeste de Germania: contemporáneo del emperador Filipo.

Omba: venció al emperador Decio por la traicion de Galo: devastó el Asia menor: fue vencido por el emperador Claudio.

Cannabas: es vencido y muerto por el emperador Aureliano.

Hilderico, su hijo: aliado de Constantino el grande.

Geberico, su hijo: triunfa de los vándalos en Germania.

Armanarico: somete al imperio de los godos todos los paises esclavones. Invasion de los hunnos en Polonia: Armanarico es vencido y muerto por ellos. Separacion de visigodos y ostrogodos. Estos sucesos se verificaron en los reinados de Constancio y Juliano.

Fritigernes, rey de los visigodos: vence al emperador Valente en la batalla de Andrinópolis: introduccion del arrianismo entre los godos.

Atanarico: aliado del emperador Teodosio.

Alarico: su espedicion á Italia: saco de Roma por los visigodos, 410.



REYES VISIGODOS DE ESPAÑA.

1.º	Ataulfo, cuñado de Alarico: su establecimiento en Narbona: conquista de Barcelona: pérdida de su primera capital: muere en	417
2.º	Sigerico, homicida de Ataulfo: es asesinado por los godos en el mismo año.	
3.º	Valia: somete la España á los romanos: adquiere la Aquitania: muere en	420
4.º	Teodoredo: vence á Atila y muere en la batalla de los campos cataláunicos en	451
5.º	Turismundo, su hijo: asesinado por su hermano Teodorico: muere en	454
6.º	Teodorico, su hermano: adquisicion de la Bética: sumision de los suevos, conquista de Narbona: muere asesinado por su hermano Eurico en	467
7.º	Eurico, su hermano: conquista toda España, la Galia hasta el Loira y la Provenza: primera coleccion de leyes: muere en	484
8.º	Alarico, su hijo: batalla de	

	Vouglé: pérdida de Aquitania, Auvernia y Provenza. Breviario de Aniano: muere en dicha batalla en	507
9.º	Gesalico, su hijo: lucha infelizmente con los francos, sus enemigos y los ostrogodos que protegian á Amalarico: muere en	510
10.º	Amalarico, su hermano: pelea con los hijos de Clodoveo: muere en la batalla de Narbona en	531
11.º	Teudis, capitan ostrogodo: sitio de Zaragoza, y derrota de los francos en el paso del Pirineo: muere asesinado en	548
12.º	Teudiselo: disoluto y cruel: muere asesinado en	549
13.º	Agila: rebelion de Atanagildo, que entrega las marinas de España á los romanos: muere asesinado por los suyos en	554
14.º	Atanagildo: pelea contra los romanos: muere en	567
15.º	Liuva I: asocia al trono á su hermano Leovigildo, y muere en	572
16.º	Leovigildo, su hermano: arroja á los romanos de Bética: conquista á Galicia: da muerte á su hijo san Hermenegildo: muere en	587

17.º	Recaredo I, el católico: abjuracion del arrianismo: Concilio III de Toledo: muere en	601
18.º	Liuva I, su hijo: muere asesinado por Viterico en	603
19.º	Viterico, mal hombre y perverso rey: es vencido por los romanos: muere asesinado en	610
20.º	Gundemaro: vence á los vascones é imperiales: muere en	612
21.º	Sisebuto: conquista de los romanos las provincias de Valencia y Murcia, y la Mauritania Tingitana: muere en	621
22.º	Recaredo II, su hijo: muere en el mismo año.	
23.º	Suintila, hijo de Recaredo I: arroja á los romanos del Algarbe: es depuesto en	632
24.º	Sisenando: muere en	636
25.º	Chintila: muere en	640
26.º	Tulga, su hijo: muere en	642
27.º	Chindasuindo: célebre por la firmeza de su gobierno, y sus leyes para unir visigodos y españoles: muere en	652
28.º	Recisuindo, su hijo: modelo de reyes: muere en	672
29.º	Wamba: conjuracion de Paulo castigada: abdica por fraude de Ervigio, en	680
30.º	Ervigio, bisnieto de San Hermenegildo: casa su hija con	

	Egica, sobrino de Wamba: muere en	687
31.º	Egica, sobrino de Wamba. Fuero Juzgo. Asocia al trono á su hijo Witiza: muere en	700
32.º	Witiza, su hijo: gobierna mal. Conjuracion de los hermanos de Recisuindo contra él: es depuesto, y muere en	710
33.º	Don Rodrigo, hijo de Teodofredo, y nieto de Chindasuindo: es vencido y muerto por los sarracenos en la batalla del Guadalete en	711
	Conquista de España por los árabes, y fin de la monarquía de los visigodos en	713
	Reyes suevos de Lusitania y Galicia.	
1.º	Hermenerico, rey de los suevos: conquista la parte occidental de España en la invasion de los bárbaros de 411: quita á los alanos parte de la Lusitania: es obligado por los vándalos á refugiarse á las montañas de Asturias: muere en	440
2.º	Rechila, su hijo: subyuga las provincias de Lusitania y Bética: muere en	448

3.º	Recciario, su hijo: introduccion del cristianismo entre los suevos : conquistas de Recciario en las provincias de España que pertenecian á los romanos. Es vencido por Teodorico, rey de los visigodos, en la batalla de Urbico, y muerto en Oporto en	456
4.º y 5.º	Maldras y Fronton, nombrados por dos partidos en que se dividieron los suevos	458
6.º	Maldras y Remismundo, elegido por el partido de Froton, muerto en	459
7.º	Remismundo y Frumario, elegido por el partido de Maldras, despues que este fue asesinado en	460
	Remismundo reina solo. Introduccion del arrianismo entre los suevos. Se ignora el año de la muerte de Remismundo, y los nombres é historia de sus inmediatos sucesores.	
8.º	Cariarico, contemporáneo de Agila, restablece el catolicismo : muere en	559
9.º	Teodomiro, su hijo : muere en	569
10.º	Ariomiro, su hijo : aliado sumiso de Leovigildo : muere en	582

11.º	Eborico, su hijo: destronado por Audeca	583
12.º	Audeca, vencido y destronado por Leovigildo, rey de los visigodos, en el mismo año.	
13.º	Amalarico: se rebela contra los visigodos. Es vencido y prisionero. Fin del reinado de los suevos.	584



INDICE

DE LOS

CAPÍTULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE FRANCIA.

Capitulo VI.

Capitulo vii.

Capitulo viii.

Capitulo xii.

Capitulo adicional.

Seccion i.

Seccion II.

SECCION III.

Seccion iv.

Fin del tomo II de la historia de Francia, V de la moderna, y XIII de la obra.


278
SEGUR
3
192


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm